JosEscolar

ANUEL

TODO LO QUE ARDE POR DENTRO



JosEscolar

A N U E L

TODO LO QUE ARDE POR DENTRO

Aviso de contenido

Esta novela aborda temas relacionados con la salud mental, el trauma y el sufrimiento psicológico. En ningún caso pretende ofrecer consejo médico ni terapéutico.

Si te sientes identificado con alguna de las situaciones descritas, considera pedir ayuda profesional.

"Donde se posa la oscuridad, rara vez vuelve a crecer la hierba."
— Padre Belmonte

CAPÍTULO | 01

SOSTENIENDO LO INSOPORTABLE

El pitido del monitor cardíaco pulsaba como un metrónomo metálico en la habitación 304. Verónica Accardi había dejado de escucharlo hacía tanto que ni siquiera recordaba cuándo. Su cerebro lo había archivado con los demás sonidos permanentes: el zumbido de los fluorescentes, el susurro del aire acondicionado, las toses lejanas en el pasillo. Ruido de fondo. Nada más.

Sus manos seguían su propia coreografía. Dedos palpando la vía intravenosa, verificando que el suero fluyera sin resistencia. Muñeca rotando para ajustar la dosis de morfina. Pulgar deslizándose sobre la pantalla de la tablet mientras sus ojos nunca se apartaban del rostro de la anciana en la cama.

Ochenta y dos años. No necesitaba mirar la ficha. Neumonía bilateral. Las radiografías colgaban del negatoscopio como sentencias. Cada inhalación de aquella mujer era un acto de fe, una

negociación silenciosa con la muerte que acechaba en cada alveolo encharcado.

—Enfermera... —la voz apenas rozaba el aire—. ¿Me puede traer agua?

Verónica ya tenía el vaso en la mano. Lo había llenado antes de que terminara la petición. Anticiparse. Moverse antes de que el dolor llegue. Actuar antes de que la muerte se adelante. No pensar.

Pensar era un lujo que el turno de noche en urgencias no concedía.

Tres camas vacías por bajas médicas. Dos pacientes en código amarillo esperando radiografías. Uno en observación psiquiátrica que llevaba horas repitiendo que *"los ángeles tienen ojos, muchos ojos"*. Y ella, Verónica Accardi, funcionando al ciento diez por ciento. Espalda recta, pasos firmes, voz serena.

El alma doblada en dos.

Al salir de la habitación 304, casi se lleva por delante a Antonio, el celador de turno que empujaba una camilla vacía casi en piloto automático. Tenía la mirada vidriosa de quien lleva demasiadas horas sin dormir plácidamente en mucho tiempo.

—Vero, en la 311 hay un politraumatismo. Llega en cinco minutos. ¿Puedes...?

—Ya voy.

No esperó confirmación.

Verónica atravesó el pasillo bajo la luz blanquecina de los fluorescentes, esquivando un carro de medicación que desprendía ese olor característico: antiséptico mezclado con sudor rancio. Al pasar junto a Olena, otra auxiliar del turno nocturno, apenas esbozó un gesto con la barbilla. Olena la miró con esa expresión que Verónica conocía demasiado bien: admiración teñida de lástima.

"Esa mujer nunca para", le había oído decir una vez.

No era un elogio.

Parar significaba pensar. Y pensar significaba recordar. Recordar la mirada de Bruno esa mañana en el desayuno, las ojeras violáceas que ya no desaparecían ni con doce horas de sueño, la forma en que

había dejado el plato intacto mientras mantenía los auriculares puestos y la cabeza gacha.

"Estoy bien, mamá", había dicho sin mirarla.

Mentira.

Pero ella también había mentido. *"Come algo, cariño"*, con esa voz profesional que reservaba para los pacientes: distante, aséptica, vacía. Y después había salido corriendo hacia el hospital, como siempre.

Eran las tres y diecisiete de la madrugada cuando lo sintió.

Estaba inclinada sobre el lavabo de la sala de curas, frotándose las manos con gel desinfectante hasta que la piel le ardía, cuando el destello de luz en la pantalla del smartwatch la detuvo.

5 llamadas perdidas. Jorge Daniel.

El mundo se detuvo. Solo un segundo. Un único segundo suspendido en el vacío. Y después, fue puro movimiento.

La toalla de papel cayó al suelo. Salió disparada hacia los vestuarios, zuecos chirriando contra el linóleo. Abrió su taquilla de un tirón tan violento que el candado rebotó contra el metal. Agarró el teléfono móvil.

La pantalla se iluminó. 5 llamadas perdidas. Jorge Daniel. 7 mensajes en Telegram.

Las manos le temblaban mientras desbloqueaba el teléfono. Los mensajes aparecieron en cascada:

Jorge Daniel – 2:48 AM Es Bruno otra vez

Jorge Daniel – 2:51 AM Veronica atiende

Jorge Daniel – 2:55 AM ESTÁ MAL

Jorge Daniel – 3:02 AM Se q estas trabajando

Jorge Daniel – 3:09 AM Veronica x favor

Jorge Daniel – 3:14 AM No para!

Jorge Daniel – 3:16 AM Ven ya!!!!!!

El teléfono estuvo a punto de resbalar entre sus dedos. Lo apretó contra su pecho mientras el corazón le martilleaba las costillas. Sin pensarlo dos veces, agarró el bolso, cerró la taquilla de un golpe y echó a correr.

—¡VERÓNICA!

La voz de Pilar, otra celadora, resonó por el pasillo. Verónica no frenó. Atravesó las puertas batientes todavía con el uniforme verde puesto, el pelo recogido en una coleta deshecha.

—¡Vero, espera! —Pilar corrió tras ella—. ¿Qué pasa? ¿Es Bruno otra vez?

Verónica se giró apenas un instante, jadeando.

—No... no, está todo bien. Tengo que irme.

—¿Quieres que le diga a Antonio que te lleve? Puede usar la ambulancia, no hay problema...

—¡No! —La palabra salió más brusca de lo que pretendía—. Está bien. Todo está bien. Yo... tengo que irme.

No esperó respuesta.

Empujó la puerta de salida y el aire frío de marzo la golpeó. Corrió hacia el aparcamiento mientras sus zuecos repiqueteaban contra el asfalto mojado. Las farolas proyectaban charcos de luz naranja entre las sombras.

Su auto estaba al fondo: un Renault Megane gris con una abolladura en el capó que llevaba tres años sin arreglar, como tantas otras cosas en su vida.

Sacó las llaves del bolso mientras corría y las apretó en el puño. *Tranquila. Tranquila. Respira,* se dijo. Llegó a la puerta del conductor e intentó insertar la llave en la cerradura... Pero se le resbalaron de entre los dedos.

—No, no, no...

Se agachó. Las recogió con manos temblorosas. El metal estaba helado. Volvió a intentarlo. La llave rozó el agujero, resbaló y cayó

de nuevo con un tintineo metálico.

—¡Joder!

Se agachó de nuevo, esta vez sujetándola con ambas manos mientras apretaba los dientes, hasta que logró meterla en la cerradura.

Clic.

La puerta se abrió. Se lanzó al asiento, cerró de un portazo, metió la llave en el contacto y giró.

El motor tosió. Una vez. Nada más.

—Vamos... vamos... vamos...

Giró de nuevo, pisando el acelerador. El motor rugió. Verónica salió del aparcamiento con un chirrido de neumáticos que rasgó el silencio de la madrugada.

Las calles estaban vacías bajo un manto de nubes bajas. Los semáforos parpadeaban en ámbar. Pero Verónica no vio nada de eso. Solo veía la carretera, y los mensajes de Jorge repitiéndose en su cabeza.

"No para."

Saltó el primer semáforo en rojo. El segundo ni lo vio. Un coche tocó la bocina a lo lejos, pero ella ya había girado a la izquierda, en dirección contraria, cortando por la calle peatonal. El velocímetro marcaba ochenta kilómetros por hora en una zona de treinta. Le daba igual. Le daba absolutamente todo igual, excepto llegar.

"Ven ya."

Otro semáforo. Otro bocinazo. No importaba. Giró con las ruedas chirriando, subió la cuesta de su barrio en dirección contraria, y finalmente frenó en seco frente a su edificio.

Un bloque de cinco plantas con fachada de ladrillo visto y persianas de aluminio blanco.

Aparcó en doble fila. Ni siquiera cerró con llave. Salió corriendo, cruzó el portal —la luz automática parpadeó y se encendió con un zumbido—, subió las escaleras de dos en dos, de tres en tres.

Primera planta. Segunda. Tercera.

La puerta del 3°B estaba entreabierta.

Se detuvo un segundo en el umbral. Respiraba tan fuerte que le dolían los pulmones. Empujó la puerta. La casa estaba sumida en penumbra, solo había luz en el pasillo. Al fondo, en la habitación de Bruno, una luz tenue se filtraba por debajo de la puerta.

Verónica avanzó. Y entonces lo vio.

Bruno estaba tumbado en medio de la alfombra, a los pies de su cama. Su cuerpo se sacudía en espasmos violentos, incontrolables. Tenía los ojos en blanco, las pupilas desaparecidas.

Jorge estaba arrodillado junto a él, sosteniendo el cuerpo de su hijo en el regazo, sujetándole la cabeza para que no se golpeara contra el suelo. Había metido dos calcetines enrollados en la boca de Bruno para evitar que se mordiera la lengua. Sus propias manos temblaban. Su rostro estaba pálido, desencajado, empapado en sudor.

Cuando vio a Verónica entrar, los ojos de su esposo se llenaron de algo que era mitad alivio, mitad desesperación.

—¡VERÓNICA!

—Estaba bien... —La voz de Jorge se quebró—. Estaba bien. Dormido, y de repente he oído un golpe. Un golpe fuerte. He venido corriendo y estaba así. Lleva... lleva cuarenta minutos así. No para. No para, Verónica. No para.

Verónica se dejó caer de rodillas junto a ellos. El suelo frío le atravesó la tela del uniforme, pero no sintió el frío.

Sus manos —esas manos de enfermera curtidas en mil noches de emergencias, acostumbradas a encontrar el pulso en cuellos helados, a insertar catéteres, a sostener el último aliento de desconocidos— ahora temblaban.

No era miedo. Era impotencia.

Abrazó a Bruno. Lo apretó contra su pecho. Hundió la nariz en su pelo empapado en sudor. Su mejilla rozó la frente ardiente. Y por un

instante —solo por un instante— quiso creer que bastaba con estar ahí.

Pero no bastaba.

—Cariño... mamá está aquí —susurró, y su voz se quebró—. Estoy aquí, mi amor. Tranquilo... tranquilízate, por favor.

Pero Bruno no se tranquilizaba.

Sus piernas seguían sacudiéndose, golpeando el suelo con un ritmo caótico. Sus dedos se crispaban formando garras, los nudillos blancos, las uñas clavándose en las palmas.

Verónica lo meció. Lo apretó más fuerte. Le besó la sien una y otra vez.

Pero no era suficiente.

Y por más que lo abrazara, por más que le susurrara que todo iba a pasar, la verdad era brutal: esto no pasaba. Esto no era la primera vez.

—Tranquilo, cariño. Ya pasó. Ya pasó.

Jorge seguía arrodillado al otro lado, con las manos sobre la cabeza, los ojos cerrados con fuerza, los labios moviéndose en algo que podría haber sido una oración o una maldición a quien pudiera estar escuchando.

Pasaron dos minutos que parecieron dos mil años. Y entonces, lentamente, los espasmos comenzaron a ceder. El cuerpo de Bruno fue relajándose poco a poco. Los músculos se aflojaron. La respiración —que había sido un jadeo entrecortado y violento— se volvió más profunda, más lenta, más normal. Los ojos volvieron. Se movieron bajo los párpados, rotaron despacio hacia abajo, y finalmente se abrieron.

Bruno los miró. Primero a su madre. Luego a su padre. Sus ojos marrones estaban perdidos, desorientados.

—¿Ma..?

Su voz era un hilo ronco.

Verónica sollozó. Lo apretó contra ella con toda la fuerza que le quedaba.

—Estoy aquí, mi vida. Estoy aquí.

Jorge se levantó de un latigazo, como si el aire cerca del suelo le quemara. Se arrastró hasta la ventana y se hundió contra el marco, dejando que el frío del cristal le mordiera la frente. Sus hombros subían y bajaban en un ritmo roto, una marea de rabia y agotamiento que no terminaba de romper. Detrás de él, el mundo se reducía al susurro quebrado de Verónica y a la respiración, ahora más tranquila, de su hijo.

—Ya pasó, cariño. Ya estoy aquí —arrullaba ella, aunque sus ojos, anegados, miraban al vacío—. Te vas a poner bien, hijo. Te vas a poner bien.

Bruno se rindió al sueño con la brusquedad de los vencidos. Su respiración se volvió un hilo constante, dejando a sus padres a solas con el desorden que Bruno había dejado a su paso. Jorge seguía allí, una silueta recortada contra un amanecer grisáceo que no prometía luz, sino solo claridad sobre las ruinas.

Verónica lo observó desde su rincón. Sostenía el cuerpo de su hijo como quien custodia un milagro herido, pero en su mirada palpitaba algo más espeso que el miedo: una vergüenza corrosiva, la culpa de quien sabe que solo llegar, ya no es suficiente.

—No podemos seguir así —soltó Jorge. Su voz no era un grito, era un eco gastado, el sonido de algo que finalmente se quiebra—. Esto nos ha pasado por encima, Verónica.

Ella no respondió. Se limitó a hundir el rostro en el cabello de Bruno, estrechándolo contra su pecho con una fuerza desesperada. Lo sabía. Lo sabía desde hacía meses, pero reconocerlo en voz alta se hacía real. Aterradoramente real.

Tal como ocurrió.

CAPÍTULO | 02

UN LUGAR SEGURO

Bruno abrió los ojos antes de que el despertador pudiera pronunciar su veredicto electrónico. Hacía tanto que el sueño se le negaba que la vigilia se había convertido en su estado natural. Lo que había experimentado durante esas escasas horas no merecía el nombre de descanso: era una inquietud viscosa disfrazada de amnesia temporal, un limbo donde los ecos de la convulsión nocturna se entrelazaban con pesadillas sin forma.

Giró la cabeza hacia la mesilla. El reloj digital parpadeaba en números rojos: 7:30 a.m. Cuatro horas. Solo cuatro malditas horas desde que su cuerpo había dejado de ser suyo para convertirse en una descarga de espasmos; desde que había vuelto en sí, desorientado y roto, entre los brazos desesperados de su madre.

Un suspiro profundo le escapó de los labios, cargado con esa resignación particular de quien sabe que el día que comienza no es una oportunidad, sino un martirio que debe ser soportado.

La ducha fue un ritual automático, desprovisto de consuelo. El agua caliente golpeaba su nuca, pero fracasaba en descongelar ese hielo que llevaba instalado bajo la piel, una escarcha que nacía directamente de los huesos. Se vistió evitando el espejo del baño. Fue una decisión deliberada; no necesitaba confirmar lo que ya sentía: las ojeras excavadas como trincheras, los hombros vencidos en una curva permanente de derrota y esa mirada ausente que parecía flotar un centímetro más allá de su propio rostro.

Pantalón gris, camiseta y chaqueta verde, zapatillas desgastadas. Camuflaje urbano. La ropa era su armadura invisible, la única estrategia para volver su cuerpo imperceptible. Su lógica era simple y cruel: si no te ven, no pueden golpearte.

Agarró la mochila y, con un cuidado casi litúrgico, introdujo en el fondo sus auriculares y su teléfono móvil. Eran sus dos únicas líneas de vida, los cables que lo conectaban a un mundo donde él podía controlar el volumen.

Al salir del cuarto, el silencio de la casa lo recibió con una densidad casi palpable. Verónica seguía hundida en la cama. El turno nocturno en el hospital, la carrera en la madrugada y el peso de sostener a un hijo que se deshacía en sus manos la habían dejado exhausta, más allá del cansancio físico. Pero Jorge ya estaba en pie.

Había preparado el desayuno con esa rutina perfeccionada durante más de un año de desempleo: café humeante que llenaba la cocina de un aroma a amargura, tostadas dispuestas con una precisión geométrica casi obsesiva y un vaso de leche desnatada. Se movía por el espacio con la lentitud de quien ha perdido el ritmo del mundo exterior. El hogar se había convertido en su único reino y, al mismo tiempo, en su cárcel más estrecha.

Al ver entrar a Bruno, levantó la vista del periódico que fingía leer.

—Buenos días —dijo, intentando que su voz sonara firme.

—Buenos días —respondió Bruno sin levantar la vista.

Al padre le bastó. No pedía más. Solo que el silencio continuara siendo habitable.

Bruno se sentó. El vaso de leche fría y la tostada seca lo esperaban. No tenía hambre. Tenía un nudo denso en el estómago. Pero la farsa era necesaria. Cogió la tostada, la masticó con la boca seca, y la empujó hacia abajo con tragos forzados de leche helada. No era comida. Era un pago simbólico.

Metió una manzana en la mochila sabiendo que no se la comería.

—Adiós —dijo al levantarse. La palabra salió plana, vacía.

—Adiós —respondió su padre cuando la puerta ya se había cerrado.

Bruno se detuvo en el umbral del portal, la última frontera antes del territorio hostil. Su cuerpo adoptó automáticamente una postura de vigilancia: la barbilla hundida, los ojos barriendo la calle de izquierda a derecha, un vistazo rápido por encima del hombro. No era cautela; era el instinto de una presa esperando la emboscada. Porque para él, la violencia no era una posibilidad, era una certeza que solo esperaba su momento.

Comenzó a caminar hacia el instituto con un titubeo constante, con esa pisada ligera y temerosa de quien cree que cada baldosa podría ceder o delatar su presencia. Revisó la mochila por inercia: auriculares, teléfono. Estaban allí, sus talismanes de silicio. Pero no se los puso. Sabía que en esos quince minutos de trayecto no podía permitirse el lujo del aislamiento; necesitaba sus oídos limpios para detectar el peligro antes de que este lo viera a él.

Cualquier sonido cotidiano —el portazo metálico de un vecino, el frenazo seco de un coche, una risa que rebotaba en las paredes de los edificios— se transformaba en una amenaza directa. El ruido le tensaba los hombros hasta convertirlos en piedra, le robaba el aliento y lo obligaba a mirar de reojo, buscando el rostro de sus verdugos en cada desconocido.

Bruno no caminaba por las calles; se filtraba por ellas. Buscaba los desvíos y la maleza del mundo, habitando los márgenes para no ser detectado. Para él, la vida no era un lugar donde estar, sino un

estado de supervivencia absoluta: un campo de minas que debía cruzar cada mañana conteniendo el aliento.

Llegó temprano, pero eso no garantizaba la inmunidad. Se detuvo en la periferia de la entrada, observando con una atención casi militar, analizando las sombras y los grupos. Por un instante fugaz, el patio pareció despejado. Con la cabeza gacha —siempre con la mirada clavada en sus propios pasos— decidió cruzar el umbral.

Fue entonces cuando el mundo se cerró sobre él. El impacto fue seco, sólido.

El abusón recurrente. El maldito cliché de todos los clichés de cualquier institución escolar que, en este caso —y para desgracia de Bruno—, no era más que un rostro nuevo en una genealogía interminable de verdugos.

El chico estaba allí, erguido frente a él mientras Bruno yacía en el suelo, habitando ese espacio de poder con una sonrisa torcida. En sus ojos brillaba esa anticipación eléctrica que siempre precede a los problemas.

—Hostia, Bruno. Mira por dónde vas, tío. Cada día estás más imbécil. No sé qué coño haces aquí si todavía no has aprendido ni a caminar.

Las palabras fueron proyectiles trazadores, directos al centro de su flotabilidad. Bruno no levantó la vista; en su lugar, intentó la táctica de la evaporación: bordear el conflicto, escurrirse por las costuras del grupo, convertirse en una mota de polvo en suspensión. Pero el espacio se contrajo. Unos brazos fuertes lo empujaron con una fuerza medida, técnica, casi profesional. Bruno cayó de espaldas contra el hormigón. El golpe seco le resonó en la columna como un trueno sordo y le expulsó el aire de los pulmones, dejándolo vacío, reducido a un envoltorio de carne privada de oxígeno.

—¡Pero chico, si estamos hablando! ¿A dónde vas? ¿Otra vez en el suelo?

Un puñado de risas estalló a su alrededor. No eran muchas, pero en el silencio del patio sonaron como cuchillos chirriando sobre el cristal.

Bruno trató de incorporarse, sintiendo el frío del cemento en las palmas de las manos. Las piernas le temblaban de esa vergüenza visceral que no se queda en la piel, sino que se calcifica en los huesos. Una humillación a la que nadie, por mucho que lo intente, logra acostumbrarse.

—Me ha contado tu vecino que anoche tuviste una noche movidita... —dijo el abusón, bajando la voz en una falsa confidencialidad que buscaba el altavoz del grupo.

—¡Ay, ay, ay! ¡Que no puedo parar!

Y entonces ocurrió lo obsceno. El abusón empezó a sacudirse, imitando una convulsión con una precisión cruel. Los ojos en blanco, los brazos rígidos, la boca torcida en una mueca grotesca que profanaba el sufrimiento real de Bruno. Era un sacrilegio coreografiado; la reducción de una tragedia humana a una parodia de patio de recreo.

—Hostia puta, Bruno... Eres la cosa más rara que ha pisado este sitio. Eres como un puto alíen.

Bruno no buscó sus ojos. No dijo nada. Nunca decía nada. Aprendió hace tiempo que las palabras solo alimentan el fuego. Los golpes, los insultos y las burlas se quedaban dentro, acumulándose como sedimentos de un río tóxico, capa sobre capa, endureciendo su alma.

La voz de un profesor cortó el aire desde la entrada del edificio:

—¡Venga, circulando! ¡Todos para adentro!

El grupo se dispersó al instante, transformándose de nuevo en estudiantes normales, como si no acabaran de participar en un linchamiento moral. Cero consecuencias. Bruno se incorporó con una lentitud de anciano, sacudiéndose el polvo de la chaqueta verde —su

armadura inútil— y entró en el edificio como un fantasma que ya ha aceptado que su condena es ser invisible.

Las clases transcurrieron envueltas en niebla. Matemáticas, donde los números flotaban sin significado. Lengua, donde las palabras se deshacían antes de llegar a su cerebro. Ciencias, donde las explicaciones le resultaban irrelevantes cuando su propia supervivencia estaba en juego cada segundo.

Tomaba apuntes mecánicamente, copiando símbolos que no se convertían en ideas. Su mente estaba atrapada en un bucle de recuerdos traumáticos: el baño donde lo habían encerrado, el pasillo donde lo habían empujado contra los casilleros, la mirada de los profesores que fingían no ver y un buen puñado de otros horribles recuerdos que competían entre sí por ocupar el prime time de su cabeza constantemente. Hasta que, en mitad de la clase de Historia —el profesor explicando algo sobre la Guerra Civil— Bruno sintió el primer pinchazo.

Un latido a destiempo le golpeó el pecho, potente y errático, como si su corazón hubiera olvidado el lenguaje de la vida y tratara de recuperar el ritmo a puñetazos. Luego vino otro, más violento, un choque eléctrico que le recorrió la espina dorsal. La garganta se le cerró de golpe, convirtiéndose en un embudo estrecho por el que el aire se negaba a pasar.

Levantó la vista hacia la pizarra en un ruego desesperado, buscando un punto de apoyo, pero de pronto, sin transición, el mundo se calcinó. Todo se tiñó de un rojo denso, abrasador.

No era sangre. Era algo más íntimo y aterrador: como si sus propias venas oculares se hubieran proyectado sobre la realidad, dilatadas y palpitantes al ritmo enloquecido de su pulso. La clase, los pupitres y sus compañeros desaparecieron tras esa red de capilares que latían como cables de alta tensión.

—No, por favor... —musitó, llevándose las manos temblorosas a la cara en un intento inútil de contener el desmoronamiento—. Otra vez no. Aquí no.

Pero su cuerpo no escuchaba súplicas.

El profesor detectó la anomalía. Se acercó y le puso la mano en el hombro, un gesto que pretendía ser humano pero que en Bruno actuó como una descarga eléctrica. Se sobresaltó con una violencia animal, encogiéndose para romper el contacto.

—Nec... necesito ir al baño —tartamudeó con una voz que se deshacía. Agarró su mochila con dedos torpes, temblorosos, como si en ella llevara lo único que lo mantenía unido a la tierra.

No esperó el permiso. Salió disparado del aula, huyendo del murmullo creciente de sus compañeros, ese enjambre de susurros que siempre lo perseguía. Y, por supuesto, no fue al baño.

Salió tambaleante del edificio, buscando el aire, y se dirigió hacia su lugar seguro: una colina arbolada en los márgenes del instituto. Un hueco de ramaje denso, apenas visible desde las ventanas, donde el mundo dejaba de mirarlo. Era un refugio conquistado en huidas anteriores, un punto ciego en el mapa del dolor.

Corrió hasta el roble centenario y se desplomó contra su tronco. Sus piernas, vaciadas de adrenalina, se rindieron por fin. La rugosidad de la madera se le clavó en la espalda, firme y real, ofreciéndole una estabilidad que ninguna persona le había dado jamás. Cerró los ojos. Respiró.

Al principio, el aire le quemaba en los pulmones, pero poco a poco el nudo empezó a ceder. Inhalar. Exhalar. El viento entre las hojas susurraba un lenguaje que no necesitaba traducción, y el olor a tierra mojada, a musgo viejo y savia seca, lo envolvió como una manta que nadie podía arrebatarle. Allí, bajo la sombra del gigante, el mundo dejaba de perseguirlo. No había miradas, ni risas, ni puertas cerrándose a su paso. Solo el crujido de las ramas y el latido lento de la tierra bajo sus pies.

Con las manos todavía temblorosas, buscó en su mochila. Sacó los auriculares y, en un acto casi ritual, pulsó *play*.

Las primeras notas de la *Sinfonía nº 3 Op* de Henryk Górecki, se filtraron en su sistema, no como sonido, sino como un bálsamo. La música devoró los últimos restos de tensión y transmutó su respiración en un suspiro hondo, liberador. El primer acorde cristalino erigió un muro invisible contra la hostilidad del mundo; era una geometría de sonidos frágiles que crecían siguiendo una lógica que su alma comprendía mejor que cualquier palabra humana.

Involuntariamente, sus dedos empezaron a danzar en el aire, pulsando teclas invisibles en un piano fantasma que solo él podía tocar.

La pieza desplegó ante él un paisaje vasto y secreto: notas como pisadas leves en una playa virgen, silencios que evocaban la sal marina y verdades inefables, demasiado sofisticadas para el lenguaje mundano. Cerró los ojos con más fuerza y la colina se disolvió. El roble dejó de ser árbol. La materia se desintegró en un océano infinito donde Bruno flotaba sin peso, sin gravedad y, sobre todo, sin dolor.

Cada nota trazaba una línea luminosa, un teclado gigantesco cuyas teclas eran ventanas transparentes hacia la libertad. Allí donde antes

solo había ruido, brotaron colores: azules abisales que se adherían a su pecho como terciopelo cálido y grises plateados que se fundían en pátinas de luz perlada. Ya conocía ese milagro; cuando la realidad se derrumbaba, el arte lo rescataba de entre los escombros. Aquella música lo hacía sentir, simultáneamente, delicado y colosal, parte inseparable de un Todo. Una eternidad sin nombre donde la existencia simplemente *es*, y donde cada átomo encaja con la precisión de un engranaje sagrado.

En aquel estado de gracia, la belleza era tan violenta que lo atravesaba como una lanza de luz. No se limitaba a escuchar la melodía; la bebía, la respiraba, permitiendo que circulara por sus venas en lugar de sangre. Sintió cómo la frontera de su piel se desvanecía, como si sus terminales nerviosas se expandieran hacia el exterior para enredarse con las raíces del roble y el pulso de las nubes.

Era un éxtasis desbordante, una comunión eléctrica donde el trauma y el miedo a la convulsión eran solo cenizas dispersas en un incendio de armonía. Se sintió ascendiendo por una escala de cristal, despojándose del peso de su nombre y de la carga de su propio cuerpo defectuoso. Era una embriaguez mística, un orgasmo de los sentidos que no perseguía el placer, sino la Verdad. Por un instante eterno, Bruno no fue el paria, ni el enfermo, ni el "alíen"; fue la vibración misma, el acorde final, el silencio absoluto que sostiene el universo.

Hasta que el teléfono vibró bruscamente contra su muslo, arrancándolo de la luz y devolviéndolo de un golpe seco al peso bruto de la tierra. La vibración no fue un simple aviso; fue un terremoto que desmanteló su universo musical, reduciendo la escala de cristal a fragmentos de plástico y silencio.

Aquel cosmos protector, donde Bruno acababa de ser eterno, se evaporó en un segundo. La realidad recuperó su color gris, el frío de la mañana le mordió de nuevo la nuca y el roble volvió a ser solo madera muerta.

Miró la pantalla. Un solo nombre parpadeaba, desprovisto de calidez, como una sentencia: «Papá».

Tardó tres tonos en contestar, aferrándose a los últimos segundos de paz.

—Bruno, hijo. ¿Dónde estás? Me acaban de llamar del instituto. Dicen que te fuiste de clase hace una hora.

La voz de Jorge sonaba cansada pero preocupada.

Bruno contestó con voz temblorosa:

—Sí, papá... estoy bien...

Pasaron unos segundos de silencio denso. Su padre respiraba audiblemente. Luego, con resignación:

—Vale. Voy.

Clic.

Bruno apagó el móvil y se quedó mirando el cielo entre las hojas. La música aún flotaba fantasmalmente en sus oídos, pero ahora cada nota llevaba adherido el presagio del regreso inevitable.

El regreso fue una marcha fúnebre. Cada paso acortaba la distancia con su casa, pero incrementaba la ansiedad. El nudo en el estómago crecía mientras las explicaciones imposibles se amontonaban en su mente.

Al abrir la puerta veinte minutos después, el silencio dolió más que cualquier grito. Sus padres lo esperaban en el salón, de pie, como un frente unido. Él intentó escabullirse hacia su habitación.

—¿A dónde vas?

La voz de Verónica lo paralizó. Tenía la frialdad de una sentencia y el filo de un cuchillo.

Bruno dio media vuelta con lentitud, con la cabeza tan profundamente gacha que su barbilla casi tocaba su pecho, y se dirigió al salón arrastrando los pies.

—¿Qué MÁS tenemos que hacer, Bruno? —La voz de Verónica se quebró—. Dinos qué más. ¿Cómo tenemos que ayudarte si no nos cuentas lo que te pasa? ¡Tienes que hablar!

Bruno mantuvo la cabeza baja, la mirada clavada en las baldosas. El silencio entre ellos pesaba como losa de mármol.

Su padre se acercó con pasos tensos.

—¡NO PODEMOS SEGUIR ASÍ! —La voz de Jorge estalló como trueno—. ¡HABLA DE UNA!... Vez.

Bruno se sobresaltó violentamente. Todo su cuerpo se tensó.

—Tienes que hablar con nosotros —dijo Jorge, y toda la furia se había evaporado, reemplazada por súplica—. Por favor, hijo.

Verónica se interpuso ligeramente entre ellos.

—El profesor me ha contado lo que pasó esta mañana en la puerta del instituto. —Su voz se endureció—. Bruno, si no te haces respetar, nadie lo hará... ¡Si se meten contigo, tienes que devolvérsela! ¡No puedes quedarte ahí parado!

Bruno no se movió ni un milímetro. Él no era así. Nunca lo había sido. Nunca lo sería.

Su madre lloró abiertamente. Su padre bufó como animal herido. De forma autoritaria, Jorge lo señaló con el dedo.

—Que sea la última vez que te marchas del instituto sin avisar. La última, Bruno. ¿Me oyes? ¡A tu cuarto! ¡Ahora mismo!

Bruno permaneció petrificado.

—¡¡¡A TU CUARTO!!!

Bruno se sobrecogió violentamente del susto.

—¡Espabila de una vez!

Bruno cruzó el pasillo hacia su habitación sin decir una palabra. Mantuvo la postura cabizbaja, con los hombros hundidos en ese caparazón protector que ya era parte de su anatomía. Sus pies se arrastraban por el pasillo, pesados, como si cada paso fuera un tributo que debía pagarle al suelo.

Cerró la puerta con una lentitud milimétrica, un cuidado exquisito nacido del miedo a ser notado. El clic del pestillo fue un susurro apenas audible.

Desde el salón, la voz de Jorge atravesó la pared. No era un grito, pero traía consigo ese filo de fastidio crónico que Bruno conocía de memoria. Era una voz cargada de una fatiga que buscaba un culpable, un sonido que cortó el aire de la habitación con la precisión de un cuchillo.

—¿Pero qué cojones me estás contando, Verónica?

La voz de su esposa llegó, más tensa, intentando contener la marea.

—Me lo ha recomendado Marta la del trabajo, Jorge. Ella consiguió dejar de fumar con eso.

—¿Estás de coña, no? —la interrumpió él, con una risotada cortante y falsa.

—¡Pues tú dirás qué hacemos! —Verónica alzó la voz, los ojos brillantes de rabia y desesperación—. ¡Cualquier día se nos queda en mitad de la calle! ¡O desaparece! ¡O Dios sabe qué más!

—Y si esto no funciona, ¿qué? Dime, Verónica, ¿qué hacemos? —La voz de Jorge se elevó, seguida del eco de sus pasos pesados acercándose a ella—. ¿Vamos a la iglesia y le ponemos dos euros a la vela electrónica?

—Vete a tomar por culo, Jorge.

—¿Qué has dicho?

—¡Que te vayas a tomar por culo! —Su voz se quebró. Mientras se alejaba, farfulló algo ininteligible que acababa en: «...de mierda».

Las voces se convirtieron en un rumor distante y acalorado, perdiéndose en los confines del piso. Bruno ya no distinguía las palabras; solo le llegaba el tono, ese forcejeo verbal que se había convertido en el ruido blanco de su existencia.

En su habitación, la penumbra lo recibió como a una vieja conocida. Allí, entre láminas de colores comidos por el tiempo y auriculares enrollados como serpientes dormidas, Bruno se desplomó sobre el colchón. Los muelles crujieron, una protesta metálica que resonó en el silencio de su encierro. La música de Glazunov aún vibraba fantasmalmente en su cabeza, un hilo de seda tendido sobre un abismo, recordándole que existía un universo donde el dolor no era la única constante.

Al otro lado de la puerta, la casa seguía hablando con voces amortiguadas. Voces que se culpaban, que se herían. Voces que todos oían, pero que nadie escuchaba.

Bruno extendió el brazo y agarró la manta gastada al pie de la cama. Era un tejido viejo, poblado por dibujos de dinosaurios cuyos perfiles el tiempo había borrado, pero cuya textura conservaba el rastro de una infancia más simple. Se envolvió en ella, convirtiéndose en un capullo rígido, dejando solo un pequeño hueco para que el aire entrara. El peso de la lana era reconfortante de una forma primitiva: una presión física que intentaba mantener unidas sus piezas rotas. Bajo esa oscuridad autoimpuesta, podía fingir que el resto del universo se había evaporado.

Cerró los ojos. Su respiración se fue acompasando, ralentizándose hasta casi desaparecer. En algún lugar profundo de su mente exhausta, la melodía de Glazunov seguía sonando, suave y persistente, como el faro de un barco que se hunde en mitad de la tormenta.

Estaba a salvo.

Al menos durante unos instantes.

Durante un rato, estaba lejos del mundo.

De este horrible mundo.

CAPÍTULO | 03

BUENA SUERTE

La mañana siguiente se coló en la habitación como un intruso silencioso, sin permiso ni aviso. Bruno «despertó» con el sabor metálico del insomnio pegado al paladar. No fue un despertar real, sino más bien una transición pastosa desde el letargo hacia la conciencia.

Su madre entró sin preámbulos. Llevaba el rostro marcado por ojeras y el pelo recogido en una coleta improvisada, tensa, como si fuera lo único que mantenía sus facciones en su sitio.

—Levántate, hijo. Dúchate rápido. Hoy no vas al instituto.

Él la observó desde la profundidad de su manta de dinosaurios, con la mente entumecida.

—¿No voy al instituto?

—Hoy no. Vamos a ir a un sitio.

«Un sitio». En el código familiar, esas dos palabras podían abarcar un reducido espectro de lugares: el dentista, un nuevo neurólogo con otra batería de pruebas humillantes o, en un universo paralelo, Disneylandia. Sin embargo, estaba más que claro que Disneylandia no era la opción ganadora.

Bruno se duchó y se vistió con la inercia de los condenados. En la cocina, desayunó la tostada seca y el vaso de leche desnatada que

su padre le había dejado preparado, un ritual insípido, tan carente de azúcar como lo era el afecto en aquella casa. Se cepilló los dientes con un esmero obsesivo, puliendo cada rincón frente al espejo, por si acaso.

Cuando salieron de casa, el cielo estaba gris, amenazando lluvia. Los tres subieron al coche en silencio: Jorge al volante, Verónica en el asiento del copiloto, Bruno atrás. Nadie encendió la radio. Nadie dijo nada. El motor arrancó y el Renault Megane se incorporó al tráfico matutino con la pesadez de un funeral.

Bruno miraba por la ventanilla. Edificios. Semáforos. Gente caminando con prisa hacia lugares que importaban. Él iba hacia un lugar que no conocía, con padres que no le explicaban nada, sintiendo ese nudo familiar en el estómago que ya era parte de su anatomía.

El coche se detuvo en un semáforo en rojo, un paréntesis de silencio en medio del tráfico. Verónica se giró hacia el asiento trasero. Su rostro intentaba proyectar una calma manufacturada, pero sus ojos, rojos e hinchados, delataban la vigilia de la noche anterior.

—Tranquilo, cariño —dijo con una voz que pretendía ser un refugio, pero que sonaba a súplica—. Vamos a ir a un sitio muy especial. Tú solo tienes que estar tranquilo. No te asustes.

«No te asustes».

Bruno conocía bien esa frase. La había escuchado antes de cada punción, antes de cada neurólogo de bata fría, antes de cada electroencefalograma que le llenaba el pelo de gel conductor. Esas tres palabras habían tranquilizado a un total de cero unidades de personas a lo largo de la historia de la humanidad. Pero él asintió de todas formas, como si acaso pudiera opinar al respecto.

El semáforo cambió a verde. El coche avanzó.

Llegaron a un bloque de pisos de cinco plantas, fachada de ladrillo visto, persianas metálicas descoloridas por el sol. Un edificio anónimo en un barrio anónimo. Jorge aparcó en la calle y los tres bajaron del coche. Verónica pulsó el telefonillo del portal. Nadie preguntó quién era. El zumbido eléctrico de la cerradura liberada fue la única respuesta.

Subieron cuatro pisos por las escaleras. El ascensor tenía un cartel de "AVERIADO" escrito con rotulador negro. Los pasos de los tres resonaban contra las paredes de cemento pintado de verde hospital. Bruno contó los escalones. Sesenta y cuatro. Sesenta y cinco. Sesenta y seis. Cuando llegaron a la cuarta planta, Verónica tocó el timbre de una puerta de madera oscura. Una mujer de unos sesenta años abrió. Pelo canoso recogido en un moño, vestido negro hasta las rodillas, expresión seria. Los miró de arriba abajo con ojos entrecerrados, como si estuviera evaluando ganado.

—¿Sí?

—Somos los padres de Bruno —dijo Verónica con una sonrisa forzada—. Ya hablamos antes por teléfono.

La mujer asintió sin devolver la sonrisa y se hizo a un lado.

—Pasen. Siéntense en la sala de espera. A la derecha.

Entraron. La casa olía a incienso barato y a humedad, como si el aire mismo estuviera empeñado en disfrazar algo que no quería ser olvidado. Las paredes eran un caos visual: atrapasueños de plumas sintéticas colgaban junto a ojos turcos de plástico brillante, manos de Fátima de oro falso se entremezclaban con pentáculos impresos en papel lustre, cruces católicas, ortodoxas y coptas competían por espacio con símbolos de la rueda del dharma, runas nórdicas mal dibujadas y estampas de santos cuyos nombres nadie recordaba. Velas de colores —rojas, verdes, moradas— se amontonaban en repisas polvorientas, algunas aún encendidas, otras derretidas sobre imágenes de Ganesha, San Miguel Arcángel y una versión *kitsch de Quan Yin* con purpurina en los ojos.

En una esquina, una Virgen María de yeso desconchado sonreía beatíficamente a un Buda de resina sonriente, mientras entre ellos,

como si nada, descansaba un espejo redondo con la palabra "abundancia" escrita en cursiva dorada. No había intención espiritual allí, solo acumulación desesperada: un collage de creencias arrancadas de contexto, ensamblado sin fe, sin respeto, sin coherencia. Todo gritaba fraude con la sutileza de un cartel de neón parpadeante.

La sala de espera era pequeña y estaba abarrotada. Tres personas esperaban sentadas en sillas disparejas: una mujer mayor que acariciaba un rosario con dedos temblorosos, un hombre de mediana edad que no dejaba de frotarse las manos, y una chica joven con los ojos rojos de tanto llorar. Nadie hablaba. Todos miraban al suelo.

La familia se sentó en un sofá de terciopelo marrón que conoció mejores días en otra década. Los muelles rechinaron bajo su peso. Bruno miró a su alrededor, cada vez más confundido.

—Mamá —susurró—, ¿dónde estamos? ¿Qué es este sitio?

Verónica se giró hacia él y le agarró la mano con una fuerza que dolía, aunque su voz intentaba ser suave.

—Cariño, ya sabes que te han visto los mejores médicos de mi hospital. Amigos míos, los mejores. Pero nadie encuentra un diagnóstico claro para tus... para lo que te pasa. —Hizo una pausa, sus dedos apretaron más—. Ni los médicos ni aquella psiquiatra... —pronunció la palabra con desprecio— ...han podido ayudarte. Ya no sabemos qué más hacer, y este hombre me lo recomendó una compañera. Por probar, no perdemos nada.

Jorge, sentado al otro lado de Verónica, soltó un resoplido cargado de una ironía ácida. Gesticuló vagamente con la mano, señalando la precariedad del entorno.

—Cincuenta euros sí —masculló entre dientes—. Seguro que perdemos como mínimo cincuenta euros.

Verónica lo fulminó con la mirada, pero el silencio que siguió fue interrumpido por un estruendo que llegaba desde las entrañas de la casa. Una voz masculina, gutural y forzada, entonaba algo que no era exactamente un canto, sino un lamento ensayado. El aire se

llenó de un retumbar de tambores y el tintineo histérico de unas campanillas.

—¡Fuera, espíritu inmundo! —tronó la voz—. ¡Regresa a la sombra, criatura de la noche!

Había un teatralismo tan exagerado, una puesta en escena tan dantesca, que cualquier persona con un mínimo de sentido común sabría que aquello era un cepo ideado para cazar desesperados. Sin embargo, en la sala de espera, el efecto fue el contrario: la chica joven se secó las lágrimas con la manga, el hombre de las manos nerviosas se quedó petrificado mirando la puerta y la mujer del rosario intensificó el murmullo de su oración.

Pasaron diez minutos que, en el reloj de Bruno, se sintieron como una hora de tortura, y finalmente la puerta se abrió. De aquella habitación salió una mujer de unos treinta años, envuelta en un pañuelo de colores que enmarcaba un rostro despojado de cejas, donde solo quedaba el rastro fantasmal de un dibujo a lápiz. A pesar de su fragilidad, sus ojos brillaban con una esperanza desgarradora que a Bruno le revolvió el estómago. Pagó en efectivo a la chica de la entrada y se marchó flotando en una paz artificial.

Entonces, apareció él.

Era un hombre de unos cincuenta años, de piel curtida y cabello canoso recogido en una coleta tirante. Vestía una túnica blanca, bordada con símbolos pretendidamente arcanos que bajo la luz del pasillo parecían vulgares. Llevaba anillos en cada dedo y un collar de cuentas de madera que le golpeaba el vientre al caminar. Entró en la sala secándose las manos con un paño blanco, exhibiendo la sonrisa pulida y hueca. Su expresión lo decía todo: otra clienta satisfecha.

—Siguiente —dijo, con una voz melosa que intentaba impostar una paz inexistente.

Jorge y Verónica se levantaron al unísono, tensos como resortes. Bruno fue el último en ponerse de pie, arrastrando su cansancio. La sonrisa de aquel hombre se congeló en su cara como una máscara de cera derretida. El paño blanco resbaló de sus dedos y cayó al suelo con un sonido sordo, inadvertido. Sus ojos —antes

calculadores, amables— se dilataron hasta clavarse en aquella familia, y dio un paso atrás.

—No —susurró. Su voz tembló.

Verónica centró la mirada, tratando de encontrar un rastro de profesionalidad en aquel hombre desquiciado.

—Perdone, hemos hablado por teléfono. Soy Verónica Accardi, le comenté el problema de mi hijo...

—Váyanse. —La palabra salió cortante, seca, como el chasquido de un hueso al romperse. Era una orden disfrazada de ruego.

Jorge se puso rígido. Su orgullo, ya maltrecho por tener que acudir a un sitio así, se encendió como una cerilla en un pajar.

—¿Cómo dice? Hemos cruzado la ciudad para venir hasta aquí. Tenemos una cita.

—No puedo ayudarles.

El chamán retrocedió otro paso, internándose en la penumbra de su pasillo.

—Yo no... no tengo lo que ustedes necesitan.

—Pero si ni siquiera lo ha examinado —protestó Verónica, sintiendo cómo la última de sus esperanzas se le escapaba entre los dedos. Su voz subió una octava, al borde del llanto—. Si es por dinero...

—¡QUE NO ES POR DINERO!

El grito retumbó en las paredes de la casa, haciendo vibrar los cristales de los marcos baratos.

—Por favor... se lo suplico, váyanse. Si no lo hacen, llamaré a la policía. Lo digo en serio.

Jorge dio un paso adelante, cruzando el umbral con un gesto en el que se mezclaban la ofensa y la frustración de haber sido rechazado por alguien a quien despreciaba.

—Sí, sí, ya sé que tienen dinero —tartamudeó el chamán, retrocediendo hasta que su espalda chocó violentamente contra la pared del fondo—. Pero lo que traen consigo no se arregla con billetes. Y yo no tengo la fuerza. No puedo. No puedo... —su voz se quebró, reducida a un susurro febril—. No puedo.

La fuerza del rechazo los empujó literalmente fuera. Salieron al rellano, aturdidos por el desconcierto de la reacción de aquel hombre. La pesada puerta de madera empezó a cerrarse, gimiendo sobre sus bisagras con un lamento metálico, pero justo antes de que el pestillo encajara, el chamán asomó la cabeza por la rendija. Agachó la mirada al suelo, incapaz de sostenerles la vista, y les dijo con un tono casi compasivo:

—Buena suerte.

Con esa críptica advertencia, cerró la puerta con una lentitud casi reverente mientras inclinaba la cabeza en una extraña mezcla de sumisión y despedida. El eco del golpe resonó en el hueco de la escalera. Los tres integrantes de la familia Torres Accardi se quedaron inmóviles, como si el sonido los hubiera clavado al suelo. Nadie se atrevió a hablar. Nadie se atrevió a moverse. Solo el crujido de la madera vieja bajo sus pies y el zumbido lejano de un fluorescente en el techo rompían el silencio.

Fue Verónica quien dio el primer paso, lento. Jorge la siguió sin mirar atrás, con las manos metidas tan hondo en los bolsillos que parecía querer desaparecer dentro de sí mismo. Bruno cerró la marcha, lanzando una última mirada a la puerta —ahora lisa, anónima, como si nunca hubiera contenido nada más que polvo y mentiras baratas— antes de bajar tras ellos.

Nadie dijo una palabra en el descenso. Ni siquiera cuando el edificio, con sus paredes desconchadas y su olor a humedad y desesperanza, pareció contener el aliento a su paso. Solo al llegar al coche, cuando Jorge ya tenía la mano en la manija de la puerta del conductor, Verónica murmuró, casi sin voz:

—¿Y ahora qué?

Nadie supo contestar, y se montaron en el coche.

Jorge conducía, pero no tomó el desvío hacia casa. Pasó de largo la salida de su barrio, dejando atrás las calles familiares, y siguió recto hacia la zona antigua de la ciudad.

Verónica vaciló un momento, mirando por la ventanilla cómo el paisaje urbano se volvía más denso y sombrío.

—¿A dónde vamos?

Jorge no respondió de inmediato. Sus manos, firmes sobre el cuero del volante, su mente seguía atrapada en aquel pasillo mugriento, en la mirada de terror del chamán y en esa compasión final que le había dolido más que un insulto.

—Jorge, ¿a dónde vamos? —insistió ella, con una nota de ansiedad en la voz.

Él apretó el volante con una fuerza tal que los neumáticos parecieron protestar contra el asfalto al tomar una curva. Cuando finalmente habló, su voz era baja, rota, casi el susurro de un náufrago.

—Al único sitio donde jamás pensé que iría por voluntad propia.

Verónica lo miró, confundida, buscando una explicación en el perfil endurecido de su marido. Entonces, al ver las torres de piedra gris recortándose contra el cielo al final de la avenida, lo comprendió. El pánico y el alivio lucharon en su pecho por un segundo.

—Jorge... —susurró ella.

—¿Qué más nos queda? —La voz de Jorge estalló de repente, cargada de una desesperación que había estado conteniendo durante meses como una presa a punto de reventar—. ¡Dímelo! ¿Qué más nos queda por probar?

Verónica abrió la boca para responder, pero las palabras se le atascaron en la garganta. No había más médicos, ni más pastillas, ni más curanderos de pacotilla. Solo quedaba el último peldaño. Miró por el retrovisor hacia el asiento trasero. Bruno estaba allí, encogido, con las manos tapándose la cara en un intento desesperado por camuflar unas lágrimas silenciosas que le empapaban los dedos. El coche siguió avanzando, directo hacia la silueta acusadora de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen.

Aquella no era una parroquia gótica detenida en el tiempo; era una iglesia de barrio que se esforzaba demasiado por ser relevante en la era digital. En la puerta, un cartel plastificado anunciaba su página de Facebook y un código QR. Unas cámaras impermeables vigilaban el pórtico con ojos de plástico y varias bombillas LED solares intentaban iluminar a los santos con una luz blanca y clínica. Incluso tenían un perfil en *Patreon*, por si algún fiel prefería adelantar parte del trabajo espiritual desde casa.

Jorge detuvo el motor en la acera de enfrente. El edificio de piedra gris se alzaba ante ellos, imponente y ajeno al tráfico de la tarde. Se quedó unos segundos con las manos aún puestas en el volante, mirando el campanario como quien observa el patíbulo.

Finalmente, desabrochó su cinturón y abrió la puerta del coche. Antes de salir, se giró hacia Verónica y Bruno sin llegar a mirarlos directamente a los ojos.

—Esperad aquí un minuto —dijo con una sequedad que intentaba, sin éxito, ocultar el temblor de su voz.

Salió del vehículo y cerró la puerta con cuidado. Cruzó la calle con los hombros hundidos y subió los peldaños de piedra que conducían a la entrada. Apoyó las manos en la puerta de madera tallada, sintiendo el frío de las vetas centenarias, y empujó.

La iglesia de Nuestra Señora del Carmen lo recibió con un abrazo de aire gélido. Estaba vacía, sumida en una penumbra dorada por los últimos rayos de sol que se filtraban, cansados, entre los vitrales. El ambiente olía a cera fría y a polvo suspendido en el tiempo, con ese estancamiento solemne de la piedra vieja que solo habita en los lugares que han escuchado demasiados lamentos.

Sus pasos, pesados y profanos, resonaron contra el suelo de piedra con un eco que parecía reclamar su presencia. Jorge se detuvo en mitad de la nave central, sintiéndose minúsculo bajo la bóveda. Nunca había buscado a Dios, pero allí, en aquel silencio absoluto, se dio cuenta de que no venía a rezar, sino a rendirse.

Al fondo, cerca del altar, un hombre de unos treinta y cinco años regaba unas macetas con flores. Vestía sotana negra y tenía el pelo

castaño peinado hacia un lado. Cuando escuchó los pasos, se giró y sonrió con esa amabilidad natural de quien ha dedicado su vida a escuchar problemas ajenos.

—Buenas tardes —dijo el sacerdote, dejando la regadera—. ¿Puedo ayudarle en algo?

De repente Jorge no sabía qué decir. Las palabras se le atascaban en la garganta. ¿Cómo se pedía esto? ¿Cómo se decía sin sonar como un lunático?

—Yo... —empezó, y su voz se quebró—. Necesito ayuda.

El sacerdote se acercó lentamente, con las manos cruzadas frente al pecho.

—Por supuesto. Soy el padre Ernesto. ¿Cómo te llamas?

—Jorge. Jorge Daniel Torres. —Tragó saliva—. Es mi hijo. Está... algo le pasa. Y no sabemos qué es.

El padre Ernesto asintió con suavidad.

—¿Quieres que hablemos aquí o prefieres ir al despacho?

—Aquí está bien. No... no tengo mucho tiempo. Está en el coche con mi mujer.

—Entiendo. Cuéntame.

Jorge empezó despacio, con la voz entrecortada por meses de frustración acumulada. Le habló de las convulsiones que sacudían el cuerpo de Bruno sin previo aviso, transformando a su hijo en un extraño que vibraba con una violencia eléctrica. Le habló de los neurólogos que miraban escáneres limpios con el ceño fruncido, de las pruebas que no arrojaban más que silencio y de la psiquiatra, cuyos diagnósticos se sentían como tiritas en una herida abierta de par en par. Hizo una pausa larga y respiró hondo, llenando sus pulmones con aquel aire cargado de incienso y polvo, un aire que sabía a siglos de súplicas. Cerró los ojos un instante antes de soltar lo que realmente lo había llevado hasta allí: el miedo a que lo que habitaba en su hijo fuera algo que ningún bisturí ni ninguna pastilla pudieran alcanzar.

El padre Ernesto escuchaba en silencio, con una quietud que a Jorge le resultaba incluso confortable, una tregua en mitad de la tormenta. Asentía de vez en cuando, pero sus ojos no juzgaban; se limitaban a absorber el relato como una esponja que se empapa de un dolor fluyente. No hubo gestos de sorpresa ni interrupciones piadosas. El sacerdote permitió que la última palabra de Jorge se apagara y fuera devuelta por el eco de las naves laterales, dejando que el peso de la verdad se asentara sobre las losas de piedra.

—¿Cuántos años tiene tu hijo? —preguntó el cura finalmente.

—Catorce.

El sacerdote se frotó la barbilla, pensativo, recorriendo con la mirada las sombras de los bancos vacíos.

—Son complicadas estas edades, Jorge —le dijo.

—A veces siento que no es él. Como si... —La voz se le quebró, volviéndose un hilo de aire.

Jorge tragó saliva, luchando contra la náusea de sus propias palabras, pero prosiguió en un susurro febril:

—A veces, cuando se queda mirándome en silencio... no reconozco sus ojos.

Jorge se llevó las manos a la cara, ocultando el rostro de los santos que lo observaban desde los altares. Sus hombros empezaron a temblarle violentamente, una sacudida que nacía desde lo más profundo de su ser. Intentó contenerlo, apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula, pero no pudo más. Se dobló hacia delante y sollozó, un sonido ahogado, roto y gutural que golpeó las paredes de piedra y le devolvió el eco de su propia miseria.

El padre Ernesto no se inmutó, ni se apartó ante el espectáculo de aquel hombre desmoronado. Simplemente esperó y, con una calma que parecía forjada en hierro, puso una mano firme sobre el hombro de Jorge. El contacto físico fue lo único que lo ancló a la realidad.

—Tráelo. Ahora mismo. Tráelo aquí y hablaremos con él. Deja que la casa de Dios lo reciba.

—¿Está... está seguro?

—Completamente. Vaya a buscarlo.

Jorge asintió, se limpió la cara con la manga con un gesto brusco, queriendo borrar cualquier rastro de su debilidad, y dio media vuelta. Salió de la iglesia casi corriendo, impulsado por una urgencia que mezclaba la esperanza con un terror primario.

Dos minutos después, los tres se aproximaron. El padre Ernesto los esperaba enmarcado por el gran arco de la entrada, sosteniendo la pesada puerta de madera. Sonreía con una calidez estudiada, intentando proyectar la paz que aquella familia había perdido.

Jorge iba a la derecha y Verónica a la izquierda, formando una barrera protectora, ambos agarrando con fuerza las manos de Bruno. El chico caminaba en el centro con la cabeza gacha, oculto tras su flequillo, con los auriculares colgando del cuello como un amuleto inútil de su vida anterior. Sus pies se arrastraban sobre la piedra con una pesadez extraña, como si cada paso le costara un mundo.

—Adelante, por favor. Pasen —invitó el sacerdote, dando un paso atrás para dejarles espacio.

Verónica entró primero, buscando el refugio de la penumbra. Jorge la siguió, manteniendo el contacto físico con su hijo. Pero, al llegar al límite exacto donde el asfalto de la calle moría y comenzaba el suelo consagrado, Bruno se detuvo en seco.

El chico se quedó clavado en el umbral, como si hubiera chocado contra un muro de cristal invisible o como si el suelo bajo sus pies se hubiera convertido de pronto en un abismo. Su cuerpo se puso rígido, una dureza de mármol que bloqueó sus articulaciones. Su cabeza se inclinó lentamente hacia abajo, centímetro a centímetro, hasta que su barbilla tocó el pecho. Tenía los ojos desorbitados, clavados en el suelo de piedra.

Bruno no parpadeaba.

—¿Bruno? —Verónica se giró, extrañada, con una mano extendida hacia él—. Cariño, entra. No pasa nada.

Él no se movió. Seguía allí, en el límite exacto donde la luz de la calle moría frente a la penumbra del templo.

—Bruno, vamos —insistió Jorge, forzando una normalidad que ya no sentía. Se acercó a él, tratando de ignorar el sudor frío que le recorría la nuca—. No te quedes ahí parado. Estás bloqueando el paso.

Le puso una mano en el hombro. El tejido de la sudadera de Bruno se sentía extrañamente frío, pero el cuerpo debajo estaba duro como el granito. El chico era una estatua.

Jorge tiró suavemente de él hacia el interior, esperando que solo fuera un ataque de timidez o de terquedad adolescente. Nada.

—Pero ¿qué...? —balbuceó Jorge.

No hubo manera. Bruno no cedía.

El padre Ernesto se acercó lentamente. En sus años de misión, había tratado con jóvenes rotos por la rabia, con chicos con problemas que se escudaban en el silencio. Pero jamás había visto una reacción como la de Bruno. No era una protesta; era una anulación de la realidad.

—Bruno —dijo con voz suave, tratando de romper el aire estático—. Hijo, ¿me oyes?

El padre Ernesto extendió la mano y tocó el rostro del chico con ternura, un gesto paternal y compasivo que buscaba una conexión humana en aquel cuerpo de mármol. Trataba de entender, con el tacto, qué estaba ocurriendo bajo esa piel gélida.

Y entonces, Bruno levantó la mirada hacia el cura.

No hubo prisa. No hubo sorpresa. Fue una lentitud mecánica. Ernesto sintió que algo helado, una aguja de escarcha, le recorría la columna de arriba abajo. En quince años de sacerdocio había visto mil miradas: de dolor, de súplica, de rabia abrasadora o de vacío absoluto. Pero jamás había visto una mirada como aquella.

Era una mirada que no pedía nada. Que no buscaba consuelo. Que simplemente advertía.

Y entonces Bruno hizo un gesto lento, deliberado, con la cabeza. Un «No» silencioso. Claro. Definitivo. No era el «no» de un adolescente rebelde enfrentándose a la autoridad; era la negación absoluta con la que un físico relataría una ley inviolable del universo.

El padre Ernesto parpadeó, como si despertara bruscamente de un sueño hipnótico. Retiró la mano con una brusquedad casi violenta, sorprendido de su propio temblor, de la repulsión que su cuerpo sentía al contacto con el chico. Dio un paso atrás. Luego otro, sintiendo que el espacio entre él y Bruno se llenaba de una presencia que le desplazaba.

El aire se volvió denso, irrespirable, el miedo puro, el que no tiene nombre ni teología, lo empujó a girarse. Olvidó la cortesía, olvidó a los padres, olvidó su deber.

Sin pensarlo, agarró las pesadas hojas de madera y cerró las puertas de la iglesia con una fuerza desesperada.

BANG.

El eco retumbó en la nave vacía, un trueno que sacudió el polvo de los siglos y pareció hacer vibrar los cimientos del templo. Ernesto se quedó quieto, aplastado contra la madera, sintiendo la vibración del portazo todavía en sus palmas. Su corazón martilleaba contra las costillas con una violencia rítmica, y su respiración, entrecortada y ruidosa, era el único sonido en la penumbra.

Sus ojos, empañados por el pánico y por el sudor frío que le nacía en la frente, buscaron desesperadamente el crucifijo al fondo del altar, la única luz que resistía en la oscuridad del presbiterio.

—Dios mío… —susurró, mientras su mirada aterrada buscaba consuelo en la figura del Cristo en la cruz.

En ese mismo instante, al otro lado de la puerta, Bruno colapsó.

Se desplomó hacia adelante con una brusquedad aterradora. Jorge, cuyos reflejos estaban tensos como cuerdas de piano, lo agarró justo a tiempo, amortiguando la caída y sosteniéndolo en sus brazos. El chico estaba completamente inconsciente, su cuerpo, antes duro como el mármol, ahora era una masa de carne lacia. La cabeza le

colgaba hacia un lado con una debilidad alarmante, la boca entreabierta y los ojos cerrados.

—¡BRUNO! —el grito de Verónica rasgó el aire mientras caía de rodillas sobre el frío pavimento—. ¡Bruno, hijo, despierta! ¡Mírame!

Jorge lo estrechaba contra su pecho, con una fuerza bruta que intentaba insuflarle su propia vida. Su rostro estaba pálido, desencajado, las facciones rotas por el peso de una derrota que ya no podía negar. Aquel hombre que siempre había buscado soluciones lógicas se encontraba ahora sosteniendo un misterio que lo superaba.

Y Verónica... Verónica alcanzó su límite. La madre, la mujer que había mantenido la cordura a base de voluntad, se quebró en mil pedazos sobre la acera.

Levantó la cabeza hacia el frontis de la iglesia, hacia las estatuas mudas, hacia el Cristo clavado en la cruz que el padre Ernesto protegía tras los muros, y hacia un cielo plomizo que no ofrecía respuesta alguna. Entonces, abrió la boca y gritó.

No fueron palabras. No hubo ruegos ni oraciones. Fue un aullido. Un grito animal, primario, desgarrado desde lo más profundo de sus entrañas, que resonó contra las paredes de piedra del templo como un reproche y se perdió en el cristal de los vitrales.

CAPÍTULO | 04

ANUEL

Anuel soñaba que estaba despierto. Esa era la trampa.

Yacía en su cama, inmóvil como un náufrago en su propio colchón, con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad familiar de su habitación. Veía el techo liso, las sombras danzantes proyectadas por la luz naranja de la farola que se colaba entre las cortinas mal cerradas. Oía el zumbido grave del frigorífico en la cocina, el rumor lejano de la avenida, el *plink… plink…* persistente del grifo del baño —esa promesa incumplida de una reparación eternamente pospuesta. Todo era real. Todo era terriblemente normal.

Excepto que no podía moverse.

Su cuerpo era plomo fundido. Sus extremidades pesaban como vigas de hormigón, ajenas a las órdenes desesperadas que su cerebro les enviaba. Respiraba —sentía el aire, frío y delgado, entrando y saliendo de sus pulmones— pero era como si su carne le perteneciera a otra persona, a un extraño atrapado dentro de su piel.

Parálisis del sueño, pensó con esa claridad clínica y despegada que a veces acompaña al terror puro. *Es solo parálisis del sueño. Pasará.*

Pero entonces lo vio.

En el techo, justo encima de él, algo comenzó a formarse. No era una sombra más. Era una presencia que se materializaba con una lentitud obscena, como tinta negra y espesa derramándose en un acuario de agua clara. Empezó como una mancha amorfa y oscura. Luego, con una precisión geométrica, tomó forma.

Un ojo.

Enorme. Imposible. Un ojo humano de casi un metro de diámetro, tallado en la yesería blanca del techo, flotando sobre su cama como si el edificio se hubiera hendido para darle paso a lo innombrable. Su pupila, un abismo de terciopelo negro, no reflejaba la luz: la devoraba con un hambre absoluta. Y en su centro, como un iris dentro de otro, se dibujaba el rostro de Cristo en la cruz —no el de los cuadros piadosos y edulcorados, sino una máscara demacrada y cadavérica, la boca abierta en un grito silencioso que parecía rasgar el velo de los siglos, los ojos velados por una agonía que trascendía el tiempo. No era una visión nítida y fotográfica, sino una composición de sombras y contornos sutiles que, al fundirse, evocaban con una claridad aterradora al Cristo sufriente, al Dios abandonado. Allí estaba, en un primer plano abrumador, y Anuel, tendido en la cama, era su único y aterrorizado espectador: sentado en la butaca de primera fila del horror sagrado.

Intentó apartar la mirada, gritar, forcejear. Nada. Estaba atrapado, clavado en el tablero de disección de lo divino.

Y entonces la imagen cambió.

El rostro de Cristo se disolvió como azúcar en agua. La pupila del ojo gigante parpadeó —un pestañeo lento, deliberado, antinatural— y al abrirse de nuevo, la faz divina había desaparecido. En su lugar, latiendo con una violencia primitiva, había un corazón.

El Sagrado Corazón.

Pero esto no era la piadosa estampa de las catequesis. Esto era carne viva, palpitante y sangrante. Se hinchaba y se contraía con un ritmo bestial. Las arterias y venas, gruesas como cordeles, palpitaban y se retorcían como serpientes agonizantes. Estaba

abierto, expuesto en toda su cruda vulnerabilidad, chorreando una sangre oscura y espesa. Las llamas que en las imágenes devotas lo rodean de forma simbólica aquí eran fuego real, crepitante y anaranjado, que chamuscaba los bordes de la carne viva mientras el corazón, imparable, eterno, seguía latiendo.

Bum-bum.

Bum-bum.

El sonido, húmedo y potente, no venía del exterior. Nacía dentro de su propio cráneo y llenaba la habitación, expandiéndose hasta ahogar todos los demás sonidos. Llenaba su cabeza hasta los bordes. Llenaba todo su ser.

Bum-bum.

Anuel sintió que su propio corazón, allí en su pecho, se sincronizaba a la fuerza con aquel ritmo monstruoso. Se aceleró de forma brutal, galopando desbocado. Una punzada de dolor le cruzó el pecho. El aire le quemaba los pulmones, insuficiente. Iba a morir. Iba a morir allí, en su cama, solo, con esa cosa mirándolo.

Bum-bum. Bum-bum. Bum-bum-bum-bum-bum.

Y entonces despertó.

Se incorporó de golpe, como un resorte que hubiera estado comprimido bajo una presión de toneladas, jadeando con una violencia que le desgarraba la garganta. Su corazón, todavía esclavo de aquel ritmo monstruoso, seguía embalado, golpeando contra sus costillas con la urgencia de un náufrago intentando derribar una puerta. Las sábanas, empapadas en un sudor frío y rancio, se le enredaron en las piernas como una mortaja de tela, aprisionándolo en su propio lecho.

La habitación estaba vacía. No había rastros del ojo ciclópeo ni del corazón sangrante, pero el aire todavía se sentía denso, como si la presencia acabara de retirarse al otro lado del velo.

Miró hacia arriba. El techo era de nuevo liso, blanco, de una pulcritud anodina que resultaba casi insultante, un desierto de yeso que negaba el horror que acababa de albergar. No quedaban hendiduras, ni carne, ni fuego. Nada. No había absolutamente nada.

Anuel hundió los dedos en las cuencas de sus ojos, apretando con tanta fuerza que vio estrellas estallando en un caos de estática tras los párpados. El temblor de sus manos se extendió rápidamente por sus brazos con una sacudida eléctrica, incontrolable, como si sus nervios fueran cables pelados tras un cortocircuito que aún no terminaba de apagarse.

—Jod... —La palabra murió en su garganta antes de ser pronunciada —. Perdón.

Un sueño dentro de un sueño. Parálisis del sueño. Alucinación hipnagógica. Su mente, ya en piloto automático, empezó a desgranar explicaciones como un mecanismo de defensa. Había leído demasiado tarde, otra vez: textos gnósticos sobre visiones y éxtasis, tratados de neurología sobre el cerebro soñador. Su cerebro, sobrecargado de símbolos y teorías, los estaba regurgitando en forma de pesadilla de alta fidelidad. Tenía que ser eso.

Se rió, un sonido amargo y seco que se perdió rápidamente entre las sombras de la alcoba. Él, que a los treinta y dos años todavía se sentía un impostor disfrazado con sotana. Que cada vez que subía al púlpito sentía el sudor frío en las palmas y el vértigo del escenario, como un actor que ha olvidado sus líneas frente a una multitud hambrienta de milagros.

Se rió, un sonido amargo y seco que se perdió rápidamente entre las sombras. Él, que pese a sus títulos académicos, su latín impecable y su memoria prodigiosa, se sentía como un amante indigno custodiando un tesoro que no sabía explicar. Porque, sobre todo, era su amor por Cristo —un sentimiento vasto, silencioso y a veces desesperado— lo que más le dolía al compararlo con su propia pequeñez. Si ni siquiera se sentía digno de llevar aquel alzacuellos, que le apretaba la garganta como una mano invisible recordándole su insuficiencia cada vez que tragaba saliva... ¿cómo iba a merecer una revelación?

Se quedó sentado en la cama durante cinco minutos completos, respirando hondo, con las manos apoyadas en los muslos, esperando a que su corazón se calmara y dejara de golpear contra sus costillas como un pájaro aterrorizado. Miró el reloj de la mesilla:

6:47 a.m. Demasiado temprano para estar despierto con sentido. Demasiado tarde para volver a dormirse y arriesgarse a reencontrarse con aquello. ¿Quién podría, después de semejante experiencia?

Se levantó, las piernas algo temblorosas, y encendió la lámpara de su mesilla. La luz cálida y amarillenta bañó el desorden organizado de su santuario personal. El piso de Anuel era pequeño, pero suyo: un estudio de cincuenta metros cuadrados en un tercer piso sin ascensor de un edificio de los setenta que olía a barniz antiguo y a aire confinado, a una tranquilidad austera.

Dos espacios claramente diferenciados: el dormitorio y un salón que hacía las veces de estudio, comedor y biblioteca. La cocina era un nicho, una esquina con dos fogones y un fregadero pequeño. El baño, estrictamente funcional: ducha, váter, lavabo. Nada más. Nada menos.

Las paredes estaban deliberadamente desnudas salvo por un crucifijo de madera oscura sobre la cabecera de la cama.

A su lado, en la mesilla, descansaba un póster enmarcado de *La Última Cena* de Leonardo, comprado en una tienda de arte de segunda mano. Era una mezcla de ferviente devoción y de admiración absorta por aquella composición genial. Era, en el fondo, un hombre profundamente enamorado del arte. Pero los libros... los libros eran su auténtico punto de fuga, su obsesión y su refugio.

Estanterías de IKEA, combadas por el peso, cubrían dos paredes completas del salón, repletas hasta reventar. Libros apilados en torres precarias en el suelo, sobre la mesa del comedor —invadiendo el espacio destinado a los platos—, en la mesilla de noche. Tomos de teología sistemática y moral. Patrística. Historia de la Iglesia. Pero también, en un mosaico de búsqueda incansable: el Corán con anotaciones densas en los márgenes, el *Bhagavad Gita*, textos gnósticos, evangelios apócrifos, el enigmático Libro de *Urantia*, escritos sufíes, tratados de *Kabbalah*, Jung, Freud, Nietzsche...

Si el cardenal Morelli supiera siquiera la mitad de lo que Anuel leía y releía por las noches, probablemente lo habría excomulgado con

presteza. O quizá no. Porque Anuel, a fin de cuentas, era útil: brillante, carismático cuando la situación lo requería, impecablemente ortodoxo en público. Un activo valioso, aunque con unas grietas inquietantes si uno sabía dónde mirar.

Se miró en el espejo del armario. Ojeras profundas como cuchilladas bajo los ojos. Piel oscura con un tono ceniciento, pajizo, por la falta de sol y el exceso de lámpara. Pelo rizado y corto pero que ya clamaba por un corte. Barba de tres días que debería afeitarse. Treinta y dos años y ya se sentía viejo por dentro, gastado.

Se metió en la ducha. Dejó que el agua casi hirviendo le recorriera la espalda, envolviendo sus hombros cargados de tensiones como un manto pesado. Cerró los ojos y dejó que el calor y el vapor trataran de disolver la losa de frío que llevaba incrustada en el esternón desde el sueño. Pero la imagen volvió, nítida y cruel: el ojo, el rostro demacrado, el corazón latiendo como un animal enfurecido en su jaula de costillas.

Salió envuelto en una nube de vaho. Se secó con una brusquedad que castigaba la piel, como si quisiera arrancar de sus poros cualquier residuo de la pesadilla.

Se vistió con movimientos automáticos, la coreografía de una vida entera resumida en tres gestos. Pantalón negro. Camisa negra. Alzacuellos blanco. El uniforme. La piel del sacerdote.

Mientras se abrochaba el alzacuellos, sintió el contacto gélido del plástico contra su tráquea. Fue un roce familiar y, a la vez, extrañamente ajeno. No era la primera vez que ese pensamiento lo cruzaba: la sensación de que aquello no era un uniforme, sino una corrección. El sello que otorgaba autoridad a su palabra y silencio a sus dudas.

En la cocina, el ritual comenzó con la precisión de una ceremonia. Abrió el armario de las tazas. Su mirada escaneó el interior, pasando de largo las que tenían logos de congresos eclesiásticos o motivos coloridos. Aquellas imperfecciones, aquellos ruidos visuales, le producían una tirantez irracional, un malestar sordo. Su mano fue directamente a la de cerámica blanca, lisa, sin ningún dibujo, la

única que sentía como correcta. Era una manía, lo sabía, una de esas pequeñas islas de orden absoluto en el océano de su caos mental. La colocó con cuidado, perfectamente centrada en la base, bajo el dispensador de la cafetera automática. Esperó a que el café burbujeara, desprendiendo ese aroma acre y reconfortante que era el incienso de sus mañanas. Mientras, encendió el móvil. Cero mensajes. Bien. Odiaba los mensajes por la mañana, las exigencias del mundo antes de que amaneciera. En realidad, odiaba casi cualquier cosa que viniera de ese aparato, un cordón umbilical hacia un mundo que siempre pedía más de lo que él estaba dispuesto a dar.

El café estuvo listo. Se sirvió una taza grande, negra, sin azúcar ni leche, y se lo bebió de pie, mirando por la ventana la ciudad que empezaba a despertar. Desde allí veía la calle tranquila: coches aparcados en fila, una panadería alzando su persiana metálica con un estruendo sordo, un hombre sacando a pasear a un perro que olisqueaba cada farola. Vida normal. Gente normal con rutinas normales. Y Anuel, esa mañana, desde luego, no se sentía normal.

Se sentó al fin en el sofá, con la taza ya vacía entre sus manos, y cerró los ojos. Tenía que procesar en silencio aquella... ¿manifestación? ¿Alucinación? Necesitaba una explicación racional, un clavo al que agarrarse. La voz de la razón, aprendida en años de estudio y escepticismo, le dictaba el diagnóstico: una alucinación hipnagógica, un error neurológico en el limbo entre el sueño y la vigilia. Su cerebro, exhausto y sobrecargado, jugándole una mala pasada. Era lógico. Era científico. Pero su teología, la otra mitad de su ser, le susurraba algo más insidioso, más perturbador. No era la voz de la fe ciega, sino la de la sospecha ilustrada: la idea de que el mundo quizá no era tan hermético como la ciencia pregonaba, y que había territorios en la experiencia humana que escapaban a los manuales de psiquiatría.

Aquel Cristo que le había concedido una revelación —era un dulce veneno que a cualquier creyente le costaría rechazar... y que, sin embargo, él debía rechazar si quería sostener su fe con clavos de hierro y no con el humo efímero de la vanidad personal.

—Solo cinco minutos —susurró para sí mismo—. Solo cinco minutos de paz.

Necesitaba el silencio mental, un espacio en blanco donde recomponerse, pero el teléfono sobre la mesilla vibró y sonó, rompiendo el aire con una estridencia eléctrica que pareció rebotar en las paredes desnudas. Anuel cerró los ojos un instante, apretando la mandíbula hasta que le dolió. Era como si el destino, o Dios mismo, se burlara de su frágil tregua, negándole incluso el derecho al respiro antes de lanzarlo de nuevo al mundo.

Miró la pantalla. Número desconocido.

Dudó un segundo, con el dedo suspendido sobre el cristal. Odiaba con toda su alma contestar llamadas sin identificar, estaba harto de la burocracia agresiva del mundo moderno, de esas voces sintéticas que ofrecían seguros de vida o mejoras de tarifa para productos que ni siquiera tenía contratados, pero algo en la persistencia rítmica del tono lo obligó a actuar. Había una urgencia en la vibración que no encajaba con el telemarketing. Deslizó el dedo por el cristal frío, notando una leve y delatora humedad en su yema.

—¿Dígame? —dijo.

—¿Padre Adrián Anuel Castillo? —Una voz femenina, profesional y aséptica, fría como el granito de una cocina.

—Sí, soy yo.

—Soy la secretaria del cardenal Esteban Morelli. Su Eminencia desea verle en su despacho a las once en punto de esta mañana. Queda citado.

El estómago de Anuel se contrajo hasta convertirse en un nudo duro y doloroso, un núcleo de plomo que pareció hundirle las entrañas. El mundo exterior, que apenas un instante antes intentaba recuperar una calma precaria, se desenfocó violentamente.

Citado. No *invitado.* No *«le rogamos que pase».* No *«solicitamos su presencia».* Citado. Como un subalterno bajo sospecha. Como un reo ante el tribunal.

—... Disculpe. ¿A qué hora dijo? —consiguió articular, forzando a sus cuerdas vocales a obedecer mientras ganaba unos segundos para

recomponer su desmoronada compostura.

—A las once de la mañana. En el obispado. ¿Puede confirmar su asistencia?

Anuel bajó la vista al reloj. Las 7:23 a.m. Los números rojos seguían allí, impasibles. Tenía poco tiempo, el justo para intentar remendarse el alma, para ajustarse bien las correas de la armadura antes de salir al campo de batalla.

—¿Puedo preguntar de qué se trata? —la pregunta sonó débil, casi infantil.

—El cardenal se lo explicará en persona —la voz fue implacable, una guillotina que cortaba cualquier esperanza de obtener información.

—Pero...

—¿Puede confirmar su asistencia, padre?

La palabra *padre*, pronunciada con aquel tono gélido, no sonó a título ni a respeto; fue un recordatorio de su rango, una orden disfrazada de formalidad que le exigía obediencia ciega antes que entendimiento.

—Sí… sí —dijo finalmente—. Estaré allí.

—Perfecto. Que tenga un buen día.

Clic.

La línea se cortó, dejando un silencio repentino, espeso y cargado de presagios. Anuel se quedó mirando el teléfono durante un tiempo indefinido.

—Mierda... —susurró, y esta vez no pidió perdón.

Se miró las manos. Le invadió una sensación visceral, certera como un puñetazo en la boca del estómago: por primera vez, los dos hilos de su vida —el sueño aterrador de carne y fuego y la fría realidad del obispado— se habían enredado de forma irrevocable. Y en el centro de ese nudo, en el ojo mismo del huracán, estaba él. Le aplastaba la certeza de que Dios, o algo con su mismo poder y su mismo terror, lo había mirado fijamente... y que él, Adrián Anuel Castillo, no había estado a la altura de esa mirada.

CAPÍTULO | 05

RARA AVIS

Anuel dejó la taza de café vacía en el fregadero con un cuidado extremo, casi ritual, como si el mínimo estrépito de la porcelana contra el metal pudiera adelantar el golpe de lo inevitable. Miró el reloj: 7:34 a.m. Tres horas y veintiséis minutos. Era un limbo cruel. Demasiado tiempo para que su mente dejara de fabricar escenarios de desastre, pero demasiado poco para construir una defensa sólida frente a lo que fuera que le esperaba.

Caminó hacia el espejo del pasillo y comenzó a abotonarse la sotana con una meticulosidad quirúrgica, de abajo hacia arriba. Con cada botón que cerraba, sentía que se aislaba un poco más del mundo de los vivos, encerrándose en su papel de siervo. Cuando llegó al último botón, el que se ajustaba bajo la mandíbula, se miró fijamente. Jamás el cardenal Morelli le había solicitado audiencia; Anuel era para él un nombre en una lista de nóminas, un peón eficiente en una parroquia periférica. Que lo llamara ahora, con esa premura de emergencia, rompía todas las leyes de la gravedad eclesiástica.

La pregunta llegó sola, fría y afilada, instalándose en su mente como un inquilino que no piensa marcharse: *¿Qué saben?*

Repasó mentalmente los últimos meses, buscando un error, una mancha. Reconstruyó cada misa celebrada bajo la luz mortecina de la parroquia, cada sermón donde quizá su pasión había rozado la heterodoxia, cada confesión donde el peso del secreto ajeno le había hecho flaquear. ¿Había dicho algo inapropiado en el púlpito? ¿Había ofendido a algún benefactor de la diócesis con sus silencios o sus palabras? ¿O era algo más profundo?

No. No podía ser eso. Siempre había sido cuidadoso. Ortodoxo en público. Sus dudas, sus lecturas nocturnas, sus cuestionamientos filosóficos... todo eso lo guardaba para sí mismo, para las paredes de su estudio, para los libros que nadie más veía.

A menos que alguien lo hubiera visto.

El pensamiento lo atravesó como un escalofrío que le erizó el vello de la nuca. ¿Y si alguien había entrado en su piso mientras él celebraba misa o visitaba enfermos? ¿Y si unos ojos extraños habían recorrido sus estanterías? No solo estaban los clásicos de la patrística; estaban los márgenes de su biblioteca, donde el Corán descansaba lleno de anotaciones cruzadas con el Evangelio, y donde los textos gnósticos se ocultaban entre tomos de derecho canónico.

No. Imposible. Nadie tiene llave excepto yo.

Pero la paranoia no necesita lógica.

Salió de casa a las ocho y cuarto. Demasiado temprano. Ridículamente temprano. Pero quedarse en el piso, mirando las paredes, repasando cada posible error, habría sido peor.

El metro estaba medio vacío a esa hora, un santuario de luces fluorescentes y aire viciado. Anuel se sentó en un asiento de plástico naranja, manteniendo la espalda rígida y las manos entrelazadas sobre el regazo, intentando controlar el temblor residual de sus dedos. La sotana llamaba la atención; siempre lo hacía, actuando como un imán de proyecciones ajenas. Una mujer mayor le dedicó una sonrisa de deferencia automática, buscando quizá una bendición silenciosa en el hombre de negro. En el extremo opuesto, un adolescente con auriculares lo midió de reojo antes de apartar la vista con una incomodidad casi instintiva, como si la sola presencia de Anuel fuera un recordatorio de algo que prefería ignorar.

Anuel no miraba a nadie. Su vista estaba clavada en la ventanilla oscura del túnel, donde su propio reflejo flotaba sobre las tinieblas del subsuelo como un espectro atrapado entre dos mundos. Y mientras el vagón traqueteaba, su mente, implacable, continuaba con aquel inventario de su propia traición. Los libros prohibidos.

Técnicamente, la Iglesia ya no mantenía un *Index Librorum Prohibitorum* oficial desde los años sesenta. Pero Anuel no era ingenuo: sabía que en los pasillos del Vaticano, y mucho menos en el despacho de un Cardenal, la curiosidad intelectual no siempre se distinguía de la apostasía.

—Es para aprender —se repitió por enésima vez, como un mantra que ya no convencía ni a su propio reflejo—. Para entender las raíces de la herejía. Para ser un mejor apologeta.

¿Era mentira? No del todo. Pero la verdad tenía aristas más afiladas. Había en él una sed que no se saciaba con el agua tibia de las respuestas oficiales, una necesidad casi física de explorar los márgenes, las sombras y esas preguntas incómodas que sus profesores del seminario habían despachado con un gesto de suficiencia, como quien espanta una mosca molesta.

No estás poniendo en duda la fe, se recordó mientras el metro frenaba con un chillido metálico. *Solo estás ampliando el horizonte.*

Emergió a la luz grisácea de la mañana, que a esa hora ya empezaba a mezclarse con el humo de la ciudad. Consultó el móvil: 9:02 a.m. Casi dos horas por delante. El tiempo se había convertido en una sustancia viscosa que se le pegaba a la piel. Necesitaba una voz humana, alguien que no fuera una secretaria de granito ni un Cristo sufriente en un techo de yeso.

Buscó en sus contactos y pulsó: Padre José Antonio.

—¿Diga? —La voz llegó pastosa, arrastrando los restos del sueño.

—José, soy Anuel. El cardenal Morelli me ha citado. A las once.

Hubo una pausa breve, pero cargada de significado. Escuchó el crujido de las sábanas al otro lado; podía imaginar perfectamente a José Antonio incorporándose de golpe, el sueño evaporado por el peso de ese nombre.

—Ufff... ¿Morelli? ¿El "Martillo de la Curia"?

—No sé para qué. La secretaria ha sido un muro.

Otra pausa, esta vez más larga, más incómoda.

—Seguro que no es nada malo, Anuel. Eres brillante, el mejor de nuestra promoción. A lo mejor quiere ofrecerte un puesto en la cancillería o algo de teología.

La vacilación en su voz era tan evidente que resultaba casi insultante. José Antonio estaba intentando tapar un abismo con una alfombra.

—Oye... lo que sí te digo es que me alegro de que no me haya llamado a mí. Jejeje.

El chiste, nacido del nerviosismo, se quedó flotando entre los dos como una confesión de cobardía.

—Vale... Perdona. Ha sonado fatal —se disculpó José Antonio, con la voz ya más clara.

—No pasa nada. Es comprensible —respondió Anuel, sintiendo cómo el frío en su pecho se volvía un poco más sólido.

—¿Quieres que quedemos luego? Unas cervezas, después de tu "audiencia". Para celebrar... o para lo que sea.

—Vale. Te escribo —cortó Anuel.

—Ánimo, hermano. De verdad.

La conversación no le había ayudado nada en absoluto.

Anuel caminó sin rumbo unos minutos más, tratando de quemar la energía nerviosa que le hacía vibrar los músculos de las piernas. A las diez y media, tomó un autobús que lo dejó a dos calles del objetivo. El trayecto fue un borrón de caras anónimas y paradas rutinarias, un contraste hiriente con el caos que bullía en su interior. Caminó despacio hacia la plaza, contando los pasos y forzando a sus pulmones a seguir un ritmo artificial. Uno, dos, tres, cuatro. Inspira. El aire sabía a asfalto y a mañana fría. Cinco, seis, siete, ocho. Espira.

Y entonces lo vio.

El Palacio Episcopal se alzaba frente a él como un gigante de piedra dormido, pero con un oído siempre atento. Tres pisos de arquitectura neoclásica, una fachada de granito gris que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla, y ventanas altas protegidas por marcos de hierro forjado que recordaban a las celdas de una prisión de lujo. Era una construcción del siglo XVIII que había sobrevivido a guerras, revoluciones y dictaduras, manteniéndose impasible ante el flujo de la historia. Imponente e inmutable, se mostraba soberbiamente indiferente al terror de un sacerdote treintañero que, a pesar de su sotana y sus títulos, se sentía como un niño llamado al despacho del director para rendir cuentas por un pecado que aún no comprendía.

Anuel se detuvo en la acera de enfrente, con el cuello de la camisa apretándole más que nunca. Alzó la vista. Las ventanas del tercer piso —allí donde el Cardenal Morelli tejía los hilos de la diócesis— brillaban con el reflejo del sol como ojos vigilantes, fríos y calculadores. Miró su reloj: 10:47 a.m. Trece minutos de gracia.

Cruzó la calle. Subió los escalones de mármol. Empujó la pesada puerta de roble. Y entró.

El vestíbulo del Palacio Episcopal olía a cera de muebles antiguos, a incienso rancio y a ese silencio institucional, denso y cargado, que solo se respira en los lugares donde se deciden destinos. El suelo, un vasto tablero de mármol blanco con vetas grises, estaba pulido hasta tal punto que parecía una superficie líquida; al caminar, Anuel sentía que flotaba sobre un espejo que devolvía la imagen de su sotana como una mancha de tinta en un estanque de leche.

Las paredes eran una galería de vigilancia histórica. Retratos al óleo de obispos muertos hacía décadas, cardenales de mejillas hundidas y ojos severos, y algún que otro Papa capturado en el ámbar de una visita oficial. Todos, sin excepción, miraban hacia abajo desde sus marcos dorados con esa expresión de juicio eterno que solo el arte sacro sabe capturar: una mezcla de compasión distante y reproche absoluto.

Anuel obligó a sus piernas a caminar hacia el mostrador de recepción. El sonido de sus zapatos negros contra el mármol no era un simple paso; era un eco seco, rítmico, que parecía medir la distancia entre su libertad y su deber. Al llegar al mostrador, una señora de expresión tan inexpresiva como una estatua de catedral levantó la vista de unos documentos.

—Buenos días —dijo Anuel.

Irene lo evaluó en medio segundo.

—¿Padre Castillo?

—Sí.

—El cardenal lo espera. Tercer piso. Última puerta a la derecha.

—Gracias.

—Llegue puntual. No le gusta esperar.

Anuel asintió y prefirió las escaleras al ascensor.

Primer piso: el murmullo de la maquinaria administrativa, puertas cerradas que custodiaban expedientes y nóminas. Segundo piso: salas de reuniones que olían a alfombra vieja y una vitrina donde

cálices de plata antigua brillaban con una luz mortecina, reliquias de un esplendor pasado. Tercer piso: el santuario. Aquí, el aire parecía más fino, más frío. El pasillo se estrechaba, obligando a caminar por el centro, bajo molduras doradas que proyectaban sombras alargadas. Solo tres puertas. La última, a la derecha, ostentaba una placa de bronce que parecía absorber la poca luz del pasillo: CARDENAL ESTEBAN MORELLI SERNA.

Anuel se detuvo. Miró su reloj: 10:58 a.m. Dos minutos de cortesía que pesaban como horas. Respiró hondo, sintiendo cómo el alzacuellos le recordaba su lugar en la jerarquía, y llamó tres veces. Los golpes sonaron secos, definitivos.

—Adelante.

La voz no invitaba; ordenaba. Era profunda, con una resonancia metálica acostumbrada a silenciar habitaciones enteras. Anuel empujó la pesada hoja de madera. El despacho era un mausoleo del conocimiento y el poder. Vasto y silencioso, estaba forrado de estanterías de roble que exhalaban el aroma dulce y polvoriento de miles de tomos encuadernados en piel, lomos que parecían no haber sido perturbados en décadas, custodiando secretos que Anuel solo podía imaginar. En el centro, un escritorio de caoba se alzaba como una balsa oscura en un mar de alfombras persas, tan pulido que la lámpara de latón se reflejaba en él como una luna sobre un lago de brea. Y allí, sentado en una silla de respaldo alto, estaba el cardenal Esteban Morelli.

Sesenta y tres años de una disciplina que parecía haber esculpido su carne. Pelo canoso, peinado hacia atrás con una rigidez militar. Un rostro de ángulos violentos, con pómulos que cortaban la luz y una mandíbula cuadrada, propia de quien ha nacido para mandar. Sus ojos grises, gélidos y carentes de parpadeo, analizaron a Anuel con la frialdad de un entomólogo estudiando a un insecto nuevo. Vestía la sotana negra, cuyos ribetes rojos eran como finas líneas de sangre trazadas sobre su figura. En su mano derecha, un anillo de plata oscura guardaba un secreto de siglos.

No hubo sonrisa. No hubo gesto de bienvenida. Solo una quietud absoluta.

—Padre Castillo. Puntual.

—Su Eminencia.

Anuel hizo una leve reverencia, sintiendo que su espina dorsal era de cristal a punto de astillarse bajo el peso de aquella mirada gris. Se sentó en la silla frente al escritorio. Madera dura, ángulos rectos, sin rastro de cojín. Era una pieza de mobiliario inquisitorial, diseñada para que el visitante nunca olvidara que estaba allí para ser juzgado, no para ser escuchado, para que la incomodidad física mantuviera la mente alerta y el espíritu sumiso.

El Cardenal separó los dedos con una lentitud deliberada, un movimiento casi coreografiado, y tomó la carpeta de cuero que descansaba frente a él. La abrió con un leve crujido de la piel, pero no bajó la vista. Ni un solo instante. Morelli no habló de inmediato; dejó que el silencio se asentara entre ambos, como el polvo sobre los libros olvidados.

—¿Sabe por qué lo he llamado, padre?

—No, Su Eminencia.

Morelli asintió lentamente.

—Hay un caso. Delicado. Muy delicado —el Cardenal bajó la voz, dotándola de una gravedad que hizo que Anuel se inclinara inconscientemente hacia delante—. Me han pedido que intervenga personalmente desde instancias superiores, pero mi posición me impide actuar de forma directa. Necesito a alguien de confianza. Alguien brillante.

—¿Un caso de qué tipo, Su Eminencia? —preguntó Anuel, notando que la boca se le quedaba seca.

Morelli se recostó ligeramente en su silla, dejando que la luz de la ventana recortara su silueta contra la madera oscura, dándole el aspecto de un santo de piedra.

El Cardenal hizo una pausa, y sus ojos grises se clavaron en los de Anuel con una intensidad casi dolorosa.

—Usted ha estado estudiando las sombras por su cuenta —sentenció Morelli.

Anuel abrió la boca. La cerró. Las palabras, todas las correctas, las ortodoxas, las que había ensayado en el seminario, se le agolpaban en la garganta como náufragos peleando por un trozo de madera, pero ninguna quería salir en el orden adecuado. Morelli lo sabía. Sabía lo de los libros. Lo sabía todo. No había salida posible.

—Sin ambages, padre —dijo Morelli, y su voz sonó como el roce de dos lápidas—. El caso se trata de un exorcismo.

Anuel parpadeó, seguro de haber escuchado mal. La palabra golpeó sus oídos con una violencia arcaica, chocando frontalmente con sus títulos universitarios y su latín impecable.

—¿Per... perdón? —consiguió articular—. ¿Un exorcismo?

—Ha oído bien, padre Castillo.

Anuel sintió un chasquido mental, el golpe seco de un cepo de acero cerrándose en torno a su tobillo. La ironía era de una crueldad exquisita, casi estética: la misma conducta —esa curiosidad heterodoxa y febril— que en cualquier otro escenario le habría valido la excomunión o el destierro a una misión olvidada, ahora le otorgaba un encargo directo desde el epicentro del poder. No tenía la formación, no tenía la experiencia y, lo que era más grave, carecía de la convicción dogmática de que el demonio pudiera manifestarse físicamente. Pero allí, frente a Morelli, el silencio no era una tregua y declinar no era una opción; era un suicidio profesional.

—Pero... Su Eminencia —balbuceó, sintiendo que el aire se volvía sólido en sus pulmones—, yo no soy exorcista. No me malentienda, el honor me sobrepasa, pero mi formación en ese aspecto es... nula. Apenas llevo cinco años ordenado. Existen veteranos, hombres curtidos, delegados diocesanos que han dedicado su vida entera a estos asuntos.

—Los veteranos están cansados, Anuel.

Morelli lo interrumpió con un gesto seco, una orden silenciosa tallada en el aire con la autoridad de quien mueve piezas en un tablero secular.

—Lo que este caso requiere no es un recitador de salmos que actúe por inercia, sino una mente capaz de mirar al abismo sin parpadear.

El Cardenal separó las manos, rompiendo la geometría perfecta de sus dedos sobre el escritorio de caoba. Fue un movimiento sutil, pero suficiente para desmoronar la densa compostura de la estancia.

—Y por eso mismo, padre Castillo, este es un encargo fuera de toda norma. Por eso le reclamo a usted.

Anuel guardó silencio, el corazón le batía contra el pecho. Su honestidad, ese rasgo indómito que a menudo le jugaba malas pasadas, empezó a abrirse paso a codazos en su pecho, exigiendo ser escuchada. Tragó saliva, sintiendo el roce áspero del alzacuellos contra la piel humedecida por el miedo.

—Que quede claro que no hay grieta alguna en mi fe en nuestro Padre —dijo, santiguándose con una urgencia casi defensiva, como quien levanta un escudo de madera ante una ráfaga de fuego—. Eso que quede siempre claro. Pero la verdad es que, honestamente... y dicho con todos los respetos, Su Eminencia... no niego ni la existencia ni la presencia del Opuesto. Sería un necio si lo hiciera. Pero dicho esto, y con total franqueza, no termino de creer que el diablo pueda poseer a la gente. No de esa manera. No carnalmente.

Morelli no se inmutó. Al contrario, la comisura de sus labios se tensó ligeramente en lo que podría haber sido una aprobación gélida, el gesto de un cazador que ve a la presa entrar voluntariamente en la red.

—Precisamente por eso le necesito a usted.

Anuel jamás en su vida había experimentado un sudor tan frío. Era la revelación de una verdad espantosa: acababa de ser elegido no por sus virtudes, sino por sus dudas. El Cardenal no buscaba un creyente; buscaba a un escéptico que, cuando finalmente gritara de terror, le diera la certeza de que lo que acechaba en las sombras era, efectivamente, real.

Los ojos grises de Morelli se clavaron en Anuel como dos tornillos, fijándolo a la silla, impidiéndole cualquier escapatoria física o mental.

—Necesito a un hombre de fe, Anuel. No a un fanático que vea al diablo en cada sombra —el Cardenal hizo una pausa, y su mirada

pareció volverse opaca, como si viera algo más allá de las paredes del despacho—. La gente ha dejado de creer en Dios, padre Castillo.

Morelli no alzó la voz, pero cada palabra pesaba con la gravedad de un decreto papal.

—Se ríen del cielo, de los sacramentos... hasta del pecado.

Inclinó apenas el cuerpo hacia delante, entrando en el espacio personal de Anuel.

—Pero si les mostramos que el infierno es real —continuó, con un tono más bajo, una confidencia que sonaba a conspiración—, que no es un concepto abstracto en el más allá, sino que está aquí mismo... —golpeó con el dedo índice el escritorio, una, dos veces, marcando un compás exacto, rítmico, letal—, quizá entonces, y solo entonces, vuelvan a mirar hacia arriba.

Anuel esperó unos segundos antes de hablar, pero se obligó a mantener la voz serena, midiendo cada sílaba como si caminara sobre un campo de minas.

—Con su venia, Su Eminencia... —empezó, sosteniendo el pulso visual—. El poder del Maligno es innegable, sí. Pero en mi limitado entender, su fuerza mayor reside en la tentación sutil, en la erosión lenta de la conciencia, en corromper la voluntad desde dentro... no en estos actos tan... teatrales. Un demonio que grita y retuerce cuerpos es un demonio que se delata. El verdadero mal es el que no hace ruido.

Morelli no añadió nada más. En lugar de eso, bajó ligeramente la vista mientras extraía una llave plateada de un collar oculto bajo el rojo de su muceta. Con una parsimonia quirúrgica, abrió el cajón central y sacó una carpeta manila que deslizó sobre la caoba como si fuera un arma cargada.

—Bruno Torres Accardi. Catorce años. Los médicos no encuentran una causa orgánica para su estado.

Anuel abrió la carpeta. Sus ojos saltaron de un informe neurológico a otro. Resultados de resonancias, analíticas de toxicología, encefalogramas. Todo el arsenal de la ciencia moderna apuntaba a la

misma casilla vacía: trastorno conversivo, somatización severa, crisis psicógenas no epilépticas.

—Aquí se recomienda terapia psicológica especializada —señaló Anuel, buscando refugio en la letra impresa.

—Así es —confirmó Morelli, cuya voz era ahora un hilo de seda fría —. Sus padres ya visitaron a una psiquiatra de renombre. Ella tampoco pudo ayudarle. Lo que le sucede al niño… simplemente no obedece a la lógica.

Anuel sintió que el suelo se volvía más resbaladizo. Necesitaba aferrarse a su formación, a la seguridad de lo diagnosticable.

—Con todo respeto, Su Eminencia... —insistió Anuel, buscando aire —. Y perdone mi insistencia, pero...

—Mire esto. —Morelli no le dejó continuar.

El Cardenal deslizó un segundo documento. Era una carta manuscrita, la tinta emborronada en los bordes por una presión excesiva. Era del padre Ernesto:

«...el joven no pudo cruzar el umbral de la iglesia. Quedó petrificado. Cuando lo toqué para instarlo a entrar, me miró... y esa mirada, Eminencia, no era humana. Por primera vez en quince años de sacerdocio, sentí miedo. Auténtico terror. Los padres están desesperados. Han acudido a curanderos, a psiquiatras, a no sé ya quién más. Solicito formalmente la intervención del obispado... Y de Dios».

Anuel terminó de leer, pero antes de que pudiera articular una réplica racional sobre la sugestión religiosa de un párroco rural, Morelli deslizó una tablet sobre el escritorio.

—El relato del padre Ernesto es elocuente, desde luego. Pero no se preocupe, padre. Si no le bastan las palabras de un hombre de Dios, hay algo más —sentenció el Cardenal mientras pulsaba el play.

Anuel se inclinó. La grabación de la cámara de seguridad mostraba un ángulo cenital. Bruno aparecía desde arriba, recortado contra el gris del suelo. Se veía a Verónica, su madre, tirando del brazo del chico con una insistencia que bordeaba la desesperación física, pero el niño permanecía clavado en el límite exacto del umbral, justo

donde el suelo de piedra de la plaza se encontraba con la madera de la iglesia. Desde esa altura, la sombra de Bruno se proyectaba larga, rígida. Sus hombros se curvaban hacia delante en una tensión que parecía irradiar desde su columna vertebral, una fuerza centrípeta que repelía el interior del templo.

—Mire la rigidez, padre Castillo —susurró Morelli—. Ni siquiera la anatomía humana explica esa resistencia ante el empuje de dos adultos. La cámara grabó lo que el alma de Ernesto sintió: una fuerza que no pertenece a este mundo.

Anuel sostuvo la mirada sobre la pantalla unos segundos más de lo necesario. En su mente, las explicaciones lógicas se atropellaban como coches en un atasco: catatonia motora, una crisis de ansiedad aguda ante un entorno fóbico, o un espasmo muscular derivado de una neurosis extrema.

—Es... una imagen impactante, Su Eminencia —respondió Anuel al fin.

Utilizó un tono de cortesía profesional, asintiendo levemente para no contradecir de forma frontal al Cardenal, pero su rostro no le seguía el juego. Mientras sus labios daban una concesión diplomática, sus cejas se mantenían sutilmente contraídas en una mueca de duda analítica.

Morelli lo observó en silencio, notando perfectamente cómo el joven sacerdote procesaba aquel presunto milagro oscuro como si fuera, simplemente, un fallo de software en un sistema que él todavía creía comprender.

—Los padres ya han agotado la medicina del hombre —concluyó Morelli, juntando de nuevo las manos con una expresión de serena, casi cruel, complacencia—. No quieren más pastillas. Ni más diagnósticos que no llevan a ninguna parte. Buscan ayuda espiritual. Quieren a Dios, padre Castillo. ¿Va a ser usted quien le niegue a una familia en apuros la asistencia de la Iglesia?

—No, Su Eminencia... Por supuesto que no.

Morelli lo miró fijamente. No había ira en sus ojos, lo cual era mucho peor; solo había una certeza absoluta, fría y pulida como el mármol

del vestíbulo.

—La Iglesia no cree en metáforas cuando se trata del mal, padre. Cree en realidades. Y a veces, esas realidades dejan huellas demasiado visibles como para ignorarlas. Y por eso, usted es el indicado. Porque usted necesita ver. Necesita tocar la herida con sus propios dedos. Y una vez que la haya tocado, necesitará mostrarle al mundo la grandeza irrefutable de Dios a través de su victoria sobre la sombra.

Morelli hizo una pausa, y su voz bajó un tono, volviéndose una amenaza envuelta en terciopelo.

—Y porque necesita demostrarme a mí que todavía merece llevar esa sotana después de lo que guarda en su biblioteca personal.

Anuel no respondió. No pudo. El peso del chantaje lo dejó clavado en la silla, sintiéndose pequeño, sucio y transparente ante aquel hombre que parecía leer no solo sus acciones, sino sus intenciones más íntimas. El cepo que antes lo tenía inmóvil por un solo pie se convirtió de pronto en una mordaza absoluta de su capacidad de decisión.

—Soy plenamente consciente de lo que le pido. Pero no estará solo —prosiguió el Cardenal, recuperando ese tono administrativo que empleaba para decidir desde traslados de parroquia hasta sentencias de fe—. Lo acompañará el padre Tomás Belmonte. Un exorcista retirado con treinta años de experiencia. Él guiará el ritual desde la sombra. Usted será quien lo oficie.

Anuel sintió un nuevo golpe de vértigo, una náusea intelectual que amenazaba con quebrarlo.

—Si me permite la sugerencia, Su Eminencia... —aventuró, con la voz temblorosa—, yo podría ser quien lo asistiera a él, en lugar de que él me asista a mí. Tiene más experiencia, conoce los ritmos de la oración... yo podría aprender a su lado.

En realidad, Anuel no se creía ni una sola palabra de la frase que acababa de articular. Era un intento desesperado de huida, un regate de última hora frente a semejante encargo, una forma de relegarse a un segundo plano.

Morelli lo contemplaba con una calma mortífera, con la frialdad del que ya ha decidido el desenlace.

—El padre Belmonte tiene setenta y ocho años.

Anuel guardó silencio, sintiendo cómo su intento de escurrir el bulto se diluía por el desagüe de la realidad. Su estrategia de humildad fingida se había desmoronado antes incluso de terminar de articularla.

—Además de su edad —prosiguió Morelli—, tiene un soplo en el corazón. Él posee la sabiduría, padre Castillo, pero ya no tiene la fuerza. Este caso no requiere solo liturgia; requiere una energía capaz de aguantar las horas de letanía.

—El padre Belmonte será su brújula, pero usted será el brazo ejecutor.

Anuel mantuvo la mirada en la carpeta, concentrándose en no demostrar el temblor real en sus manos. Morelli se recostó de nuevo en su silla, sus dedos tamborileando sobre el escritorio con un ritmo hipnótico. *Toc, toc, toc.*

—Padre Castillo, ¿sabe cuántos católicos practicantes hay en nuestra diócesis?

La pregunta lo descolocó por su aridez estadística.

—No... no exactamente.

—El doce por ciento de la población. Hace veinte años era el treinta y dos. Hace cuarenta, el sesenta y ocho —Morelli dejó que los números flotaran en el aire como ceniza—. Las iglesias se vacían, padre. Los jóvenes no van a misa, y los adultos están cada vez más perdidos en su propio ombligo.

Soltó una risa breve, seca, cargada de un desprecio que no iba dirigido a Anuel, sino al siglo XXI.

—La secularización nos está matando. Y nosotros tenemos el deber sagrado de recordarles que caminan ciegos hacia un abismo donde no hay salvación posible.

Morelli se inclinó hacia adelante.

—La única verdad inmutable, la única realidad que permanece cuando todo lo demás se desmorona... es que el demonio es real. Tan real como usted y como yo. No es metáfora, Anuel. No es símbolo. Es una entidad consciente, inteligente y, sobre todo, paciente.

El cardenal se reclinó de nuevo, recuperando un tono casi pedagógico, como si estuviera dando una lección de anatomía.

—¿Sabe dónde vive ahora? —Su tono era casi pedagógico—. En el bolsillo de un niño de doce años. En esa pantalla que mira antes de dormir y nada más despertar. No necesita poseer a nadie; solo necesita saturar. Bombardear. El Mal ahora es una frecuencia de radio, una imagen que parpadea. Y los padres... —una sonrisa mínima y gélida asomó a sus labios—, los padres están demasiado distraídos en su propio hedonismo. Consumiendo, acumulando... entregados a una libertad que confunden con el instinto. Habitan lechos impuros, incluso contra natura. Olvidando a Dios y condenando el alma de sus propios hijos al olvido eterno.

Se levantó despacio, su figura recortada contra la luz de la ventana.

—El mundo se pudre desde dentro, padre Castillo. Y nosotros somos la única cura.

Giró apenas el rostro, lo justo para que un solo ojo gris captara la luz y brillara con una frialdad mineral.

—La humanidad volverá a mirarnos con esperanza cuando vean al Mal cara a cara. Porque cuando todo lo demás se rompe, cuando sus leyes y su ciencia les fallan, nosotros seguimos ahí.

Hizo una pausa absoluta.

—Firmes.

Otra pausa.

—Inquebrantables.

Y un susurro final que pareció vibrar en los cimientos del palacio:

—Eternos.

—La Iglesia siempre está ahí para quien quiera encontrarla —dijo Morelli, y tras una pausa en la que su mirada pareció atravesar las

paredes del palacio, añadió—: Y ese chico, padre Castillo, la está buscando desesperadamente.

Anuel ya había interiorizado que nada de eso era solo una orden, era una narrativa de la que no podía escapar. Recluido en aquella ratonera de incienso y caoba, su mente analítica empezó a calcular las repercusiones, buscando una última grieta por donde filtrar la lógica.

—¿Y si no sale bien? —preguntó Anuel. Su voz sonó pequeña, humana, frente a la inmensidad del despacho—. ¿Y si el ritual falla?

—Entonces será un exorcismo fallido —respondió Morelli con una indiferencia gélida—. La Iglesia ha tenido cientos a lo largo de los siglos. Por desgracia, no sería el primero, ni el último.

El Cardenal se acomodó en su sillón, entrelazando sus dedos largos y pálidos.

—Padre Castillo, como bien sabe, el mundo no es un lugar de purpurina y gominolas —el Cardenal pronunció las palabras con un asco sutil—. En todas las batallas hay consecuencias, a menudo amargas. Pero nosotros somos los soldados de Dios y, cuando el enemigo se manifiesta, hay que hacerle frente. Cara a cara. Cueste... lo que cueste.

Cueste lo que cueste.

Aquellas palabras golpearon a Anuel como una bofetada física. Aquel hombre estaba hablando de la vida de un adolescente con una carencia de empatía que superaba cualquier nivel imaginable. Morelli no veía un niño sufriendo; veía una estadística en un informe de guerra, un daño colateral necesario para demostrar que la Iglesia seguía teniendo el poder de expulsar a las sombras.

Anuel bajó la vista hacia el nombre: Bruno Torres Accardi. Sintió que el "no" se le anudaba en la garganta, pero el peso del chantaje sobre su biblioteca y su propia necesidad de redención eran más fuertes. Y había algo más: necesitaba demostrarle al Cardenal, y al mundo, que la razón todavía tenía un lugar en la fe. Necesitaba demostrar que Bruno no estaba poseído.

Inspiró profundamente, llenando los pulmones con el aire estancado del despacho por última vez antes de claudicar. Abrió los ojos y sostuvo la mirada del Cardenal.

—¿Cuándo empezamos?

Morelli sonrió. Fue una expresión mínima, una muestra de satisfacción depredadora que apenas le tensó las comisuras. Sin decir palabra, deslizó un teléfono móvil precintado sobre la caoba de la mesa, como si depositara una trampa ya armada.

—Mañana por la tarde.

Anuel agarró el teléfono, sintiendo el frío del plástico en la palma de la mano. Mientras lo observaba, rescatando un último microgramo de autoridad de entre las ruinas de su voluntad, se atrevió a interrumpir el silencio midiendo absolutamente cada palabra.

—Si voy a oficiar, le ruego me permita establecer unas condiciones.

Morelli no respondió de inmediato. Se limitó a abrir las manos en un gesto pausado, una invitación silenciosa que decía: *le escucho.*

—Necesito una entrevista previa con los padres y un encuentro a solas con el chico —solicitó Anuel.

—Sin problema —concedió el Cardenal.

—Y todo ha de llevarse a cabo en su casa. En la casa de la familia.

—¡De ninguna manera! —Morelli se puso en pie de golpe. El impacto de sus manos contra el escritorio hizo que los tinteros de cristal tintinearan con un sonido agudo, casi como una alarma—. ¡El rito se celebrará en la Santa Iglesia, como marca el canon. ¡En suelo sagrado y en presencia de Dios!

Anuel no retrocedió. Sabía que ese era el último centímetro de terreno que podía defender antes de ser devorado por la maquinaria de Morelli.

—El chico está al límite, Eminencia —replicó, señalando con un gesto seco los informes médicos sobre la mesa—. Mire cómo reaccionó en una iglesia de barrio; si lo obligamos a venir aquí, ¿qué cree que pasará?

Por primera vez, Morelli mostró rastros sutiles de descolocamiento. Su plan, hasta entonces inamovible, acababa de chocar con una realidad física insoslayable. Anuel aprovechó esa grieta para asestar el golpe definitivo:

—¿De verdad quiere que algo así suceda en esta casa?

El cardenal entrecerró los ojos. El silencio se prolongó mientras procesaba la lógica de su subordinado. Detestaba aquel giro; lo detestaba con toda su alma, pero sabía que Anuel tenía razón. Un niño colapsando en el epicentro del poder cristiano de la ciudad era la última publicidad que la Iglesia necesitaba en su "batalla de los tiempos".

—Está bien —cedió al fin, con una voz que cortaba como el cristal—. Se hará en su casa. Pero bajo la supervisión de alguien de mi absoluta confianza.

—El padre Tomás Belmonte —confirmó Anuel.

—El padre Tomás Belmonte —sentenció Morelli, reafirmando el control—. No pienso dejar este asunto al azar.

Anuel asintió. Hizo una reverencia mecánica y se puso en pie, aferrando la carpeta con los informes del chico.

—Eminencia... —murmuró a modo de despedida.

Morelli no respondió. Permaneció impasible, una estatua de seda y piedra recortada contra la ventana.

Anuel salió del despacho. Al bajar las escaleras, sus pies se movían por pura inercia, como si caminara en sueños; no recordaba haberlas subido. Su cabeza giraba a la velocidad de la turbina de un avión en pleno vuelo, procesando el peligro al que acababa de dar el "sí". Cruzó el vestíbulo de mármol bajo la mirada severa de los obispos retratados, cuyos ojos de óleo parecían condenar su insolencia, y emergió finalmente a la luz grisácea y sucia de la mañana.

El tiempo había cambiado drásticamente mientras él permanecía encerrado entre muros de piedra y protocolos antiguos. El cielo plomizo de la mañana se había desgarrado, dejando paso a una claridad cruda y vibrante que parecía herir la vista.

No era un calor agradable; era una luz que lo desnudaba. Se llevó la mano a los ojos, protegiéndolos del resplandor que rebotaba contra el pavimento húmedo, y sintió cómo el aire, ahora más ligero, le llenaba los pulmones con una brusquedad casi dolorosa. Se llevó la mano al alzacuellos y lo aflojó con dedos torpes, buscando un oxígeno que el Palacio Episcopal parecía haberle robado. Con un movimiento casi involuntario, volvió a abrir la carpeta para mirar el rostro de su destino.

Bruno Torres Accardi. 14 años.

—¿Qué estoy haciendo?

CAPÍTULO | 06

ENTRE EL DEBER Y LA DUDA

Anuel no fue a casa. No podía.

La sola idea de encerrarse en su estudio —rodeado de sus libros subrayados, del silencio que amplificaba cada pensamiento, de sus dudas enroscándose como hiedra— le resultaba insoportable. Necesitaba respuestas. Necesitaba saber en qué lodazal se estaba metiendo. Necesitaba algo, cualquier cosa que le diera la ilusión de control sobre una situación que ya había dejado de controlar desde el momento en que Morelli pronunció su nombre.

Caminó sin rumbo durante veinte minutos. La carpeta manila iba apretada contra su pecho como un escudo inútil, y el smartphone nuevo le quemaba en el bolsillo con el peso específico de las decisiones tomadas por otros. Finalmente se refugió en una cafetería —una de esas con mesas de fórmica y manteles de papel—, pidió un café solo que no se bebió, y se quedó mirando por la ventana hasta que la camarera empezó a lanzarle miradas de preocupación entre cliente y cliente.

Eran las dos de la tarde cuando tomó la decisión.

Anuel sacó su teléfono personal, el de siempre, y buscó un número que no había marcado en meses. La pantalla parpadeó, devolviéndole un reflejo de su propio rostro, desdibujado y exhausto. Esperó tres tonos mientras el estruendo de la calle se convertía en un zumbido lejano, filtrado por la urgencia de su respiración.

—¿Diga?

—Hermana Emilia, soy el padre Anuel.

Se produjo una pausa, el tiempo justo para que el reconocimiento cruzara la línea y la sorpresa se asentara. Luego, llegó una voz cálida, imbuida de esa autoridad maternal y serena que solo desarrollan quienes han pasado décadas rescatando náufragos.

—Padre. Cuánto tiempo sin saber de usted. ¿Está todo bien?

Emilia no era una monja al uso. En el hospital psiquiátrico San Rafael había cartografiado los rincones más oscuros de la mente humana durante treinta años. Anuel la conoció cuando su labor pastoral lo llevó a los pabellones de salud mental, el único refugio de su sacerdocio donde se sentía útil; allí no hacían falta dogmas, solo presencia. Ella no juzgaba ni ofrecía soluciones de catecismo; sobre todo, no rezaba cuando lo que el paciente necesitaba era, simplemente, que alguien sostuviera su verdad.

—Necesito consultarle algo, hermana. ¿Tiene un momento?

—Por supuesto. Estoy en mi descanso. Dígame, le escucho.

Anuel buscó aire. El ruido ambiente —el siseo violento de la máquina de vapor, el golpeteo rítmico de las cucharillas y el murmullo de vidas ajenas— construía una muralla de anonimato que agradeció profundamente.

—Si tuviera que evaluar a un adolescente con convulsiones, episodios disociativos graves y una fobia extrema a los espacios sagrados... ¿cuál sería su primera impresión?

Al otro lado, Emilia guardó una calma absoluta. Se tomó su tiempo, masticando la pregunta cómo debía.

—¿Qué dicen los informes médicos? —preguntó al fin.

—No encuentran causa orgánica. Todo lo neurológico ha sido descartado.

—¿Y el diagnóstico psiquiátrico?

—Según el relato de los padres, es inconcluyente.

Esta vez la pausa fue distinta, cargada de una sospecha que empezaba a materializarse.

—Padre Anuel... —La voz de Emilia se volvió cautelosa—. ¿Me está preguntando esto por lo que creo que me está preguntando?

—Tengo que tener en cuenta todas las aristas, hermana. Aunque no crea en ellas.

Un suspiro profundo recorrió el auricular, arrastrando el cansancio acumulado de media vida en los hospitales.

—Es muy aventurado un diagnóstico así, en frío y por teléfono, sin ver al chico —advirtió Emilia, y su voz recuperó una gravedad profesional—. Pero escúcheme bien: he visto cosas que le harían dudar de la luz del sol. Quizás lo que ese chico necesita es a Dios, o quizás necesita terapia especializada y paciencia. Años de ella. No es una decisión que se pueda tomar a la ligera.

—¿Y si los padres se cierran a la ciencia? —insistió Anuel. El nudo de Morelli volvía a apretarle la garganta, dejándole apenas espacio para las palabras—. Están convencidos, o quizá desesperados, de que es el Mal quien lo posee.

Hubo una pausa breve, puntuada solo por el ruido lejano de una sirena de ambulancia al otro lado de la línea.

—Le voy a verbalizar para lo que creo que en realidad me ha llamado —dijo ella con claridad—. Sea lo que sea que le pase a ese muchacho, alguien tiene que protegerlo. De lo que sea que le esté ocurriendo.

Las palabras de la hermana Emilia cayeron en el estómago de Anuel con el peso de una sentencia. Eran gélidas e inapelables. En ese instante, la estructura de su mundo se desplazó: la responsabilidad, que hasta hacía un segundo no era más que una orden jerárquica

dictada desde un despacho de caoba, se transmutó de pronto en un mandato moral.

Ya no se trataba de obedecer al Cardenal o de seguir el protocolo de la Curia; se trataba de una vida. La de un crío, ni más ni menos.

Anuel sintió cómo el aire de la cafetería, antes protector en su anonimato, comenzaba a faltarle. Efectivamente, Emilia había puesto voz a lo que él ya rumiaba en la penumbra de su conciencia pero no se atrevía a materializar. El deber de salvar una vida; el compromiso de ser, sin pecar de arrogancia, quizá el último flotador que le quedaba a Bruno en un océano en el que Anuel jamás había puesto un pie.

—Gracias, hermana.

—Padre... —la voz de Emilia descendió hasta ser un ruego casi inaudible—. Sea lo que sea, es una prueba que Dios le ha puesto por delante. Como tantas que nos pone. Pero tenga cuidado. Aunque Él nos guíe, el valle de las sombras es un lugar sobrecogedor. No deje que el horror le arrebate el juicio. No se pierda usted también.

Colgó. Se quedó mirando el teléfono durante un largo rato, observando su propio reflejo distorsionado y oscuro en la pantalla negra, como si buscara en sus propias facciones el rastro del hombre que solía ser antes de que Morelli lo convocara.

La camarera se acercó a retirar el café, que seguía intacto y ya frío. No dijo nada; se limitó a recoger la taza con un gesto breve y una mirada rápida, detectando en la postura de Anuel una pesadez que no permitía preguntas. A veces, la ausencia de palabras es la forma más pura de compasión. Alguien que está acostumbrada a ver desfilar infinidad de rostros en todas sus variables a lo largo del día, termina por entender el lenguaje no verbal con solo verlo.

Anuel permaneció sentado otros diez minutos, observando cómo la tarde se desmoronaba al otro lado del cristal. La gente desfilaba por la acera con sus vidas corrientes, inmersos en problemas que tenían solución: un tren perdido, una factura atrasada, un desamor mundano. Nadie allí fuera iba camino de intentar arrancar una sombra del cuerpo de un adolescente. Nadie cargaba con carpetas

que pesaban más que el plomo, rebosantes de un sufrimiento que no les pertenecía. Envidió esa normalidad con una intensidad que le quemó por dentro, una punzada de celos hacia el anonimato de la multitud; esa libertad envidiable de ser un rostro más que no le debe nada a Dios ni al diablo.

Finalmente, se puso en pie. Sus movimientos eran mecánicos, los de un hombre que se obliga a avanzar hacia un lugar al que no desea ir. Dejó un billete sobre la mesa —una propina excesiva para el sueldo de un sacerdote, como si pudiera comprar una pizca de absolución con billetes de fibra de algodón— y salió a la calle.

Veinte minutos después estaba de vuelta en el Palacio Episcopal.

Esta vez no subió las escaleras de mármol hacia los despachos donde se administraba la fe como si fuera burocracia. Giró a la izquierda del vestíbulo, atravesó un pasillo estrecho con paredes de yeso desconchado —el tipo de lugar que los edificios importantes esconden porque no aparece en las fotografías oficiales—, y bajó por una escalera de caracol de hierro forjado que descendía hacia las entrañas del edificio como una columna vertebral oxidada.

El archivo del obispado.

La puerta al final de las escaleras era de roble macizo, con un picaporte de latón oxidado que chirrió bajo su mano. Anuel la empujó y cruzó el umbral hacia otro siglo.

El espacio se extendió ante él como una catedral de papel, un templo erigido a la memoria institucional. Techos abovedados de ladrillo visto, ennegrecidos por décadas de humedad y olvido. Estanterías de madera oscura que ascendían hasta perderse en las sombras, repletas de tomos encuadernados en piel con títulos grabados en oro desgastado que prometían verdades muertas. Algunos libros llevaban candados; otros, sellos de cera roja quebrados por el tiempo. El aire era denso, espeso, cargado de ese olor particular que solo tiene el papel viejo: polvo sagrado, tinta fermentada, secretos guardados durante generaciones que nadie recordaba ya por qué había que guardar.

La única luz provenía de lámparas de escritorio dispersas aquí y allá, pequeños halos amarillos que apenas conseguían rasgar la penumbra. La quietud era absoluta, alterada solo por el goteo ocasional de alguna tubería invisible; un metrónomo persistente en el silencio.

Al fondo, sentado tras un escritorio abarrotado de ficheros y legajos que amenazaban con sepultarlo, se encontraba un hombre de unos setenta años. Su cabeza, completamente calva, devolvía el reflejo de la lámpara de flexo con un brillo de marfil pulido. Tenía una barba espesa y canosa que le descendía por el pecho, dándole el aspecto de un santo bizantino que hubiera cambiado el desierto por la celulosa. Escribía en una de las muchas cartas que tenía esparcidas frente a él; otras, ya terminadas y apiladas a un lado, lucían una firma de trazo firme y elegante: «Edgardo».

El archivero levantó la vista antes de que Anuel alcanzara el escritorio. Sus ojos, magnificados por las lentes, poseían esa claridad propia de quien ha recorrido infinidad de lugares que ya ni recordaba sin necesidad de haber salido jamás de sus libros; una mirada que parecía atravesar la superficie de las cosas para leer directamente en la intención.

—¿Sí?

—Padre Adrián Anuel Castillo.

El anciano lo interrumpió sin asomo de sorpresa, con un leve acento que podría haber sido de cualquier parte o de ninguna, una entonación erosionada por décadas de exilio entre estanterías.

—El Cardenal llamó. Dijo que se le diera acceso total a la Sección D.

Edgardo volvió a su cuaderno con la indiferencia de quien ha visto desfilar a multitud de sacerdotes buscando respuestas esquivas, convencido quizá de que ninguna de ellas se encontraba realmente bajo aquel techo.

—Si necesita algo más, ya sabe dónde estoy.

Anuel asintió y se adentró en la penumbra. La Sección D resultó ser un laberinto de pasillos estrechos, flanqueados por volúmenes y cajas de archivo apiladas con la lógica caótica de los siglos

acumulados. El aire allí era distinto; más frío, con un rastro metálico que se pegaba al fondo de la garganta. Fue encendiendo las lámparas que encontró a su paso, creando un rastro de luz tras de sí como un Teseo que avanza por otro tipo de oscuridad, una donde el hilo es de luz y el monstruo es de papel.

El suelo de baldosas crujía bajo sus pies, un sonido seco que se multiplicaba en las vigas del techo. Finalmente, llegó a la estantería doce: *Exorcismos: Registros Históricos. 1243-1899*.

Sacó el primer tomo. Era enorme, pesado como la culpa, encuadernado en cuero negro agrietado que parecía piel de reptil antiguo. Lo depositó sobre una mesa cercana —una tabla de madera con las patas torcidas que había sobrevivido a generaciones de consultas— y lo abrió con el cuidado que se reserva para las cosas que podrían desintegrarse al tacto. El olor a moho y a tinta antigua le golpeó la nariz, un puñetazo olfativo de historia putrefacta.

Las páginas estaban escritas a mano, en latín, con una caligrafía apretada y elaborada que convertía cada palabra en un pequeño acto de devoción obsesiva. Anuel encendió la lámpara de la mesa —el círculo de luz se contrajo alrededor de él como un escudo— y comenzó a leer.

Caso: Anno Domini 1347. Villa de Montsegur, Occitania.

«Mulier nomine Marguerite, aetatis viginti quinque annorum, manifestavit signa daemonis...»

Una mujer llamada Marguerite, de veinticinco años, mostró signos de posesión demoníaca. Convulsiones violentas que quebraban los huesos. Habla incoherente en lenguas que nadie reconocía. Rechazo visceral a los sacramentos. El exorcismo duró tres días de tortura santificada. La mujer murió.

En el margen, con tinta más clara y letra diferente —la caligrafía de alguien que escribió décadas después, quizá con remordimiento—, alguien había añadido una nota: *«Medicus localis dixit: febris cerebri»* — El médico local dijo: fiebre cerebral.

Encefalitis. Probablemente encefalitis. Una infección tratable con los conocimientos actuales, pero una agonía lenta y malinterpretada en

el siglo XIV.

Anuel pasó las páginas con un temblor de rabia en las yemas de los dedos, hasta detenerse en una entrada mucho más cercana, fechada en el siglo XIX.

Caso: Anno Domini 1882. Monasterio de San Pedro de Cardeña.

«Puella de doce años. Presenta melancolía profunda, visiones de sombras negras y rigidez cadavérica durante el rezo».

El cronista detallaba cómo la niña fue sometida a ayunos forzosos y aspersiones de agua gélida mientras los monjes le gritaban salmos al rostro. Al final, el registro celebraba que «el demonio la había abandonado», aunque el precio fue sumirla en «el mudo letargo de los idiotas». Debajo, otra mano había anotado con una brevedad gélida: *«Dementia praecox»*.

Esquizofrenia catatónica. La habían roto por dentro antes de que tuviera oportunidad de crecer.

Continuó devorando un par de casos más, cada uno más desolador que el anterior, hasta que la indignación superó su curiosidad. Cerró el libro con una fuerza innecesaria; el golpe seco del cuero contra la tabla resonó entre las estanterías como un disparo en una catedral vacía. No necesitaba más pruebas. El patrón se le revelaba con una claridad hiriente: siglos de enfermos mentales martirizados en nombre de Dios; siglos de médicos silenciados por el peso de las sotanas y de una fe utilizada como un garrote contra la fragilidad de la mente.

Se levantó de golpe; la silla chirrió al arrastrarse por el suelo y el sonido rebotó entre las estanterías, quebrando la quietud del archivo. Caminó hasta el fondo de la sala, donde lo aguardaba, inmune al paso de las décadas, el ordenador… si es que aún podía llamarse así. Era un equipo antiguo: monitor de tubo con la pantalla curva hacia fuera, con un teclado amarillento por años de dedos anónimos y un zumbido constante de insecto moribundo que parecía provenir de algún componente a punto de fundirse.

La máquina despertó con la parsimonia de un nonagenario lanzado a correr una maratón. Cada icono, cada línea de código, emergía en la

pantalla tras una sucesión interminable de parpadeos y chasquidos internos, como si el sistema tuviera que convencer a sus propias piezas de seguir funcionando.

Anuel esperó, apoyado en el escritorio. Dejó que aquellos segundos dilatados por la desidia se le escurrieran entre los pensamientos, repasando mentalmente las aristas del caso de Bruno, a Marguerite, a la niña del siglo XIX y a los innumerables «Brunos» que habrían quedado olvidados en los márgenes de aquellos libros.

Cuando el sistema por fin cargó, abrió el buscador del archivo digital. Los dedos le temblaron ligeramente sobre las teclas. Escribió: «Morelli, Esteban. Exorcismos».

Tres resultados.

El primer resultado era de 1997. *Caso: Lorena Gómez Herrera. Edad: 11 años.*

Dentro del archivo apareció un informe médico escaneado con esa calidad borrosa y grisácea de los documentos que nadie desea conservar demasiado tiempo. «Trastorno disociativo de identidad de origen postraumático. Paciente presenta episodios de despersonalización tras abuso sexual sostenido. Recomendación: terapia psicológica especializada inmediata».

Once años. Abuso sostenido. Las palabras se clavaron en la retina de Anuel como anzuelos oxidados.

Debajo, el informe eclesiástico firmado por el Cardenal: «A petición de los padres, se realizó ritual de exorcismo siguiendo el *Rituale Romanum*. Duración: 3 semanas. Resultado: inconcluso. La menor fue hospitalizada por agotamiento extremo».

Y al final, el rastro de la prensa. Titulares que gritaban: «Iglesia lucha contra las fuerzas del mal en pequeña localidad» o «Cardenal Morelli: "El demonio ataca donde más duele"». Al pasar a la última página digital, apareció un certificado de defunción fechado solo dos meses después. Causa de la muerte: intoxicación aguda por ingestión masiva de medicamentos.

La rabia comenzó a crecer en el pecho de Anuel; un incendio lento, asfixiante, que quemaba desde dentro. Abrió el segundo caso con

dedos que ya no temblaban. La furia tiene esa virtud: te estabiliza el pulso.

Caso: Miguel Ángel Soto Aguirre. Edad: 28 años.

Informe médico: «Esquizofrenia paranoide en fase aguda. Paciente presenta delirios persecutorios y alucinaciones auditivas. Requiere hospitalización inmediata y tratamiento antipsicótico».

Tuvo que detenerse. Trató de contar hasta diez en latín, como le enseñaron en el seminario para domar el carácter, pero el idioma sagrado le supo a ceniza. No funcionó. En la prensa, Morelli volvía a ser el protagonista: «No siempre ganamos, pero nunca dejamos de luchar».

Aquel hombre necesitaba un hospital, pensó Anuel apretando los dientes. Necesitaba que alguien reequilibrara la química rota de su cerebro, no dos meses de tortura espiritual envuelta en letanías que no podía comprender.

El tercer caso casi no se atrevió a abrirlo, pero el cursor ya estaba allí. Ya había cruzado la línea.

Caso: Carmen Ruiz Delgado. Edad: 16 años.

El informe médico era tajante: «Psicosis inducida por consumo de drogas (MDMA contaminada). Paciente presenta alucinaciones visuales y agitación. Pronóstico favorable con tratamiento adecuado».

Sin embargo, el informe eclesiástico volvía a ignorar la ciencia con una suficiencia ciega: «Exorcismo realizado durante cinco semanas». Al final, la prensa lo coronaba de nuevo con un cinismo que a Anuel le revolvió el estómago: «El demonio es real, pero Dios es más fuerte».

La rabia lo quemaba por dentro como ácido y apagó el ordenador; el zumbido del monitor murió en un chasquido eléctrico, dejando a Anuel sentado en la penumbra, respirando de forma entrecortada entre el olor a estaño pasado y el polvo en suspensión.

Tres casos. Tres fracasos. Tres vidas quebradas mientras Morelli jugaba a ser un guerrero de Dios en una cruzada de cartón piedra. No buscaba sanación, buscaba titulares. Alimentaba su leyenda con

el sufrimiento de los vulnerables, sin importarle los cadáveres que dejaba en el campo de batalla mientras su nombre brillaba asociado a una épica prefabricada entre el bien y el mal. Para el Cardenal, las víctimas no eran almas que salvar, sino el combustible necesario para mantener encendida la hoguera de su propia vanidad y asegurar su impronta en la historia.

Anuel se quedó inmóvil unos instantes frente a la pantalla ya negra, viendo su propio reflejo desdibujado en el cristal oscuro del monitor. La náusea moral, ese nudo ácido en el estómago, fue dejando paso a una urgencia fría y cortante: necesitaba desentrañar cuánto de aquel horror era fruto de la megalomanía de Morelli y cuánto estaba amparado por la ley que él mismo representaba. Si Morelli era un cazador de sombras, Anuel necesitaba conocer las reglas de la cacería.

Se puso en pie y volvió a internarse en las estanterías. Sus piernas se sentían pesadas, como si caminara por el lecho de un río bajo una presión invisible. Esta vez su búsqueda no fue errática; no buscaba crónicas de mártires ni diarios carcomidos por el remordimiento. Buscó la ley pura, el dogma codificado. Sus dedos recorrieron los lomos gastados, apartando el polvo, hasta que el tacto reconoció la textura que buscaba. Extrajo el volumen con un movimiento seco.

Rituale Romanum. Edición de 1952. Revisión de 1999. El manual oficial de exorcismos de la Iglesia Católica. El libro de instrucciones para expulsar demonios.

Lo halló resguardado en una caja de terciopelo rojo, un estuche que le confería la ambigüedad de las cosas prohibidas: podía ser una reliquia sagrada o un arma cargada. Quizás, pensó Anuel, era ambas cosas a la vez. Al extraerlo, notó que el tejido estaba gastado y romo por el roce de otros dedos que, durante décadas, habían buscado en aquel lomo las mismas respuestas que él necesitaba ahora.

Anuel comenzó a leer con la concentración de un estudiante preparando un examen que no puede permitirse suspender. El *Rituale Romanum* dictaba su sentencia en cada epígrafe:

Requisitos previos para realizar un exorcismo:

1. Evaluación médica completa.
2. Evaluación psiquiátrica completa.
3. Descarte de todas las causas naturales posibles.
4. Evidencia de fenómenos sobrenaturales genuinos.

Anuel miró la carpeta que Morelli le había entregado con la misma estupefacción de quien acaba de recibir una bofetada. Con el manual abierto sobre la mesa, la comparación era obscena. El libro exigía rigor, pruebas y una prudencia casi obsesiva; la carpeta de Bruno, en cambio, era un vacío legal. Un informe médico inconcluso. Ningún informe psiquiátrico completo. Ni una sola mención a las pruebas de diagnóstico diferencial que el protocolo exigía antes de siquiera pronunciar la palabra «exorcismo».

Morelli estaba saltándose los requisitos. Todos. Y lo peor no era la negligencia individual del Cardenal, sino la bendición implícita de la institución que permitía que aquel expediente pasara por válido.

Siguió desgranando las fases del exorcismo (Invocación, Interrogatorio y Expulsión) y se detuvo en las Advertencias. Cada punto parecía una acusación contra los casos que acababa de ver en el ordenador: agitación extrema, riesgo de trauma permanente.

Anuel leyó y releyó cada página hasta que las palabras se le incrustaron en la retina, como una quemadura persistente. No podía fallar. Tenía que fabricar un paracaídas para los dos, cosiéndolo con cualquier retazo que encontrara, viniera de donde viniera. Pasó las siguientes dos horas sumergido en el Ritual Romano. No como el escéptico que era, sino como el estudiante aplicado que siempre había sido. Tomó notas en los márgenes con letra apretada. Subrayó frases clave. Memorizó la estructura: invocación, interrogatorio, expulsión. Como si fuera una coreografía de lo imposible.

Aprendió las oraciones en latín, repitiéndolas mentalmente hasta que fluyeron con naturalidad, hasta que dejaron de ser palabras extrañas y se convirtieron en fonemas familiares.

Exorcizo te, immundissime spiritus...

Adjuro ergo te, draco nequissime...

Praecipio tibi, quicumque es...

Las palabras se grabaron en su memoria con la misma facilidad con que había memorizado tratados de teología sistemática o pasajes de la *Summa Theologica*. Para él, no era una cuestión de fe, sino un ejercicio puramente académico; la preparación profesional de quien sabe que el éxito depende de no titubear en el momento crítico.

Finalmente, cerró el libro. Miró el reloj: las 18:43. Había estado sumergido en aquel mundo de tinta y sombras durante más de cuatro horas sin moverse, sin beber agua, sin parpadear apenas. Al intentar enderezarse, un latigazo de dolor le recorrió el cuello, recordándole que seguía siendo de carne y hueso.

Se deslizó fuera de la mesa, moviéndose con cautela hacia el fondo del laberinto de estanterías, allí donde la penumbra era casi total y la luz de las lámparas de lectura no era más que un recuerdo lejano. En ese rincón donde el archivo se rendía finalmente ante la oscuridad, Anuel volvió a abrir el *Rituale* por la sección de oraciones. Comenzó a leer en voz baja. Las sílabas en latín, ásperas y rítmicas, brotaron de sus labios con una cadencia metálica. Probaba las palabras, su alcance, su equilibrio. No rezaba; ensayaba.

En la negrura de aquel sótano, la voz de Anuel sonó extraña, cargada de una autoridad que no procedía de Dios, sino de una resolución humana nacida de la rabia.

—*Exorcizo te, immundissime spiritus...*

Su voz sonó pequeña, tragada por el espacio.

—*Omnis incursio adversarii, omne phantasma, omnis legio...*

Las frases fluían con la facilidad de años de estudio.

—*Praecipio tibi, quicumque es, spiritus immunde...*

Las palabras resonaban contra las estanterías, rebotaban en los lomos de los libros, regresaban distorsionadas.

—*Et omnibus sociis tuis, hunc famulum Dei obsidentibus...*

Trazó en el aire con la mano derecha la Señal de la Cruz, lenta y deliberadamente, el gesto grabado en su músculo desde la infancia.

—*Adjuro ergo te, draco nequissime...*

—*In nomine Agni immaculati, qui ambulavit super aspidem et basiliscum...*

Se detuvo. Se sentía ridículo invocando esas frases en un sótano vacío, conjurando dragones inexistentes con palabras muertas. Anuel respiró hondo —el aire espeso llenando sus pulmones— y continuó:

—*Ut per virtutem mysterii incarnationis Domini nostri Jesu Christi...*

—*Et per virtutem ascensionis ejus...*

Y entonces, por primera vez en toda esta locura, sintió un escalofrío que reconoció inmediatamente como producto de su propia sugestión. El cerebro jugándole una mala pasada. Neurología elemental.

—*Vade retro Satana!*

Anuel se congeló. Se giró de golpe, tropezando con la pata de la mesa y haciendo que la lámpara oscilara violentamente, proyectando sombras frenéticas contra los techos altos. No había nada. Solo el inmenso laberinto de libros, inmóvil como siempre había estado, como si las estanterías guardaran el aliento junto con él.

Se obligó a quedarse quieto para recuperar el aire. Su mente, siempre hiperactiva, luchó por imponerse sobre el pánico primitivo. «Es sugestión», se repitió como un mantra. Exhaló profundamente, aunque sus manos mantenían un temblor ligero que no lograba someter. A pesar de que su razón se aferrara a la lógica con uñas y dientes, la prudencia ancestral —esa que había mantenido vivos a los hombres durante milenios, la que distingue la valentía de la imprudencia— le dictó la única conclusión posible: debía marcharse.

Ya había tenido suficiente de aquel teatro en la penumbra. Si el archivo tenía algo más que enseñarle, no quería estar allí para aprenderlo.

Sacó el cuaderno del bolsillo de su sotana y comenzó a tomar notas con mano firme; cada letra era un acto de control recuperado sobre

sus propios nervios. Organizó la información con la precisión de un protocolo de urgencias, dividiendo el papel en dos mundos que se resistían a mezclarse:

- **Hospital General:** 543 22 45 67
- **Ambulancia:** 112
- **Límite:** si pierde consciencia más de 30 seg.
- **Límite:** si sangra.
- **Límite:** si temp. corporal > 39°C.

Se quedó mirando la lista durante un largo rato. El peso de la responsabilidad le aplastaba los hombros como una cruz invisible, una carga que ninguno de sus antecesores en aquellos libros parecía haber sentido con tal claridad. Allí estaban la ciencia y la superstición, frente a frente en el papel, esperando a ver cuál de las dos tendría razón. Finalmente, con una determinación serena que le sorprendió incluso a él mismo, escribió la única conclusión posible al final de la hoja:

«Si algo sale mal, la vida de Bruno es la prioridad».

Salió del archivo justo cuando el reloj de la iglesia cercana daba las ocho; las campanadas resonaban sobre la ciudad como advertencias de metal golpeado, pesadas y lúgubres. El cielo se había teñido de un naranja herido que se desangraba en púrpura sobre los tejados de la ciudad. A su alrededor, las farolas comenzaban a encenderse una a una, parpadeando con esa luz fría de sodio que baña las calles con la estética de un thriller urbano, donde cada sombra parece esconder un secreto.

Anuel caminó por las aceras vacías, apretando el cuaderno contra su costado y la carpeta en la otra mano. Se sentía exhausto; un cansancio mental y emocional tan denso que le hacía sentir que cada paso pesaba el doble, como si hubiera corrido una maratón sin haber salido de la claustrofobia de aquel sótano.

El teléfono nuevo vibró en su bolsillo con la insistencia de lo inevitable. Anuel se detuvo bajo el cono de luz de una farola y lo

sacó. Un mensaje iluminó su rostro con un resplandor azulado, gélido y sintético.

Cardenal Morelli: «Mañana, 15:00h. Calle Albarracín 34, 3°B. El chico y los padres están preparados».

La lectura le provocó una punzada de incredulidad que le subió por la garganta. ¿Mañana? Apenas habían pasado unas horas desde que recibió el encargo. Era un despropósito, una imprudencia que rozaba lo criminal. Según el *Rituale*, un caso de tal gravedad requería días, si no semanas, de observación meticulosa, de consultas médicas cruzadas y de una preparación espiritual que él ni siquiera había empezado a rozar. Morelli lo estaba lanzando a los leones sin tiempo para asimilar siquiera los nombres en los informes, forzando una urgencia artificial que solo servía para anular cualquier asomo de juicio crítico.

Guardó el teléfono con un movimiento brusco, como si el aparato quemara. Miró hacia la silueta de la iglesia a lo lejos; su campanario se recortaba contra el cielo crepuscular como un dedo acusador que señalaba un punto ciego en el firmamento. Luego bajó la vista hacia su cuaderno. Las notas. Los números de emergencia del hospital. El plan táctico que lo convertiría en cómplice de una farsa o en el último salvador de un niño, dependiendo de cuánto fuera capaz de resistir.

Mañana empezaba todo. Ya no había marcha atrás, ni siquiera en la seguridad teórica de los libros. Tenía menos de veinte horas para convertirse en el hombre que Bruno necesitaba que fuera.

—Señor… —musitó bajo la luz naranja de la ciudad, una plegaria que sonó más a desafío que a ruego—, dame fuerzas para hacer lo correcto.

CAPÍTULO | 07

PORTAL 34. 3º B

El Seat Ibiza del 2005 carraspeó al girar en la rotonda como un fumador empedernido protestando contra el mundo. El padre Tomás Belmonte agarraba el volante con ambas manos, la espalda soldada al respaldo del asiento en una postura que habría hecho sonreír a cualquier instructor de autoescuela. En el asiento del copiloto, apoyado contra la tapicería desgastada, su bastón de madera de haya daba pequeños saltos con cada bache, golpeando el maletín de cuero.

En el salpicadero, el teléfono móvil vibraba en su soporte de ventosa con la insistencia de una mosca atrapada. El aparato se inclinaba peligrosamente hacia la izquierda, amenazando con desprenderse. Sin apartar los ojos de la carretera, Belmonte lo enderezó de un manotazo torpe que casi lo envía al suelo.

—Gire a la derecha en doscientos metros —ordenó la voz robótica del GPS con esa frialdad mecánica que conseguía irritarlo más que ayudarlo.

Tomás entrecerró los ojos y se inclinó hacia el parabrisas, como si acercarse pudiera hacer que las calles se volvieran más reconocibles. Las gafas de lectura colgaban de una cadena plateada sobre su pecho, rebotando con cada bache como un péndulo desquiciado. La

pantalla del móvil se transformó en un borrón de líneas azules y rojas que se entrecruzaban sin sentido aparente.

—¿Doscientos metros dónde, exactamente? —murmuró para sí mismo, como si la máquina fuera a dignarse a responder con más detalle.

El semáforo de delante cambió a ámbar. Belmonte miró el móvil, luego el semáforo y luego otra vez el móvil, tratando de descifrar si la próxima calle era esa o la siguiente. El semáforo se puso rojo. Un claxon estalló detrás de él, prolongado y hostil, el tipo de claxon que no busca avisar sino insultar. Belmonte pisó el freno de golpe. El cinturón de seguridad se le clavó en el pecho con violencia, cortándole el aire por un segundo. El móvil, finalmente liberado de su prisión de plástico, salió despedido y aterrizó en el asiento del copiloto.

—La madre que... —comenzó a mascullar, deteniéndose a mitad de frase.

Cerró los ojos con fuerza, respiró hondo y se persignó con rapidez, como si el gesto pudiera borrar las palabras antes de que Dios las registrara oficialmente. El semáforo cambió a verde. Arrancó con un acelerón demasiado brusco que hizo chirriar al motor como un animal herido. Por el retrovisor vio al conductor de atrás haciéndole gestos que definitivamente no se enseñaban en la catequesis. Levantó su propia mano en un gesto de disculpa —la palma hacia arriba, el gesto universal de «lo siento»— y luego, casi por reflejo, volvió a persignarse.

Con un manotazo más decidido que preciso, apagó el GPS. La voz robótica se cortó a mitad de una frase, dejando un silencio bendito en el interior del coche. Metió la mano en el bolsillo interior y sacó un papel doblado en cuatro partes. Lo extendió sobre el volante con una mano mientras con la otra intentaba mantener el coche en su carril.

Calle Albarracín, 34. 3ºB.

La letra era clara, escrita con bolígrafo azul por la secretaria del cardenal. Levantó la vista justo a tiempo para ver un cartel verde al

borde de la carretera: Calle Albarracín.

—Gracias a Dios —suspiró, y esta vez lo dijo en serio, con genuino alivio en la voz.

Giró a la derecha —sin poner el intermitente, un pecado venial del que solo se dio cuenta después— y condujo despacio por la calle, escaneando los números de los portales. El barrio era de clase media trabajadora, el tipo de lugar donde la gente se conoce desde hace décadas, pero ya no se saluda tanto como antes. Edificios de cinco o seis plantas, construidos en los setenta u ochenta, con fachadas que oscilaban entre el ladrillo visto y el revoque pintado de colores que alguna vez fueron alegres. Ahora lucían descoloridos, manchados por la lluvia y el tiempo.

Aparcó frente a un edificio cuya fachada de ladrillo gris parecía absorber la luz en lugar de reflejarla. Las persianas metálicas de muchas ventanas estaban descoloridas, algunas incluso oxidadas en los bordes. Un par de niños jugaban al fútbol en la acera de enfrente, usando dos mochilas como porterías improvisadas. Sus gritos resonaban contra las paredes con esa alegría ruidosa que solo los niños pueden generar sin esfuerzo.

Salió del coche con movimientos lentos. Primero estiró el brazo para pescar el bastón del suelo del copiloto. Lo sacó por la puerta abierta, plantó la contera de goma con firmeza en el asfalto y, apoyando todo su peso en el puño de madera, impulsó su cuerpo hacia fuera con un quejido sordo de sus articulaciones. Cerró la puerta con un golpe que resonó más fuerte de lo que pretendía.

Cruzó la calle con un ritmo asimétrico: el roce de sus zapatos al arrastrar ligeramente los pies —una de las muchas concesiones que había tenido que hacer a la edad— y el clac rítmico de su apoyo, cargando su maletín de cuero marrón. El maletín tenía manchas de uso, arañazos en las esquinas y un cierre que a veces se atascaba, pero lo había acompañado durante más años de los que podía contar. No pensaba cambiarlo ahora.

Llevaba su sotana negra, la que reservaba para ocasiones más formales, aunque «formal» en su caso significaba «ligeramente

menos gastada que las demás». Tenía setenta y ocho años bien llevados —o eso se decía a sí mismo cuando se miraba al espejo por las mañanas—, una barriga prominente que su médico insistía en llamar «preocupante» pero que él prefería considerar «acogedora», y un rostro surcado de arrugas que trazaban el mapa de décadas dedicadas a escuchar confesiones, oficiar misas y oficios menos ortodoxos.

Su pelo, completamente blanco desde hacía ya más de dos décadas, lo llevaba peinado hacia atrás con una gomina barata que compraba en el supermercado y que nunca conseguía dominar del todo los mechones rebeldes. Sus manos, mientras caminaba, acariciaban distraídamente el rosario que colgaba de su cintura —un rosario de madera desgastado, con las cuentas pulidas por años de uso—, y temblaban ligeramente. No mucho. Solo lo suficiente para que él lo notara y se preguntara cuánto tiempo más podría seguir haciendo esto.

«No es Parkinson», le había dicho el médico en su última revisión. «Es solo la edad, padre. El cuerpo se cansa».

«Y el alma», había pensado Belmonte sin decirlo en voz alta. «El alma también se cansa».

Entró al portal. El vestíbulo olía a ese limpiador industrial que todos los edificios antiguos parecen usar, una mezcla de lejía y algo vagamente floral que nunca termina de ser agradable. Las paredes estaban pintadas de un verde pálido que probablemente había sido bonito en los setenta. El ascensor, milagrosamente, funcionaba. Pulsó el botón del tercero y las puertas se cerraron con un chirrido.

Mientras la cabina ascendía con su zumbido hipnótico, Belmonte aprovechó para recuperar el aliento, apoyando ambas manos en el pomo del bastón y dejando caer su peso sobre él. No es que estuviera especialmente agitado —no había corrido ni nada por el estilo—, pero últimamente cualquier esfuerzo físico mínimo le dejaba con esa sensación de que sus pulmones no estaban rindiendo al cien por cien. Otro regalo de la edad, pensó con resignación.

Cuando las puertas se abrieron en el tercero, consultó su reloj de pulsera —un Casio digital que le habían regalado hacía veinte años y que se negaba a morir—: 14:40. Llegaba diez minutos tarde.

—Por todos los… —murmuró en voz baja, y de inmediato su mano voló hacia su frente para persignarse—. Perdón, perdón.

Salió al rellano y caminó despacio, escaneando las puertas hasta encontrar la del 3°B. Se detuvo frente a ella, ajustó su sotana con un gesto nervioso, afianzó el agarre en el bastón, agarró el maletín con más fuerza de la necesaria y tocó el timbre.

Esperó.

Los segundos se estiraron. Desde dentro del piso llegaba un silencio denso, de esos silencios que no son ausencia de sonido sino presencia de tensión contenida. Nada. Volvió a tocar el timbre, esta vez manteniendo el dedo presionado un par de segundos más de lo socialmente aceptable. Se oyeron pasos al otro lado, pasos lentos, arrastrándose sobre lo que sonaba como baldosas. Luego el chasquido del cerrojo al girar, el crujido de las bisagras protestando.

La puerta se abrió.

Al otro lado apareció una mujer de unos setenta y cinco años, tal vez más. Llevaba una bata floreada con rosas amarillas que había conocido tiempos mejores, zapatillas de fieltro azul tan gastadas que parecían extensiones de sus propios pies, y el pelo completamente blanco recogido en un moño improvisado que desafiaba las leyes de la gravedad y el buen gusto por igual. Tenía los ojos pequeños, pero extraordinariamente amables.

—¿Sí? —preguntó con una voz tan suave que Belmonte tuvo que inclinarse ligeramente hacia adelante para oírla bien.

El sacerdote carraspeó, ajustándose mentalmente al cambio de expectativas. Había esperado encontrarse con los padres de Bruno, pero bueno, quizás esta era la abuela, o una tía, o una vecina que se había ofrecido a abrir porque los padres estaban ocupados con el chico.

—Buenas tardes, señora —dijo con su mejor voz pastoral, esa que reservaba para las visitas a enfermos y las bodas—. Soy el padre

Tomás Belmonte.

La mujer lo miró de arriba abajo con una curiosidad que no era suspicaz sino genuinamente interesada. Asintió varias veces.

—Pase, padre. Pase.

Y sin más preámbulos, se hizo a un lado y le hizo un gesto con la mano para que entrara. El padre Belmonte entró.

El interior del piso lo golpeó como una ola sensorial. Lo primero fue el olor, ese olor inconfundible a presencia felina y ambientador de lavanda rociado con generosidad excesiva, como si alguien hubiera decidido que, si un poco de lavanda era bueno, medio bote sería mejor. Lo segundo fueron los propios gatos. Había gatos por todas partes.

Un gato gris de pelo largo dormía plácidamente sobre el respaldo del sofá, enrollado sobre sí mismo como una bufanda peluda. Un gato blanco con manchas naranjas lamía su pata en el alféizar de la ventana con la concentración de un monje en meditación. Un gato negro con ojos amarillos intensos observaba al nuevo invitado desde lo alto de una estantería. El salón era pequeño, abarrotado de muebles que parecían haber sido comprados en otro siglo y nunca reemplazados. La señora señaló el sofá con un gesto que no admitía negociación.

—Siéntese, padre. Le preparo un café.

—No es necesario, señora. Yo no puedo…

—Insisto —cortó ella con una firmeza sorprendente para alguien tan menudo, y desapareció en la cocina antes de que Belmonte pudiera añadir nada más.

El sacerdote se quedó de pie un momento, mirando alrededor con creciente desconcierto, antes de resignarse a sentarse. Para hacerlo, apoyó el bastón contra el brazo del sofá, colocó ambas manos en los reposabrazos y bajó con cautela hasta quedar sentado. Una vez acomodado, volvió a coger el bastón y lo dejó descansar entre sus piernas, con las manos cruzadas sobre el puño de madera. El gato gris levantó la cabeza lo justo para mirarlo con un ojo entreabierto, evaluarlo con ese desdén supremo, patrimonio exclusivo de los

felinos, y luego volvió a dormirse, como si Belmonte no valiera ni siquiera la energía necesaria para cambiar de posición.

Desde la cocina llegaban sonidos reconfortantes: el clic de la estufa, el tintineo de una cuchara removiendo azúcar contra cerámica, el borboteo del agua hirviendo. Belmonte miró a su alrededor con más detenimiento. Las paredes estaban cubiertas de fotos enmarcadas, y todas eran fotos de sus gatos. Cada una tenía un nombre escrito a mano debajo en caligrafía cuidadosa con rotulador negro: *Lea*, *Grisu*, *Imperator*, *Misifú*.

La señora reapareció con una bandeja de madera que temblaba ligeramente en sus manos. Sobre ella, una taza humeante de café instantáneo —Belmonte lo reconoció por el olor ligeramente químico — y un plato con galletas María dispuestas en círculo con esmero. Dejó la bandeja sobre la mesa de centro con un golpe suave.

—Aquí tiene, padre.

Belmonte aceptó la taza por pura cortesía. El café estaba demasiado caliente y, cuando se atrevió a dar el primer sorbo, descubrió que también estaba demasiado dulce, como si le hubieran echado tres o cuatro cucharadas de azúcar. Pero sonrió, asintió y murmuró un agradecimiento mientras la señora se sentaba en el sillón de enfrente, con las manos cruzadas sobre el regazo en una pose que parecía sacada de un retrato victoriano.

Hubo un momento de silencio. La anciana lo miraba con expectación amable, esperando. El gato gris roncaba suavemente en el respaldo del sofá. El reloj de pared —uno de esos relojes antiguos de péndulo — marcaba los segundos con un tic-tac hipnótico. Belmonte carraspeó, dejando la taza sobre la mesa con cuidado de no hacer ruido.

—Señora... —comenzó, dejando una pausa deliberada para que ella pudiera ofrecerle su nombre.

—Amparo —respondió ella con una sonrisa.

—Amparo… —repitió Belmonte, devolviendo la sonrisa—. Verá, me gustaría poder hablar con sus ¿hijos? ¿O… sus nietos?

La anciana ladeó la cabeza como un pájaro curioso. Belmonte inclinó levemente el mentón, como quien menciona algo que debería ser obvio.

—Sí… los Torres Accardi.

Durante un rato que a Belmonte le pareció casi exasperante, lo miró en silencio, como si su mente estuviera desempolvando archivos a la velocidad de un ordenador de los años ochenta. Finalmente, su rostro se iluminó con un destello de reconocimiento.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Los padres de Bruno!

Asintió varias veces, ahora con entusiasmo renovado.

—Claro, claro. Ese chico. —Se inclinó ligeramente hacia adelante, como si fuera a compartir un secreto—. Es un buen muchacho, sabe usted. Un poco tímido, eso sí. Siempre va por la calle con esos auriculares puestos. Siempre en su mundo. Pero buen chico. Educado. Me saluda cuando me lo cruzo en el portal.

Hizo una pausa, levantando suavemente la cabeza mientras cerraba un poco los ojos.

—¿Se ha metido en algún lío? Porque si se ha metido en algún lío, yo...

El sacerdote abrió la boca para responder, para explicar que no, que no era eso exactamente, pero antes de que pudiera articular una sola palabra, Amparo continuó sin tomar aire:

—Porque los jóvenes de ahora, padre, con esos móviles y esas músicas que escuchan... No sé, no sé. En nuestros tiempos era diferente. Nosotros salíamos a la calle, jugábamos al escondite, trabajábamos... Pero ahora todo es ese internet y las pantallitas esas que…

—Disculpe, señora —la interrumpió el padre Tomás con toda la educación que pudo reunir, pero con una premura evidente que bordeaba la desesperación—. De verdad, necesito reunirme con ellos enseguida. Es... es importante. ¿Dónde están exactamente?

Amparo parpadeó un par de veces, como si acabara de recordar algo de vital importancia que, sin embargo, se negaba a tomar forma en

sus labios. No dijo nada. Se quedó mirando un punto indeterminado del salón, justo encima de una vitrina llena de figuritas de porcelana, con la boca ligeramente abierta. Pasaron tres, cuatro, cinco segundos. Para cualquiera, fueron cuatro siglos de un vacío absoluto.

El sacerdote abrió la boca para repetir la pregunta, pero entonces ella frunció el ceño, ladeó la cabeza con curiosidad y murmuró:

—Ay… ¿habré apagado el fuego? —Hizo un gesto vago con la mano, como quien intenta revisar su memoria hojeando un cuaderno lleno de tachones—. No, no… si yo no he puesto nada hoy… —susurró para sí misma, enfrascada en un debate interno que excluía por completo al hombre sentado en su sofá.

—Señora mía… —intervino por fin Belmonte, con una paciencia que ya empezaba a resquebrajarse y una voz que sonó más ronca de lo habitual—. Bruno Torres Accardi. Por favor.

Amparo dio un pequeño sobresalto, como quien regresa de un sueño ligero tras una cabezada involuntaria, y lo miró como si acabara de descubrirlo allí sentado.

—¡Ah, sí! —exclamó, retomando la conversación con una naturalidad pasmosa, como si el vacío anterior jamás hubiera existido—. Los Torres Accardi. Claro, claro.

Entonces, se levantó con una agilidad que contrastaba con su aparente fragilidad y caminó hacia la ventana. Descorrió ligeramente la cortina de encaje amarillento, dejando que una franja de luz grisácea iluminara el polvo en suspensión del salón, y señaló con un dedo nudoso hacia el exterior.

—Allí. El edificio de enfrente. El que tiene los toldos verdes descoloridos. ¿Lo ve, padre? —preguntó con una sonrisa cándida—. El 34.

Belmonte tuvo que hacer un esfuerzo visible para ponerse de pie: clavó el bastón en la alfombra, se inclinó hacia delante y usó la fuerza de su brazo derecho para despegar sus setenta y ocho años del sofá. Se acercó a la ventana. Al otro lado de la calle, a escasos veinte metros, se erguía otro edificio prácticamente idéntico a este.

Fachada de ladrillo, cinco plantas, persianas metálicas. La única diferencia visible era el tono de la pintura: aquel bloque vestía un verde oscuro en lugar de gris.

—Portal treinta y cuatro, tercero B —aclaró Amparo, con la meticulosidad de quien da indicaciones para cruzar una frontera internacional.

De repente, el rostro de Tomás se transformó en una máscara donde se mezclaban el asombro, la urgencia y una punzante vergüenza existencial. Sintió cómo la sangre le subía a las mejillas, calentando su piel surcada de arrugas. Se había equivocado de edificio. Había confundido el portal 43 con el 34 por una simple transposición numérica de su mente cansada. Llevaba casi media hora allí, ingiriendo un café almibarado y escuchando historias de gatos, mientras los Torres le esperaban —literalmente— frente a sus ojos.

—Gracias, señora —dijo, y aunque su voz sonó calmada por puro instinto pastoral, por dentro estaba maldiciendo su propia torpeza—. Muchísimas gracias.

Recogió su maletín de cuero con movimientos rápidos, casi torpes debido a la súbita descarga de adrenalina. Amparo lo acompañó hasta la puerta con esa sonrisa perpetua todavía intacta, completamente ajena al torbellino de nervios que Belmonte estaba experimentando bajo la sotana.

—No hay de qué, padre. Y si necesita algo más, ya sabe dónde encontrarme.

Cuando Belmonte se giró en el umbral para despedirse, Amparo lo observaba con esa expresión de bondad genuina que solo ciertas personas mayores conservan como un último refugio.

—Que vaya con Dios, padre.

Belmonte se detuvo un segundo, devolviéndole la sonrisa con una calidez más honesta, despojada ya de la prisa por un instante.

—Voy, voy... —susurró, con la mano en el pomo de la puerta—, aunque a veces no sé si Él viene conmigo.

Se dio un golpe en la frente con la palma de la mano, como acentuando su propio despiste, y caminó de vuelta hacia el ascensor.

Mientras esperaba a que la cabina subiera de nuevo, detrás de él, escuchó el clic suave de la puerta de Amparo al cerrarse. Amparo cerró la puerta con suavidad, como si no quisiera molestar a nadie, y volvió a su salón donde los gatos la esperaban con la paciencia infinita de quienes saben que el mundo gira alrededor de ellos.

Belmonte entró en el ascensor, que chirrió al iniciar el descenso. Al llegar a la planta baja, empujó la puerta del portal con más ímpetu del que pretendía y salió a la calle.

Cruzó sin mirar —otro pecado venial en su creciente lista del día—, y un coche que venía por la derecha frenó en seco con un chirrido de neumáticos y un claxon prolongado que hizo que varios transeúntes giraran la cabeza. El padre levantó la mano en disculpa mientras aceleraba el paso, sintiendo cómo su corazón latía un poco más rápido de lo aconsejable.

Llegó al número 34. Se detuvo frente al telefonillo y leyó los nombres con la meticulosidad de un detective examinando pruebas.

3ºB: JORGE DANIEL TORRES GAMBOA - VERÓNICA ACCARDI BLANCO

—Ahí está —suspiró con un alivio que le deshinchó los hilos de tensión por un segundo.

Pulsó el timbre. Esperó, esta vez sin moverse, sin apartar el dedo del botón hasta que escuchó el clic del interfono activándose. Una voz femenina sonó al otro lado, tensa, agotada, con ese tono apagado de quien ha pasado demasiadas noches sin dormir bien.

—¿Sí?

—¿Señora Accardi? —preguntó Belmonte con su mejor voz pastoral, intentando sonar tranquilizador—. Soy el padre Tomás Belmonte. Del obispado.

Hubo una pausa breve al otro lado. No larga, pero sí lo suficientemente perceptible como para que Belmonte notara la vacilación. Luego, el zumbido eléctrico de la puerta desbloqueándose resonó como una absolución. Empujó la puerta y entró.

El vestíbulo de este edificio era casi idéntico al anterior: mismo olor a limpiador industrial, mismas paredes pintadas de un color triste. El ascensor subió despacio, con ese zumbido metálico que parecía quejarse en cada piso. Belmonte apretaba el maletín contra su pecho, respirando hondo, tratando de calmarse. Había hecho esto docenas de veces, cientos tal vez, pero cada vez —cada maldita vez — sentía la misma mezcla de anticipación y pavor.

«¿Qué voy a encontrar arriba?».

Las puertas del ascensor se abrieron en el tercero con un *ding* que sonó obscenamente alegre, casi sarcástico, en el silencio opresivo del rellano. Belmonte salió al pasillo, donde el aire se sentía más denso y viciado que en el portal de al lado. Escaneó las puertas con la mirada hasta que localizó la del 3°B. Caminó hacia ella con pasos que resonaban con un eco metálico y excesivo en aquel espacio vacío, acentuados por el golpe rítmico de su bastón contra las baldosas.

Se detuvo frente a la madera oscura de la puerta. Respiró hondo una vez, sintiendo el peso del maletín en su mano. Invocó esa calma profesional que se adquiere tras décadas de oficio, levantó la mano y tocó el timbre.

La puerta se abrió casi de inmediato, con una rapidez violenta, como si quien estuviera al otro lado hubiera permanecido al acecho, con la mano soldada al pomo y el oído pegado a la madera. Al otro lado apareció Jorge Daniel Torres.

El padre de Bruno era la viva imagen del naufragio emocional. A pesar de sus cuarenta y tres años, representaba una década más; el cansancio se le había filtrado bajo la piel con una palidez grisácea que lo convertía en una extensión de las paredes descoloridas del pasillo. Tenía el pelo revuelto, con mechones canos apuntando en direcciones aleatorias, y una barba de tres días que parecía el resultado de un afeitado a oscuras o, sencillamente, del abandono más absoluto. Vestía una camiseta arrugada y unos vaqueros que parecían haber sido su única piel durante semanas.

No quedaba ni rastro de la calidez vecinal que Belmonte acababa de dejar atrás en casa de Amparo. Jorge no saludó; se limitó a dar un paso atrás, hundiéndose en una penumbra que olía a sudor frío y a un rastro metálico, acre, que se pegaba al paladar. Pero lo que detuvo el aliento de Tomás fueron sus ojos: dos cuencas hundidas en sombras permanentes, vidriosas por las noches en vela y el llanto contenido. Era la mirada de quien ha sido vaciado por el miedo, de quien está al borde del colapso pero sigue en pie por pura y ciega obstinación. En ese rostro, el sacerdote no vio a un feligrés, sino a un hombre que miraba con la misma urgencia a un médico que a un verdugo, esperando de ambos lo mismo: que el horror terminara de una vez.

Detrás de él, apenas una silueta en la oscuridad del pasillo, Belmonte distinguió a Verónica. La madre de Bruno estaba apoyada contra la pared, pero no con la firmeza de quien guarda un sitio, sino con la pesadez de quien se desplomaría si el tabique desapareciera. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho en un gesto defensivo, un último intento de sostener los pedazos de sí misma. Estaba agotada, física y emocionalmente, hasta un punto en el que ya no le quedaban fuerzas ni para disimular ante extraños. Llevaba el pelo recogido en una coleta tirante y descuidada que subrayaba el hundimiento de sus sienes y unos pómulos que sobresalían como crestas bajo la luz amarillenta.

Verónica lo miraba con una fijeza perturbadora. No había timidez, ni vergüenza por su aspecto desaliñado; solo una súplica cruda que nacía de lo más profundo de su fatiga. Sus ojos, enmarcados en ojeras que parecían hematomas, no buscaban un saludo cordial, sino una sentencia final.

Tomás Belmonte asintió en silencio. Plantó el bastón con firmeza en el umbral, cargó su peso en él para salvar el pequeño escalón de entrada y entró.

El recibidor era pequeño, mucho más pequeño de lo que esperaba, y estaba sumido en una penumbra que no terminaba de ser natural. Era una oscuridad artificial, fabricada por la voluntad de quienes vivían allí; un luto preventivo. Las persianas debían estar bajadas

hasta el último milímetro en toda la casa, porque no entra ni un solo rayo de luz exterior que permitiera distinguir el día de la noche o el paso de las horas.

Belmonte bajó la vista y contempló los restos del naufragio doméstico. Había una chaqueta colgada en el perchero, solitaria y ladeada, como un cuerpo abandonado a su suerte. Varias zapatillas se amontonaban junto a la puerta sin orden alguno, restos de una rutina que se había detenido en seco ante el avance de lo inexplicable.

En ese instante, el padre Belmonte sintió aquella presión familiar en el pecho; una punzada sutil que aparecía siempre que cruzaba el umbral de una casa donde algo no andaba bien. Había dejado de intentar explicarlo racionalmente hacía décadas; simplemente lo sentía. Era una opresión que vibraba en el aire, el peso de demasiadas noches en vela, de demasiado miedo acumulado entre aquellas paredes y de demasiadas lágrimas derramadas en una oscuridad que nadie más veía. La casa no estaba solo a oscuras; estaba saturada de dolor.

Verónica, que parecía haber agotado hasta el último gramo de su energía vital, señaló hacia el interior. Lo hizo con un gesto mecánico, desprovisto de cualquier fluidez humana, como si sus músculos se movieran por una orden externa y no por voluntad propia. A pesar del cansancio que la devoraba, mantuvo una cortesía espectral, una última capa de dignidad antes del abismo.

—Por favor, padre —dijo ella, con una voz que, aunque educada, sonaba hueca y monocorde—. Pase al salón.

La estancia era amplia pero desordenada. Un sofá de tela gris con cojines descolocados, una mesa de centro cubierta de tazas de café vacías, cajas de medicamentos, pañuelos arrugados. En la estantería, libros de ingeniería apilados sin orden, mezclados con novelas que parecían llevar meses sin abrirse. Un televisor grande permanecía apagado.

El padre de Bruno habló finalmente:

—¿Quiere algo, padre? ¿Agua? ¿Café?

Ante la mención del café, el rostro de Tomás se tensó ligeramente.

—No, no... Gracias —respondió rápido, casi con urgencia.

La madre señaló el sofá libre.

—Por favor, siéntese.

Con movimientos medidos y casi solemnes, el padre Belmonte obedeció. No fue un acto rápido; clavó la contera de su bastón en la alfombra, buscó con la mano libre el brazo del sillón y descendió con un suspiro contenido hasta que su cuerpo encontró el reposo. Una vez sentado, dejó el bastón apoyado contra su pierna y acomodó la carpeta de documentos sobre el regazo, como si fuera un escudo.

El matrimonio permaneció de pie, uno junto al otro, con una rigidez que recordaba a dos soldados esperando una sentencia. Tomás carraspeó, un sonido ronco. Consultó su Casio digital con un gesto lento.

—No creo que tarde mucho en llegar el otro sacerdote —dijo para tratar de romper aquel silencio.

Apenas terminó de hablar, el timbre del piso sacudió la tensión con un zumbido eléctrico y violento. El efecto fue inmediato. Jorge dio un respingo, girando la cabeza hacia el pasillo. Verónica, que no había dejado de frotarse las manos como si un frío invisible le recorriera los huesos, se llevó una palma al pecho, tratando de calmar un corazón desbocado.

El padre de Bruno se separó de su esposa y caminó hacia la entrada con pasos plomizos. Se detuvo un instante frente a la madera oscura de la puerta, cerrando los ojos un segundo como si necesitara bombear valor a sus pulmones antes de enfrentarse a quien estuviera al otro lado. Finalmente, giró el pomo.

—Buenas tardes —se escuchó desde el rellano.

El padre Anuel había llegado.

CAPÍTULO | 08

NADA CONCLUYENTE

Anuel entró con paso firme pero contenido. Jorge asintió sin decir nada. El joven sacerdote se dirigió al salón, que era la única habitación a simple vista con luz.

—Buenas tardes —dijo Anuel con voz clara, extendiendo la mano primero a Jorge, luego a Verónica. Su apretón era firme, profesional —. Soy el padre Adrián Anuel Castillo.

—Gracias por venir, padre —respondió Verónica con voz débil, casi un susurro. Sus dedos temblaban ligeramente al estrechar la mano del recién llegado.

Anuel siguió a la pareja hasta el corazón de la casa. Sus ojos, entrenados para captar detalles, recorrieron el espacio con precisión: las tazas de café frías sobre la mesa, los pañuelos arrugados y las cortinas a medio correr, filtrando una luz pálida que parecía enferma. Al entrar, su mirada localizó al padre Tomás Belmonte, sentado junto a la ventana, una silueta negra recortada contra el resplandor lechoso del exterior.

El anciano se levantó con un esfuerzo evidente. Apoyó una mano en el brazo del sofá y la otra en el puño de su bastón, impulsándose con una lentitud que delataba el peso de los años.

—Padre Anuel —dijo con voz ronca, ligeramente ahogada—. Un placer conocerle al fin.

—Padre Belmonte. —Anuel se acercó y le estrechó la mano con respeto. La mano del anciano era cálida, áspera, con la piel suelta sobre los huesos—. El cardenal me habló de usted.

—Espero que bien —respondió Belmonte con una sonrisa cansada que no llegó del todo a sus ojos.

Los cuatro se sentaron en una coreografía silenciosa y torpe. Tomás recuperó su sitio con un suspiro de alivio. Anuel eligió el sillón individual frente al matrimonio, acomodándose con la espalda recta y las manos sobre las rodillas. Sacó de su maletín un cuaderno de cuero desgastado —las esquinas dobladas, la superficie marcada por años de uso— y un bolígrafo plateado. Los dejó sobre su regazo con el cuidado de quien maneja instrumentos de trabajo sagrados.

Verónica se inclinó ligeramente hacia delante, retorciendo las manos sobre su regazo.

—¿Quiere algo de beber, padre? ¿Un café? ¿Agua?

Anuel la miró directamente a los ojos. Había en su mirada algo que conseguía transmitir calma sin resultar condescendiente.

—Se lo agradezco mucho, Verónica, pero estoy bien. De verdad. —Su tono era suave, genuino, despojado de cualquier formalidad eclesiástica innecesaria.

La mujer asintió y se recostó en el sofá, cruzando de nuevo los brazos sobre el pecho. Anuel abrió el cuaderno. El sonido de las páginas al pasar era el único ruido en el salón, aparte del tic-tac distante de un reloj que nadie veía. Pasó las primeras páginas —algunas con anotaciones densas, otras con diagramas y símbolos— hasta encontrar una en blanco. Levantó la vista hacia el matrimonio.

—Antes de nada, quiero que sepan que todo lo que hablemos aquí quedará entre nosotros. —Hizo una pausa deliberada, dejando que las palabras se asentaran—. Nada de lo que me cuenten saldrá de esta habitación ni de este cuaderno. Mi trabajo es entender qué está pasando, para eso necesito conocer cada detalle, cada situación, cada pequeño cambio que hayan notado en Bruno.

Jorge elevó su mentón. Anuel sostuvo su mirada sin incomodidad, sin parpadear. Verónica se removió en el sofá, el tejido crujiendo bajo su peso. Belmonte, desde su rincón, observaba la escena con una calma que ocultaba su propia inquietud. Mantenía las manos entrelazadas sobre el puño del bastón, como un viejo centinela que solo se limita a observar.

—¿Bruno está en su habitación?

Jorge asintió sin mirar al sacerdote.

—Donde siempre.

Anuel se acomodó en el sofá, dejando que el silencio hiciera su trabajo durante unos segundos. Verónica apretaba un pañuelo entre los dedos, deshaciendo los bordes. Jorge, por su parte, miraba la pared como si pudiera atravesar el ladrillo hasta llegar al cuarto de su hijo.

—Cuéntenme de Bruno —dijo finalmente Anuel, sacando su libreta —, antes de que todo esto empezara.

Verónica levantó la vista. Sus ojos estaban secos, pero tenían esa opacidad de quien ha llorado tanto que ya no le queda nada dentro.

—Era un niño tranquilo. Pocos amigos, sí, pero nunca dio problemas. Buenas notas en el colegio. Siempre fue... —hizo una pausa buscando la palabra— un buen chico.

La pluma de Anuel se movía rápida sobre el papel, pero su atención real permanecía fija en los rostros de los padres.

—Hasta que entró al instituto hace tres años —puntualizó Jorge.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Anuel.

—Al principio lo típico, ya sabe —respondió Jorge con un encogimiento de hombros cansado—, que si la edad, que si se vuelve más reservado. Sitio nuevo, gente nueva... Como le digo, a mi hijo le cuesta hacer amigos.

—Empezó por las notas —continuó Verónica—. No fue bajar de sobresaliente a notable. Fue… caer en picado. De repente. Suspensos en todo, y gracias si aprobaba alguna por los pelos. Los profesores siempre decían lo mismo: que estaba disperso.

—Antes salía al salón, veía algo con nosotros en la tele, lo que fuera —intervino Jorge—, pero empezó a encerrarse cada vez más. Ahora come y se va directo al cuarto. O ni eso. A veces ni sale para cenar.

Anuel levantó la vista del cuaderno, deteniendo el movimiento de su mano.

—¿Intentan entrar en ese cuarto cuando él está dentro?

—Sí... —empezó ella.

—No —la cortó Jorge con brusquedad. Verónica agachó la cabeza de inmediato, ocultando la mirada—. No entramos. Está él solo con la música a todo volumen en esos auriculares. Es como hablarle a una pared.

—¿Siempre lleva música? —preguntó el sacerdote.

—Siempre —respondió Verónica en un susurro—. Con los auriculares puestos todo el día. A veces se queda dormido con ellos y los acaba rompiendo.

—¿Qué tipo de música?

La pregunta pareció descolocarla por completo. Verónica parpadeó, confusa.

—¿Qué?

—¿Qué escucha Bruno? —insistió Anuel.

Verónica y Jorge intercambiaron una mirada incómoda, de esas que revelan un vacío compartido. Fue ella quien respondió, encogiéndose de hombros:

—No lo sé. Yo... supongo que lo normal. Lo que escuchan los chicos de su edad hoy en día.

Anuel anotó algo en su cuaderno. Verónica observó el movimiento de su mano con una inquietud creciente, como si cada trazo del sacerdote fuera una pieza de una condena que se estaba armando frente a ella.

—¿Entonces no tiene ningún amigo? —preguntó Anuel sin levantar la vista—. ¿Gente con la que interactúe fuera de clase? Aparte de ustedes, quiero decir.

Esta vez el silencio fue más largo, más pesado.

—No lo sabemos —admitió Jorge al fin, y hubo en su voz un rastro amargo de vergüenza—. Nunca trae a nadie a casa. Nunca sale, que nosotros sepamos. Supongo que tendrá amigos en el instituto, o en internet, pero...

Anuel sintió un destello de reconocimiento. «No lo sabemos». Esas tres palabras eran un diagnóstico por sí solas: padres viviendo bajo el mismo techo que un hijo al que ya no conocían. Un extraño durmiendo en la habitación del fondo. El bolígrafo seguía raspando suavemente contra el papel. Verónica lo observaba con una intensidad casi física, como si intentara leer las palabras a través del reverso de la hoja.

—¿Qué está anotando, padre? —preguntó al fin, incapaz de contenerse.

Anuel levantó la vista con una calma profesional que pretendía ser sedante.

—Son solo notas para mí, para tener una visión más global del caso. Se lo prometo, nada saldrá de aquí.

—Una visión global del «caso» ... —repitió Verónica lentamente, masticando la frase como si fuera veneno—. ¿Esto es un tipo de investigación?

Lo preguntó con una extrañeza que bordeaba la ofensa. Sus ojos pasaron del cuaderno de Anuel a la figura silenciosa de Belmonte, buscando una explicación que no encontraba.

—Nosotros no hemos pedido una investigación al Obispado —apuntó Jorge, compartiendo la extrañeza de su mujer mientras su voz ganaba un tono de urgencia defensiva.

Belmonte, que hasta entonces había permanecido inmóvil, movió ligeramente el bastón, haciendo que la contera de goma produjera un roce sordo contra el suelo como un aviso silencioso para su colega. Anuel se dio cuenta de su error al instante. Había usado la palabra equivocada. El vocabulario importaba; en esa casa, las palabras tenían el peso de las sentencias. Miró por un segundo la página en blanco de su cuaderno, sintiendo por primera vez que su formación académica no le servía de nada frente al dolor crudo de

aquellos padres. Había muchas aristas por vislumbrar todavía y comprendió que, a partir de ese momento, tendría que sopesar muy bien cada palabra antes de lanzarla al aire.

—Es solo una forma de hablar —se apresuró a decir Anuel, levantando ligeramente una mano en gesto apaciguador—. Nada más.

Verónica se quedó inmóvil unos segundos. Las lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos, estancadas, sin llegar a caer. Su respiración se volvió irregular y un temblor visible le recorrió las manos.

—Usted no está aquí para investigar nada, padre. —Escupió las palabras con una amargura que Anuel no esperaba—. Usted está aquí para quitarle a mi hijo lo que sea que tenga dentro. Para eso acudimos a la Iglesia. Para eso dejamos que vinieran. ¡Usted no tiene que investigar nada! ¡Solo tiene que curarlo!

Sus ojos brillaban con una mezcla salvaje de rabia y desesperación. Jorge agarró la mano de su mujer con firmeza, casi con brusquedad, tratando de anclarla.

—Verónica... —Su voz era una advertencia baja—. Deja que haga su trabajo. Para eso lo hemos llamado.

—Disculpen si he usado una palabra equivocada —dijo Anuel con calma, manteniendo la compostura—. No era mi intención molestarles. Pero entiendan que para poder ayudar a Bruno necesito conocer cada arista de lo que están viviendo. Cada detalle importa. Cuanto más sepa, mejores herramientas tendré cuando llegue el momento de actuar.

Tras sus palabras, la habitación quedó sumida en una quietud absoluta, rota únicamente por la respiración entrecortada de Verónica. Ella clavó la mirada en el suelo con los puños apretados, mientras Jorge mantenía su mano sobre la de ella, aunque sus propios ojos parecían perdidos en algún punto indefinido de la pared. Anuel decidió cambiar de estrategia. Pasó una página del cuaderno con deliberada lentitud, permitiendo que la vibración del

papel fuera el único sonido mientras les daba tiempo para recomponerse.

—Cuéntenme sobre los ataques —dijo, bajando el tono hasta encontrar un registro casi paternal—. El primer episodio. ¿Cuándo ocurrió?

Jorge carraspeó, aclarándose una garganta que parecía llena de arena.

—Justo cuando empezó el instituto, como le dije. Bruno estaba en su habitación, encerrado como siempre con su música, y de repente oímos un golpe seco. —Hizo una pausa, la mirada fija en un punto del suelo—. Luego otro. Y otro. Eran como manotazos o patadas rítmicas contra el suelo. El sonido de un cuerpo chocando contra los muebles.

—Fuimos corriendo —continuó Verónica, y la urgencia del recuerdo le devolvió algo de fuerza a la voz—. Yo llegué primero. Abrí la puerta y lo vi allí, convulsionando. Estaba tirado en el suelo, sacudiéndose como si le estuvieran dando descargas eléctricas. Tenía los ojos vueltos, completamente en blanco. Solo se veía la esclerótica. Nada más. Como si... como si el cuerpo estuviera vacío.

Se detuvo, tragando saliva con dificultad. Jorge tomó el relevo con naturalidad, como si hubieran contado esta historia mil veces en pasillos de hospitales:

—Le sujetamos entre los dos. Le metimos algo en la boca para que no se mordiera la lengua; en ese momento ni piensas, solo actúas. Verónica llamó a la ambulancia. Ella trabaja en el hospital —añadió, señalándola con un gesto breve—, así que se movieron rápido. Lo ingresaron esa misma noche.

—Le hicieron pruebas durante casi un mes —dijo Verónica, recuperando su lenguaje profesional—. Resonancias, electroencefalogramas, analíticas completas... incluso le sacaron líquido cefalorraquídeo. Los mejores especialistas de la ciudad se volcaron con él. Son compañeros míos.

—¿Andando bien? —preguntó Anuel, aunque ya intuía la respuesta.

—Nada. —Jorge extendió las manos en un gesto de absoluta impotencia—. Ni un rastro. Ningún resultado concluyente. Los médicos no encontraron una sola explicación. Según todas las pruebas, Bruno está completamente sano.

Verónica se levantó y caminó hacia una cómoda apoyada contra la pared. Abrió un cajón y extrajo una carpeta de plástico azul, abultada y deformada por la cantidad de documentos que albergaba. Se la entregó a Anuel con las dos manos, un gesto que recordaba al de quien entrega una evidencia crucial o un objeto sagrado.

—Aquí están todos los informes clínicos. Léalos.

—¿Puedo quedármelos para revisarlos con calma?

—Son copias —respondió ella, volviendo a sentarse con los hombros hundidos—. Por supuesto que sí.

Anuel abrió la carpeta con cuidado y comenzó a hojear los documentos. Las páginas crujían suavemente bajo sus dedos.

> *Resonancia magnética craneal: normal. No se observan lesiones ocupantes de espacio ni alteraciones estructurales significativas.* Pasó a la siguiente hoja.
>
> *Electroencefalograma: sin anomalías. Actividad eléctrica cerebral dentro de parámetros normales. No se detectan focos epileptógenos.*

Y otra más.

> *Análisis bioquímicos completos: dentro de parámetros normales. Función hepática, renal y tiroidea sin alteraciones.*

Siguió pasando páginas, escaneando cada informe con la concentración de un detective buscando la pieza que no encaja. Y entonces, al llegar a la última hoja, lo vio. Una sola línea, escrita en letra pequeña al final del informe del neurólogo: *«Se recomienda evaluación psiquiátrica especializada para descartar componente funcional o psicógeno».*

Anuel levantó la vista de los papeles con lentitud, como quien emerge a la superficie tras bucear demasiado hondo en aguas turbias.

—Aquí dice que los especialistas recomendaron que Bruno fuera evaluado por un profesional de salud mental —comentó.

El efecto en el salón fue fulminante. Jorge se puso rígido, su espalda soldándose al respaldo del sofá como si esperara un impacto. Verónica, por su parte, desvió la mirada hacia la ventana, apretando las mandíbulas con tal intensidad que Anuel creyó percibir el crujido de sus dientes en medio del silencio.

—Sí —respondió Verónica. Su voz sonó seca, cortante como el borde de un cristal roto—. También pasó por manos de una psiquiatra.

Jorge soltó un bufido y agitó una mano en el aire, un gesto cargado de desprecio, como si espantara una mosca molesta.

—Sí... la tal Helena esa —Jorge soltó el nombre con un desprecio pastoso, como si se quitara de encima un mal sabor de boca.

—Una auténtica pérdida de tiempo —sentenció Verónica—, como todo lo demás que hemos intentado hasta que nos decidimos a buscar ayuda aquí.

Anuel sintió que algo no encajaba. Había una grieta en la historia, un hueco que necesitaba llenar para que el mapa de aquel desastre tuviera sentido.

—¿Cuánto duró el tratamiento con la psiquiatra? —preguntó mientras pasaba las hojas de la carpeta azul con rapidez, buscando un sello o una firma que no encontraba—. ¿Tienen los informes de esas sesiones o el historial de medicación?

Verónica se puso aún más rígida; parecía que sus huesos fueran a quebrar la piel en cualquier momento. Su rostro se endureció como el granito.

—No tenemos nada de eso —respondió ella. Su voz subió de tono, cada palabra martilleada con una furia defensiva—. Fue una pérdida de tiempo, ya se lo he dicho. Mi hijo no está loco. ¿Me oye? No. Está. Loco.

Anuel se ajustó las gafas con el dedo índice, un gesto que le servía para ganar un segundo y procesar el impacto de aquel estallido.

—Discúlpeme, yo no estoy sugiriendo eso...

Pero ella ya había cerrado esa puerta con un portazo invisible. Se cruzó de brazos y giró la cabeza hacia la ventana, respirando con fuerza por la nariz como un animal herido que se prepara para embestir si lo presionan un centímetro más. Anuel miró al padre Belmonte buscando apoyo o intervención. El anciano mantenía la compostura, impasible como una estatua, con las manos cruzadas sobre su regazo. Sus ojos decían claramente: «No voy a intervenir. No es mi papel».

El joven sacerdote cerró el cuaderno con suavidad; el sonido fue apenas un susurro que no logró disipar la tensión del ambiente.

—¿Puedo hablar con Bruno? —preguntó con voz neutra, despojada de cualquier matiz que pudiera reabrir la herida de los padres.

Jorge asintió, con la mirada perdida en algún punto impreciso del suelo.

—Está donde siempre. En su dormitorio.

Verónica se limitó a inclinar la cabeza. Era un permiso concedido a regañadientes, nacido más del agotamiento que de la confianza.

—Con permiso —dijo Anuel, incorporándose.

Salió del salón con movimientos calmados, dejando atrás una atmósfera cargada. El pasillo era estrecho; sus zapatos producían un eco rítmico contra las baldosas frías. Al pasar junto a las fotos familiares, se detuvo un instante frente a una: Bruno, de unos ocho o nueve años, sonriendo en una playa con el pelo alborotado por el salitre. Tenía una mirada chispeante, llena de esa luz que solo poseen los niños que aún no conocen el miedo. Anuel siguió caminando hacia el final del pasillo, donde se distribuían tres puertas: el baño, con sus azulejos blancos asomando tras una rendija; el dormitorio principal, hermético; y una tercera puerta que parecía repeler la escasa luz del pasillo. Se detuvo frente a ella. Respiró hondo, llenando sus pulmones de aquel aire viciado que parecía estancado en la casa desde hacía años. Levantó la mano con

una lentitud casi ritual y golpeó con los nudillos. Dos toques suaves, apenas una invitación.

—¿Bruno...? —llamó en voz baja.

Aguardó conteniendo la respiración sin darse cuenta. Sabía que Bruno estaba allí; una franja delgada de luz amarillenta escapaba por debajo de la madera, dibujando un rectángulo pálido sobre el suelo. Era una señal de vida, o al menos de vigilia. Alguien estaba ahí dentro, alguien que había escuchado su llamada y había decidido responder con una mudez absoluta.

—¿Bruno? —volvió a preguntar con cortesía y tacto, inclinando la cabeza hacia la madera como si buscara un rastro de movimiento.

De nuevo, el silencio.

CAPÍTULO | 09

EL PESO DEL SILENCIO

El sacerdote llamó por tercera vez con el mismo tacto suave que las dos anteriores; toques casi delicados, como quien pide permiso para entrar en un lugar sagrado. Y entonces, con suma precaución y el cuidado de quien maneja algo frágil, procedió a girar el pomo. La puerta cedió sin chirridos, y Anuel la empujó muy despacio, centímetro a centímetro. Primero asomó solo la cabeza, tratando de no ser invasivo, de no romper ese equilibrio quebradizo.

La habitación era pequeña pero ordenada; demasiado ordenada para ser el refugio de un adolescente. Las paredes estaban pintadas de un gris apagado. No había pósters de bandas, ni láminas de videojuegos, ni banderas; nada de lo típico que un chico de su edad plasma en su entorno como una declaración de identidad.

A la derecha, pegada a la pared, estaba la cama individual. El edredón se veía estirado de forma mecánica, sin una sola arruga. En un rincón, una estantería albergaba libros de texto apilados sin lógica —matemáticas sobre historia, física sobre literatura—, todos cubiertos por una fina capa de polvo que delataba meses de

abandono. Al fondo, junto a la ventana cerrada, un escritorio de madera parecía un objeto olvidado en el tiempo.

Y allí, en el centro de la habitación, estaba él.

Bruno.

El chico permanecía sentado en una silla giratoria de escritorio, pero no frente a la mesa como cabría esperar. Estaba en una posición extraña e incómoda: medio girado, en un ángulo lateral entre el escritorio y el umbral, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia un lado. Parecía querer mirar hacia la pared del fondo pero sin llegar a hacerlo del todo, como si se hubiera quedado congelado a medio camino entre dos decisiones.

En realidad, su mirada estaba clavada en el suelo, fija en un punto invisible de las baldosas con una intensidad perturbadora. Llevaba puestos unos auriculares grandes, negros, que le cubrían las orejas por completo y parecían engullir su cabeza, aislándolo del resto del mundo.

Anuel se quedó unos segundos en el umbral. Había abierto la puerta con una lentitud deliberada, asomando primero la mitad del cuerpo y entrando después con pasos que, aunque suaves, eran perfectamente audibles sobre el suelo rígido. Por pura lógica, por el simple rabillo del ojo, Bruno tenía que haber detectado el movimiento; sin embargo, no hizo gesto alguno de percatarse de su presencia. No hubo un sobresalto, ni un giro de cuello, ni siquiera el parpadeo de quien se siente observado. Bruno siguió inmóvil, como una estatua olvidada en un museo.

Anuel avanzó en el cuarto, pausada y cautelosamente, cada paso medido como quien camina sobre cristal. Observó cada rincón, cada detalle, tratando de entender quién era realmente Bruno más allá de lo que sus padres le habían contado: la ropa doblada sobre una silla auxiliar, perfectamente ordenada en pilas simétricas.

Y entonces vio algo más. Había una pieza de ajedrez: un caballo negro, solitario. Sin tablero a la vista, sin otras piezas que lo acompañaran, solo esa figura oscura, tallada en madera, de pie

sobre su base como un soldado olvidado en un campo de batalla vacío.

Finalmente se colocó al lado de Bruno, de pie, a una distancia respetuosa, sin invadir demasiado su espacio personal. Dejó pasar unos instantes que se estiraron como chicle, marcados solo por el tic-tac distante de un reloj en alguna parte de la casa. Luego habló con voz baja y calmada, sin inflexiones bruscas:

—Hola, Bruno. Soy el padre Adrián Anuel. ¿Cómo estás?

El chico no respondió. Ni siquiera parpadeó. Siguió con la vista fija en el suelo, como si Anuel fuera un fantasma, una presencia que podía ignorarse si uno se concentraba lo suficiente. El sacerdote replanteó su estrategia sin perder la calma. Se inclinó levemente hacia delante, lo justo para ver la pantalla del teléfono que Bruno sostenía entre sus manos con los dedos algo tensos. La pantalla brillaba con luz azulada en la penumbra del cuarto. El sacerdote se ajustó las gafas con el dedo índice, un gesto automático.

«No va a ser fácil». Lo sabía desde antes de entrar.

—Sé que no me conoces —su voz seguía siendo suave, sin presión —. Y sé que no pediste que viniera. —Hizo una pausa—. No va a pasar nada que tú no quieras que pase. Y si quieres que me marche, solo tienes que pedirlo. No hace falta ni que des explicaciones; solo dilo y me iré.

Bruno apretó levemente el teléfono entre sus manos. Fue un gesto casi imperceptible, un cambio mínimo en la presión de sus dedos contra el plástico, pero Anuel lo notó; sus ojos estaban entrenados para captar esos detalles microscópicos. Está confundido. Bruno ni siquiera recordaba la última vez que alguien le pedía su opinión sobre algo o contaba con sus sentimientos para tomar una decisión. Era la primera señal de que, efectivamente, lo estaba escuchando, aunque siguiera sin mirarlo, aunque siguiera refugiado en ese silencio defensivo.

—¿Qué escuchas? —preguntó Anuel con suavidad, inclinando apenas la cabeza hacia el teléfono de Bruno.

Silencio.

—Te gusta la música. Eso es genial.

En la pantalla, iluminada con luz blanca sobre fondo negro, se leía claramente el título en letras delgadas: *Arvo Pärt – Spiegel im Spiegel*.

Anuel sintió una sorpresa que no dejó traslucir en su rostro. No tenía ni idea de quién era Arvo Pärt ni qué significaba ese título en alemán, pero por la carátula minimalista tenía pinta de ser una pieza de música clásica o algo parecido; contemporánea, quizás. Nada que ver con lo que imaginaba que un chico de catorce años escucharía. Si Bruno se estaba aislando, no lo hacía con el ruido caótico de la adolescencia, sino con un orden sonoro que resultaba mucho más difícil de descifrar.

Sabía que Bruno usaba la música como refugio, estaba claro. Pero Bruno no era tonto; no iba a evadirse por completo con la música a todo volumen sabiendo que en su casa había extraños preguntando por él, desconocidos que querían hablar con él, entrar en su espacio. Así que toda la performance de los auriculares era solo una especie de escudo, una barrera más que probablemente usaba muy a menudo para mantener al mundo a distancia.

—Vaya, tiene buena pinta eso que escuchas —dijo Anuel, y algo en su tono transmitía una admiración genuina—. ¿Sabes? Me das envidia. Siempre he envidiado a la gente como tú, a los que realmente sentís la música clásica, que podéis cerrar los ojos y... —gesticuló con las manos, buscando las palabras— estar ahí dentro. Yo lo he intentado muchas veces, esperando sentir esa especie de... no sé, ¿éxtasis? Pero nada.

Se encogió de hombros con una sonrisa resignada, casi tímida, proyectando una vulnerabilidad que contrastaba con su camisa clerical.

—Qué curioso que yo, precisamente yo, confiese que tengo envidia —añadió, dejando caer la referencia al pecado capital con una naturalidad que le restaba gravedad, pero no importancia—. Pero es que envidio esa capacidad de sentir plenitud. Ese don, porque es un

don, Bruno, que hace falta para percibir la belleza de esa manera... como lo haces tú.

Y entonces, Bruno hizo un gesto mínimo. Como si dentro de todas las murallas que tenía levantadas alrededor de sí mismo, una de ellas hubiera bajado apenas unos centímetros, lo justo para que entrara un resquicio de luz. Sin apartar la mirada triste del suelo, sin cambiar la posición de su cuerpo, se quitó los auriculares con movimientos lentos. Los dejó colgando alrededor de su cuello. La música seguía sonando, ahora más lejana, casi como un susurro, una melodía repetitiva de piano y violín que flotaba en el aire del cuarto.

Anuel, que estaba de pie a escasos centímetros de la cama de Bruno, la señaló con la mano abierta.

—¿Puedo?

Bruno no contestó, ni sí ni no. Solo ese silencio ambiguo que podía significar cualquier cosa, pero el gesto de quitarse los auriculares era más que suficiente para saber que no era mal recibido en ese momento. El sacerdote, interpretando el silencio del chico como un permiso tácito, se sentó lentamente en los pies de la cama. El colchón se hundió bajo su peso y los muelles emitieron un crujido leve, un sonido doméstico y real en mitad de aquella atmósfera de mausoleo.

Desde esa posición quedaba justo al lado de Bruno, ligeramente por detrás de su perfil. Pudo ver entonces la magnitud del cansancio: los hombros caídos en un gesto de derrota absoluta y unas ojeras tan marcadas que parecían sombras permanentes grabadas en la piel.

—Es fascinante... —prosiguió Anuel con tono conversacional, señalando con el dedo el teléfono—. Absolutamente toda la música que quieras, y la que ni siquiera sabes que quieres, dentro de ese aparato. A un solo clic. En mis tiempos, si queríamos una canción concreta sin comprar el disco entero, teníamos que recurrir a un «internet más salvaje», y buena suerte con lo que te encontraras ahí.

Anuel se permitió una pequeña risa interna, buscando una reacción en el perfil inmóvil del chico.

—Bajabas una canción y rezabas para que no fuera un virus que borrara tus fotos o una grabación de broma a todo volumen que te diera el susto de tu vida. Era una apuesta constante.

Entonces ocurrió. Bruno, por primera vez, esbozó una leve sonrisa. Fue apenas una curva mínima, un temblor en la comisura de los labios que se desvaneció casi antes de formarse por completo, pero fue real. Anuel no reaccionó de inmediato. Mantuvo el gesto cálido, consciente de que cualquier énfasis excesivo podría romper el hilo frágil que acababa de tenderse entre ellos. Pero por dentro sintió el peso de esa pequeña victoria: acababa de ganar un palmo de terreno en un territorio profundamente hostil.

Era el momento de arriesgarse.

Bajó la cabeza, entrelazó los dedos sobre su regazo y dejó que el silencio se acomodara entre ambos. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono confesional, casi un susurro, despojado de toda formalidad clerical.

—¿Sabes? Yo tampoco lo pasé especialmente bien en el instituto.

Bruno no se movió, pero algo cambió. Una inhalación brusca, contenida, hizo que sus hombros se tensaran levemente. Anuel lo captó de inmediato: notó el campo de minas activándose. Hizo una pausa breve, midiendo el peso de sus palabras, y luego continuó.

—Mis padres venían de un barrio humilde, de esos donde el dinero no alcanza nunca para todo. Trabajaban en lo que podían: mi padre en la construcción, mi madre limpiando casas. Y aun así hicieron lo imposible para meterme en un colegio privado. Se privaron de todo; de vacaciones, de ropa nueva, de cualquier pequeño capricho. Querían darme lo que ellos nunca tuvieron: una oportunidad. Un colegio idílico, de familias idílicas, con hijos idílicos.

Hizo una pausa cargada de una ironía amarga, antes de añadir:

—Y luego estaba yo. No me estoy poniendo especial por haber sido un niño negro en una clase de blancos. A estas alturas, créeme, no;

ya no. El problema real no era el color de mi piel... era el color de la cartera de mis padres. Oh, sorpresa.

Bruno mantuvo la misma pose rígida, inmóvil como una estatua de sal, pero en su mirada baja se notaba ahora un leve temblor, una vibración casi imperceptible que delataba una escucha atenta. Anuel suspiró profundamente y se frotó las manos con lentitud.

—No voy a decirte que aquello no me afectó. Sería mentira. Aunque estaba orgulloso del esfuerzo de mis padres y sabía lo que sacrificaban por mí, las burlas y las humillaciones constantes hicieron que me tuviera que esforzar el triple. No podía fallarles. Tenía que justificar cada céntimo que mis padres invertían en mí —hizo una pausa, y su mirada se ensombreció—. Pero el instituto puede convertirse en el peor de los infiernos.

Se giró levemente hacia el chico, tratando de formar un vínculo nacido de la cicatriz compartida.

—Bruno, voy a ser muy franco contigo. Hubo momentos muy oscuros, momentos en los que estuve a punto de no seguir adelante. Y, sin embargo, aquí estoy —Anuel habló más suave ahora, casi para sí mismo—. Quizás porque Dios no lo permitió, o porque no lo permití yo mismo. No me lo podía permitir.

Desvió la mirada hacia el vacío, como si viera las caras de su pasado flotando en la penumbra.

—A día de hoy no sé mucho de aquellos chicos. De algunos me llegaron noticias: vidas que no acabaron especialmente bien. Y de otros... —se le escapó una risa seca, sin rastro de humor—. Otros incluso vinieron a confesarse conmigo años después, sin saber quién era yo. Sin reconocerme. No se acordaban de mí, Bruno; ni de mi nombre, ni de mi cara, ni de todo aquello que me hicieron pasar.

Anuel apretó los puños sobre sus rodillas.

—Todos esos años que yo pasé cargando con aquello... Cambiarme de acera cada vez que veía un grupo de adolescentes, ese peso constante en el pecho que no te deja respirar ni siquiera en la seguridad de tu propia casa... Eso solo lo viví yo. Ellos siguieron

adelante como si nada hubiera pasado, como si yo nunca hubiera existido.

Guardó silencio unos segundos. Bruno seguía sin mirarlo, pero algo había cambiado de forma definitiva en su postura. Ya no era la rigidez defensiva de una presa acorralada; era otra cosa: una escucha verdadera. Anuel dejó escapar el aire lentamente.

—No te voy a decir cómo tienes que manejar lo tuyo, Bruno —su voz recuperó una calidez protectora—. No sería justo. Cada uno encuentra su forma de sobrevivir, su propio camino. Pero sí te digo esto, y escúchame bien: por mi experiencia sé que cuando lo compartes, cuando se lo cuentas a alguien, aunque sea a una sola persona en todo el mundo... pesa menos. No desaparece, el dolor no se evapora mágicamente, pero pesa menos. Y a veces, eso es suficiente.

Bruno no respondió. Seguía en su misma pose inmóvil, la mirada perdida en el suelo, pero había escuchado cada palabra. Anuel lo sabía. El sacerdote esperó unos segundos más, respetando el tiempo que Bruno necesitaba para digerir la confesión. Luego, con cuidado de no hacer ruidos bruscos, se levantó de la cama. El colchón recuperó su forma original con un suspiro de los muelles. Sacó del bolsillo interior de su sotana una pequeña tarjeta blanca, inmaculada, con su nombre y un número de teléfono impresos en letras sobrias, y la dejó sobre el escritorio con suavidad.

—Este es mi número personal —dijo en voz baja—. Si lo necesitas, no dudes en llamar. A cualquier hora. De día, de noche, de madrugada. Cuando sea. No tienes que dar explicaciones, solo llamar.

No esperó respuesta. No iba a forzarlo ni a presionar; ya había puesto las cartas sobre la mesa. Se dirigió hacia la puerta con pasos lentos y la abrió. Puso un pie fuera, en el pasillo y entonces, la voz de Bruno sonó a su espalda, baja, ronca, oxidada, como si llevara días sin usarse.

—Mientras dure todo esto... ¿no iré al instituto?

Anuel se detuvo, giró solo la cabeza para mirarlo.

—No, Bruno. No irás.

El chico, sin decir nada más, empezó a deslizar el dedo sobre la pantalla de su teléfono para subir el volumen de la música. La conversación había terminado. El muro volvía a levantarse, ladrillo a ladrillo.

Anuel salió de la habitación cerrando la puerta con suavidad, casi con reverencia. El leve clic del metal al encajar resonó como un punto final en el pasillo. Recorrió el camino de vuelta hacia el salón con los hombros cargados. Al entrar, Jorge, Verónica y el padre Belmonte levantaron la vista al unísono, como actores que han estado conteniendo la respiración esperando su pie para entrar en escena. Los padres de Bruno se pusieron de pie. Anuel levantó las manos en un gesto apaciguador, forzando su tono más amable.

—Tranquilos. Está bien. Es un buen chico.

Hizo una pausa, observando el salón con ojos de investigador. Su mirada se desplazó por las paredes desnudas, el pasillo estrecho y las puertas cerradas que parecían guardar sus propios secretos. Luego, su semblante cambió, tornándose más serio, más profesional.

—Si están decididos a continuar con esto —dijo con voz firme—, tendremos que hacerlo en otro lugar. Bruno necesita un entorno donde se sienta seguro, donde no haya presión externa. Un espacio íntimo, alejado de... —Hizo un gesto sutil con la mano hacia las habitaciones, hacia toda esa carga invisible que impregnaba el piso —... de todo esto.

Jorge se adelantó un paso.

—Tengo un terreno en las afueras. Una casa de campo heredada de mi padre. Íbamos allí hace años, a veranear, a pasar fines de semana... —Su voz se apagó en un susurro amargo—. Pero hace mucho que no la pisamos. Desde que... todo esto empezó.

Anuel asintió con aprobación.

—Eso puede funcionar. Perfecto. —Miró a ambos padres directamente a los ojos—. Necesitaremos unos días antes de empezar. Bruno necesita espacio para interiorizar todo esto.

Verónica asintió, algo más tranquila, dejando que sus hombros se relajaran apenas unos milímetros.

—Lo que haga falta —dijo él con voz ronca—. Lo que sea necesario.

El sacerdote Anuel se giró hacia el padre Belmonte, que había permanecido en silencio todo el tiempo, sentado en su rincón, observando la escena como un espectador en un teatro.

—Padre Tomás, ¿podemos hablar un momento?

Belmonte asintió sin decir palabra, levantándose del sofá con esfuerzo. Anuel miró a Jorge y Verónica con gesto cortés.

—¿Nos permiten?

—Claro, por supuesto —respondió Verónica de inmediato, señalando hacia la cocina con la mano.

Ambos sacerdotes se dirigieron hacia allí con pasos lentos. Anuel cerró la puerta con suavidad tras ellos, creando una burbuja de privacidad. Se giró hacia Belmonte y habló en voz baja, casi un susurro:

—Padre, lo que vamos a hacer... es delicado. Muy delicado. Necesitamos conocernos mejor antes de empezar. Cuadrar posturas. Saber cómo trabajamos cada uno y cuál será nuestro rol.

Belmonte lo observó con esos ojos cansados pero atentos, ojos que habían visto demasiado.

—¿Mañana? —preguntó Belmonte con una sonrisa cálida, como quien ofrece un refugio en medio de la tormenta. Sus ojos, aunque marcados por el peso de lo vivido, se suavizaron con una empatía sincera.

—Mañana está bien —respondió Anuel—. En algún sitio tranquilo, donde podamos hablar sin interrupciones... sin prisas.

—Conozco un parque cerca del centro —dijo Belmonte, frotándose la barbilla—. Hay un banco junto al estanque. Suelo ir por las mañanas a caminar. Nadie molesta. —Una leve mueca de complicidad asomó en su rostro.

—Perfecto. ¿A qué hora?

—Las diez. —Dejó escapar un suspiro que casi parecía risa—. Mis huesos ya no madrugan como antes.

Anuel sonrió levemente, con afecto.

—A las diez entonces.

Ambos salieron de la cocina y regresaron al salón. Jorge y Verónica seguían de pie junto al sofá, expectantes, con las manos entrelazadas.

—Nos pondremos en contacto en unos días —dijo Anuel con serenidad—. Mientras tanto, sigan con su rutina. Intenten mantener la normalidad. Y si necesitan algo, lo que sea, no duden en llamarme. —Hizo una breve pausa antes de sacar otra tarjeta de visita de su bolsillo y extendérsela.

—Gracias por venir —dijo Verónica, su voz quebrándose ligeramente al final. Extendió la mano con dedos temblorosos.

Anuel se la estrechó con firmeza, con calidez. Luego hizo lo mismo con Jorge, cuyo apretón era más fuerte, desesperado.

—Hasta pronto —murmuró el padre Belmonte, inclinando la cabeza en una reverencia apenas perceptible.

Los dos sacerdotes salieron de la casa. La puerta se cerró tras ellos. El día ya no daba más de sí. Las sombras se alargaban en el pasillo. Y en algún lugar del piso, detrás de una puerta cerrada, Bruno seguía escuchando su música, inmóvil, con los ojos fijos en el suelo.

CAPÍTULO | 10

INTERLUDIO

A la mañana siguiente, Anuel llegó al parque con veinte minutos de antelación. Era su costumbre ser puntual, pero esa mañana había sentido una urgencia extra: la necesidad de salir de casa y poner distancia entre él y el cuaderno de cuero que había pasado la noche abierto sobre su escritorio. Sin embargo, en el último segundo, antes de cruzar el umbral de la puerta, había regresado sobre sus pasos para meterlo en el maletín. No podía permitirse dejar atrás la única brújula que tenía, por mucho que sus notas no terminaran de encajar.

El recinto estaba casi vacío. Apenas unos pocos corredores matutinos y una señora mayor que daba migas de pan a las palomas rompían la quietud de la hora. Caminó despacio por el sendero de grava hasta encontrar el banco que Belmonte había mencionado: junto al estanque, bajo la sombra de un sauce llorón. Se sentó.

El agua estaba quieta, como un espejo. Los patos se deslizaban, dejando pequeñas estelas que se borraban casi al instante. El sol de la mañana empezaba a calentar, suave, sin la violencia del mediodía. Anuel recibió la calidez del sol en el rostro, permitiéndose un respiro

que no tenía desde que el cardenal lo había llamado. Todo había sido urgencia, presión, decisiones que tomar sin tiempo para pensar. Pero ahí, con el murmullo del agua y el canto lejano de los pájaros, sintió algo parecido a la paz.

—¿Disfrutando de la obra del Padre? —Anuel se incorporó al notar la presencia del sacerdote Tomás a su lado—. Lamento la tardanza.

Tomás Belmonte vestía de civil: pantalón gris, camisa blanca, chaqueta de punto y su inseparable bastón. Sin el alzacuellos, parecía más pequeño. Más frágil. Anuel se levantó al instante.

—No se preocupe, padre.

Belmonte sonrió con calidez. Se sentó en el banco acomodándose con cuidado, dejando que el peso de su cuerpo se relajara sobre la madera.

—Cuando uno sabe que ya le quedan menos amaneceres, los saborea más —dijo con cierto tono melancólico.

—No diga eso, padre.

El sacerdote Tomás lo observó con una expresión cansada, pero rebosante de benevolencia.

—No es pesimismo, hijo. Es realidad. Conforme se van cumpliendo años, el cuerpo cada vez es menos sutil en sus avisos. —El anciano dio un par de toques con su bastón en la grava—. Pero no hemos venido a hablar de mí, ¿no?

Anuel asintió. Sacó el cuaderno de cuero del maletín que llevaba consigo, pero no lo abrió. Lo dejó sobre su regazo, con sus dedos tamborileando rítmicamente sobre la cubierta gastada.

—¿Usted qué cree que le pasa a ese chico?

La pregunta de Tomás Belmonte fue incisiva. El anciano no buscaba un repaso técnico de síntomas ni diagnósticos fríos; quería conocer la intuición primaria de Anuel.

—No lo sabemos, padre. Francamente, no lo sé —admitió Anuel, recolocándose las gafas con un movimiento nervioso—. Pero... no creo que sea lo que sus padres piensan que es.

Belmonte no presionó, limitándose a esperar que las ideas de Anuel tomaran forma.

—Los informes médicos no revelan nada: ni anomalías neurológicas ni problemas físicos. Todo aparece dentro de lo normal. —Su tono bajó a una confidencia casi inaudible—. Pero cuando entré en la habitación de Bruno... lo que vi ahí dentro solo fue a un chico roto. Ausente. Su rostro reflejaba una tristeza absoluta, como si habitara un lugar lejano. Vi a alguien que había elegido refugiarse en cualquier rincón antes que volver a su realidad. Y eso es muy duro.

Belmonte inclinó levemente la cabeza.

—¿Y los episodios? —preguntó tras un momento—. ¿Las convulsiones?

—Reales. Pero no inexplicables. Hay condiciones psicológicas que pueden manifestarse así: ataques psicógenos, disociativos. No porque el chico esté loco, sino porque su mente no puede manejar algo que le está pasando. Algo que no sabe —o no puede— verbalizar.

Belmonte se concentró en el vuelo de un grupo de pájaros que cruzaba el cielo.

—Usted es de los que necesitan ver para creer, ¿verdad, padre? —dijo al fin, con una sonrisa suave, sin reproche, como quien reconoce un rasgo familiar.

Anuel se tensó ligeramente en el asiento, sorprendido por la precisión.

—Yo… sí. Supongo que sí.

Belmonte dejó escapar una risa ligera, cómplice.

—No se lo confiese a ningún ateo —bromeó. Tras dejar que la broma se asentara, añadió con tono más serio, pero cálido—: Entiéndame, no lo digo como crítica. Cuando era más joven, yo también era así… y bueno, supongo que en cierto modo sigo siéndolo. Pero hay algo que debe comprender, padre Anuel: ambos hemos buscado a Dios, pero no ambos hemos encontrado lo mismo.

Anuel arqueó las cejas, esperando la aclaración.

—Cuando me ordenaron, hace ya bastante tiempo... me enviaron a una parroquia pequeña, tranquila. Una vida sosegada, con gente sencilla y problemas comunes. A veces echo de menos la pureza de aquellos días, ¿sabe? —Belmonte desvió la atención hacia sus propios recuerdos—. Allí, el mal era algo tangible, terrenal: problemas entre familias, disputas por cosechas y terrenos, penas de las de siempre... Y el Mal con mayúsculas era solo algo abstracto, algo que mencionábamos en el sermón del domingo como una advertencia lejana. Creía conocer los límites del mundo. Supongo que era preso de aquella soberbia que te ofrece la juventud —su gesto se agrió por un segundo—. Y sobre todo, creía conocer los límites de lo que Dios permitía que ocurriera bajo su vigilancia.

Tomás Belmonte exhaló un aire cargado de años, como quien mira una fotografía antigua.

—Pensaba que mi ministerio sería así para siempre: predecible, seguro, reconfortante. Hasta que una noche me llamaron. —Fijó su atención en una zona de juncos donde el agua se oscurecía—. Era invierno. Un chico vino corriendo a buscarme; apenas podía respirar del susto. Dijo que su vecina de diecisiete años estaba gritando sin parar, como ida de sí misma.

Belmonte humedeció sus labios resecos antes de continuar.

—Fui con él. La casa estaba en las afueras del pueblo. Cuando entré... —bajó la voz—, la chica estaba en su habitación. —El esfuerzo por hablar se hizo evidente en su mandíbula—. No es algo que pueda explicarse con palabras. Hay que verlo. Hay que estar ahí, en esa habitación, sintiendo ese frío, oyendo esa voz, viendo esos ojos...

—¿Qué hizo? —preguntó Anuel.

—Era muy joven y desde luego no estaba preparado para nada de aquello. Para lo que aconteció allí —confesó Belmonte. Sus párpados temblaron un instante, cargados de una humedad repentina—. No pude salvarla —la voz del sacerdote era apenas un susurro áspero—. No pude. —Sus dedos se cerraron con fuerza sobre el puño del bastón—. Su rostro. Su mirada. Aquella mirada que había tras su

mirada... Aquello que me miraba desde detrás de ella y cómo me miraba...

Se volvió hacia Anuel, con los ojos vidriosos.

—Padre Anuel... se estaba riendo. No sé cómo explicarlo, porque el rostro de aquella chica mostraba de todo menos una sonrisa. Pero aquello, lo que había dentro de aquella pobre, se estaba riendo… y… estaba disfrutando.

Anuel mantuvo una postura rígida, procesando la imagen, ofreciendo al anciano una presencia sólida donde dejar caer aquel recuerdo tan punzante.

—Uno no elige sus batallas, padre —continuó Belmonte—. Después de aquello, ya no hubo vuelta atrás. Entendí que si Dios me puso allí aquella noche, fue por una razón. Y si en algún momento tuviera que mirar a aquella cosa de nuevo a los ojos, entonces debía estar atento. Y preparado.

El murmullo de una fuente cercana se hizo más presente mientras ambos procesaban el relato. La curiosidad metódica de Anuel, sin embargo, no tardó en emerger.

—¿Y después? —murmuró Anuel.

—¿Después? —preguntó Belmonte.

—Sí. En los... «exorcismos» ... ¿qué ocurre, según usted, tras expulsar lo que haya dentro? ¿A dónde va?

Belmonte desvió la mirada hacia las copas de los árboles.

—Honestamente, lo desconozco. La Iglesia dice que regresan al infierno, que Dios los contiene... —hizo un gesto vago con la mano —. Pero no lo sé con exactitud. Me he enfrentado a bastantes casos como el de aquella muchacha y casi he dedicado toda mi vida a estudiar al enemigo, a combatirlo. Pero la verdad es que no sé a dónde se marcha cuando se le expulsa. Sin embargo, algo sí sé, padre —dijo, puntuando cada palabra—: sé que donde se posa la oscuridad, rara vez vuelve a crecer la hierba.

La forma en que lo dijo fue justo lo que más le inquietaba a Anuel.

—Y en el peor de los casos... —Belmonte dejó que la frase se perdiera en el aire.

Anuel volvió a acomodarse las gafas. Sus creencias y las de Belmonte coincidían en un punto sólido de fe, pero en otros aspectos divergían como líneas paralelas. Sintió que debía plantearle una pregunta directa al hombre que sería su compañero.

—¿Y si no hay demonios? —dijo al fin—. Trastornos mentales, traumas profundos, disociación… ¿Y si todo esto es psicológico? Lo que le pasa a Bruno, me refiero.

—¿Eso lo haría menos real? —respondió Belmonte, con voz tranquila pero firme.

Anuel inclinó el rostro, procesando la respuesta. Aquella lucidez lo reconfortó porque sintió que, por primera vez, ambos hablaban el mismo idioma, aunque usaran diccionarios distintos. Le tranquilizaba que aquel hombre hubiera mirado al abismo sin perder la razón.

—¿Y su último caso, padre? —preguntó Anuel—. ¿Cómo fue su último caso?

El anciano sacerdote encogió los hombros con un movimiento casi imperceptible y presionó su palma sobre el muslo. Sus pulmones buscaron aire en una bocanada lenta. Anuel temió haber cruzado una línea y sintió un repentino remordimiento por haber hurgado en una herida que aún supuraba. Decidió no insistir, permitiendo que el rumor del parque suavizara la tensión entre ambos. Pero había algo que necesitaba saber.

—Olvídelo, padre —Anuel suavizó la voz, despojándola de cualquier rastro de interrogatorio—. Perdone, pero hay una pregunta que sí necesito que me conteste: ¿por qué aceptó estar en esto? ¿Por qué ahora?

Belmonte lo observó con una mezcla de tristeza y aceptación.

—Porque donde la Iglesia me pida que esté, estaré.

Anuel hizo un gesto de entendimiento. El padre Tomás era un hombre de fe y palabra, fuerte pese a los achaques. Se mantuvieron a la espera, dejando que el entorno respirara vida: voces lejanas,

hojas moviéndose al viento, un silbido casual. Finalmente, Anuel habló.

—Pese a que ambos somos sacerdotes, en muchas cosas estamos en puntos distintos, pero me gustaría saber si estamos de acuerdo en lo importante.

—¿Lo importante? —preguntó Belmonte.

—El chico es lo primero. Sea lo que sea que le pase. El bienestar de Bruno no es algo condicional —recalcó Anuel.

Belmonte sostuvo su posición un momento. Luego, con un movimiento de cabeza solemne, asintió.

—El chico es lo primero.

Anuel sintió cómo la presión en sus hombros cedía un poco.

—Me reconforta saber que está de mi lado —admitió.

—Usted será quien lleve el protocolo —dijo Belmonte, cambiando el rumbo de la conversación hacia lo práctico—. Yo estaré ahí. Le guiaré. Le diré lo que sé y pondré mi experiencia a su servicio. Pero usted es quien decide cómo y cuándo.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Anuel.

El padre Tomás esbozó una sonrisa de soslayo.

—Mejor usted, que está más fresco —rió brevemente. Belmonte se recostó ligeramente en el banco estirando sus piernas cansadas y se giró hacia él—. No me quiero ni imaginar el lío que tendrá ahora en su cabeza, padre.

Anuel se sorprendió por la puntería de la observación.

—Acepta oficiar un exorcismo sin creer en ello —continuó Belmonte con voz pausada—. Y supongo que no pegará ojo planteándose de qué manera enfocar el asunto de forma racional. —Sus palabras cayeron con una gravedad nueva—. Pero aquí no hay mucho margen para maniobras. Hay una vida en juego. La vida de un muchacho depende de usted. —Inclinó su cuerpo hacia Anuel—. Suena bastante grande, ¿verdad?

La mandíbula de Anuel se apretó de forma visible; la realidad del encargo acababa de cobrar un peso físico. Belmonte lo notó y

suavizó el tono, rozando brevemente el brazo de su compañero, un gesto cálido que contrastaba con la frialdad de sus advertencias.

—Discúlpeme, no he sido muy delicado escogiendo mis palabras —dijo el anciano con una nota de arrepentimiento—. Pero no se preocupe. Yo estoy aquí para ayudarle, de eso no le quede ni un ápice de duda. Caminaremos juntos en esto. Pero, eso sí... solo le pido una cosa a cambio.

Anuel aguardó, sintiendo que aquel era el verdadero precio de la colaboración.

—¿Qué?

—Afronte esto con la mente abierta —le dijo Belmonte—. No le pido que crea en lo que no cree. No ahora. Solo le pido que no deje que sus certezas le impidan ver si lo imposible le está mirando a los ojos.

Anuel respondió con un gesto de cabeza, aunque las palabras parecían resistirse a salir. Frotó distraídamente la nuca con una mano, incómodo con el tema, pero la confesión previa de Belmonte parecía exigir una moneda de cambio similar.

—Hace ya algunos años. Aquí donde usted me ve, me licencié en Ciencias Políticas con solo veintitrés años. Con honores —añadió, y en esas dos palabras latió un orgullo ya lejano.

Belmonte no se inmutó. Para él, los caminos del Señor siempre habían sido inescrutables, así que mantuvo su atención centrada en el joven sacerdote.

—Una carrera brillante. Un porvenir espectacular —una risa breve, amarga, se le escapó a Anuel—. Yo, un chico de clase trabajadora. El primero de mi familia en lograr algo así. —Extendió las palmas de sus manos, examinándolas como si buscara el rastro del esfuerzo ajeno—. Mis padres se privaron de todo para pagarme esa carrera. Mi madre trabajaba limpiando casas hasta las diez de la noche. Mi padre hacía turnos dobles en la fábrica. Y yo... yo era su orgullo. Su esperanza. Cada matrícula pagada era un año más de espalda doblada para ellos, y yo lo sabía.

Belmonte permaneció receptivo, sin emitir sonido.

—El mismo día que me gradué —continuó—, fui a celebrarlo con Ernesto. Mi gran amigo de la carrera. Bueno, en realidad el único, si le soy sincero. —Anuel se pasó una mano por el rostro, intentando borrar la fatiga del recuerdo—. Estábamos eufóricos. Pletóricos. Intocables. —Un temblor casi imperceptible atravesó su voz—. Y también bastante bebidos. Lo habíamos conseguido. Al fin todo valió la pena. Salimos del bar aquella noche riendo y celebrando, y de pronto la vimos: ahí, en mitad del parking, una moto aparcada y, justo a su lado, en el suelo, las llaves.

—¿Sabe, padre? —Anuel buscó la atención de Belmonte con una intensidad nueva—. Yo jamás haría algo así. Jamás. Siempre había sido el chico bueno, el que cumplía las normas, el que hacía lo correcto. Pero esa noche... estaba ahí. En nuestras caras. Como un regalo en bandeja. Y por primera vez en mi vida quise ser yo el que tomara las cosas sin pedir permiso, sin rendir cuentas a nadie. Esa noche era para nosotros.

» Así que nos montamos en la moto. Yo la arranqué —sonrió con amargura—. Y todavía no sé cómo no nos matamos nada más arrancar. Jamás en mi vida había conducido una moto. Pero éramos invencibles —continuó Anuel—. Salimos del aparcamiento y solo condujimos. La carretera bajo las ruedas, el viento golpeándonos el rostro... una libertad absoluta.

—¿Sabe lo que dicen de quien compra demasiados boletos de lotería, padre?

Belmonte asintió una sola vez.

—Pues nosotros habíamos comprado la administración entera esa noche. —Anuel se frotó las sienes con fuerza, como si el rugido del motor aún resonara en su cabeza—. Un semáforo en rojo... luego otro que nos saltamos. Y de pronto... un coche surgió del lateral. —Sus costillas se expandieron en una bocanada de aire profundo—. Si yo hubiese ido más atento... más despacio... y desde luego menos ebrio... lo habría esquivado.

Anuel presionó sus párpados con las yemas de los dedos.

—Salimos volando disparados hacia el cielo. Y el golpe seco se apresuró a devolvernos de nuevo a la tierra. —Las palabras parecían ofrecer cada vez más resistencia, mientras las lágrimas se abrían paso sin obstáculos—. A mí me costó no sé cuánto tiempo levantarme. Pero como pude, lo hice. Ernesto no. Él seguía en el asfalto. Quieto. Inmóvil. Vulnerable. Vencido. —Se limpió el rastro de humedad con un gesto rápido—. Vino la ambulancia. Nos llevaron al hospital. En el trayecto le decía a Ernesto que todo saldría bien. Se lo prometí. Se lo juré por todo lo que teníamos por delante.

Un corredor pasó cerca de ellos, el sonido de sus zancadas marcando el tiempo.

—Una vez allí, me hicieron pruebas. No tenía más que unas cuantas contusiones leves. Ni siquiera me dolían; o yo no noté que me dolieran mientras veía la angustia de mi amigo, entubado en una cama, sin reaccionar. —Anuel entrelazó sus dedos con fuerza, con los nudillos blancos—. Los médicos no podían aventurar un diagnóstico tan prematuro. Estaba tan mal que no sabían ni por dónde empezar.

Belmonte lo escuchaba con una quietud cargada de empatía. No había juicio, solo la comprensión de un hombre que sabe que, a veces, sobrevivir es el castigo más duro.

—Me pasaba el día en el hospital —continuó Anuel—. Si no estaba en su cuarto, daba vueltas sin rumbo por los pasillos. Evitaba coincidir con su familia. Me escondía cuando los veía venir. La vergüenza, la culpa... —Sus hombros se hundieron bajo el peso del relato—. Así que un día, mientras ellos estaban en la UCI con él, yo... ya no podía más. —Una sonrisa amarga le cruzó el rostro—. Nunca fui especialmente creyente, padre. De hecho, me enorgullecía de rebatir con datos la existencia de Dios. Pero ese día... solo había un lugar al que ir. Así que entré en la capilla.

Belmonte lo recibía todo: cada palabra, cada suspiro contenido.

—Y ahí entró un ateo de rodillas frente al Cristo en la cruz. No le dije nada. Y Él tampoco me contestó. Pero estuvimos un buen rato, cara a cara. Al día siguiente, al volver al hospital… —su voz se quebró, y

por un instante solo se oyó el chapoteo de un ave en el agua—. ¿Adivina qué, padre?

Belmonte inclinó el torso hacia delante, con una leve sonrisa.

—El milagro.

—El milagro —confirmó Anuel—. El milagro con mayúsculas. De estar intubado, peleando por su vida, a unas semanas, Ernesto ya caminaba. Ya estaba en su casa.

Belmonte exhaló un aire de alivio. Sin embargo, la mandíbula de Anuel volvió a tensarse.

—Pero por más infinita que sea la misericordia del Padre… nosotros seguimos siendo responsables de nuestros actos. Porque ese «milagro» no borró los titulares: «Dos jóvenes en estado de ebriedad hospitalizados tras un accidente con una moto robada». Toda la ciudad lo sabía. —Se cubrió el rostro con las manos un instante—. La familia de Ernesto me prohibió cualquier contacto con él. Antes de trabajar ya había perdido contratos. Nadie quería a alguien con ese titular a la espalda. Todo el futuro construido durante años… por una sola noche. —Su voz adquirió un filo cortante—. Ahora solo era otro chico negro cumpliendo el cliché que la sociedad esperaba. Y mis padres... saber que les había fallado después de su sacrificio...

Anuel sacudió la cabeza, espantando las imágenes.

—Nunca volvimos a hablar de aquello. En casa se impuso una piedad silenciosa. Jamás me juzgaron. «Solo ha sido un accidente», repetían. Pero en su perdón yo encontraba una condena más profunda.

Belmonte se mantuvo receptivo, dejando que el joven terminara de vaciarse.

—Pasaron semanas. No tenía amigos. No tenía futuro. No tenía nada. Así que decidí ir a terapia al fin. —Anuel se concentró en sus propios pies sobre la grava—. Era la terapia... o la vía del tren. Una tarde, deambulando por las afueras, entré en una librería de barrio. No buscaba nada. —Una sonrisa casi transparente se dibujó en su rostro—. Y ahí estaba: en una caja de saldos, una Biblia de cuero

gastado. La compré por dos euros. Fue un impulso inexplicable; una parte de mí todavía maldecía a Dios, pero buscaba un refugio. Esa noche la abrí al azar. Cayó en Mateo 16:24. —Anuel presionó su palma sobre el esternón—. Lloré hasta el amanecer, padre.

Esa vulnerabilidad se disipó, reemplazada por la rectitud que ahora lo definía. Enderezó la columna con determinación.

—A partir de ahí, mi vida se convirtió en una carrera por recuperar el tiempo perdido. Me refugié en el estudio con una disciplina feroz. Terminé Teología en tiempo récord. Ayudé en la parroquia casi a tiempo completo... —Sus pulmones se llenaron de aire renovado—. Yo pensaba que el mundo se había acabado, pero ahí empezó todo. Dios fue el único al que no le importó lo que hice.

—Y aun así... no se siente merecedor de Su gracia, ¿no es cierto? —dijo Belmonte.

Anuel se quedó estático, desarmado por la observación. Belmonte alzó una mano, interrumpiéndolo con firmeza.

—Dios los salvó a los dos: a Ernesto y a usted. Y por eso está aquí, aunque crea que no lo merece. Como todos nosotros. —Belmonte se apoyó en su bastón para ganar énfasis—. Las sombras del pasado no nos definen. Lo que nos define es lo que hagamos hoy, ahora. —Rozó brevemente la rodilla de Anuel—. No se permita ni un segundo más ser su peor demonio.

Anuel asintió lentamente, su voz aún oculta tras la emoción.

—Gracias… por escuchar, padre.

El murmullo de las hojas bajo el viento ocupó el espacio entre ellos hasta que Anuel volvió al presente. Se recompuso, ajustándose los puños de la camisa.

—En unos días empezaremos. ¿Jorge le pasó la dirección de la casa de campo?

El padre Tomás hizo un breve gesto afirmativo. Anuel se levantó, sintiendo sus piernas más firmes. Extendió la mano, y Belmonte se la estrechó con firmeza, ofreciéndole un último apoyo visual.

—Nos vemos en unos días, padre.

—Hasta pronto, padre Anuel.

Anuel dio media vuelta. A medida que ganaba distancia sacó el teléfono. En la pantalla brillaba un mensaje de Bruno. Sin palabras, solo un símbolo: 👍 .

Era todo. Un sí definitivo. Ya no había espacio para dudas. Guardó el teléfono. Observó el horizonte del parque, respiró hondo y echó a andar. El trayecto se le pasó en un borrón hasta que sus llaves chirriaron en la cerradura y la puerta de su apartamento cedió con un suspiro familiar.

CAPÍTULO | 11

NO ES NEGOCIABLE

Los dos días siguientes fueron una espiral lenta de ansiedad contenida. Anuel apenas comía, apenas dormía, las tostadas quedaban a medio terminar sobre el plato y los libros de teología se abrían y cerraban sin que las palabras penetraran. El café se enfriaba en tazas olvidadas. El teléfono vibró una noche sobre la mesa.

21:34 – Padre José Antonio: "¿Cómo fue con Morelli? Cuéntame!!!!!"

Anuel cogió el teléfono. Empezó a escribir, borró, escribió, borró, escribió: "Todo bien. Cuando pueda, te llamo." Enviar. Bloqueó el teléfono y lo dejó boca abajo sobre la mesa.

La mañana del segundo día, la alarma sonó a las 7:00 a.m., pero Anuel ya estaba despierto. Llevaba despierto desde las cinco, o quizás desde las tres; ya no estaba seguro. Se metió en la ducha, salió, se secó y se miró al espejo, donde el cristal le devolvió un rostro marcado por ojeras profundas. Se vistió despacio: pantalón negro, camisa negra. Y entonces llegó al alzacuellos. Lo sostuvo con las dos manos, observando ese pequeño rectángulo blanco de plástico que esa mañana parecía oprimirle las palmas con un peso

físico, casi sólido. Finalmente se lo puso, sus dedos recorrieron la muesca del cuello hasta encajarlo en su sitio antes de agarrar las llaves de casa del perchero, su maletín de cuero, una biblia y el rosario. Los dos móviles, el suyo personal y el que le había dado el cardenal, estaban cargados al cien por cien. Llenó los pulmones de aire bajo la tela oscura, miró su reflejo en el espejo del pasillo una última vez y salió. Se dispuso a ir a la casa de campo de los Torres Accardi.

El taxi avanzaba por la carretera comarcal levantando una estela de polvo que el viento dispersaba entre los árboles. Anuel observaba el paisaje desde la ventanilla: campos abandonados, vallas oxidadas y casas con persianas cerradas como párpados cansados. El conductor, un hombre de mediana edad con la radio sintonizada en un programa deportivo, conducía en silencio respetando la evidente tensión de su pasajero. Cuando el coche frenó frente a la verja herrumbrosa, Anuel sintió cómo algo se le contraía en el pecho. La propiedad se extendía ante él como una postal olvidada: un camino de tierra flanqueado por álamos cuyas hojas temblaban con la brisa de la tarde y, al fondo, entre la hierba crecida hasta la cintura, una casa de dos plantas. La fachada blanca había perdido su lustre años atrás, dejando ver parches de cemento gris donde la pintura se había desconchado; las tejas rojas del tejado conservaban ese color apagado de quien ha resistido demasiados inviernos. No había nada siniestro en la casa, solo abandono, como si la familia hubiera salido un domingo cualquiera y los años hubieran transcurrido sin que nadie volviera a abrir aquella puerta.

Anuel pagó al taxista y bajó. El aire tenía esa cualidad limpia de los lugares alejados de la ciudad: olía a pino, a tierra mojada por alguna lluvia reciente, a hierba salvaje y fresca. Sus zapatos —lustrados aquella misma mañana con esmero— se hundían ligeramente en el barro seco del sendero, dejando huellas que parecían demasiado nítidas, demasiado ajenas a ese lugar detenido en el tiempo. Alcanzó el camino principal y el terreno cedió ante una alfombra de piedra menuda. Caminó despacio, escuchando el crujido de la grava bajo

sus pies y sintiendo cómo el peso del maletín le tiraba del hombro. A cada paso, la casa se agrandaba frente a él, revelando más detalles: una maceta volcada en el porche, una tela de araña brillando entre las vigas o una mancha de humedad trepando por la pared lateral como hiedra invisible.

Al llegar al porche vio a Verónica. Estaba apoyada contra la baranda de madera, fumando con movimientos mecánicos. Llevaba el pelo recogido en una coleta tirante que acentuaba las ojeras y los pómulos marcados, vestida con un jersey gris demasiado grande para ella. Al verlo llegar, dio una última calada profunda, apagó el cigarrillo de un pisotón —el gesto brusco de quien querría apagar algo más que tabaco— y le sostuvo la mirada un instante antes de tenderle la mano con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Gracias por venir, padre.

La mano de Verónica estaba fría, ligeramente temblorosa. Anuel la estrechó con cuidado, como se sostiene algo frágil.

—Gracias por recibirme.

Ella se apartó de la barandilla y señaló hacia la puerta interior de la casa con un gesto vago de la mano.

—Los demás ya están dentro.

Anuel dejó a sus espaldas el jardín y la engañosa quietud de la grava para entrar en la casa. El recibidor lo recibió con su propia temperatura: más fresca que el exterior, pero cargada. El suelo de madera sin pulir crujía bajo cada paso y las paredes desnudas, pintadas de un blanco amarillento por el tiempo, no tenían cuadros ni recuerdos. La fragancia artificial de la lavanda —procedente de un ambientador colocado en una repisa— libraba una batalla perdida contra el rastro metálico del tabaco que Verónica traía consigo. Desde el salón llegaban voces contenidas, un murmullo de conversación que se interrumpió cuando Anuel se asomó. Jorge estaba de pie junto al sofá con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, con la mirada perdida en el suelo de madera, fija en algún punto invisible entre sus propios pies. No se movía, solo respiraba, corto y superficial. A su lado, sentado en una silla que parecía

demasiado baja para él, el padre Belmonte sostenía su bastón entre las rodillas con ambas manos; aunque no se movió, sus ojos —entrecerrados como rendijas de piedra— siguieron a Anuel desde el instante en que cruzó la entrada a la estancia.

Y en el sofá, con las piernas cruzadas y una libreta sobre el regazo, una mujer de unos treinta y cinco años observaba la escena con esa atención profesional de quien está acostumbrada a documentar lo extraordinario. Tenía el pelo castaño recogido en una coleta alta y práctica, y sostenía unas gafas de pasta gruesa en la mano derecha mientras con la izquierda ejecutaba un tic rítmico, golpeando el bolígrafo contra la libreta. Anuel avanzó con pasos medidos, extendió la mano primero a Jorge, que tardó un segundo en reaccionar antes de estrecharla con un apretón débil, sin fuerza, y luego se volvió hacia Belmonte.

—Buenas tardes. Gracias por esperarme.

Su voz sonó más clara de lo que esperaba, llenando el espacio con una firmeza que no sentía del todo. Mientras saludaba al anciano —cuya mano áspera y cálida transmitía décadas de autoridad contenida—, su mirada no dejaba de regresar a la mujer del sofá. Se giró hacia ella con el rostro ligeramente contraído, arqueando una ceja en una muda interrogación.

—¿Amiga de la familia?

La mujer no esperó que Jorge o Verónica respondieran. Se puso de pie con un movimiento fluido y le tendió la mano con la seguridad de quien está acostumbrada a presentarse en situaciones incómodas.

—Soy Kira Suárez, periodista de *Umbral Zero*.

Anuel sintió cómo el aire se le atoraba en la garganta. Por un segundo las palabras no tuvieron sentido. *Periodista*, repitió mentalmente, tratando de procesar la intrusión en aquella intimidad herida.

—¿Disculpe?

Kira sonrió por cortesía, pero había algo de extrañeza en ese gesto, una inclinación casi imperceptible de la cabeza como si analizara su confusión.

—El cardenal Esteban Morelli me pidió cubrir todo el proceso. ¿No lo sabía?

—¿Todo el... "proceso"?

Fue entonces cuando lo vio. Al mirar hacia arriba vio varias cámaras instaladas en el techo; cables negros serpenteaban por el suelo como venas oscuras. La oleada de calor le subió desde el pecho hasta la nuca en cuestión de segundos; no fue solo sorpresa, fue algo más visceral, más primitivo. Una furia fría le atravesó el estómago y le apretó la mandíbula. Respirar se volvió difícil, como si el aire mismo se hubiera vuelto áspero. Giró la cabeza hacia Belmonte, buscando explicación, pero Belmonte solo levantó las cejas en un gesto mínimo, casi imperceptible, que contenía todo lo que necesitaba saber: *Yo tampoco sabía nada.*

Anuel salió del salón sin dar explicaciones. No caminó —se precipitó— atravesando el recibidor con pasos que resonaban contra el suelo de madera, descargando su frustración contra la puerta principal. El aire limpio de pino y tierra no fue suficiente para calmar la rabia que le hervía bajo la piel, una pulsación sorda que le martilleaba detrás de las orejas. Sacó el móvil que Morelli le había dado —ese aparato que llevaba en el bolsillo como un grillete invisible— y marcó el número. Sin servicio. La pantalla mostraba la ausencia de señal con esa crueldad simple de la tecnología. Empezó a caminar, frenético, buscando desesperadamente una barra, con la vista fija en el cristal mientras sus dedos se aferraban al dispositivo con una presión excesiva. Atravesó el jardín, bordeó la casa y llegó hasta donde la hierba crecía más alta y salvaje. Finalmente, junto a un pino solitario que se alzaba como un centinela en medio del terreno, encontró una barra. Una miserable barra.

Marcó de nuevo, conteniendo la respiración mientras clavaba los talones en la tierra húmeda para estabilizar su propio pulso. Al tercer tono, el cardenal contestó.

—¡Padre Castillo! —La voz sonaba serena, casi distraída.

—¡¿Qué es esto?! —La voz de Anuel estalló con una brusquedad visceral, barriendo de un plumazo cualquier rastro de protocolo o

jerarquía.

—¿Qué es qué, padre?

—¡La periodista! ¡Las cámaras! Este… circo.

Del otro lado de la línea, Morelli sostuvieron la comunicación en un vacío deliberado, forzando a que la respiración agitada de Anuel llenara el auricular; el tiempo justo para que el sacerdote notara el pulso acelerado en sus sienes. Cuando Morelli habló de nuevo, su voz había cambiado y el tono casual había desaparecido.

—Lo primero, padre Castillo, rebaje su tono. —Cada palabra cayó con un peso exacto—. Recuerde con quién habla. No pierda… la perspectiva.

El filo de autoridad cortó el aire como una navaja. Anuel cerró los ojos con fuerza, apretando el teléfono contra su oreja mientras trataba de recuperar la compostura que su educación y formación religiosa le exigía.

—Vamos a ayudar al muchacho. Usted me pidió un entorno privado y ya lo tiene. Entiendo lo intrusivo que puedan parecer las grabaciones, pero por desgracia, yo también tengo que justificar resultados con otras personas. Y si no podemos hacerlo en la iglesia de Dios, a la vista de los hermanos como le sugerí, tendremos que dejarlo todo debidamente documentado.

Anuel abrió los ojos. El jardín seguía ahí, indiferente a su indignación, mientras el viento movía las hojas del pino con un susurro que sonaba casi burlón.

—Eminencia… —eligió el tratamiento correcto, tragándose el orgullo —, no me consultó nada de esto.

—No sabía que tenía que pedirle permiso —replicó Morelli.

—¿Y no está siendo así? —la voz de Morelli conservaba esa calma exasperante—. Usted eligió la casa, usted eligió el día, incluso aceptó la presencia del padre Belmonte y no encontró objeción alguna por mi parte.

Anuel abrió la boca para replicar, pero Morelli continuó antes de que pudiera articular palabra:

—No se confunda, padre Castillo. —La cadencia de su voz se volvió más lenta, más afilada—. Usted dirige, pero yo procuro. Dirigir no significa decidirlo todo; significa asumir la responsabilidad de lo que ocurra. Y eso es exactamente lo que hará.

Hubo un leve chasquido en la línea, como si Morelli acomodara el auricular antes de continuar.

—Además, estamos perdiendo un tiempo valiosísimo en una dialéctica circular y estéril. Le sugiero que sea el profesional que se presupone que es, vuelva a la casa y haga su trabajo —añadió Morelli, con un tono que cruzaba todas las líneas de advertencia—. O, de lo contrario, tendré que buscarle un sustituto.

El silencio que cayó luego de esas palabras fue brutal. Anuel podía oír su propia respiración entrecortada, el latido acelerado en su pecho y el susurro del viento moviendo las hojas, mientras el mundo a su alrededor parecía comprimirse en el auricular.

—¿Me he expresado con suficiente claridad esta vez? —la sentencia de Morelli llegó sin elevar el tono, pero con una contundencia que no dejaba espacio para la réplica.

Anuel permaneció inmóvil durante unos segundos, con la mirada perdida en la textura rugosa de la corteza de un pino, sintiendo el peso de una subordinación que se le antojaba irreversible. Colgó. La pantalla, aún caliente contra su palma, parecía arder. Cerró los ojos, respiró hondo una vez, llenando los pulmones a su máxima capacidad y conteniendo la furia que le quemaba por dentro. Al abrirlos, algo había cambiado en su mirada: la rabia seguía ahí, sí, pero contenida, comprimida, destilada en algo más útil. En determinación. Asintió para sí mismo con un movimiento pequeño, casi imperceptible, y decidió volver.

Caminó de regreso a la casa con pasos firmes. Al entrar de nuevo en el salón su mirada se cruzó brevemente con la de Belmonte, quien lo observaba con esos ojos cansados pero atentos, llenos de una comprensión que no necesitaba palabras.

—El padre Belmonte me acompañará en todo momento.

El anciano asintió con una leve inclinación de cabeza, reafirmando su apoyo sin romper la atmósfera de tensión. Anuel se dirigió directamente a Kira, plantándose frente a ella con una presencia que llenó el espacio.

—Está bien. Usted documentará lo que tenga que documentar, pero solo hay dos condiciones. —Anuel sostuvo la mirada de la periodista, permitiendo que la firmeza de su postura subrayara la seriedad de lo que estaba por decir—. Revisaré personalmente el material que enviará a Morelli. Y la otra, la más importante: si estamos en una sesión y le pido que se marche, se marcha. Punto.

La periodista hizo ademán de disputar los términos, abriendo la boca con esa expresión de quien está acostumbrada a negociar, pero Anuel se le adelantó, cortando cualquier intento de réplica con un gesto tajante de la mano.

—No voy a echarla sin motivo, pero yo dirijo esto y no es negociable. Puede llamar a Morelli si tiene alguna objeción.

Luego dirigió su atención a Jorge y Verónica, intentando rebajar el tono e inyectar algo de calidez en sus palabras.

—Ustedes son los padres del chico, y vaya por delante mi respeto. —Hizo una pausa—. Pero les digo exactamente lo mismo. Pueden estar presentes todo el tiempo, pero tienen que atender a mis indicaciones. No sabemos cómo van a resultar las sesiones ni qué tipo de picos de gravedad nos acontecerán, por eso necesito estar tranquilo en ese aspecto, sabiendo que entienden lo que les pido.

Jorge y Verónica —demasiado agotados para negociar nada, demasiado hundidos en su propia desesperación— asintieron sin fuerzas. Anuel se llevó las manos a la cara, cubriéndola por completo excepto los ojos, que seguían vigilantes. Tras un breve silencio que pareció eternizarse, se volvió hacia ellos.

—¿Me pueden dar un vaso de agua, por favor?

Verónica se retiró hacia la cocina y regresó momentos después con un vaso lleno. El agua estaba fría, con pequeñas gotas de condensación resbalando por el cristal. Anuel bebió despacio, sintiendo cómo el líquido le bajaba por la garganta, aliviando apenas

la tensión. Apuró el último trago, permitiendo que el frío del cristal le devolviera cierta claridad mental, y le entregó el recipiente vacío a la mujer.

—Muchas gracias —dijo él, mirándola directamente a los ojos con esa cortesía sincera y arraigada que definía su carácter, incluso en mitad de la tormenta.

Tras desprenderse del vaso, se obligó a relajar los hombros y compuso una máscara de serenidad profesional que ocultara el rastro de la disputa con Morelli. Sin añadir nada más, dio media vuelta y salió por la parte trasera de la casa. Sabía que Bruno estaría ahí. Al cruzar la puerta que daba al jardín el aire cambió: más fresco, menos cargado. Y lo vio.

El chico estaba sentado en un banco de madera descolorida por el sol y la intemperie, las tablas agrietadas y desgastadas por años de abandono, solo, en silencio absoluto. Como quien no sabe qué espera, pero tiene que esperar de todas formas porque no le queda otra opción. Esta vez sin los auriculares. Las manos descansaban sobre sus rodillas, los dedos entrelazados con esa tensión contenida de quien se obliga a permanecer quieto.

A medio camino Anuel se detuvo un instante para estudiarlo. Bruno no se había girado, no había dado señal alguna de haberlo escuchado llegar, pero algo en su postura delataba la consciencia de su presencia. Sus hombros se habían tensado ligeramente, como un animal que detecta un depredador sin verlo. Sí lo había oído; la rigidez de su espalda y la forma en que sus dedos se apretaron un poco más lo confirmaban. Anuel continuó, acortando la distancia con pasos suaves sobre la hierba que amortiguaba sus pisadas hasta quedar a unos pasos del banco, lo suficientemente cerca para hablar sin alzar la voz, lo suficientemente lejos para no invadir ese espacio personal que el chico necesitaba como escudo, como trinchera contra el mundo.

—¿Cómo vas, campeón?

Bruno no respondió. Ni siquiera lo miró. Siguió con la vista clavada en algún punto del suelo de tierra, en ese mundo interior al que se

había retirado como un caracol a su caparazón.

—Está todo preparado. Estamos listos —Anuel mantuvo la voz suave, sin presionar, sin exigir, cada palabra medida y cuidadosa—. Pero solo lo haremos cuando tú lo estés. Nadie te va a obligar. Tú decides. Tú tienes el control.

El muchacho respiró hondo. El movimiento fue visible, deliberado: el pecho expandiéndose bajo la camiseta holgada, los hombros elevándose con la inhalación, sosteniéndose en ese punto máximo durante dos, tres segundos… y luego cediendo en una exhalación larga y temblorosa que parecía llevarse consigo algo más que aire. El muchacho asintió, apenas con la cabeza.

En el rostro de Anuel se dibujó una sonrisa tenue, apenas un esbozo en las comisuras de los labios, cargada de significados contradictorios que se entrelazaban como hilos: preocupación genuina por lo que vendría y por lo que les esperaba dentro de esa casa; esperanza frágil de que esto pudiera funcionar, de que pudieran ayudarlo realmente; y algo parecido al orgullo, ese sentimiento cálido que surge cuando alguien en quien confías da un paso adelante a pesar del miedo. Confiaba en él, aunque no supiera exactamente a qué se enfrentaban, aunque las dudas lo carcomieran por dentro como termitas y aunque cada certeza que había tenido sobre su profesión se hubiera vuelto cuestionable en las últimas semanas. Quiso tender un puente, establecer una conexión física que reforzara la emocional. En un gesto de calidez espontánea —demasiado espontánea, demasiado instintiva—, extendió la mano y le puso la palma en la espalda para acompañarlo dentro, para guiarlo con esa suavidad protectora con la que se guía a alguien vulnerable.

Bruno se tensó al instante, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Todo su cuerpo se convirtió en un resorte comprimido, cada músculo poniéndose rígido al mismo tiempo. Dio un respingo violento, apartándose con un movimiento brusco y casi salvaje; el banco se arrastró ligeramente bajo sus pies, como si lo hubieran quemado, como si ese contacto inocente fuera en realidad fuego sobre su piel. Los ojos se le abrieron desmesuradamente, las pupilas

dilatadas por el pánico instantáneo y la respiración acelerándose en jadeos cortos y entrecortados.

Anuel retiró la mano de inmediato al percatarse de su error. La levantó en el aire en un gesto torpe de disculpa y rendición, maldiciéndose mentalmente por su impulso. Había sido demasiado prematuro, demasiado invasivo; un gesto fuera de lugar para alguien cuya mayor muestra de confianza había sido quitarse los auriculares mientras él hablaba sin siquiera mirarlo a los ojos.

—Lo siento Bruno —murmuró, con la voz apenas audible—. No volverá a pasar.

El muchacho no respondió. Se incorporó del banco con movimientos lentos, mantuvo una distancia prudente entre ambos con los hombros encogidos, la cabeza ligeramente hundida y los brazos colgando a los costados, rígidos como dos troncos. Echó a andar hacia la casa.

Anuel lo seguía, manteniendo la distancia, con el fallo pesándole en el pecho como una piedra imposible de mover. Caminaban separados por un espacio que ninguno de los dos se atrevía a acortar. La puerta se cerró a sus espaldas. Dentro, en las habitaciones iluminadas por la luz dorada del atardecer que se filtraba por las ventanas, la incertidumbre los esperaba, paciente e inmutable.

Las cámaras parpadeaban con luces rojas en las esquinas, Kira comprobaba los niveles de audio en un portátil con los auriculares puestos y Belmonte leía su vieja biblia en silencio. Jorge y Verónica se aferraban el uno al otro en el umbral, dos náufragos agarrándose a un madero flotante en medio de una tormenta. Y Bruno, en el centro de todo, pequeño y vulnerable, miraba el suelo con esa expresión vacía de quien ha aprendido a desconectarse del mundo cuando el mundo se vuelve demasiado amenazante.

Fuera, el sol comenzaba su lento descenso hacia el horizonte, tiñendo el cielo de naranjas y púrpuras. La casa proyectaba una sombra alargada sobre la hierba crecida, una mancha oscura que se extendía como dedos hacia los árboles. Anuel cerró los ojos un

instante, respiró hondo y se preparó para lo que vendría. Estaban todos allí, y ninguno, en el fondo, entendía del todo por qué.

CAPÍTULO | 12

EL CABALLO NEGRO

El cuarto de estar estaba sumido en penumbra, como si la casa misma contuviera el aliento. La luz del atardecer se filtraba por las rendijas de las persianas en haces dorados, proyectando líneas alargadas que cortaban el suelo de madera como cicatrices de luz. El aire, denso y estancado, olía a madera vieja y a polvo suspendido.

Anuel había pedido que cerraran las cortinas: necesitaba un ambiente íntimo, controlado, un espacio donde Bruno no se sintiera expuesto, aunque el parpadeo de las luces rojas de las cámaras dijera lo contrario. El chico estaba sentado en una silla en el centro de la habitación, como un actor solitario en el escenario vacío de su propio drama. Las manos descansaban sobre las rodillas, demasiado quietas, con esa inmovilidad artificial de quien se obliga a no moverse. En sus dedos, el sacerdote distinguió la pieza negra de ajedrez: el caballo. La figura de ébano captaba destellos de luz mientras los dedos de Bruno la acariciaban con movimientos inconscientes, casi rituales.

A su derecha, el padre Belmonte observaba en silencio, con el rosario entre los dedos. Las cuentas gastadas se deslizaban entre sus manos en una danza de fe y costumbre. Sus ojos, nublados por

las cataratas, pero agudos en su percepción, estudiaban al chico con una mezcla de compasión y preocupación. Detrás de ellos, Kira Suárez comprobaba que todas las cámaras funcionaran correctamente. El resplandor azulado de la pantalla iluminaba su rostro concentrado mientras sus dedos volaban sobre el teclado sin hacer ruido.

Jorge y Verónica permanecían de pie en el umbral, agarrándose de las manos con desesperación contenida. Verónica tenía los labios apretados en una línea fina, luchando contra las lágrimas. Jorge miraba fijamente la nuca de su hijo.

Anuel se colocó frente a Bruno, de pie, sin acercarse demasiado, respetando ese perímetro invisible que el trauma había trazado. Con movimientos lentos, casi ceremoniales, sacó un cuaderno de tapas duras y un bolígrafo.

—Bruno —dijo con voz tranquila—, ¿estás bien?

El chico asintió, un movimiento mecánico que se deshizo en cuanto su barbilla buscó de nuevo el refugio del pecho. Anuel se sentó frente a él, midiendo cada centímetro para no invadir su espacio.

—Bien… vamos a hablar un rato. Solo tú y yo. —Su mano hizo un gesto suave, casi distraído, abarcando la sala—. Lo demás no importa ahora.

Quería que su voz fuera el único anclaje de Bruno en esa habitación llena de ojos.

—Recuerda que nada va a pasar que tú no quieras. Si en algún momento necesitas parar, por el motivo que sea, me lo dices y paramos. Sin explicaciones. ¿De acuerdo?

Intentó una sonrisa pequeña, de esas que buscan tranquilizar sin prometer demasiado. No estaba seguro de que el muchacho la viera siquiera. Bruno permaneció quieto; el único signo de vida era el leve rozar de la madera contra su piel: la pieza de ajedrez moviéndose entre sus dedos.

—¿Cómo te sientes ahora mismo?

El chico no contestó.

—¿Dormiste bien anoche?

Silencio.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste bien?

Bruno hizo un gesto de indiferencia con los hombros. Anuel escribió; la punta del bolígrafo arañaba el papel, un sonido pequeño que parecía demasiado nítido en aquella quietud.

—¿Tienes miedo? —preguntó al fin.

Bruno alzó la vista hacia él. Era una mirada que Anuel no olvidaría: triste, desesperada, pidiendo auxilio con una intensidad que cortaba la respiración. Los ojos del chico brillaban con lágrimas no derramadas.

—Pues estamos aquí para vencerlo, Bruno. —Anuel dejó el bolígrafo sobre el cuaderno—. Todos estamos aquí para eso, para que recuperes tu vida.

El chico no dijo nada. Anuel respiró hondo.

—Bruno, voy a hacerte algunas preguntas. Algunas te van a parecer raras, otras incluso estúpidas. Pero necesito que me respondas con total sinceridad. No hay respuestas correctas o incorrectas, ¿vale?

Bruno volvió a su pose con la mirada gacha, los hombros ligeramente encorvados, como si intentara ocupar el menor espacio posible en el mundo.

—¿Alguna vez has sentido que no controlas tu cuerpo?

La pregunta cayó como una piedra en agua quieta. Bruno se tensó de inmediato, pero siguió sin articular palabra, moviendo con creciente agitación su pieza de ajedrez de mano en mano, el caballo negro pasando de una palma a la otra en un ritmo cada vez más acelerado.

—¿Cuándo fue la primera vez?

Nada. Silencio. Pero la respiración de Bruno se agitaba más y más.

—¿Recuerdas qué estabas haciendo?

El chico estaba ya al borde; las manos comenzaron a temblar.

—¿Qué pasó, Bruno? ¿Qué fue lo que viste?

Bruno cerró los ojos con fuerza. Su respiración era ahora demasiado rápida, al borde de la hiperventilación, mientras apretaba la figura con ambas manos, como si fuera un salvavidas.

—Puedes contármelo. Estoy aquí para ayudarte. No estás solo en esto.

Bruno abrió los ojos de golpe. Miró directamente a Anuel y, con un impulso brusco, se levantó de un salto y salió disparado hacia su cuarto, escurriéndose entre sus padres como un relámpago. El movimiento fue tan súbito que dejó a todos paralizados.

Verónica dio un paso instintivo hacia la escalera, estirando el cuello hacia la oscuridad del piso superior antes de detenerse en seco. Desde lo alto, la puerta del cuarto de Bruno se cerró con un golpe sordo.

Y entonces, nada.

La vibración del portazo se extinguió en los muebles viejos, dejando tras de sí una inmovilidad de museo. Nadie se atrevió a ocupar el espacio que Bruno había dejado vacío; se quedaron allí, estáticos, como si cualquier movimiento pudiera resquebrajar lo poco que quedaba en pie. Anuel agachó la mirada, recorriendo con la vista las vetas del suelo de madera que los haces de luz aún insistían en marcar.

El fracaso de la primera sesión se instaló en la sala con una carga gravitatoria propia, una presión invisible sobre los hombros de todos. Anuel sintió un vacío seco en el estómago; sostuvo el bolígrafo con demasiada fuerza, esperando que sus dedos dejaran de vibrar antes de que alguien se diera cuenta. Había ensayado aquel acercamiento una decena de veces en su cabeza y, sin embargo, Bruno lo había desmantelado en apenas cinco minutos. Tardó unos segundos en encontrar aire suficiente para hablar, así que forzó un trago de saliva, intentando empujar hacia abajo el nudo de su propia frustración.

—Necesita tiempo —dijo finalmente, cerrando el cuaderno con cuidado, como si no quisiera hacer más ruido del necesario.

Verónica se volvió hacia él, con los ojos empañados de lágrimas.

—Pero...

—Démosle un margen —dijo Jorge, pasándole un brazo por los hombros.

Ella asintió, aunque el gesto se quedó a medias, perdido en una mueca de incredulidad. Belmonte se levantó despacio. Kira siguió mirando su portátil sin hacer ruido, refugiada tras el resplandor de la pantalla. Anuel se quedó un momento más, anclado a su silla en la penumbra, anotando cada detalle en su cuaderno: cada reacción, cada gesto, cada palabra no dicha. Todo importaba, o al menos necesitaba convencerse de que aquellos garabatos todavía servían para dar sentido al caos.

Pasaron diez minutos. Verónica no pudo más; el silencio de la casa terminó por expulsarla del sofá. Se levantó y caminó hacia la habitación de Bruno con pasos rápidos, unos golpes sordos que marcaron el ritmo de su desesperación en el pasillo. Nadie hizo ademán de detenerla; se limitaron a seguir el rastro de su ausencia hasta que el eco de sus pasos desapareció.

Cinco minutos después, regresó con los ojos enrojecidos y la mirada fija en un punto inexistente.

—Nada —dijo con la voz quebrada—. No quiere hablar.

Acompañó las palabras con un leve gesto de los hombros, una claudicación que parecía haberle vaciado el cuerpo de repente. Jorge se llevó las manos a la cara, presionando los globos oculares. Se levantó bruscamente y salió de la casa sin decir palabra; el portazo de la entrada fue la única respuesta a una frustración que ya no le cabía en el pecho.

Anuel levantó la cabeza y miró a Verónica. A pesar del fracaso de hacía un momento, sintió que el vacío en su estómago se transformaba en una urgencia distinta.

—Déjeme intentarlo a mí.

Verónica asintió, sin fuerzas, dejándose caer de nuevo en el sofá. Anuel se adentró en el pasillo. El corredor se sentía más largo de lo que recordaba, avanzó despacio por esa extraña sensación de estar

invadiendo un territorio prohibido. Notó un leve tirón en el estómago, una duda que lo frenó un instante antes de obligarse a seguir.

Al llegar a la puerta de la habitación de Bruno, se detuvo. Respiró hondo, intentando que el aire entrara de forma estable, aunque no lo consiguiera del todo. Tocó con los nudillos, suave, respetuoso.

Como era de esperar, nadie contestó. Giró el pomo con cuidado y entró. La habitación estaba en penumbra, entregada a ese azul gélido de la luz de la luna que comenzaba su turno nocturno. Bruno estaba acostado de lado en la cama, de espaldas a la puerta, reducido a un bulto bajo las mantas en una posición fetal que delataba su necesidad de protección. No se movió.

Anuel cerró la puerta tras de sí, dejando fuera el resto de la casa, y se acercó despacio. Por un momento sintió una resistencia sorda bajo su pie, un latigazo fino que recorrió el suelo antes de quedar en silencio, pero no le dio importancia.

—Bruno… —empezó, con la voz áspera, apenas un hilo de sonido—. Lo siento de verdad. Sé que fui demasiado invasivo antes. Te hice preguntas muy personales delante de gente que ni siquiera conoces… y de otra que quizás conoces demasiado. Me equivoqué al medir los tiempos; no era mi intención presionarte. Te prometo que no volverá a pasar. La próxima vez iremos despacio, a tu ritmo. Tú decidirás hasta dónde quieres llegar.

El chico permaneció inmóvil, como si hubiera aprendido a contener incluso el latido del corazón para pasar desapercibido. Anuel esperó unos segundos más, sintiendo cómo su disculpa rebotaba en las paredes sin encontrar dónde posarse.

—Mejor lo vamos a dejar para mañana. Descansa.

Anuel suspiró y se dio la vuelta. Puso la mano en el pomo, sintiendo el alivio de dar por terminada la jornada.

Y entonces, una voz. Gutural, grave, con una textura granulosa que no parecía pasar por unas cuerdas vocales:

—Sí, mejor.

Anuel se giró sobresaltado, el corazón dándole un vuelco violento. Un escalofrío le recorrió la espalda como un rastro de agua helada. Se quedó inmóvil, con la respiración contenida, tratando de procesar lo que acababa de escuchar. ¿Lo había oído bien? ¿De quién era esa voz? En esa habitación solo estaban los dos y aquel sonido no guardaba parentesco alguno con la voz de un niño, ni con la suya propia.

Dio dos pasos hacia la cama. La rodeó despacio y miró a Bruno a la cara, agachándose ligeramente. La penumbra seguía siendo suficiente para distinguir sus rasgos; aun así, pudo ver que el chico tenía los ojos cerrados. Completamente cerrados. Los párpados no temblaban, libres de cualquier tensión o rastro de fingimiento. Respiraba con normalidad, con un ritmo lento. Anuel se quedó petrificado, observando aquel rostro infantil en paz mientras el eco de esa voz —tan radicalmente distinta— seguía vibrando en sus oídos.

El contraste era tan absurdo que su mente buscó, sin éxito, una explicación que no desafiara la lógica. Se quedó mirándolo durante largos segundos, mientras el eco de esa frase seguía golpeando contra su sentido común. Se obligó a reevaluar la situación: ¿podía ser aquel sonido un residuo de su propio estrés, una alucinación nacida de la falta de sueño o el truco de una mente agotada por la frustración? Pero la vibración todavía se sentía real en sus oídos, demasiado nítida para ser un espejismo. Aun así, decidió no romper la tregua del sueño del muchacho; fuera lo que fuese aquello que acababa de manifestarse, no iba a permitir que le dictara las reglas del juego.

Retrocedió un paso, manteniendo la vista en el bulto inmóvil de las mantas hasta alcanzar el umbral, y salió de la habitación con cuidado. Una vez fuera se apoyó contra la pared, dejando que el yeso le enfriara la nuca. Se tomó el tiempo necesario para recomponer su máscara profesional, alisándose el frente de su sotana y tragando el resto de miedo que le quedaba en la garganta.

Cuando regresó al salón, Verónica lo miró con esperanza renovada, buscando en su rostro una respuesta que Anuel no estaba seguro de poder darle.

—¿Y?

—Está durmiendo —dijo Anuel, manteniendo la voz neutra.

Verónica asintió, decepcionada, y se dirigió al baño sin decir palabra, arrastrando los pies como si el pasillo se hubiera vuelto cuesta arriba. A través de la ventana, Anuel alcanzó a ver la silueta de Jorge en el jardín, fumando bajo la luz de la farola con una rigidez que se notaba incluso a la distancia.

Anuel aprovechó el vacío en la sala y se acercó a Kira, que seguía atrincherada en su puesto frente a los monitores.

—¿Las cámaras graban todas las habitaciones? —preguntó Anuel.

—Todas. —Su expresión se cerró por un instante mientras sus dedos volaban sobre el teclado. Tocó la pantalla y frunció el ceño—. No... espere.

—¿Qué pasa?

—La de la habitación de Bruno... —verificó los ajustes—. No está operativa. No está grabando.

—¿Cómo que no está grabando? —Anuel se inclinó sobre el hombro de la chica.

—No lo sé. No lo entiendo. Hace un instante funcionaba todo.

—¿Está segura?

Kira levantó la vista de la pantalla, con las pupilas todavía reflejando el código de las cámaras y un rastro de irritación profesional.

—Joder, es mi trabajo. —Se detuvo, consciente de con quién hablaba —. Disculpe, padre.

Anuel asintió; el tono de Kira era lo último que le preocupaba en ese momento. El recuadro negro de la pantalla le devolvía el mismo vacío que había sentido frente a la cama de Bruno.

—Vamos —dijo ella con urgencia, ya levantándose.

Subieron las escaleras sin hablar. Kira llevaba una pequeña linterna que sacó de su bolsillo. Al llegar a la puerta de Bruno, Anuel giró el pomo con cuidado y entró primero. El chico seguía dormido, en la misma posición, ajeno a su presencia. Kira entró detrás de él y se agachó junto a la mesita donde estaba conectada la cámara.

—Está desenchufada —susurró, señalando el cable suelto en el suelo.

Anuel experimentó una parálisis súbita, un vacío que le recorrió el estómago al comprender el peso de su torpeza. El tropiezo de hace unos instantes, aquel roce que apenas registró al entrar, cobró de pronto una importancia catastrófica. Su propio pie había desterrado a la oscuridad la única prueba que podría haber validado lo que acababa de escuchar.

Kira recogió el extremo del cable y lo observó bajo la luz blanca de la linterna. Sus dedos recorrieron el cabezal de plástico con una meticulosidad casi quirúrgica, buscando una explicación que no fuera la obvia.

—No hay daños —murmuró ella, y su voz, despojada de su habitual seguridad técnica, sonó extrañamente plana—. Simplemente ha saltado. Parece imposible que algo tan ajustado se suelte solo.

—He sido yo —admitió Anuel—. Tropecé al entrar antes. No vi el cable en la oscuridad.

Kira levantó la vista hacia él. La linterna proyectaba la sombra del sacerdote contra el techo, alargándola como si la habitación quisiera exagerar su culpa.

—Pues ha elegido un momento cojonudo para ser patoso, padre —dijo ella al fin, conectando el cable con un chasquido. Se quedó de rodillas un momento más, esperando a que la pequeña luz led de la cámara pasara del rojo al azul.

—Ya hay señal —confirmó ella, poniéndose en pie.

Anuel echó una última mirada a Bruno y asintió. La luz azul parpadeó un par de veces, como si llegara tarde a una función que ya había terminado. Kira guardó la linterna con un movimiento automático, aún con el ceño ligeramente fruncido.

—Bajemos —dijo Anuel en un susurro.

Kira asintió y ambos salieron de la habitación con cautela. Caminaron de vuelta hacia la luz del salón. Ella volvió a su puesto frente a los monitores sin añadir nada más. Anuel se quedó de pie en medio del salón, con la mirada perdida, todavía procesando lo sucedido.

Belmonte, que los observaba desde su butaca, rompió el estancamiento con un pragmático suspiro:

—No me gustaría sonar poco empático, pero quizás deberíamos cenar algo —dijo, mirando el reloj con la autoridad de quien sabe que las crisis se gestionan mejor con glucosa.

La propuesta era tan mundana que resultó liberadora. Verónica, que ya había salido del servicio, se dirigió a la cocina de forma mecánica, y los demás la siguieron como si obedecieran una orden militar silenciosa. Poco después, ya sentados alrededor de la mesa bajo la luz amarillenta de la lámpara, nadie hablaba mucho. Verónica había preparado algo sencillo: pasta con salsa de tomate y ensalada. Jorge removía el tenedor sin comer, concentrado en su propio plato. Belmonte, en cambio, masticaba despacio, con esa parsimonia de quien ha cenado en escenarios mucho peores.

Anuel rompió el silencio.

—La pieza de ajedrez… ¿por qué la lleva siempre consigo?

La pregunta de Anuel flotó sobre los platos apenas tocados, encontrando su destino en Jorge. El hombre dejó el tenedor, que tintineó contra la porcelana.

—Bruno siempre fue un chico alegre —comenzó, y su voz se suavizó al rozar el recuerdo—, pero al mismo tiempo reservado. Callado, sí… pero normal. Feliz. Le gustaba perderse en sus libros, llenar cuadernos con dibujos…

Una leve sonrisa, apenas un reflejo de otro tiempo, le iluminó el rostro un instante. Luego se apagó, ahogada por la sombra de lo que vendría después.

—Pero eso fue antes del instituto. Antes de que todo cambiara.

Verónica bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas.

—Bruno tenía un amigo, su mejor amigo... Su único amigo —dijo con una voz que pareció perderse en la inmensidad de la cocina —. Se pasaban las tardes enteras juntos. Devorando cómics tirados sobre la cama, escuchando música a todo volumen con un solo auricular para los dos… y jugando al ajedrez. Fue ese chico quien le enseñó. Bruno nunca había mostrado interés, pero con él… con él podía pasar horas en silencio, absorto en ese mundo de estrategias, moviendo piezas sobre el tablero como si nada más existiera. Creo que esa fue la última vez que lo vimos realmente feliz —añadió, y esta vez la voz sí se quebró, como cristal fino bajo presión—, con una luz auténtica en los ojos. Riendo con el vientre. Siendo simplemente un niño, sin otro peso que decidir qué juego tocaría después.

El silencio que siguió estaba cargado del eco de una risa que ya no existía.

—¿Y qué pasó con el chico? —preguntó Anuel, casi en un susurro, como si temiera despertar un dolor dormido.

Jorge cerró los ojos. Durante un largo momento, solo se oyó el tictac de un reloj lejano. Cuando habló, las palabras parecían talladas en piedra.

—Estaba muy enfermo. Cuando los síntomas dieron la cara, los dolores, las fiebres que no cedían… ya era tarde. Demasiado tarde. —Tragó saliva, un sonido áspero en la quietud—. Leucemia. Los médicos lo dijeron sin anestesia: no tuvo escapatoria desde el principio. Dijeron que tal vez, si lo hubieran visto antes… —Hizo una pausa, apretando los labios hasta que blanquearon.

Una lágrima solitaria se desprendió, trazando un surco plateado por su mejilla antes de estrellarse contra el mantel, dejando una mancha oscura y perfecta.

—La pieza —intervino Verónica, suavizando el corte abrupto del dolor de su marido—. El caballo negro. Pertenecía al ajedrez de su amigo; era su favorita. Bruno se la quedó después del funeral. La ha

conservado desde entonces. Pero hasta esta noche… —su voz decayó— hasta esta noche, ignoraba que la llevara siempre consigo.

Anuel asintió despacio. Lo entendía ahora. No era un talismán, ni un simple recuerdo: era un ancla. El último y tenaz cable a tierra que unía a Bruno con un mundo que aún tenía lógica, con un pedazo de felicidad que la enfermedad no había logrado corromper. Era la prueba física de que hubo un "antes", y de que alguien, en algún momento, lo había hecho reír de verdad.

—Es mejor que descansemos —propuso Belmonte, y su tono, deliberadamente práctico, fue un bálsamo contra el dolor crudo que llenaba la habitación—. Mañana nos espera otro día intenso. Necesitaremos claridad.

El acuerdo fue tácito, sellado con miradas cansadas y hombros caídos. La mesa se fue vaciando en un lento y silencioso éxodo, dejando atrás los restos de una cena fría y las migajas de una conversación que había dejado al descubierto demasiadas heridas.

Más allá de las ventanas, la noche lo había consumido todo, dejando la casa a merced de la oscuridad. Y en el centro de todo, en su cuarto del segundo piso, Bruno yacía dormido con el caballo negro descansando en su mano cerrada. Un simple trozo de madera tallada que servía de último dique contra la marea, en un océano de sombras y de dolor.

CAPÍTULO | 13

EL CORO

La noche terminó por agotarse sin hacer ruido. Cuando la primera claridad se filtró entre los árboles, la casa seguía envuelta en una calma frágil, como si aún no hubiera decidido despertar del todo. Jorge fue el primero en levantarse; bajó a la cocina con pasos medidos, encendió la cafetera y se quedó allí, observando cómo el vapor ascendía en espirales lentas, intentando no pensar demasiado.

El aroma del café recién hecho se extendió despacio por la estancia, escapando por la puerta entreabierta hacia el porche, donde el padre Tomás Belmonte estaba sentado en una mecedora tomando el aire. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada perdida en el horizonte dorado, como si buscara algo que aún no terminaba de aparecer. La puerta se abrió a sus espaldas con un gemido metálico y Kira salió con una taza humeante entre las manos, usándola más para calentar sus dedos que para beber. Se detuvo junto al veterano.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, hija —respondió Belmonte sin girar la cabeza, con una sonrisa en la voz.

Kira se acercó y se apoyó en la barandilla del porche, sintiendo la madera húmeda y fría bajo las palmas. Tomó un sorbo de café y exhaló una nube de vapor que se deshizo rápidamente en el aire gélido.

—Buf… qué frío hace esta mañana. ¿No tiene usted frío ahí sentado?

Belmonte soltó una risa suave.

—Pasé mi juventud en un pueblecito de montaña donde, si hacía quince grados, ya se consideraba el verano más caluroso de la historia —hizo una pausa, dejando que el recuerdo se asentara mientras se ajustaba el cuello de la chaqueta—. Además, según dicen, el frío rejuvenece el cutis.

Kira sonrió.

—Pues lo está haciendo bien, padre. Se le ve radiante.

Belmonte asintió, complacido. Pasaron unos segundos en los que la casa pareció recuperar su mutismo; solo se oía el trino errático de algún pájaro madrugador y el vaivén constante de la silla contra el suelo del porche.

—¿Consiguió dormir algo anoche, padre?

El sacerdote ladeó la cabeza, pensativo.

—Cuando uno se hace mayor tiene sueño todo el rato, menos por la noche —se rio entre dientes—. Y a eso hay que añadirle el tema de la vejiga...

—Wow, padre —interrumpió Kira con una sonrisa, levantando una mano a modo de escudo—. Demasiada información para antes del segundo café.

La complicidad del momento los unió en otra risa, leve pero real, mientras Kira bebía otro sorbo y Belmonte observaba cómo el sol ganaba terreno, iluminando las copas de los árboles como si encendiera una a una las lámparas del mundo.

—¿Y usted? —preguntó Belmonte sin mirarla—. ¿Qué la llevó a dedicarse a esto? Al periodismo, digo.

Kira bajó la vista hacia su taza, observando cómo las volutas blanquecinas se entrelazaban en formas caprichosas antes de diluirse en el aire frío de la mañana.

—Siempre quise vivir experiencias —dijo al fin—. Contar lo que pasa de verdad al mundo. Cuando me licencié, soñaba con reportajes en primera línea, ya sabe... corresponsal de guerra, periodismo de actualidad, toca pelotas de los políticos, esas cosas. —Su risa brotó sin humor, más bien como un suspiro amargo—. Y del Pulitzer que jamás gané, acabé cubriendo apariciones marianas, contactos con los cabezones grises y exorcismos para un canal que más de la mitad del tiempo ni él mismo se cree lo que publica.

Kira se quedó mirando el vapor que ascendía, atrapada en el mapa invisible de las decisiones que la habían arrastrado hasta ese porche. El café se enfriaba entre sus manos.

—Pero al menos con esto puedo pagar las facturas —murmuró, más para sí misma que para él—. Que tal y como están las cosas...

Levantó la vista hacia Belmonte. En sus ojos había algo entre la ironía y la rendición.

—Espero que esta confesión quede entre usted y yo, padre... y bueno. —Señaló hacia arriba con un gesto resignado, casi teatral.

Belmonte la observó en silencio durante un momento. Había algo en esa joven que le recordaba a sí mismo décadas atrás: ese choque violento entre lo que uno espera de la vida y lo que la vida tiene reservado.

—¿Sabe qué he aprendido en todos estos años, hija? —dijo con voz pausada—. Que las historias importantes no siempre están donde uno cree buscarlas.

Kira no respondió; sostuvo su mirada un instante antes de volver los ojos al horizonte. El café de su taza había dejado de humear.

—¿Usted cree? —preguntó el padre Belmonte.

Kira elevó las cejas.

—¿Que si creo en qué?

—En todo esto. En lo que estamos haciendo —respondió él.

Kira dejó escapar un suspiro. No era una pregunta fácil.

—Yo solo creo en las buenas historias.

Él la miró entonces, evaluándola con una calma que no necesitaba palabras.

—¿Y esta lo es?

Ella hizo un gesto con los hombros, indecisa, mientras una ráfaga de viento agitaba los árboles cercanos. El sacerdote volvió la vista al frente. Kira se quedó pensando en esas palabras, sintiendo cómo el frío empezaba a calarle los huesos; dio un último sorbo a su café, que para entonces ya había perdido todo el calor.

—Padre, vuelvo dentro. Me estoy congelando.

Belmonte asintió.

—Vaya, vaya. Yo me quedo un poco más.

Kira entró, cerrando la puerta con la suavidad de quien no quiere perturbar el frágil equilibrio del amanecer. El contraste fue inmediato: el calor seco de la casa la envolvió, pero le pareció sofocante, cargado aún del peso de la noche anterior. Afuera, el sacerdote se quedó solo de nuevo, convertido en una silueta serena contra el telón del bosque que despertaba.

La mecedora reanudó su crujido pausado, un ritmo ancestral que marcaba el compás de sus pensamientos. Sus ojos, líquidos y reflectantes como charcos de lluvia, no seguían el vuelo distraído de los pájaros; estaban absortos, fijos en el lento y milagroso espectáculo del horizonte, allí donde jirones blancos y densos se aferraban a las hondonadas, resistiéndose a disolverse entre los rayos del sol. Una sonrisa imperceptible le iluminó el rostro.

—Me gusta ver cómo la luz le gana la partida a la niebla —murmuró para sí mismo, con una voz que se perdió entre el susurro de las hojas.

Dentro de la casa, los sonidos domésticos comenzaron a mezclarse: el tintineo metálico de las tazas contra los platos, los pasos amortiguados en el pasillo. Kira dejó su taza en el fregadero,

sintiendo el pinchazo del agua fría en los dedos aún entumecidos, y subió las escaleras hacia su habitación.

Fue entonces cuando Anuel escuchó el llanto. Se incorporó de inmediato, todavía aturdido por el poco sueño, y salió de su habitación. En el pasillo del segundo piso, frente a la puerta de Bruno, Verónica estaba apoyada contra la pared con las manos cubriéndose el rostro.

—Es que no pone de su parte —sollozó entre lágrimas—. No quiere comer nada. Nada.

Anuel se acercó con cuidado. Verónica se apartó y él se asomó al interior de la habitación. Bruno estaba acurrucado en la cama, dándole la espalda a la puerta, en posición fetal, con las manos sobre la cabeza. Sus ojos estaban abiertos, aunque evitaban mirar hacia ellos. El desayuno permanecía intacto en una bandeja sobre la mesita de noche.

Anuel observó en silencio unos segundos, luego, sin decir palabra, cerró la puerta con suavidad. Se volvió hacia Verónica, que lo miraba con desesperación.

—Vamos a tratar de calmarnos —dijo con voz compasiva—. Entiendo su situación perfectamente, pero el chico tiene catorce años y, aunque ustedes están viviendo un martirio, él está atrapado en uno distinto. —Miró hacia la puerta de Bruno con una expresión de profunda compasión.

Verónica asintió, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano. Anuel la acompañó escaleras abajo, sin prisa, como si temiera que un movimiento brusco pudiera romperla del todo. En el salón, Jorge estaba sentado en el sofá con la cabeza entre las manos. Belmonte ya había entrado y permanecía de pie junto a la ventana, con el ceño fruncido por una preocupación que no necesitaba palabras. Kira, que había vuelto de su habitación, estaba en su puesto habitual frente a los monitores. Anuel esperó a que todos estuvieran atentos y se tomó un segundo para medir el ambiente, como quien tantea el terreno antes de dar un paso delicado.

—Esta tarde, según cómo esté Bruno, trataremos de hacer otra sesión —dijo, midiendo sus palabras—. Esta vez menos intensa. Y para eso necesitaré que ustedes —miró a Jorge y Verónica— no estén presentes en la habitación.

Verónica abrió los ojos como platos, como si la frase la hubiera golpeado físicamente.

—¿Qué?

Jorge se levantó bruscamente del sofá, dando un paso hacia Anuel. El gesto fue más instinto que decisión.

—De ninguna manera.

—No les estoy dejando fuera —dijo con calma, levantando las manos en un gesto conciliador—. Solo quiero darle espacio. Pueden quedarse detrás de la puerta, escuchando todo, según consideren la privacidad de su hijo. Pero quiero intentar algo, y quizás Bruno pueda abrirse de esta forma.

Anuel sostuvo su mirada sin alterarse. No retrocedió ni un centímetro, manteniendo una verticalidad que proyectaba una autoridad serena pero innegociable.

—Les recuerdo el acuerdo al que llegamos ayer —dijo con una voz baja, casi un susurro, que obligó a Jorge a calmarse para poder oírlo —. Es de suma importancia que confíen en mí.

Verónica, agotada, extendió la mano y agarró la de su marido; sus dedos se hundieron en la piel de Jorge con una presión muda, suplicante. Él sintió el temblor de esa mano y algo en su postura terminó por quebrarse.

—Da igual… —murmuró ella con un gesto cansado, derrotado, como si la sola idea de seguir discutiendo le restara las pocas fuerzas que le quedaban para sobrevivir al día.

Jorge la miró con los dientes apretados, viendo en el rostro de su mujer el reflejo de su propia quiebra. Luego volvió la vista hacia Anuel. El asentimiento que le dio fue seco y amargo, una capitulación forzosa más que un acuerdo compartido. Anuel respiró hondo; el suspiro no era de alivio, sino de responsabilidad asumida.

—Gracias.

Las horas pasaron con lentitud. Cada uno se refugió en lo suyo. Kira escribía en su portátil mientras vigilaba los monitores, tomando notas de vez en cuando; Belmonte leía un libro en el sofá, las gafas apoyadas en la punta de la nariz; Jorge y Verónica se ocupaban de las tareas del hogar, limpiando, ordenando, cualquier cosa para mantener las manos ocupadas y la mente distraída.

Ya había pasado la hora de comer. Anuel llevaba mucho rato mirando por la ventana, pensativo, reflexivo, tratando de encontrar la forma correcta de afrontar las siguientes horas. Su mirada se perdía en el bosque, en los álamos que se mecían suavemente con el viento. De pronto, algo captó su atención. Varias palomas habían bajado frente al porche y picoteaban el suelo con interés repentino. Anuel entrecerró los ojos y se acercó a ellas movido por la curiosidad. Las aves comían algo: trozos de pan tostado, algunos aún teñidos del rojo del tomate. Anuel alzó la mirada hacia la ventana de Bruno en el piso superior. Sin decir nada, entró de nuevo a la casa y subió las escaleras.

Cuando llegó a la habitación de Bruno, abrió la puerta con cuidado. El chico seguía recostado de espaldas a la entrada de la habitación, en la misma posición que por la mañana. Anuel miró hacia la mesita de noche. La bandeja del desayuno seguía allí. La tostada parecía haber sido mordisqueada, casi perfecta, casi convincente. Bruno había roto la tostada en trocitos y la había tirado por la ventana; había fingido comer para no tener que aguantar otra reprimenda más, al menos por ese respecto. Anuel lo miró con gesto cálido.

—Hola, Bruno.

El chico no se movió.

—Abajo está todo preparado por si quieres continuar —dijo Anuel con una suavidad que parecía no querer rozarlo siquiera—. Te prometo que hoy irá mejor. He pensado que tus padres se queden fuera, para que te sientas con menos presión por si te incomoda hablar de algo estando ellos delante. Solo si tú quieres.

Silencio. Anuel esperó unos segundos. No lo apremió; simplemente permaneció allí, presente, ofreciéndole espacio.

—Tómate tu tiempo. ¿Vale? No hay prisa.

Cerró la puerta con suavidad y bajó al salón. Preparó todo de nuevo: la silla en el centro, la mesita auxiliar, el cuaderno. Belmonte ya estaba sentado en su lugar con el rosario discretamente entre los dedos; Kira comprobaba las cámaras. La casa respiraba en silencio. El reloj del salón marcó las cuatro. Entonces se oyó el primer crujido de los escalones. Bruno bajaba despacio. Jorge y Verónica, que estaban en la cocina, lo vieron aparecer en el pasillo.

—¡Bruno, cariño! —exclamó Verónica con una mezcla de alivio y alegría.

El chico no se giró, pero su mirada se desvió brevemente hacia ellos. Luego entró en el salón. Los padres iban a seguirlo, pero Anuel apareció en la puerta y se quedó frente a ellos, bloqueándoles el paso. Los miró en silencio, luego asintió con la cabeza, despacio, como diciéndoles que todo iba a estar bien y cerró las puertas del salón, dejándolos fuera. Jorge y Verónica se miraron resignados y se quedaron pegados a la puerta, escuchando.

Dentro del salón, Anuel pidió a Bruno que se sentara en la misma silla que ayer. El chico obedeció sin decir palabra. Llevaba la pieza de ajedrez en la mano izquierda, sujetándola con fuerza. Anuel se sentó frente a él, manteniendo la distancia.

—Quiero que sepas que eres muy valiente, Bruno. Y que todos aquí estamos orgullosos de ti.

Bruno no respondió.

—Hoy he preferido que tus padres permanezcan fuera de la sesión, por si eso te ayuda a sentirte más cómodo. La idea es que podamos abordar esto desde cualquier ángulo que te sirva, el que tú necesites. y si en algún momento quieres que entren, no hay problema. Están aquí al lado, disponibles. ¿Te parece bien?

Silencio. Pero Anuel ya había aprendido a leer ese vacío. En el lenguaje de Bruno, la falta de respuesta no era un rechazo, pero tampoco una aceptación; era, más bien, un permiso tácito para

maniobrar, una rendija por la que podía seguir adelante, con cuidado. Así que dejó pasar un momento prudente, sin apresurarlo, dejando que el chico se acostumbrara a su presencia como se acostumbra uno a una luz tenue.

—Está bien. —La voz de Anuel era calmada, desprovista de cualquier asomo de juicio—. Igualmente, si en algún momento quieres que alguien se marche fuera de la sesión, solo tienes que pedirlo y se marcha. Sin problema alguno. Nadie se va a enfadar contigo. ¿Vale? Estate tranquilo.

Belmonte y Kira se miraron extrañados al escuchar eso, intercambiando una chispa de desconcierto en el silencio del salón; no esperaban que el sacerdote pusiera sus cabezas sobre la mesa de negociaciones. Bruno, en cambio, siguió inmóvil, como si no hubiera escuchado nada, fijo en su estatismo.

—¿Quieres que se marchen? —preguntó Anuel.

Bruno continuaba con la mirada agachada. No hubo un gesto claro, ninguna señal que pudiera interpretarse sin riesgo, así que Anuel asintió para sí mismo, aceptando las reglas de aquel diálogo mudo.

—Vale.

El sacerdote abrió el cuaderno y escribió la fecha, haciendo que el rastro del bolígrafo sobre el papel fuera el único sonido en la estancia, un rasgueo rítmico que subrayaba la soledad de ambos en el centro del salón.

—Bruno, voy a hacerte algunas preguntas. No tienes que responder si no quieres, pero me gustaría que lo intentaras. ¿De acuerdo?

El chico no se movió. Solo se oía el latido metálico del reloj de pared y el roce leve de las hojas del cuaderno al pasar. Anuel respiró hondo, buscando el tono exacto.

—¿Cómo es un día normal para ti?

Más que una pregunta interesante, fue un intento de arranque en la conversación, pero el joven seguía callado, dejando que las palabras cayeran al suelo.

—¿Qué haces cuando te despiertas?

Bruno bajó un poco más la cabeza, hundiéndose en el refugio de sus propios hombros como si intentara desaparecer dentro de su propia ropa.

—¿Hay algo que extrañes hacer?

Nada. Ni una palabra. Solo un leve movimiento del pecho, una respiración contenida que parecía esforzarse por no ocupar lugar en la habitación. Anuel cambió de estrategia, dejando el cuaderno a un lado para centrar toda su atención en el objeto que el chico custodiaba. La mano izquierda de Bruno se cerró sobre el caballo negro, como si intentara fundirlo con su piel.

—Es muy bonita —dijo Anuel en voz baja, estirando las palabras para que no sonaran como una amenaza—. ¿Me dejas verla?

No hubo respuesta, pero el chico respiró un poco más rápido. En el aire se oía el zumbido eléctrico de una de las cámaras, una vibración constante que acentuaba la fragilidad del momento. Anuel dejó que el silencio lo llenara todo. No quería presionar demasiado, pero sabía que debía seguir.

—¿Jugabas al ajedrez?

Silencio.

—¿Jugabas con tus padres? —insistió, vigilando cualquier espasmo en las manos del chico.

—¿Con un amigo?

La mandíbula de Bruno se tensó apenas, pero Anuel lo notó. Bruno cerró los ojos con fuerza. Su respiración se hizo un poco más irregular. No decía nada, pero algo dentro de él estaba reaccionando. Apretó la pieza con más fuerza. Anuel sabía que estaba pisando terreno peligroso.

—Bruno, no pasa nada, colega. Cambiemos de tema —dijo Anuel, tratando de suavizar el filo de la conversación—. Háblame de lo que te apetezca. De la música que escuchas, por ejemplo. Quizás yo no sea el mejor interlocutor para eso —sonrió, buscando un rastro de complicidad en aquel rostro de piedra—, probablemente sea demasiado elevada para mí. Pero lo cierto es que no me disgustaría aprender, así que si tú quieres…

Pero el chico seguía sin soltar prenda. Anuel no sabía cómo hacer para que le devolviera una sola palabra, así que decidió arriesgar.

—Dime, ¿tienes algún amigo?

La respiración de Bruno ahora era claramente más agitada.

—¿En tu barrio? —insistió, midiendo la presión—. ¿En el instituto?

El cambio fue inmediato. Bruno empezó a respirar con fuerza, cada vez más rápido. El pecho subía y bajaba de forma irregular, como si el aire no le alcanzara. Anuel se inclinó hacia adelante, alarmado.

—Bruno, tranquilo. Ya está. No pasa nada.

Pero el joven no se calmaba. La hiperventilación lo sacudía como una descarga eléctrica. La pieza de ajedrez pasaba de una mano a otra con un ritmo frenético, un vaivén neurótico que contrastaba de forma macabra con la inmovilidad del resto de su cuerpo. Detrás de Anuel, Kira se puso en pie; su silla chirrió contra el suelo mientras clavaba los ojos en el muchacho. Una de sus manos ya rozaba el auricular que tenía emparejado por Bluetooth; estaba tensa, como un resorte listo para saltar, aunque sus pupilas dilatadas delataran que no sabía hacia dónde disparar. Belmonte observaba todo con atención creciente; su rostro habitualmente sereno se contrajo en una mueca de alerta máxima.

—Bruno, tienes que calmarte, campeón —dijo Anuel, la voz firme pero suave, mientras por dentro maldecía su torpeza. Otra vez.

Detrás de la puerta, Jorge y Verónica escuchaban con creciente pánico.

—Bruno...

La cabeza del chico cayó hacia el pecho con una brusquedad antinatural, como si el hilo que la sostenía se hubiera cortado de golpe. El brazo derecho se desplomó, inerte, colgando al costado de la silla como un péndulo muerto. Pero la mano izquierda seguía sujetando la pieza con una fuerza sobrenatural. Anuel se quedó inmóvil, atrapado en un limbo de indecisión. Kira y Belmonte parecían estatuas de sal, congelados en el tiempo por el impacto de la escena.

—Bruno... Bruno... Campeón, mírame.

El chico no respondía. Su cabeza colgaba en un ángulo imposible, el cuerpo abandonado como un muñeco de trapo al que le hubieran vaciado el alma. Belmonte comenzó a orar con una urgencia sibilante; Kira dio un paso atrás sin darse cuenta, con el vello de los brazos erizado.

Y entonces, despacio, terriblemente despacio— Bruno abrió los ojos.

Aquella mirada. Vacía. Fría. Inmensa. Como asomarse al brocal de un pozo cuyo fondo se ha perdido en la nada. El sacerdote se echó hacia atrás instintivamente, conteniendo la respiración, mientras la boca de Bruno empezaba a agitarse con pequeños tics nerviosos, como si los músculos de su rostro estuvieran siendo reajustados. Cuando los espasmos cesaron, el chico comenzó a mover la cabeza lentamente, escaneando cada rincón del salón con una frialdad mecánica.

Ignoraba por completo a Kira, a Belmonte y al propio Anuel; los trataba como si fueran parte del mobiliario, objetos inanimados en una habitación que acababa de reclamar como suya. Kira se tensó tanto que sus dedos se hundieron en el borde de la mesa de mezclas, buscando un anclaje a la realidad. Detrás de la puerta, Jorge y Verónica contenían el aliento. Anuel comenzó a chasquear los dedos cerca del rostro de Bruno, tratando de recuperar el control de la sesión, pero cuidándose de no establecer contacto físico. Sentía que tocarlo en ese estado sería como tocar un cable de alta tensión.

—Bruno, hijo... ¿Puedes escucharme? —insistió, chasqueando una y otra vez.

El chico seguía recorriendo el salón con una calma pasmosa. Sus ojos se movían de un lado a otro, sin detenerse en nada. Anuel seguía tratando de captar su atención.

—Bruno…

—Yo no soy Bruno.

La voz que brotó del muchacho rompió el aire con la limpieza de una hoja de afeitar. Era la voz del chico, sin duda, pero habitada por una

presencia extraña. La entonación, la cadencia, aquella forma de articular las palabras con una precisión casi quirúrgica… resultaba antinatural en un adolescente. Anuel sintió un nudo seco en la garganta, un miedo primario que le heló el estómago. Intentó tragar, pero la saliva no llegaba. A su lado, Belmonte seguía orando, los labios moviéndose en un frenesí silencioso mientras el rosario temblaba entre sus dedos.

—Si no eres Bruno… ¿quién eres?

El chico continuó su escrutinio del espacio, obviando la pregunta. Anuel lo intentó de nuevo, endureciendo el tono.

—¿Quién eres?

Bruno comenzó a murmurar. Al principio fue un siseo apenas audible que obligó a Anuel a inclinarse hacia delante, pero el murmullo fue subiendo de volumen, creciendo como una marea negra que amenazaba con inundar el salón.

—*In me omnes... ego in omnibus... in me omnes... ego in omnibus...*

Anuel tradujo mentalmente, sintiendo un escalofrío: «En mí todos... yo en todos». La letanía seguía escalando, ganando una fuerza vibrante que hacía vibrar los cristales de las ventanas.

—*In me omnes... ego in omnibus...*

Y de pronto, el estallido:

—¡*IN ME OMNES, EGO IN OMNIBUS*!

El grito fue brutal, desproporcionado. Un volumen imposible que pareció expandir las paredes de la estancia. Kira dio un respingo, Belmonte apretó el rosario con tal fuerza que las cuentas crujieron y, tras la puerta, Verónica ahogó un grito de puro terror. Entonces, el semblante de Bruno cambió. Una sonrisa lenta y perfecta le iluminó el rostro y, sin transición, comenzó a cantar. No era un grito, era una melodía. Un canto angelical, puro y cristalino.

—*Sanctus... Sanctus... Sanctus...*

Su voz afinaba con una maestría soberbia, alcanzando notas agudas, límpidas, que ninguna garganta humana de esa edad podría

sostener. Bruno miraba hacia arriba, extasiado, como si estuviera contemplando una catedral invisible tallada en el aire del salón.

—*Sanctus... Dominus... Deus...*

Cuando terminó, el silencio dejó un vacío ensordecedor. Nadie se atrevía a respirar. Bruno permanecía inmóvil con la cabeza aún alzada y los labios entreabiertos, como si el eco de la polifonía siguiera vibrando en su laringe. Su pecho subía y bajaba con una calma que resultaba casi ofensiva después de lo que acababa de ocurrir. Anuel estaba petrificado.

Entonces, Bruno bajó la mirada con una lentitud de depredador. Y sonrió.

—Soy el coro… Padre.

El chico se inclinó ligeramente hacia Anuel y, en un susurro que pareció nacer directamente en el oído del sacerdote, añadió:

—¿Oye cómo cantan?

CAPÍTULO | 14

FRACTURA

La pregunta de Bruno quedó suspendida en el aire del salón, instalando una fijeza absoluta que parecía haber detenido el tiempo entre las cuatro paredes. Anuel sintió el pulso martilleándole en las sienes, un latigazo rítmico que le recordaba que solo él, en esa habitación, seguía sometido a la urgencia de los vivos. Necesitaba mantener la calma, necesitaba pensar con claridad.

Esto es disociación, se dijo. Un episodio psicótico. Nada más.

Calma.

Pero la forma en que Bruno lo estaba mirando... esa mirada vacía, inmensa…

No. No podía dejarse llevar, no podía mostrar miedo. Los pacientes en crisis respondían al miedo, lo amplificaban, lo alimentaban. Tenía que recuperar el control. Respiró hondo, contó mentalmente mientras el aire entraba y salía de sus pulmones. Tres tiempos. Tres tiempos.

El pulso empezó a normalizarse, tenía que ser el adulto en la habitación.

Poco a poco, el martilleo en sus sienes remitió. Recuperó la verticalidad, dejando que el respaldo de la silla le devolviera una sensación de firmeza que había estado a punto de perder, y sostuvo la mirada de Bruno.

—Vale... está bien. —Su voz sonó controlada, profesional. Hizo una pausa deliberada—. No eres Bruno.

El chico no parpadeó; sus ojos permanecían clavados en Anuel. Entonces, ladeó la cabeza. Fue un movimiento lento, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, con una precisión mecánica que hizo que el cartílago de su cuello emitiera un pequeño chasquido.

—Ya te he dicho quién soy —respondió la voz.

—El coro —repitió Anuel. No apartó la vista, sosteniendo aquel pulso invisible con la certeza de que, si cedía un solo centímetro, la habitación entera se desmoronaría sobre él—. ¿Quién es el coro?

Bruno no contestó de inmediato. Anuel dejó que los segundos se hundieran en la estancia, no lo presionó, no marcó los tiempos. Sabía que se aventuraba por un terreno movedizo donde la lógica empezaba a claudicar, y que cualquier movimiento en falso podría precipitar un desenlace irreversible. Finalmente, los labios de Bruno empezaron a curvarse. Fue una transición lenta, casi dolorosa de ver, hasta que una sonrisa carente de calidez se instaló en su rostro.

—Todos en mí... yo en todo.

Aquella confesión pareció absorber el resto de los sonidos de la sala, dejando como único rastro de realidad el rumor de Belmonte. Detrás de Anuel, el veterano seguía orando en voz baja; era un siseo constante, el de las cuentas de madera del rosario deslizándose entre sus dedos como pequeñas piezas de un mecanismo antiguo. Sus palabras eran apenas audibles, pero incesantes, tejiendo una red de protección invisible alrededor del sacerdote. De pronto, la expresión de Bruno cambió, la sonrisa se congeló en un gesto de irritación.

—Dile que se calle... —susurró el chico.

—¿A quién? —Anuel parpadeó, confundido por la brusquedad del cambio de tono.

Bruno hizo un breve gesto con la cabeza, señalando hacia la figura encorvada de Belmonte. Su mirada, antes profunda, se había vuelto afilada y llena de un desprecio casi físico.

Anuel sostuvo el contacto, pero esta vez lo hizo recomponiendo su máscara profesional. Información. Eso era lo que necesitaba, entender qué estaba pasando en la mente del muchacho. Si esto era un trastorno disociativo, entonces había una estructura interna, una lógica que podía desentrañar, o al menos intentarlo.

—Entonces, "El coro"... Vale.

El joven no respondió, solo sostuvo la mirada. Anuel continuó:

—Imagino que sois varios...

Una sonrisa leve de nuevo curvó los labios de Bruno.

—¿Y cómo decidís quién habla?

—¿Qué importa? —dijo Bruno.

Anuel sintió una punzada de frustración, pero la contuvo envolviéndola en un silencio táctico.

—¿Por qué no me contestáis a cuántos sois?

—No tiene relevancia —respondió Bruno con indiferencia.

Anuel decidió entonces variar el enfoque, buscando una vía de acceso distinta hacia la psique del muchacho.

—¿Bruno sabe que estáis ahí?

El muchacho asintió lentamente con la cabeza, un movimiento pausado que parecía sopesar el impacto de la revelación.

—¿Bruno puede oírme en este momento?

Otro asentimiento.

A Anuel le costó tragar saliva; sintió un rascado áspero en la garganta al inspirar. Si Bruno seguía consciente tras aquella fachada, significaba que una parte de él permanecía como un espectador involuntario. El chico no estaba ausente, sino desplazado, y esa idea

le dio a Anuel un hilo al que aferrarse: la posibilidad de que quizá pudiera traer de vuelta al muchacho a los mandos.

—¿Puedes dejar que Bruno vuelva?

La cabeza del chico hizo un gesto negativo, lento, casi perezoso, como si la petición le resultara irrelevante. Anuel no se rindió. Sabía que en estados disociativos profundos, la conciencia a veces flota cerca de la superficie, esperando un estímulo para emerger.

—Bruno —insistió, modulando la voz—. Si me oyes… intenta acercarte. Solo un poco.

Nada. Ni un parpadeo. El "Coro" seguía allí, ocupando el cuerpo como si fuera su propiedad legítima. Ante la falta de respuesta, Anuel recurrió a lo que conocía: los lazos familiares.

—Por favor, deja que vuelva Bruno... —Su voz se suavizó—. Sus padres están preocupados.

La sonrisa de Bruno se ensanchó. Empezó como una vibración contenida en el pecho, apenas audible, hasta que se transformó en una risa baja y gutural que fue ganando volumen.

Ja... ja... jajaja...

La risa escaló, volviéndose más aguda, más estridente. Bruno echó la cabeza hacia atrás, con la boca abierta en una carcajada que rebotaba contra las paredes del salón. Fue un estallido desproporcionado que, de golpe, se cortó en seco, como si alguien hubiera arrancado de cuajo el cable que lo alimentaba.

Bruno bajó la cabeza, abrió los ojos. Aquel arrebato se había extinguido sin dejar rastro en sus facciones, recuperando esa calma lineal, pero entonces, toda la energía pareció abandonar su cuerpo. Se dobló hacia delante, perdiendo la integridad de la postura en un instante; sus brazos quedaron colgando a los costados, sin rastro de tono muscular. La pieza de ajedrez se escurrió de su mano abierta y recorrió el suelo con un repiqueteo que se dilató en el silencio de la sala hasta quedar inmóvil. El cuerpo entero del chico terminó por vencerse, se deslizó de la silla y cayó contra el suelo con un golpe sordo que hizo eco en el salón.

Al otro lado del umbral, la paciencia de sus padres se quebró definitivamente. La entrada al salón cedió bajo el empuje de Jorge y Verónica, que irrumpieron en la estancia justo cuando el eco del golpe aún resonaba en las paredes.

—¡BRUNO!

Jorge se lanzó al suelo, el impacto de sus rodillas contra la madera resonando en toda la estancia. Al otro lado, Verónica se arrojó sobre el cuerpo de su hijo, acunando la cabeza de Bruno con una torpeza nacida del pánico puro. Anuel se puso en pie de un salto, caminó sin rumbo por el salón, con los dedos entrelazados sobre la nuca; su mente era un engranaje que giraba en vacío.

En el rincón, Kira se había convertido en una estatua de sal, con la mirada fija en el objetivo de la cámara, incapaz de procesar que la realidad ya no cabía en el encuadre. Belmonte, por su parte, cortó su oración de golpe; el rosario pendía de su mano como un péndulo muerto, sin rastro del movimiento rítmico de antes.

Jorge alzó la vista. La angustia se le había transmutado en una rabia ciega, proyectada directamente contra el sacerdote.

—¡¿Qué le ha hecho a mi hijo?! —preguntó. La voz empezó como una vibración sorda en su garganta, una amenaza que terminó por estallar en un grito que sacudió las paredes—. ¡¿QUÉ DEMONIOS HA OCURRIDO AQUÍ?!

Anuel no respondió; sus ojos oscilaban entre la furia del padre y el cuerpo del chico desplomado en el suelo. El grito de Jorge atravesó la parálisis de Kira como un latigazo. Se levantó bruscamente, tanteó su teléfono con una urgencia febril, con los dedos torpes por el temblor, buscando la pantalla mientras retrocedía hacia la pared.

—Tenemos que llamar a una ambulancia —balbuceó—. ¡Ahora mismo!

Pero el aire en los pulmones de Bruno se movió antes de que ella pudiera marcar el primer número. Un golpe de tos, seco y profundo, detuvo a Kira. El chico volvió a toser, un espasmo que recorrió todo su torso. Sus párpados, hasta entonces sellados, empezaron a vibrar con una debilidad humana que Anuel no había visto en toda la tarde.

Se abrieron lentamente, filtrando la luz de las lámparas como si fuera una agresión.

—Bruno... —susurró Verónica. Se inclinó tanto que sus lágrimas estuvieron a punto de caer sobre el rostro de su hijo—. Cariño, ¿estás bien? ¿Me oyes?

Bruno parpadeó, con una desorientación densa nublándole las pupilas. Su mirada, ahora líquida y errante, fue capturando fragmentos de la habitación: la presión de las manos de su padre, el aliento de su madre cerca de su rostro, la figura desencajada de Anuel y la silueta encorvada de Belmonte. Cuando habló, su voz era frágil, rota, la voz de un niño que ha despertado en medio de una pesadilla que no acaba nunca.

—No quiero estar aquí...

Se le escapó un sollozo, un sonido pequeño que pareció drenar lo último que le quedaba de fuerzas. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, trazando surcos limpios sobre el rostro que poco antes sostenía una mueca de desprecio universal.

—Quiero que se acabe ya... —repitió, con un llanto nacido del puro agotamiento—. Quiero que se acabe.

Verónica lo abrazó con fuerza, hundiendo el rostro en el hombro de su hijo y meciéndolo con un ritmo instintivo. A su lado, Jorge permanecía anclado al suelo; cerró los ojos y presionó los puños contra la madera con tanta fijeza que sus brazos empezaron a temblar bajo el peso de una impotencia que no encontraba salida.

Poco a poco, el llanto de Bruno se fue apagando hasta convertirse en un jadeo rítmico, dejando paso a una lasitud que lo vació de fuerzas. Entre sus padres consiguieron levantarlo del suelo y llevarlo escaleras arriba, formando un bloque torpe de tres figuras que avanzaba con dificultad por el pasillo. El chico apenas se mantenía consciente; sus piernas, flojas y desobedientes, arrastraban las puntas de los pies por los peldaños mientras su cabeza colgaba, inerte, sobre el hombro de su padre. Cuando por fin lo depositaron en la cama, sus ojos ya estaban cerrados.

—Quédate con él —le dijo Jorge a Verónica, ejerciendo una presión breve en su hombro—. Bajo un momento.

Ella asintió sin apartar la mirada de Bruno mientras permanecía sentada en una silla, una centinela silenciosa. Su mano se movía sola sobre el cabello de su hijo una y otra vez mientras él se hundía en el sueño.

Abajo, en el salón, Jorge entró con prisa, sus pasos resonando con una agresividad que buscaba respuestas inmediatas.

—Quiero ver lo que ha sucedido —sentenció, señalando con un gesto seco el equipo de grabación.

Kira asintió de inmediato:

—Claro, por supuesto.

Con las manos todavía temblorosas, Kira navegó por las carpetas de su portátil. Todo estaba organizado: días, sesiones, momentos clave archivados por separado. Encontró el archivo en segundos. Jorge se sentó a su lado y la pantalla cobró vida. Ahí estaba todo: el rostro de Bruno, las preguntas de Anuel, y lo que siguió después.

Jorge observaba la pantalla en silencio, con la mandíbula tan apretada que un pequeño músculo en su sien latía con fuerza. Anuel permanecía a un par de metros, observando no solo el vídeo, sino la reacción del padre, sintiendo el peso de un juicio silencioso. Cuando la grabación alcanzó el momento del colapso, el silencio en el salón se volvió irrespirable. Jorge no hizo preguntas; simplemente se quedó mirando el monitor negro cuando el archivo terminó, con los hombros tensos y la mirada clavada en su propio reflejo en el cristal oscuro.

Anuel comprendió que su presencia allí, en ese preciso instante, podría desatar otra reacción nuclear en Jorge. Cruzó una mirada rápida con Belmonte y, con un gesto apenas perceptible, le indicó que era mejor salir. Ambos sacerdotes se retiraron sin una palabra, sus pasos apenas produciendo sonido sobre la alfombra, dejando a Jorge a solas con la sombra de su hijo grabada en la retina.

Una vez fuera, el porche se sintió como un refugio de aire gélido. Anuel caminaba de un lado a otro, sus pasos marcando un ritmo nervioso sobre las tablas de madera, las manos hundidas en los bolsillos y la mirada perdida en la oscuridad del jardín, procesando el fracaso de su técnica de anclaje. Cada giro que daba parecía una huida de la imagen de Bruno desplomándose en la pantalla. Belmonte se sentó en una vieja silla de madera, acomodando su cuerpo con la lentitud de quien ha aprendido a no luchar contra la gravedad. Finalmente habló con voz serena, rompiendo el monólogo de pasos de su compañero:

—No se castigue, padre.

Anuel se detuvo. Lo miró de reojo, pero no dijo nada.

—Es un asunto complicado de gestionar —continuó el anciano—, todo esto que estamos haciendo.

Anuel soltó una risa amarga.

—¿Complicado? —Se giró hacia él, elevando la voz—. Padre, ¡se me fue de las manos! Casi pierdo al chico por completo.

Belmonte asintió despacio.

—Lo sé.

Anuel negó con la cabeza, mirándose las palmas como si no las reconociera, buscando en sus líneas una lógica que ya no existía. Tras una pausa larga, levantó la vista y dijo con una firmeza que sonaba a despedida:

—No… Esto se acaba hoy.

—¿Qué quiere decir?

—Que no voy a continuar, esto me supera. —Su tono se volvió autocrítico, casi desesperado—. Por Dios bendito… —murmuró—. Yo no soy psiquiatra. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué estoy haciendo aquí?

Belmonte lo observó con la paciencia de quien ha visto desmoronarse mil certezas. Luego, con calma, preguntó:

—Exacto… ¿Qué hace aquí, padre?

Anuel lo miró extrañado.

—¿Cómo?

—Sí. ¿Qué hace aquí? —repitió Belmonte sin alterarse—. No es psiquiatra, pero intenta comportarse como si lo fuera, y de lo único que sí es... no actúa como tal. Sigue buscando explicaciones racionales para algo que desafía toda razón. No quiere creer en lo que está viendo... aunque lo esté viendo.

Anuel abrió la boca para responder, pero el anciano alzó una mano imponiendo un silencio absoluto en el porche.

—Sé perfectamente lo que piensa ahora mismo. Está buscando la explicación racional, tratando de encajar las piezas —Belmonte negó despacio con la cabeza—. Pero no encajan, ¿verdad? Y aun así lo niega. Lo niega incluso cuando esa cosa le habló, cuando lo miró directamente a los ojos. Incluso cuando vio cómo se apagaban los ojos del muchacho... y otra cosa se encendía dentro.

Anuel apartó la mirada.

—He estudiado casos así —dijo con voz ronca—, exorcismos que salieron mal. Muy mal. Chavales destrozados porque alguien decidió que expulsar un demonio era más importante que preservar una mente. —Alzó la vista de nuevo, con los ojos endurecidos por el dogma del miedo—. Y eso no le va a pasar a Bruno. No pienso llevarlo a ese límite.

—Entonces todavía no sabe por qué está aquí —sentenció Belmonte.

Anuel le devolvió una mirada seca a su compañero.

—Estoy aquí para ayudar a Bruno.

Belmonte asintió lentamente.

—Pues ayúdelo.

—¡Pero es que el chico no está poseído! —estalló Anuel.

Belmonte no se inmutó. Cruzó las manos sobre el regazo con una parsimonia monacal.

—Supongo que los padres le habrán mencionado la visita que le hicieron a aquel «chamán» de barrio.

Anuel dejó escapar un suspiro cargado de un desprecio que no pudo ocultar.

—Sí —masculló entre dientes.

—Y sabrá que los expulsó de su piso, presa de un ataque de nervios, sin mediar palabra y… sin siquiera cobrarles.

Anuel soltó una risa seca, carente de humor.

—Padre, usted sabe mejor que yo que esa gente no son más que trileros. Lo que hizo aquel hombre no es más que un truco barato de feria, una pérdida calculada. Sacrifican a unos «clientes» aleatorios para asustar al resto de incautos que esperan en la sala. Puro teatro barato.

Belmonte lo observó con una chispa de diversión gélida en la mirada. Una sonrisa diminuta, casi imperceptible, curvó sus labios.

—Cada segundo que pasa me fascina más, Anuel. ¿En serio no se cansa de ver «casualidades» constantemente?

Anuel sostuvo la mirada del anciano un instante, buscando una réplica lógica, pero acabó bajando la vista al suelo. El anciano lo miró en silencio durante un largo momento, dejando que la duda hiciera su trabajo. Luego, con una calma terrible, sentenció:

—Está bien. Si lo tiene tan claro, marque el teléfono. Llame a servicios sociales. Que vengan, que se lo lleven, que lo internen. —Hizo una pausa mientras el viento silbaba entre las vigas del porche —. Lo atarán a una cama, lo llenarán de sedantes hasta que sus ojos sean solo cristal vacío. Y pasará el resto de sus días dormido, porque esa será la única forma de que no sea un peligro para él y para todos los demás. Padre Anuel —continuó Belmonte—, he visto muchas cosas en mi vida. Las suficientes. Y puedo decirle cómo suelen acabar estas historias. Lo de hoy... esto es solo el principio, la fase inicial. He visto cuerpos retorcerse en ángulos que la anatomía no permite, sin que un solo hueso se quebrara. He visto gente hablar con una antigüedad que hiela el alma. No haciéndose pasar por otros... siendo otros.

Hizo una pausa.

—Esa gente no finge. No imita. Son. —Sus ojos cansados lo atravesaron—. Y si no les ayudamos nosotros... la vida que le espera al chico será de todo menos merecedora de llamarla “vida”.

La mención de la "ayuda" fue el detonante. La rabia, contenida durante toda la conversación, encontró su salida en un ataque directo al pasado del anciano.

—¿Y cuántos exorcismos ofició por encargo de Morelli? —dijo con voz desafiante.

Belmonte parpadeó, sorprendido por el cambio de tono.

—¿Miguel Ángel Soto? —preguntó Anuel, asintiendo con amargura—. Miguel Ángel Soto Aguirre. Veintiocho años. Esquizofrenia paranoide en fase aguda. —Anuel dio un paso hacia su compañero—. ¿Le suena?

Belmonte negó con la cabeza.

—No sé...

—¡Carmen Ruiz Delgado! —La voz de Anuel subió de volumen—. Dieciséis años. Psicosis inducida por consumo de drogas.

—Padre, de verdad que yo...

Anuel respiró con furia, pero no se detuvo. Las palabras le quemaban en la garganta, exigiendo salida.

—¡Lorena Gómez!

—Padre Anuel, por favor...

—¡LORENA GÓMEZ HERRERA! —El grito rasgó el aire nocturno—. ¡Se tragó todas las pastillas que encontró en casa! ¡Todas! ¡Tenía ONCE AÑOS!

El eco de la última cifra quedó suspendido en el aire. Anuel se quedó vacío, con los pulmones ardiendo y la garganta en carne viva. El mundo pareció detenerse en ese instante de vacío absoluto.

—Once años... —repitió Anuel en un susurro roto, llevándose las manos a la cara.

Belmonte no apartó la mirada, pero algo en sus ojos se había resquebrajado. Cuando habló, su voz era el rastro de un abismo de dolor.

—No oficié ninguno de esos nombres para Morelli. No es que no me acuerde… es que no lo hice —su voz se tensó, contenida—. Y

créame cuando le digo que recuerdo cada una de las caras… y cada uno de los nombres de aquellos por los que he intercedido.

Belmonte se llevó la mano al esternón, presionando con los dedos.

—Los llevo grabados a fuego aquí dentro.

Anuel se le quedó mirando, respirando hondo, intentando recomponerse.

—Esta es solo la segunda vez que trabajo con Morelli —añadió Belmonte, bajando ligeramente la voz.

—¿Y qué pasó…? ¿Qué ocurrió en el anterior exorcismo? —Anuel preguntó.

—El último exorcismo… fue para mi ahijada.

Negó suavemente con la cabeza.

—Y no me lo encargó. Fui yo quien se arrastró hasta su despacho… quien, saltándose todo el protocolo —todo lo que no se debe hacer —, le rogué que me dejara oficiarlo. Y Morelli me lo permitió.

Belmonte contuvo las lágrimas con la misma rigidez con la que debía de haber contenido tantas otras cosas a lo largo de su vida.

—Expulsar la oscuridad de alguien de tu propia sangre… Esa fue la prueba más dura que me puso el Padre.

Abrió los ojos y sus pupilas permanecieron fijas en el suelo.

—Fueron seis meses de puro infierno —continuó, y su voz se deshizo hasta ser apenas un susurro áspero, rasposo—, un infierno que solo puede medir quien lo ha habitado, quien ha visto a alguien que ama retorcerse en una cama mientras algo...

Calló de nuevo, los labios apretados en una línea fina. Luego, con un esfuerzo visible, como quien recoge vidrios rotos con las manos desnudas, reunió los fragmentos de su voz.

—Si piensa, aunque sea por un segundo... que yo habría sometido a mi niña a ese suplicio si no hubiera estado absolutamente seguro de lo que veía... —Su voz se quebró, el nudo en la garganta finalmente venciéndolo—, entonces es que no conoce el peso de esta cruz.

Anuel bajó las manos, pero no encontró palabras.

—Después de aquello —continuó Belmonte, con una serenidad que parecía tallada en duelo—, dejé de estar en primera línea de batalla.

Sus ojos cansados se perdieron un instante en el vacío, más allá de Anuel, hacia la penumbra que se espesaba entre los árboles.

—Uno nunca se acostumbra a luchar contra la oscuridad —murmuró, como para sí mismo—, pero la oscuridad no desaparece… siempre está ahí. Acechando. Agazapada en todo aquello que vemos y no vemos. Y sobre todo... —Belmonte regresó del vacío y clavó su vista en la de Anuel— ...en aquello que nos negamos a ver.

Y entonces Anuel lo vio. En aquellos ojos ancianos brillaba algo: no era lágrima, sino un fuego remoto y tenaz, una determinación que sobrevivía a pesar de todo lo que había perdido.

—Si duda —dijo Belmonte, ahora firme como el acero—, si no está completamente convencido de que puede ayudar a ese mucho, es mejor que se marche. Ahora. —Hizo una pausa letal—. En cambio, si decide seguir adelante, ha de ir con todo. Sin reservas. —La intensidad de su mirada era casi física—. Tiene que entrar ahí como lo que es: un soldado firme. Un soldado de Dios. Porque lo que sea que haya al otro lado... nos va a poner a prueba de maneras que ni siquiera imagina. Aquello a lo que nos enfrentamos… lo que tiene el chico dentro, se alimenta de las vulnerabilidades, de los miedos, de las dudas, de las grietas. Y con todo respeto, usted ahora mismo es la grieta.

Las palabras cayeron como piedras.

—Y lo usará para confundirlo. Y cuando dude, cuando esté instalada la duda en su cabeza sin escuchar a su alma, será entonces cuando lo llevará al límite… al chico… y a usted.

Anuel cerró los ojos, exhausto. Sintió que el peso de las últimas horas le hundía los hombros, una fatiga plúmbea que le recorría la columna. Ya no podía ni sostenerse, y mucho menos para tener un debate racional en esos momentos; las palabras de Belmonte le llegaban como impactos en un escudo que ya estaba demasiado astillado.

—Por favor, padre. Ahora no.

Belmonte suspiró. Comprendió que no serviría de nada insistir; el joven ya estaba librando su propia batalla interna y no aceptaría más munición. Se apoyó en el bastón, haciendo que la madera crujiera contra el suelo del porche, se levantó con una lentitud solemne y comenzó a caminar hacia la puerta. Antes de entrar, se detuvo. Miró hacia atrás, su figura recortada por la luz que venía del interior, y asintió con la cabeza en un gesto de despedida silencioso.

—Trate de dormir algo, padre.

Anuel hizo un leve gesto de conformidad, una mentira piadosa que se perdió en la oscuridad, pero ambos sabían que eso no iba a suceder. Se quedó allí, solo en el porche, escuchando cómo el sonido del bastón de Belmonte se alejaba pasillo adentro hasta que el silencio lo envolvió todo.

Anuel no supo cuánto tiempo permaneció así, pero el frío, al final, siempre gana. Cuando ya no pudo más, cuando el hormigueo en las piernas le recordó que aún tenía cuerpo, se dirigió a la entrada de la casa. Abrió la puerta y entró.

El salón estaba en penumbra. Iluminado apenas por el resplandor azulado de la pantalla de la cámara, el rostro de Jorge emergía de la oscuridad como un relieve tallado en piedra. Estaba allí, sentado frente al monitor, inmóvil. La grabación corría de nuevo. Era la quinta vez. Tal vez la sexta. Jorge ni siquiera parpadeaba.

Kira le había dejado espacio, se había retirado al sillón del otro lado de la habitación, recostada con la intención de esperar despierta, pero el agotamiento, ese que llega después de la descarga de tensión, había podido más. En cuestión de minutos, el sueño la venció. Su respiración, ahora lenta y ajena a todo, era el único rumor vivo en la penumbra.

Anuel se detuvo en el umbral. Las miradas se cruzaron brevemente; un instante nada más, el justo para confirmar lo que ambos sabían: no había nada que decir. Ya era demasiado tarde para cualquier cosa.

Subió las escaleras con paso cansado. Entró a su cuarto y cerró la puerta tras de sí con suavidad. Encendió la lámpara del escritorio. La

luz amarillenta de la bombilla rasgó la oscuridad con timidez, apenas lo suficiente para ver. Se sentó, abrió el cuaderno y empezó a repasar.

Sus propias notas lo miraron desde el papel: fechas, síntomas, nombres, fragmentos de oraciones, anotaciones temblorosas de madrugada. Todo lo que habían recogido, todo lo que aún no lograba juntar en una respuesta.

La noche iba a ser larga.

CAPÍTULO | 15

LO QUE LA VERDAD ESCONDE

El frío de la mañana se clavaba en los huesos, idéntico al del día anterior, pero ahora más opresivo. El sol seguía invisible, atrapado tras una gruesa manta de nubes que no parecían dispuestas a soltarlo en todo el día.

La cama de Anuel, en cambio, permanecía intacta. Había dormido —si es que a eso podía llamársele dormir— apenas media hora de cabezada sobre la mesa del escritorio, con sus notas y apuntes esparcidos como sábanas improvisadas. Se recompuso como pudo, se duchó y bajó las escaleras con el móvil en una mano y su maletín de cuero gastado en la otra. Llevaba vaqueros, camisa negra y una chaqueta ligera, sin alzacuellos.

Cuando entró en la cocina, se topó con el grupo. Era una asamblea de rostros cansados bajo la luz cruda de los fluorescentes. Jorge lo miró con ojos enrojecidos, dos cuencas hundidas que delataban una guardia de toda la noche. Verónica sostenía una taza entre las manos, inmóvil, como si temiera que cualquier movimiento rompiera el frágil silencio de la estancia. Belmonte, sentado junto a la

ventana, levantó apenas la vista con una severidad silenciosa, mientras Kira, al otro lado de la mesa, detenía el repiqueteo de sus dedos sobre el portátil.

Las conversaciones se cortaron de golpe.

—Buenos días —dijo Anuel.

Solo Kira y Belmonte respondieron. Verónica murmuró algo inaudible, ocultándose tras el vapor de su café. Jorge no dijo nada; se limitó a observar el cuello de la camisa de Anuel, donde faltaba el distintivo clerical, con una fijeza que rozaba el desprecio.

En ese silencio, el joven sacerdote comprendió que todos esperaban una solución, pero él solo traía un alto al fuego. Anuel respiró hondo.

—Hoy no hay sesión. Tomaremos la jornada como un descanso, y tengo que salir. Tengo que hacer unas gestiones en la ciudad. Volveré pronto.

Jorge levantó la vista por primera vez, pero no preguntó. Quizá debería haber sido el primer indicio: que ninguno encontrara fuerzas para discutir. Ni siquiera Jorge, que la noche anterior había vomitado rabia contra Anuel, se limitó a sostenerle la mirada desde el otro lado de la mesa. Demasiado tenso, demasiado cerca del abismo.

Anuel salió de la cocina antes de que alguien pudiera añadir nada. Sintió las miradas clavadas en la espalda mientras cruzaba el pasillo, cuatro puntos de presión entre los omóplatos que no cedieron hasta que la puerta principal se cerró tras de sí. No se volvió.

El porche lo recibió con su aire gélido, un manto de escarcha invisible que se le pegó a la ropa nada más traspasar el umbral. Allí, al final del camino de tierra, el taxi aguardaba como una mancha amarilla contra el gris uniforme de la mañana. El conductor había dejado el motor en marcha; una pequeña nube de vapor escapaba del tubo de escape, el único signo de calor en aquella quietud de tierra helada y cielo plomizo.

Anuel se montó, cerró la puerta y el coche arrancó, traqueteando sobre las piedras sueltas. La casa fue empequeñeciéndose en el retrovisor hasta quedar reducida a un punto insignificante entre los

árboles. Sostuvo esa imagen un par de segundos antes de que una curva se la tratara por completo.

—¿A dónde vamos? —preguntó el taxista.

Anuel no respondió de inmediato. Tenía el móvil en la mano y el dedo inmóvil sobre la pantalla. Solo un nombre. *"La Helena esa"*, había dicho Jorge con ese desprecio pastoso que reservaba para todo lo que no encajaba en su mapa del mundo. Sin apellido, sin dirección; solo ese artículo despectivo delante de un nombre de pila.

Abrió el buscador. Escribió: *Helena psiquiatra*. Activó la búsqueda por ubicación. Cinco resultados. Los repasó uno a uno, buscando algo que encajara con lo poco que sabía: una mujer que había tratado a un adolescente, que los padres habían descartado con rabia, que había visto algo que ellos no querían ver.

—Señor, ¿a dónde vamos?

—Disculpe —Anuel eligió el primero de la lista—. Avenida del Sol, 45.

El paisaje fue cambiando despacio, como cambia todo cuando uno no tiene prisa pero sí urgencia: los campos abiertos cedieron ante naves industriales, luego bloques de viviendas, luego la geometría más densa del centro. Anuel miraba por la ventanilla sin registrar nada; solo pensaba en Bruno.

La primera dirección era un edificio discreto con balcones de hierro forjado. Subió al primer piso. Abrió la puerta una mujer de unos sesenta años y, tras una breve conversación, Anuel lo supo: no era ella. Bajó los escalones, levantó la mano y paró otro taxi hacia la segunda dirección, una clínica de diseño minimalista.

La recepcionista le bloqueó el paso. Esperó veinte minutos hasta interceptar a la doctora en el pasillo. La mujer vaciló ante el nombre de Bruno, pero por incomodidad, no por reconocimiento. Tampoco era ella.

Probó con la tercera dirección, luego la cuarta. Cada puerta que se cerraba pesaba un poco más por el tiempo perdido. Bruno seguía en aquella casa y él estaba en portales anónimos preguntando por un nombre a desconocidas que lo miraban como a un perturbado educado.

Ya era casi mediodía cuando llegó a la quinta y última dirección de la lista. El edificio era antiguo, con la fachada desconchada. Un panel de latón en la entrada enumeraba las empresas por plantas. Anuel recorrió la lista con el dedo hasta detenerse:

Gabinete Psicológico Helena Rivas — 3ª planta.

Rivas. Solo un apellido, pero algo en él detuvo su dedo sobre el metal frío. Los padres la habían mencionado con desprecio, con esa rabia específica que se reserva para quien ha visto demasiado. No habían dicho que era mala; habían dicho que era una pérdida de tiempo. Y esa distinción, ahora, le parecía importante.

Entró y pulsó el botón del ascensor. Mientras subía, se miró en el espejo de la cabina: cuatro visitas fallidas, el cuello sin alzacuellos, los ojos de quien lleva demasiadas horas sosteniendo demasiadas cosas. Se ajustó la chaqueta y se pasó una mano por el pelo. No era vanidad; era el gesto de quien necesita parecer más entero de lo que está.

Las puertas se abrieron. Al fondo del pasillo, una puerta de madera oscura con un letrero de latón:

Dra. Helena Rivas Figueroa — Psiquiatría.

Anuel empujó la puerta. La sala de espera era pequeña: un sofá de tres plazas, dos butacas individuales, una mesita baja con revistas que nadie se molestaba en ojear y un par de plantas artificiales que acumulaban polvo. Detrás de un mostrador estrecho, una recepcionista de unos cuarenta años levantó la vista del ordenador.

—Buenos días. ¿Tiene cita?

—No —Anuel se acercó al mostrador—. Necesito hablar un momento con la doctora. Es urgente.

La recepcionista lo miró con la paciencia entrenada de quien ha oído esa frase demasiadas veces.

—Sin cita tendrá que esperar a que termine con el paciente que tiene ahora. Si hay hueco entre consultas, le aviso; no le puedo prometer nada más.

—No hay problema —dijo Anuel—. Esperaré.

Se giró y se sentó en una de las butacas, la que quedaba justo enfrente de la puerta del despacho. La recepcionista volvió a su pantalla sin añadir nada más.

Los minutos pasaron con esa lentitud particular de las salas de espera. Anuel no miró el móvil ni hojeó las revistas. Solo esperó, con las manos entrelazadas sobre el regazo, sintiendo cómo el pulso le marcaba un compás errático en las sienes, sin apartar la vista de la puerta del despacho.

Quince minutos después, esa puerta se abrió. Un hombre de mediana edad salió con la mirada baja. Detrás de él apareció la psiquiatra: treinta y tantos años, cabello castaño cortado a media melena, gafas finas de montura metálica. Iba vestida con una chaqueta azul marino sobre una blusa clara. Bajó la vista hacia la carpeta que llevaba bajo el brazo, hojeó las últimas páginas con un movimiento rápido y luego levantó los ojos hacia la sala de espera.

—Señor Ramírez, por favor.

Un hombre embutido en un traje gris se levantó. Anuel, movido por un resorte de urgencia que no admitía esperas, también se puso de pie y se adelantó, interponiéndose en la trayectoria del paciente con la brusquedad de quien rompe un protocolo.

—Disculpe. Solo un segundo —balbuceó, acortando la distancia hasta invadir ese espacio invisible que los desconocidos no deben traspasar.

El señor Ramírez lo miró con una irritación que parecía vibrar bajo su piel, un temblor contenido en la comisura de los labios. Llevaba tres sesiones trabajando en la gestión de la ira, y justo ahora aquel desconocido acababa de convertirse en el examen final de su paciencia. Respiró hondo, un suspiro largo y deliberado que parecía sacado de un manual de autoayuda, y se apartó con un gesto de hastío controlado.

Desde la puerta de la consulta, la psiquiatra lo había observado todo: la irrupción, la tensión del paciente, la figura de aquel hombre de rostro cansado y ropa oscura que se movía como si llevara días sin dormir. Levantó la vista de la carpeta y arrugó la frente, clavando

sus ojos en Anuel con una advertencia silenciosa que él eligió ignorar.

—¿Sí?

Anuel tragó saliva. Notó el peso de las miradas —la de Ramírez, que aún no se había ido del todo; la de la secretaria, que observaba desde su mesa—, pero se obligó a mantener el foco en ella.

—Me llamo Adrián Anuel. Sé que no tengo cita, pero necesito preguntarle algo. Dos segundos. Se lo prometo.

Helena desvió la mirada hacia Ramírez, buscando en su rostro un permiso tácito para alterar la agenda. El señor Ramírez exhaló lentamente por la nariz y luego una sonrisa tenue, cargada de ironía, curvó sus labios.

—Tres sesiones —murmuró para sí, con una mezcla de orgullo personal por el hecho de que la terapia estuviera funcionando y de no estar convirtiéndose en el señor Hyde en ese preciso instante, aunque las venas de su sien latían con una energía que no era exactamente zen—. Nada mal.

Helena esbozó una sonrisa mínima y volvió a centrarse en Anuel.

—Adelante. Pero sea rápido.

—Bruno Torres Accardi. ¿Le suena?

Fue un instante, pero Anuel lo captó con la precisión de quien ha aprendido a leer microgestos en los rostros de los feligreses que mienten en confesión. Un parpadeo que duró una fracción de segundo más de lo normal; un ligero movimiento en la mandíbula, como si Helena hubiera mordido un pensamiento. Anuel lo vio.

—No —dijo ella, pero la palabra llegó un latido tarde.

—¿Está segura?

—Completamente. Y aunque lo conociera, la ética profesional me impediría…

—Sé que lo conoce —la interrumpió Anuel, dando un paso adelante —. Fue paciente suyo.

Helena retrocedió un milímetro, instintivamente, buscando el refugio del marco de su puerta.

—Señor Adrián Anuel —dijo—, no sé quién es usted ni qué está intentando empezar, pero le voy a pedir que se marche. Ahora mismo.

—Escúcheme, se lo pido por favor. Es urgente.

—Mire, me da igual. Márchese.

Anuel no se movió. Los dedos le temblaban ligeramente a los costados, pero sus pies permanecían clavados al suelo. Era una estatua de necesidad, un hombre reducido a la esencia de su desesperación.

—Por favor...

—Márchese —repitió ella, y esta vez su mano buscó el teléfono móvil que descansaba en el fondo del bolsillo de su chaqueta—, o llamo a la policía ahora mismo.

Helena hizo un leve gesto al señor Ramírez para que pasara a la consulta, y él obedeció sin decir nada. Antes de que la puerta se cerrara, Anuel hizo ademán de marcharse, pero no lo hizo. Volvió a sentarse en el mismo sillón. Sacó el teléfono, lo miró sin desbloquearlo, lo guardó. Cruzó los brazos, los descruzó. La sala estaba en silencio, apenas interrumpido por el zumbido de un fluorescente y el murmullo amortiguado de voces tras la puerta.

Pasaron cuarenta minutos.

La puerta de la consulta se abrió. Ramírez salió con un gesto de alivio contenido, despidiéndose de Helena con un movimiento de cabeza. La doctora se quedó de nuevo bajo el marco de la puerta, haciendo un rápido escrutinio de la sala para asegurarse de que no quedaba nadie más por atender.

La sala estaba vacía; solo quedaba Anuel, esperándola en el mismo sillón. Se quedó quieta en la puerta, mirándolo. Luego miró hacia la entrada, hacia el puesto de recepción desierto, como buscando a alguien que no estaba. La silla de la secretaria estaba fría; no estaba su recepcionista que le diera una explicación, nadie para actuar de tampón entre ella y aquel hombre.

Suspiró, un sonido largo y cargado de resignación, y cruzó los brazos erigiendo una barrera física sobre el pecho.

—¿Qué parte de "márchese" no ha entendido? —la voz de Helena era cortante, desprovista de toda empatía clínica, un bisturí verbal que buscaba poner distancia de una vez por todas—. Le voy a dar diez segundos antes de llamar a la policía, y le aseguro que no estoy de broma.

Los dedos de Anuel se cerraron sobre el borde de la butaca, un gesto mínimo de agarre antes de impulsarse hacia arriba. Se levantó despacio, con la lentitud de quien no quiere hacer movimientos bruscos, de quien sabe que cualquier gesto puede ser interpretado como una amenaza.

—Sé que está haciendo su trabajo. Y lo hace bien. Tiene todo mi respeto. —Su tono era conciliador, casi pastoral, cada palabra elegida con cuidado—. Pero no la pondría en esta situación si no fuera urgente e importante.

Helena no respondió, pero tampoco se movió. Sacó el móvil de nuevo del bolsillo de su chaqueta y la pantalla se iluminó, proyectando un rectángulo azulado contra su rostro. Ya había marcado el número de la policía; solo le faltaba pulsar llamar. El pulgar flotaba sobre el botón verde, a un milímetro de activar la alarma.

—Bruno está en problemas —dijo Anuel, y su voz, de repente, perdió toda la firmeza ensayada. Sonó cruda, desnuda—. Problemas muy, muy serios.

No añadió nada más ni hizo gestos. Solo esperó, con los brazos caídos a los costados, ofreciendo su vulnerabilidad como única credencial. Luego, despacio, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una tarjeta de visita. Se la tendió entre dos dedos, sin decir nada; ella la miró sin cogerla, leyendo a distancia.

Adrián Anuel Castillo Sacerdote TLF: 152 231 1452

Las letras negras sobre fondo blanco, sobrias, sin concesiones al diseño. Helena levantó la vista. Su expresión había cambiado: era desconcierto y había tensión en su rostro, en la forma en que sus labios se apretaron, en el pliegue que apareció entre sus cejas. Todo

se congeló un instante mientras procesaba la información. Un sacerdote. ¿Qué estaba pasando?

—Cinco minutos —dijo Anuel—. Solo le pido cinco minutos. Si después de eso quiere llamar a la policía, lo entenderé y le juro que no me opondré. Saldré por esa puerta y no me volverá a ver más.

Hizo una pausa, sosteniendo su mirada con una intensidad que rozaba la súplica.

—Pero necesito hablar con usted. Ahora.

Helena lo miró durante un largo rato, escrutando su rostro en busca de algo —una mentira, una trampa, un indicio de lo que fuera—. Sus ojos, entrenados para detectar fisuras, para leer en los gestos lo que las palabras ocultan, recorrieron cada milímetro de aquel hombre. No encontró nada; solo a un tipo con los ojos enrojecidos y las manos temblorosas, sosteniendo una tarjeta de visita barata como si fuera su último asidero, suplicando como quien está desesperado sin saber muy bien qué otra cosa hacer.

Hubo un momento de vacilación, un segundo eterno en el que Helena sopesó opciones, riesgos y la posibilidad de arrepentirse. Luego, con un movimiento seco, guardó el teléfono en el bolsillo de su chaqueta, dio media vuelta y entró en su despacho dejando la puerta abierta tras de sí.

—Cinco minutos —sentenció la doctora desde el interior, una concesión arrancada a regañadientes.

—Cinco minutos —repitió Anuel para sí mismo, sellando el trato mientras cruzaba al interior del despacho.

El despacho era pequeño y austero: una mesa de madera oscura, dos sillas, una estantería de manuales apilados con esa lógica opaca de quien sabe exactamente dónde está cada cosa. Una ventana daba a un patio interior gris. El espacio olía a papel, a café ya frío y a ese silencio denso que se deposita en las consultas cuando la jornada se alarga más de la cuenta.

Helena se sentó tras el escritorio y cruzó los brazos. No le ofreció asiento, pero Anuel se sentó de todas formas.

—Hable —dijo ella, no como una concesión, sino como un cronómetro que ya había empezado a correr.

Anuel respiró hondo.

—Bruno no está bien. Está muy lejos de estar bien. —Hizo una pausa breve, eligiendo con cuidado la entrada—. Sé que lo trató hace meses, y necesito saber qué vio, porque sus padres se niegan a hablar de este tema.

Helena lo observó con la expresión de quien lleva años aprendiendo a no reaccionar.

—De haber tratado a ese paciente —dijo, midiendo cada sílaba—, cosa que no estoy diciendo que lo hiciera, usted sabe que no podría revelar información a un tercero. —Hizo una pausa milimétrica—. A un... "cura". —La palabra salió con una extrañeza clínica, como si la estuviera catalogando.

—Ya, verá… No soy solamente un "cura".

—No, claro. —Helena apoyó los codos sobre la mesa—. Es usted un cura que se presenta aquí sin avisar, sin autorización, preguntando por datos privados de un menor cuyos propios padres, según usted mismo, se niegan a compartir con usted. —Arqueó una ceja—. Si me estoy perdiendo algo de esta historia, le ruego que me lo aclare.

Anuel se removió en la silla. Había algo deliberado en ese movimiento, un segundo comprado para elegir lo que venía a continuación.

—Sus padres se han puesto en contacto con la Iglesia. —Cerró los ojos un instante y vació sus pulmones en un solo suspiro—. Para realizar... un exorcismo.

Helena enderezó la espalda como si una descarga eléctrica le recorriera la columna. Sus dedos se clavaron en sus propios antebrazos.

—¿Un... qué?

—Sé exactamente cómo suena esto —se apresuró Anuel—, pero déjeme explicarle...

—No me tiene que explicar nada. —La voz de Helena era firme—. No sé si esto es un tipo de broma y a usted le divierte por algún motivo que se me escapa, pero lo mejor es que se marche de mi consulta ahora mismo.

Anuel no se movió. Sus pies permanecieron clavados al suelo, pero el resto de su cuerpo lo traicionaba: los dedos cerrándose y abriéndose despacio sobre el borde del maletín, los ojos recorriendo el despacho un instante como si calculara cuánto tiempo le quedaba antes de que todo se cerrara.

—Fuera de mi consulta.

Entonces, con una lentitud que no era calma sino control forzado, sacó el móvil del bolsillo y lo colocó sobre la mesa con la pantalla hacia arriba. En ella había una foto, borrosa, tomada desde un ángulo incómodo, con esa imperfección específica de las imágenes robadas. Pero era suficientemente clara: Jorge y Verónica sentados a la mesa de una cocina; frente a ellos, un hombre mayor dominaba la escena con gesto adusto y, al fondo, una mujer observaba el cónclave con una atención que no era la de un familiar.

Helena se quedó inmóvil. Anuel dejó que el silencio hiciera su trabajo antes de hablar.

—La hice esta mañana. Ninguno de ellos sabe que estoy aquí, y de saberlo, esta conversación no existiría.

Helena no apartaba los ojos de la pantalla. Su mandíbula se tensó con una rigidez casi imperceptible, el único rastro de la tormenta interna que la sacudía. Que Jorge y Verónica fueran capaces de llegar a ese extremo era algo que le horrorizaba, pero que, en el fondo, no lograba sorprenderla. Había visto antes cómo cerraban puertas a la lógica; conocía la ceguera implacable de la que eran capaces cuando creían tener la razón de su parte.

—Me he pasado media mañana buscándola —dijo Anuel, y su voz sonó como una confesión—. Porque en esa casa soy el único que no ve demonios. Solo veo heridas. Y ese chico necesita su ayuda.

Helena levantó la vista de la pantalla y sostuvo la mirada de Anuel durante un instante eterno.

—Ya le digo yo que la tendrá —sentenció ella.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Anuel, detectando un cambio peligroso en la atmósfera.

Los hombros de la doctora no cedieron ni un milímetro. Fue su mano la que se movió, con una precisión directa y desprovista de titubeo, hacia el teléfono fijo que descansaba sobre el escritorio como un arma cargada.

—Hay que avisar a Asuntos Sociales ahora mismo —dijo Helena.

Anuel vio cómo los botones se hundían bajo la presión de sus dedos y escuchó el primer tono de la línea. Comprendió que si el circuito se cerraba, la última oportunidad de Bruno se evaporaría; no porque Asuntos Sociales no fuera lo correcto —lo era, maldita sea, que lo era—, sino porque el sistema llegaría a ciegas, sin pruebas de cargo, provocando que los Torres se atrincheraran tras sus mentiras y el niño se hundiera aún más en su mutismo.

Sin permitirse dudar, se levantó de un salto, invadiendo el espacio del escritorio y presionando el gancho del aparato con la palma de la mano. El golpe del plástico contra el metal cortó la comunicación con la brusquedad de un latigazo. Helena lo miró con los ojos muy abiertos, retrocediendo contra el respaldo de su silla, entre la sorpresa y el temor.

—¿Se ha vuelto loco?

Anuel levantó ambas manos al instante, las palmas abiertas, y retrocedió medio paso.

—Perdón. Perdón. —El aire le faltaba en los pulmones y su pecho subía y bajaba con violencia.

—¡Acaba de colgar mi teléfono!

—Lo sé. Y lo siento. —Tragó saliva, palpando el peso de su propia audacia—. Pero tiene que escucharme.

Buscó las palabras midiendo cada sílaba.

—Si moviliza a Asuntos Sociales ahora, cuando lleguen a esa casa solo encontrarán a un chico bloqueado que no soltará una palabra. Los padres negarán todo hasta el aliento y se victimizarán. No es

una suposición; usted ya sabe cómo reaccionan cuando alguien señala hacia ellos.

Helena lo miraba sin parpadear, con los dedos todavía rozando el cable rizado del teléfono.

—Después... —Anuel sostuvo su mirada—. Después no sé qué pasará, francamente. Pero tengo claro que ese matrimonio buscará a alguien que no tenga dudas en darles lo que quieren. Y lo encontrarán. —Hizo una pausa—. Y quien venga después de mí no se detendrá a preguntar por el historial clínico del chico.

Helena soltó el auricular y se dejó caer en su silla, como si de repente el peso de su propio cuerpo le resultara insoportable. Se quitó las gafas y se frotó los ojos con el pulgar y el índice, hundiéndolos en las cuencas.

—Por todos los... —murmuró.

—Soy plenamente consciente de lo que le estoy pidiendo —dijo Anuel—. Pero necesito saber qué vio usted en las sesiones con Bruno. Su punto de vista clínico.

Helena lo miró con una frialdad que no era hostilidad sino agotamiento.

—¿Y cuál es su función aquí exactamente? Porque hasta ahora solo me pide cosas; cosas que sabe que no le puedo dar.

—He estado con el chico —dijo Anuel—. Y está mal. Muy, muy mal. Encerrado y ausente.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó Helena.

—Más del que deberían haber permitido. —Una pausa—. Estoy intentando que esos padres vean lo que tienen delante; que lo que le ocurre tiene nombre y tratamiento. Pero para que lo vean, yo necesito entenderlo primero, y para eso la necesito a usted.

No era una mentira, pero tampoco era toda la verdad. Anuel omitía las convulsiones y, desde luego, la entrada del Coro. Contarle aquello a Helena provocaría que nada la detuviera: llamaría a las autoridades y arrasarían con la casa de los Torres en cuestión de una hora. En su fuero interno, Anuel se convenció de que no estaba

faltando a su voto de honestidad; simplemente estaba administrando la realidad para salvar una vida.

Helena se quedó estática. Solo el leve tic de un dedo golpeando su labio inferior delataba la tormenta que se agitaba tras su frente. Finalmente, sus hombros cedieron en una exhalación larga. Se giró hacia el monitor, encendió la pantalla y sus dedos se deslizaron sobre el teclado. Abrió una carpeta, luego un archivo:

BRUNO TORRES ACCARDI

Fijó la vista en el nombre del niño durante unos segundos, con el cursor parpadeando sobre la pantalla como un reproche, hasta que finalmente pulsó la opción de imprimir. La impresora cobró vida con un zumbido ronco, escupiendo hoja tras hoja. Helena las recogió, notando el calor del papel recién impreso contra las palmas de sus manos, y las dejó sobre el escritorio boca abajo.

Se levantó de la silla y dijo con voz plana:

—Necesito ir un momento al baño.

La doctora salió sin esperar respuesta y cerró la puerta tras de sí. Anuel se quedó solo. El zumbido del ordenador y el tic-tac de un reloj de pared se adueñaron del espacio, marcando los segundos de una tregua que sabía efímera.

Miró las hojas sobre el escritorio, cuya blancura destacaba sobre la madera oscura; sabía lo que eran. Dudó un instante, pero alargó la mano con dedos cautelosos, giró los folios y empezó a leer.

La primera página era administrativa: nombre completo, fecha de nacimiento, tres sesiones y tratamiento interrumpido a solicitud de los padres.

Observación Inicial

"Postura corporal encorvada. Contacto visual mínimo. Tensión física con mandíbula apretada y respiración superficial." "El afecto está notablemente aplanado. El lenguaje emocional aparece inhibido."

Anuel reconoció cada palabra. Durante las sesiones, el profesional intentó estimular la comunicación; el paciente permaneció estático, sin responder. Presente en cuerpo, ausente en todo lo demás.

Motivo de consulta

Pasó a motivo de consulta: los padres describiendo "ataques", "reacciones descontroladas", episodios de aislamiento extremo, mutismo y rigidez corporal. Movimientos convulsivos de dos a cinco minutos, *"tras los cuales recupera la conciencia sin memoria de lo sucedido"*.

Y luego, en letra clínica, fría, la verdad que nadie quería ver:

"Consistente con crisis conversivas de origen psicógeno. Pruebas neurológicas normales."

No era epilepsia. Era dolor; dolor convertido en lenguaje corporal porque nadie le había permitido usar palabras.

Entorno Escolar

El paciente refiere indicios de acoso escolar sostenido: físico, psicológico. Ante preguntas directas, baja la cabeza, guarda silencio, sin confirmar, sin negar. En una sesión posterior, permaneció inmóvil varios minutos con la mirada baja, sin ofrecer respuesta verbal; preguntas claras, sin reacción.

Entorno Familiar

El menor comenta brevemente que sus padres "discuten mucho en casa". Al preguntarle sobre violencia física, mantiene la cabeza agachada y los puños apretados, sin responder. No se observó lesión física aparente, pero su lenguaje corporal sugiere un clima familiar tenso, potencialmente conflictivo.

Dinámica familiar

El dedo de Anuel tembló al llegar a este apartado. Aquí era donde Helena había visto la verdad completa, donde los padres se habían

quitado la máscara.

Estilo educativo autoritario; los padres centrados en la supuesta "debilidad" del niño, enfatizando que debe "aprender a defenderse" y actitudes autoritarias. Minimización del acoso escolar; el padre declaró que el menor debe manejar el acoso por sí mismo: *"Ya tiene que gestionarlo él mismo"*. La madre indicó que acudieron para que se le enfatice al niño que deje de "tomarse las cosas así".

Proyección de responsabilidad: ambos atribuyen la causa de los conflictos al comportamiento del menor, sin reconocer cómo el entorno o su propia actitud pueden influir.

Y entonces…

Resistencia a la introspección: al señalar que el malestar de Bruno podía estar vinculado a la dinámica familiar y proponer un espacio de acompañamiento para la pareja, el padre interrumpió con sarcasmo: *"¿Nos va a hacer terapia de pareja también? Le recuerdo que estamos aquí por nuestro hijo"*.

Anuel leyó la frase dos veces. El sarcasmo, la negación, la ceguera voluntaria. *"La madre respondió de forma defensiva cuando se señaló que el clima familiar influye en el niño"*.

Conclusión: *"Durante el proceso no se observó disposición parental a implicarse activamente en la intervención"*.

Helena les había ofrecido ayuda; les había dicho que ellos también eran parte del problema y ellos se habían burlado.

Anuel levantó la vista del papel, respiró hondo y giró la página.

Impresión Diagnóstica

Cuatro diagnósticos lo esperaban:

- **Trastorno de Estrés Postraumático Complejo (C-PTSD)**: Compatible con exposición prolongada a situaciones traumáticas sin posibilidad de escape ni validación emocional.

- **Trastorno adaptativo mixto** con predominio ansioso-depresivo.
- **Mutismo selectivo** y rasgos de retraimiento social severo.
- **Disociación leve** como mecanismo de defensa ante el estrés extremo.

"Los episodios que los padres describen como 'ataques' o 'posesión' son probablemente crisis disociativas o colapsos emocionales." Y más abajo, la frase que lo confirmaba todo:

"No se observan indicadores psicóticos, delirios ni alucinaciones. Las reacciones del menor son coherentes con trauma sostenido, no con patología psicótica."

Llegó al final del informe. Iba a cerrar la carpeta cuando sus ojos se detuvieron en el margen inferior de la última hoja. Allí, escrita a mano con bolígrafo azul, en esa caligrafía apretada de quien toma notas rápidas durante una sesión, había una frase que Helena había añadido después, quizá días después, quizá antes de archivar el caso:

"Sospecha de maltrato físico no confirmado. Menor se niega a hablar. Padres abandonan tratamiento antes de poder profundizar."

Bruno estaba traumatizado. C-PTSD. Eso era Bruno, y sus padres querían expulsar demonios en lugar de abrazar a su hijo. Anuel entendió entonces el desprecio visceral de los Torres hacia Helena. Ella no les había entregado un diagnóstico; les había colocado un espejo delante, y ellos habían preferido romperlo antes que sostener la mirada, porque hacerlo habría significado aceptar que el problema no empezaba ni terminaba en Bruno. Significaba que ellos también eran parte del problema; una parte enorme del problema.

Pero los espejos rotos todavía cortan.

Las hojas del informe seguían ahí, sobre la mesa. Anuel sacó el teléfono y las fotografió una a una, con manos que no terminaban de estar quietas. Cuando acabó, las devolvió exactamente como las había encontrado: apiladas, con el mismo ángulo, el mismo orden.

Se recostó en la silla y dejó que el peso de lo que acababa de hacer se instalara despacio, acompañado solo por el zumbido del ordenador y el tic-tac del reloj.

La puerta se abrió. Helena entró despacio, cerró tras de sí y se sentó al otro lado del escritorio. Cruzó las manos sobre la mesa y lo miró. No dijo nada de inmediato, pero en ese silencio no había neutralidad: era la mirada de alguien que ya ha tomado una decisión y está eligiendo cómo decirla.

—Unos días —dijo al fin, sin matices, como quien sentencia.

Anuel no respondió de inmediato; necesitó un segundo para procesar lo que acababa de oír.

—Le doy unos días porque yo no puedo entrar en esa casa y sacar al chico por mi cuenta. —Se inclinó ligeramente hacia delante, clavándole los ojos—. Pero si pasado ese tiempo no ha conseguido nada, llamo a las autoridades. A todas. Y van con todo.

Anuel asintió. Sorprendido. Esperanzado. Aterrorizado por el peso de una responsabilidad que acababa de volverse real en otra persona.

—Sí... sí... No sabe cuánto se lo agradezco.

—Pues no lo haga —le cortó ella, endureciendo el gesto—, porque mientras le digo esto me estoy arrepintiendo de no haber marcado ya el número de la policía.

Anuel sostuvo su mirada.

—Entiendo sus dudas. Y por eso, aunque no quiera, le agradezco todo esto. Voy a conseguirlo. —Hizo una pausa—. Se lo prometo. Y la tendré debidamente informada.

—Contaba con eso.

Se levantó. Le tendió la mano. Ella se la estrechó, firme pero breve, un segundo justo que bastó para sellar algo que ninguno de los dos había buscado exactamente pero que ya no tenía marcha atrás. Antes de salir, Anuel se detuvo en el umbral.

—Doctora. Necesito un último favor. ¿A qué instituto va Bruno?

Helena lo miró un momento. Luego asintió, buscó algo en el teléfono y se lo mostró brevemente. Anuel lo memorizó. No añadió nada

más. Bajó las escaleras con la cabeza llena de piezas que empezaban, por fin, a encontrar su sitio.

En la calle levantó una mano y un taxi frenó a su vera. Se dejó caer en el asiento trasero, clavó la mirada en el parabrisas y sintió cómo la ciudad arrancaba a su alrededor.

Tenía una dirección. La del instituto. Tenía el informe fotografiado en el móvil. Tenía unos días. No era mucho, pero tendría que ser suficiente.

CAPÍTULO | 16

ANTES DEL AULLIDO

La casa de campo de los Torres respiraba con un silencio distinto al de la ciudad. No era el vacío urbano, lleno de ecos lejanos y vibraciones de vida ajena, sino una quietud orgánica, profunda, cargada del susurro del viento entre los pinos y el crujido ocasional de la madera vieja ajustándose a los cambios de temperatura. Un silencio que no calmaba, sino que acentuaba la espera.

Bruno seguía durmiendo cuando Verónica entró al salón con una taza humeante entre las manos. El humo templado ascendía sin prisa, desdibujando el aire entre ellos. El padre Belmonte estaba sentado en el sofá, una figura serena y desgastada como los muebles que lo rodeaban. No leía, no rezaba, no parecía hacer nada más que existir en ese espacio, con las manos entrelazadas sobre el regazo y la mirada perdida en las vetas de la pared de madera. Verónica dejó la taza en la mesa frente a él con un gesto que pretendía ser normal y solo consiguió delatar su agotamiento. Sus dedos temblaban ligeramente, un temblor que venía de muy

adentro, de algún lugar donde el miedo había echado raíces y ahora crecía como la hiedra, asfixiante e imparable.

—Descafeinado y sin azúcar —dijo Verónica, y la sonrisa que esbozó fue un movimiento frágil, una contracción muscular sin alegría.

Belmonte asintió con la cabeza.

—Se lo agradezco mucho, Verónica.

Su voz era de una calidez que en aquellos momentos se agradecía casi de manera desproporcionada.

—¿Cómo está el chico?

—Aún está en la cama.

Verónica se cruzó de brazos, un gesto defensivo que había adoptado como segunda piel.

—Ha dormido toda la noche del tirón. Todavía no ha desayunado, pero… prefiero dejarlo descansar lo que necesite.

Las palabras sonaron huecas incluso para ella. *¿Qué era "lo que necesitaba"? ¿Dormir? ¿Despertar? ¿Volver a ser quién era?* Ya no sabía qué pedirle al universo, qué regatearle en las negociaciones silenciosas que mantenía cada vez que cerraba los ojos.

Belmonte asintió de nuevo, comprensivo, y dio un sorbo al café. El sonido del líquido al entrar en contacto con los labios secos del anciano fue extrañamente íntimo en la quietud de la estancia, un recordatorio de que aún eran criaturas de carne y hueso, necesitadas de lo mundano: café, agua, aire. Incluso en medio del infierno.

Jorge entró en el salón en ese momento y miraba al sacerdote con una expresión compleja donde se mezclaban la culpa y un resentimiento sordo. Había algo en su forma de moverse —los hombros caídos, los pies que arrastraba ligeramente— que hablaba de un hombre que se había rendido sin atreverse a admitirlo, ni siquiera ante sí mismo.

—Padre, si quiere, puede echarse un rato en su cuarto. Aquí de momento… poca cosa tenemos que hacer.

Jorge hizo un barrido visual por la estancia, un inventario rápido de su vida reducida a esta casa heredada, a esta situación absurda. Las paredes desnudas, el sofá desvencijado, la mesa con manchas de humedad que nadie se había molestado en limpiar. Todo tenía el aspecto de lo provisional, de lo abandonado a medias. Como su propia existencia. Soltó un suspiro que venía desde los talones.

—Con las prisas no hemos traído nada de ocio. —Una risa seca, áspera, se le escapó—. Irónico, ¿no? En medio de todo esto, ¿quién se va a poner a pensar en el ocio? No hay libros. No solemos leer mucho en esta casa. —No lo dijo con orgullo, sino como un hecho más, una confesión entre tantas otras —La antena de la tele hace mil años que se rompió. O quizá se la llevó el viento, o nos la robaron... ¿Quién sabe? —Jorge señaló hacia el techo con un gesto vago—. Y desde luego, aquí el internet es…

—No se preocupe —dijo Belmonte—. Estoy bien así. En mis tiempos practicábamos el aburrimiento con total normalidad, pese a que a día de hoy parezca algo increíble. —Una sonrisa breve le cruzó el rostro—. Quizá son ustedes quienes deberían acostarse un rato y tratar de descansar. Les vendrá bien. Total, si ocurre algo, aquí estamos la señorita Kira y yo para avisarles.

Su tono era cercano, casi paternal. El de quien ha visto a demasiadas familias consumirse en la vigilia, desgastarse en la espera, y ha aprendido que a veces lo único que puede ofrecerse es una palabra dicha en el momento justo, aunque nadie la escuche.

Jorge pareció recordar algo de pronto y se giró hacia Kira, que observaba en silencio desde el rincón con los brazos cruzados.

—¡Eso! —El tono de Jorge subió de golpe, con esa irritación a destiempo que buscaba un blanco—. ¿Por qué hay cámaras en todas partes? ¿Son necesarias también en nuestro cuarto?

La invasión de la privacidad era lo último, la gota que desbordaba un vaso ya repleto de humillaciones. Kira levantó una ceja, pero no se inmutó. Una profesional impasible.

—Así lo dijo el cardenal y así se instalaron. De todas formas, hay cámaras en todos los cuartos menos en el baño donde nos

cambiamos todos y tenemos privacidad. O sea que no veo el problema de que haya cámaras en los dormitorios, a no ser que se vayan a poner a…

Kira se detuvo de golpe, consciente de la presencia de Belmonte. Un leve rubor traicionó su compostura y, con una mueca en los labios, añadió:

—Oh, disculpe, padre.

Belmonte hizo un gesto amable con la mano, esbozando una sonrisa que restaba importancia al comentario. Jorge los miró a los dos un instante, a Belmonte con su sonrisa y a Kira con su rubor.

—¿Eso es un… chiste?

La indignación le subía por la garganta como bilis. Por detrás, Verónica farfulló entre dientes, su voz un hilillo de veneno cansado:

—Sí, claro… No hacemos nada en casa, pero nos vamos a poner aquí…

Jorge se volvió hacia su mujer.

—¿De qué vas? ¿Este comentario ahora? ¿Quieres tener esta conversación aquí?

Señaló a Kira y a Belmonte con un movimiento brusco de la cabeza, testigos forzosos de su naufragio matrimonial.

—¿Delante de ellos? ¡VALE! ¡Tengamos la conversación ahora! ¡Claro que sí!

Belmonte se puso de pie antes de que el eco del grito se apagara.

—Oigan… dijo con suavidad, extendiendo las palmas hacia ellos. —Están agotados. Los dos. Hasta el alma. Y cuando el cansancio se mezcla con el miedo, uno dice cosas que no piensa… o que sí piensa, pero no en ese tono, no en ese momento.

Hizo una pausa, mirándolos a los ojos con una ternura que desarmaba.

—Bruno necesita que estén unidos. No perfectos. No infalibles. Pero sí juntos. Así que respiren. Tómense este silencio, y no dejen que el dolor los convierta en enemigos.

Jorge soltó una risa seca, amarga, y sacudió la cabeza mientras se dirigía hacia la puerta. Cada paso era un golpe sordo contra el suelo de madera que marcaba su retirada.

—Esto es increíble.

Nadie le respondió. Belmonte miró a Kira un instante y luego desvió los ojos hacia Verónica, que se le aproximaba despacio. Se dejó caer junto a él en el sofá y le agarró la mano con las pocas fuerzas que le quedaban. Belmonte no la retiró.

Estuvieron así un momento, los dos mirando al frente, sin decir nada. Fue Verónica quien habló primero, con la voz baja, casi como si la pregunta le diera miedo.

—¿Usted qué cree, padre? Con lo que ha visto hasta ahora… ¿Qué cree que le pasa a mi hijo?

—Verónica, hija… en asuntos como este, la prisa es una mala consejera. Lo que ustedes temen, si es que de verdad está aquí, se alimenta del desconcierto. Y pese a eso estamos intentando forzar en horas una respuesta que suele tomar días. Semanas. A veces años.

Verónica apretó los labios. Luego los abrió, como si le faltara el aire.

—Usted ya ha hecho esto antes. Morelli nos lo dijo —su voz apenas llegaba—. Si ha visto algo… necesito que me lo diga. No sé qué más hacer. Está todo en contra. Todo. —Le temblaron los hombros, pero no cayó ninguna lágrima. Ya no le quedaban.

—Todavía es muy pronto, hija.

—…y encima el único al que le confiamos esto —continuó ella— resulta que no tiene ni idea de lo que hace.

Se refería a Anuel. Había puesto en él una esperanza que ahora no sabía dónde depositar. Belmonte, entonces, usó su otra mano para rodear las de ella, encerrándolas en un nudo de calidez.

—No es eso, hija —lo dijo con una convicción tranquila—. Dele un poco más de tiempo. No es sencillo lo que está haciendo. Créame que vela por su hijo. Y yo también.

A Verónica se le encendió entonces una chispa.

—Quiero que continúe usted.

—¿Cómo?

—Morelli me dijo que ha hecho esto antes. Que sabe cómo funciona. —Hizo una pausa y bajó la voz—. Por favor, padre. Es mi hijo.

Tres palabras. Sin adornos. Demoledoras.

—Hija mía… —dijo Belmonte.

Kira levantó la vista del portátil por primera vez en minutos. El sacerdote negó despacio con la cabeza, un movimiento grave, el de alguien que tiene que negar un favor a quien quiere.

—Yo no he dicho que haya que hacer ningún exorcismo, Verónica.

Ella se quedó paralizada un instante, con la petición todavía en el aire, sin sitio donde aterrizar.

—Hija, ya le he dicho que estas cosas llevan su tiempo.

—Por eso, padre. Tiempo es lo que no tenemos. —Hizo una pausa, tragó saliva—. Yo sé que usted sabe lo que tiene Bruno dentro. Necesito que se lo quite. Que lo mande a donde tenga que estar, pero lejos de mi hijo.

Belmonte la dejó terminar antes de hablar.

—Lo que le digo es que el camino no se allana con prisas, sino con discernimiento. Llegado el momento, si ese es el camino, el padre Anuel sabrá lo que tiene que hacer y yo estaré a su lado. Pero por el momento necesitamos prudencia.

El ímpetu de Verónica se extinguió como una vela a la que le roban el oxígeno. Se quedó mirándolo, sin fuerzas para insistir, sin energía para discutir, harta de que cada botón que presionaba no hiciera nada. Poco a poco, casi sin darse cuenta, se fue recostando en el respaldo del sofá, vencida por la gravedad de su propio agotamiento.

Belmonte dejó caer los hombros y alzó la vista hacia el techo, como si sus ojos pudieran atravesar las vigas de madera y el yeso agrietado buscando una respuesta que tampoco él terminaba de encontrar.

Fuera, Jorge estaba en el jardín trasero, un espacio abandonado donde la hierba crecía salvaje y las malas hierbas trepaban por los troncos de los árboles. La naturaleza reconquistando lo que el hombre había dejado de defender. Encendió un cigarrillo. Hacía años que no fumaba. El último había sido en el hospital, cuando nació Bruno, un cigarrillo de celebración que se había prometido que sería el último. Llevaba tres paquetes en la mochila desde aquella noche en la iglesia.

Dio una calada profunda, y el humo le rasgó la garganta provocándole una tos áspera y seca. Había algo reconfortante en esa familiaridad, en ese pequeño acto de autodestrucción controlada. Era lo único que aún controlaba: el ritmo de su propia ruina.

A través del cristal de la ventana del salón, vio a Verónica hablando con Belmonte. Le agarraba la mano con esa urgencia desesperada que antes le pertenecía a él. Recordó los días de novios, cuando ella acudía a su encuentro como quien invoca a un héroe, con la fe ciega de que el rescate llegaría sin falta. Él había sido su certeza, su ancla cuando el mundo se deshacía.

Recordó la pérdida del primer hijo: aquel silencio gélido tras la ecografía, el "lo siento mucho" de extraños que en realidad no sentían nada. Ella había llorado en su pecho durante noches enteras y él la había sostenido, postergando su propio dolor para que el de ella tuviera un sitio donde descansar. Había sido su muro también cuando murió el padre de ella. El que nunca se derrumbaba aunque por dentro todo crujiera. Pero ahora ya no. Hacía tantos años del «ya no» que ni siquiera recordaba cuándo dejaron de mirarse sin que mediara un reproche. Ahora ella buscaba consuelo en un cura al que acababa de conocer. Y él estaba aquí, fumando solo, sin ella, sin ser ellos, con un hijo que se le escapaba entre los dedos. Preguntándose en qué momento exacto había dejado de ser él: el marido, el padre. El hombre.

Dio otra calada, como si el ardor pudiera tapar otras cosas que subían cuando bajaba la guardia. Cosas que tenían un nombre claro y un peso que no estaba dispuesto a cargar. Las aborrecía al amanecer, cuando la luz cruda entraba por la ventana y el mundo

volvía a pedirle que fuera el mismo de siempre. Una vida armada a martillazos de normalidad, como quien clava tablones sobre una puerta que nunca termina de cerrarse del todo. Y luego estaba la rabia. Siempre la rabia. Esa que crecía cada vez que el espejo le devolvía el reflejo de alguien que despreciaba ser en lo más profundo. Alguien que latía bajo su piel, pero que se había negado a reconocer y, mucho menos, a hacer real.

Jorge apagó el cigarrillo contra la pared, dejando una marca negra en la pintura blanca ya agrietada. Se guardó la colilla en el bolsillo y volvió a entrar en la casa. Apenas había dado un paso en el pasillo cuando una voz lo detuvo en seco.

—Mamá…

La voz era débil, casi un hilo de aire. Venía del piso de arriba. Del cuarto de Bruno. Era la primera palabra que pronunciaba en días, la primera señal de vida más allá del silencio y las miradas vacías.

Una sola palabra. Y bastó.

Verónica se levantó de un salto, como si la hubieran arrancado del sofá. Sin decir palabra, sin pensarlo siquiera, corrió escaleras arriba, los pies descalzos apenas rozando los peldaños. Kira y Belmonte se miraron. Kira se giró hacia los monitores y, con dedos rápidos, amplió la imagen de la cámara del dormitorio de Bruno. La pantalla parpadeó un instante antes de enfocarse. En ella, Verónica entraba en la habitación. Bruno estaba despierto, sentado en la cama. Levantó la cabeza al oírla entrar y le dijo algo en voz baja, las palabras perdidas para el micrófono.

Kira y Belmonte observaron la pantalla sin apartar los ojos. Entonces se oyeron pasos en las escaleras.

Verónica bajó de dos en dos, aferrándose a la barandilla para no perder el equilibrio. Se plantó frente a ellos con el pecho agitado, transfigurada. Como si le hubieran devuelto algo que llevaba días sin tener.

—Me ha pedido agua —anunció, jadeante—. ¡Agua! Ha dicho que tiene sed.

Belmonte la miró. En su semblante calmado anidó una sonrisa que era solo una sombra en los ojos, una curva casi imperceptible en los labios.

—¿Lo ve? —musitó, con una suavidad que devolvía algo de la gracia que la casa había perdido.

—Vaya, hija… vaya…

Ella no esperó a oír más. Giró sobre sus talones y se lanzó hacia la cocina. Se oyó el tintineo de un vaso bajo el grifo, el agua corriendo con ese sonido limpio, puro, que de pronto parecía el sonido más hermoso del mundo. En segundos, con un plátano y unas galletas en la mano —comida, alimento, vida—, subió la escalera con una agilidad que su cuerpo, rendido por la tensión de los últimos días, parecía haber olvidado que poseía.

Belmonte se quedó en el sofá, la mirada perdida en el hueco de la escalera por donde la esperanza acababa de desbocarse. Luego sacó el móvil del bolsillo. Una notificación parpadeaba en la pantalla.

Padre Anuel – 14:23: Hola, padre. ¿Cómo van las cosas por ahí? ¿Y el chico?

Belmonte sonrió para sí y comenzó a escribir.

A esa misma hora, el taxi de Anuel avanzaba por el centro entre el tráfico denso. El teléfono vibró en su regazo. Miró la pantalla, leyó el mensaje de Belmonte y guardó el teléfono en el bolsillo justo cuando el taxista redujo la marcha y se incorporó al arcén.

—Hemos llegado.

Anuel parpadeó, como si volviera de muy lejos, de un lugar dentro de su cabeza donde había estado ensayando conversaciones, preparando preguntas, intentando anticipar lo que estaba a punto de enfrentar.

—Ah… Disculpe, no me había dado cuenta.

Sacó unos billetes de la cartera, los contó con dedos distraídos y se los entregó al taxista sin esperar el cambio. Abrió la puerta y bajó a la acera.

Allí estaba.

La fachada del instituto se alzaba ante él: ladrillo visto, ventanas altas, grafitis desvaídos en los muros laterales que hablaban de generaciones de estudiantes dejando su marca, su grito de existencia. Un edificio que era un mundo, un microcosmos de alegrías y dramas que parecían eternos. Un lugar donde Bruno había pasado horas, días, años.

A su alrededor, el patio estallaba en vida. Risas, gritos, mochilas golpeando contra las piernas. Los chavales salían en oleadas, liberados de la jornada lectiva, absortos en sus teléfonos o en conversaciones que parecían urgentes solo para ellos, en esa burbuja de eterno presente que es la adolescencia. Esa sensación de que todo importa intensamente y nada tiene consecuencias reales. Esa invulnerabilidad imaginaria de los jóvenes.

Anuel se quedó quieto un momento, escaneando los rostros de los jóvenes, buscando a ciegas a alguien que reconociera el nombre de Bruno, que pudiera ofrecer una pieza más del rompecabezas. Alguien que hubiera visto algo, oído algo. Cualquier cosa.

Se acercó a un grupo de chicas que reían frente a la verja, la mirada hundida en una pantalla. Selfies, probablemente, o algún vídeo viral.

El tipo de cosas que consumían la atención de los adolescentes con la voracidad del espejo negro.

—Disculpad… ¿Alguna de vosotras conoce a Bruno Torres?

Ellas miraron a Anuel con recelo, intercambiaron entre ellas una mirada y siguieron caminando sin responder, absorbiéndose en su conversación como si él fuera un fantasma. O algo peor: un adulto.

Anuel probó con otro grupo: tres chicos con mochilas raídas, la mirada perdida en un horizonte invisible, probablemente en la próxima partida online o en la quedada que planeaban para la tarde.

—Disculpad. ¿Conocéis a Bruno Torres?

Uno negó con la cabeza sin detenerse, un gesto rápido y evasivo, casi reflejo. Los otros ni siquiera alzaron la vista.

Anuel dejó escapar un suspiro profundo. Cada minuto que pasaba en esa búsqueda confirmaba sus peores expectativas: era absolutamente exasperante. Encontrar a Bruno era como buscar una aguja en un pajar, con la diferencia de que la aguja parecía empeñada en seguir oculta y el pajar conspiraba para mantenerla invisible. Pero entonces, justo en ese instante, lo vio. Un chico salía por la puerta lateral del edificio rodeado de otros tres, con esa risa que se oye a distancia y que no busca compartirse sino exhibirse. Era alto para su edad, complexión atlética, hombros anchos. Sudadera roja con la capucha echada hacia atrás, vaqueros rotos en las rodillas. Hablaba con gestos amplios, dueño del espacio que pisaba. Los otros tres lo miraban cuando hablaba, pendientes de cada palabra, riendo en los momentos exactos.

Anuel lo observó unos segundos. Había algo en la forma en que los demás se apartaban cuando pasaba, en cómo algunos lo miraban con admiración y otros con algo que no era exactamente eso. Este era alguien que sabría algo sobre Bruno. Luego, sin pensarlo dos veces, sin darse tiempo para la duda, echó a andar hacia él.

CAPÍTULO | 17

DONDE HABITAN LOS LOBOS

Bruno lo vio venir, la sonrisa de hace unos segundos se fue apagando despacio, sustituida por esa expresión de cuando se aproxima un desconocido.

—Perdona... ¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo Anuel, forzando un tono casual.

Los tres chicos lo miraron; el de la sudadera roja ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa?

—¿Conoces a Bruno Torres? ¿Va a tu clase?

Algo cambió en su cara. No fue gradual: fue un interruptor. La incomodidad reemplazó a la extrañeza en menos de un segundo, intercambió una mirada rápida con sus amigos.

—No sé quién es —respondió finalmente, demasiado rápido.

—Por favor —insistió Anuel, dando un paso adelante—, solo necesito que me digas si lo conoces, o a qué clase va, o si sabes de algún compañero suyo que...

—¡EEEEEHHHH!

La voz llegó como un mazo. A unos veinte metros, un hombre corpulento cruzaba el patio con zancadas que no dejaban lugar a dudas sobre su destino.

—¡EHH, TÚUUU!

No hubo tiempo de reaccionar; el hombre se plantó frente a él en segundos, tan cerca que Anuel tuvo que resistir el impulso de retroceder.

—¿Qué coño haces hablando con los chicos? —El tono era de los que no esperan respuesta.

Sin esperar respuesta, el hombre rodeó con un brazo posesivo al chico de la sudadera roja, reclamando su propiedad. El adolescente se encogió bajo el agarre.

—¿Estás bien, hijo? ¿Conoces a este tío?

El muchacho negó con un movimiento torpe, rehuyendo el contacto visual. La hostilidad en su rostro subió de voltaje, transformándose en un rictus de puro asco.

—¿Qué pasa, anormal? ¿Te gustan los chavalitos?

—No, no... —Las manos subieron solas, las palmas abiertas—. Estoy buscando a alguien que vaya a clase de Bruno Torr...

—¿Y tú para qué coño quieres saber nada de Bruno? —El volumen subió un escalón más.

Cada segundo de silencio empeoraba las cosas. Anuel tanteó el bolsillo interior de su chaqueta con una lentitud calculada, temiendo que cualquier movimiento brusco detonara el primer golpe. Extrajo una tarjeta de visita y se la ofreció con los dedos.

—Soy amigo de la familia y...

El hombre le arrebató el cartón de un tirón seco. Tras leer el nombre, una carcajada desabrida brotó de su garganta.

—Los Torres jamás serían amigos de un cura.

Se tomó su tiempo; escaneó a Anuel desde los zapatos hasta el cuello de la camisa, con una minuciosidad insultante. Cuando volvió a hablar, sus palabras salieron cargadas de bilis.

—Y menos de un cura negro.

Anuel no sintió humillación; lo único que lograba procesar era el pavor ante tal despliegue de violencia cruda. Guardó un mutismo absoluto. No había nada que decir. No con alguien así.

El hombre dio un paso adelante, invadiendo aún más su espacio.

—Escúchame bien. Si quieres dormir esta noche en tu cama en lugar de en una camilla de hospital, deja de hablar con estos chicos. ¿Lo has entendido o te lo explico de otra manera?

Anuel asintió despacio. No se razona con un incendio. El hombre escupió a escasos centímetros de sus zapatos, un proyectil de flema y desprecio que marcó la frontera de su territorio antes de alejarse. Se llevó al chico del hombro con una sacudida brusca, mientras los otros dos se fundían en su estela.

El sacerdote sostuvo la verticalidad por pura inercia, con el temblor de la adrenalina subiendo por sus pantorrillas como una corriente eléctrica que amenazaba con desconectarle los músculos. Inspiró a fondo, obligando a sus pulmones a recuperar un ritmo humano. Dio un paso, luego otro, sintiendo las articulaciones tan rígidas como si el suelo se hubiera vuelto magnético bajo sus pies.

Al alcanzar la verja exterior del instituto, extrajo el teléfono con dedos torpes para solicitar un transporte.

Veinte minutos, sentenció la app. Entonces se apoyó con pesadez contra el metal frío de una farola y cerró los ojos, dejando que el zumbido de sus oídos se disolviera poco a poco en el rugido distante del tráfico.

—Disculpe, señor…

La voz, filtrada por el cansancio, le obligó a despegar los párpados de golpe. Una presencia pequeña y dubitativa aguardaba a su lado; era una chica de unos quince años, con una mochila raída colgando de un hombro y la mirada cargada de cautela.

—¿Estaba preguntando por Bruno? —soltó ella, reduciendo el volumen hasta convertir la frase en un secreto.

Un rastreo instintivo a ambos lados de la acera precedió a cualquier palabra; el terror a que otro padre regresara seguía latiendo bajo la

piel, pero la calle solo pertenecía a los estudiantes.

—Sí... sí —consiguió articular Anuel, con el oxígeno todavía peleando por entrar—. ¿Lo conoces?

La duda nubló el rostro de la joven mientras su vista viajaba hacia el edificio escolar. Tras un instante de lucha interna, volvió a fijar sus pupilas en él.

—Yo no, pero conozco lo que cuentan. Escuché su conversación con ese señor... y que usted es sacerdote.

Anuel asintió con lentitud, conteniendo la respiración como si el menor ruido pudiera espantar la confesión.

—Adelante. Por favor.

La chica vació sus pulmones antes de empezar. De su boca brotó una cascada de detalles sobre el calvario que Bruno vivía en las aulas; las palabras golpearon a Anuel con la precisión de una pedrada. Se mantuvo petrificado, incapaz de interrumpir aquel flujo de crueldad; solo pudo procesar, con una frialdad que le heló la sangre, una realidad que superaba cualquier sospecha.

Al terminar el relato, el ruido del tráfico pareció alejarse, dejando a Anuel en una burbuja de vacío. Parpadeó con torpeza, intentando asimilar que el mundo seguía girando igual que hacía cinco minutos. Sus dedos se cerraron sobre el metal de la farola, buscando un anclaje que impidiera que la realidad se desmoronara.

La mirada de la joven se suavizó, teñida de una resignación prematura.

—Le pido, por favor, que no le cuente esto a nadie... lo de que yo se lo acabo de decir —suplicó, con los dedos entrelazados alrededor de las correas de su mochila.

—Por supuesto. No te preocupes —logró decir él, recomponiendo su máscara de integridad.

—Es un buen chico y no se merece que lo traten así... Me tengo que ir.

La joven se fundió con la marea de estudiantes con una rapidez eléctrica. Anuel permaneció allí, con la confesión pesándole en el

pecho como plomo derretido. En su bolsillo, una vibración persistente le devolvió al presente: el taxi había llegado.

Soltó el metal de la farola, caminó hacia el vehículo con pasos pesados y se dejó tragar por la penumbra del asiento trasero.

La ciudad se deslizaba al otro lado del cristal como una película muda que Anuel no tenía fuerzas para procesar. El taxista intentó forzar la conversación un par de veces, tanteando el terreno; no obtuvo respuesta alguna. Al tercer intento, el hombre se dio por vencido y encendió la radio a un volumen apenas perceptible, dejando que una música suave rellenara el vacío que el pasajero no estaba dispuesto a ocupar.

Fue el brusco cambio en el latido del motor, al abandonar el asfalto por el traqueteo del empedrado privado, lo que rescató a Anuel de su letargo. El taxi detuvo su marcha frente a la verja de la finca de los Torres Accardi, cuya silueta se recortaba contra el cielo del atardecer.

—Señor... Hemos llegado —le alcanzó la voz del conductor, rompiendo el trance.

Un parpadeo lento devolvió a Anuel a la realidad de la gravilla y el aire frío. Tras liquidar la carrera, el cierre de la puerta metálica resonó con un eco seco en mitad de la nada. Se mantuvo unos instantes frente a la entrada, observando las ventanas iluminadas; sus pulmones reclamaron aire antes de que sus dedos, todavía fríos, empujaran la verja.

La tarde ya había caído por completo cuando Anuel entró al salón. Kira estaba recostada en el sofá con un libro abierto en el regazo; levantó la vista al oírlo llegar y consultó su reloj con expresión irónica.

—El concepto "vuelvo pronto" es bastante relativo, al parecer... —comentó, cerrando el libro con un golpe seco.

Anuel la miró un instante, pero no respondió. Desde la cocina, la madre de Bruno asomó la cabeza.

—¿Ha comido, padre? —preguntó.

Anuel negó con la cabeza.

—Hoy no tengo mucha hambre.

—Tiene comida en la nevera, por si le entra —dijo ella.

—Se lo agradezco mucho, Verónica.

Ella asintió con un gesto leve y volvió a concentrarse en sus quehaceres.

El padre de Bruno estaba en el otro extremo del salón, de pie junto a la ventana que daba al jardín trasero, con la mirada perdida en algún punto indefinido de la oscuridad exterior. No se giró al oír entrar a Anuel; permanecía inmóvil, como una estatua de sal, ajeno a todo lo que no fuera ese vacío que contemplaba más allá del cristal.

El contraste fue inmediato.

—¡Padre Anuel, qué alegría verlo de vuelta!

La voz de Belmonte irrumpió desde el pasillo, cálida y expansiva, rompiendo la quietud sepulcral del salón. El hombre apareció con una sonrisa genuina, secándose las manos con un trapo de cocina. Se acercó con paso ligero y le dio una palmada afectuosa en el hombro.

—Estábamos empezando a preocuparnos. ¿Todo bien?

Anuel asintió, forzando una media sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Sí, todo bien. Solo... me llevó más tiempo del esperado.

—¿Y Bruno? —preguntó, mirando alrededor—. ¿Está...?

Jorge se dignó a romper su idilio con el cristal y se giró con una lentitud penosa.

—En su habitación —anunció con una voz rasposa—, ha pedido algo de comida. Y agua.

Aquella pequeña concesión biológica de Bruno actuó como un bálsamo precario, aflojando el nudo que atenazaba el pecho de Anuel desde que partió hacia la ciudad esa mañana. Un paso. Minúsculo, pero un paso al fin y al cabo frente al abismo que acababa de descubrir.

—Me alegro —murmuró.

Anuel permaneció anclado en mitad del salón, un náufrago en una estancia que de pronto le resultaba ajena. El estómago, cerrado por un nudo de advertencias, ignoraba la falta de alimento; solo imperaba una necesidad sorda de agua caliente, el deseo de que el vapor disolviera la costra de suciedad invisible que el día le había dejado pegada a la piel.

—Voy a ducharme —soltó hacia el vacío, sin esperar que nadie recogiera el guante de sus palabras.

Los peldaños de la escalera crujieron bajo un ascenso pesado y monótono. Al pasar frente a la habitación de Bruno, la madera cerrada de la puerta se le antojó una barrera infranqueable. Una vez en sus propios aposentos, Anuel buscó el refugio de su cuarto; allí, entre sus pertenencias, manoseó la ropa limpia y las toallas con gestos automáticos antes de recluirse en el baño.

El impacto del chorro ardiendo fue una bendición necesaria; cerró los párpados y permitió que la neblina blanca lo aislara del mundo, prolongando el encierro hasta que las yemas de sus dedos empezaron a arrugarse. Solo entonces cerró el grifo.

Al franquear la puerta del baño, con la piel todavía desprendiendo calor, se topó con una figura recortada en el pasillo. Bruno aguardaba allí, frente a su propio cuarto, con la levedad de una sombra que hubiera cobrado cuerpo de golpe.

Un respingo eléctrico recorrió la espalda de Anuel. El chico estaba ahí, frente a él, sin pedirle que saliera; con la mirada buscando la del sacerdote sin suplicárselo.

—Perdone... ¿puedo hablar con usted? —La petición del chico emergió con la delicadeza de un hilo de seda, un susurro que conservaba, por fin, el timbre propio del muchacho.

Anuel parpadeó, forzando a sus facciones a suavizarse mientras la compasión le dictaba cada movimiento. Ahora que conocía el calvario de las aulas, aquel acercamiento le pareció un auténtico milagro.

—Claro. Por supuesto.

Bruno bajó la mirada y, sin mediar palabra, señaló hacia el baño. Anuel descifró el código al instante: uno de los pocos puntos ciegos de la casa, un refugio a salvo del ojo eléctrico de las cámaras. Entraron, pero dejaron la puerta entreabierta tras de sí. El sacerdote sentía en el pecho esa presión específica de los momentos que no admiten error; no podía fallar ahora que el chico, por fin, reclamaba su presencia.

Con un movimiento pausado, Anuel se sentó sobre la tapa del inodoro, rebajando su estatura hasta quedar a su nivel. Buscaba una simetría necesaria; físicamente, emocionalmente.

—Puedes contarme lo que quieras, campeón —dijo, dejando que la calidez domara su voz.

Bruno permaneció de pie, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Pasaron unos segundos en los que el aire pareció espesarse. Luego, con una voz apenas audible, el chico habló:

—Yo... quería pedirle perdón.

—¿Perdón por qué, Bruno? —La sorpresa de Anuel fue genuina.

—Por lo de ayer... Bueno, por todo. Pero sobre todo por lo de anoche, por las cosas que le dije.

—En absoluto, campeón —lo interrumpió Anuel con una nota de complicidad—. No tienes que disculparte, de verdad. No conmigo.

Bruno negó con la cabeza; su rostro empezaba a contraerse bajo una angustia visible.

—Lo que le dije... no fui yo. Bueno, sí fui yo, pero las voces fueron quienes me obligaron a decirlo.

Era esto. El momento al que todo había estado conduciendo. Anuel comprendió que una palabra equivocada bastaría para que la grieta que acababa de abrirse volviera a sellarse para siempre. Bruno apretó los labios y desvió la vista hacia los azulejos. El sacerdote tomó aire.

—El *Coro*… —soltó en un susurro.

La expresión de Bruno cambió al instante. El color huyó de sus mejillas.

—No, no... escúchame —reaccionó Anuel, levantando las manos con las palmas abiertas en un gesto de paz—. Estoy aquí para ayudarte, Bruno. Lo sabes, ¿verdad? Esas voces no son tú; no te representan, ni hablan por ti. Olvida las disculpas por lo que ellas hagan; conmigo no las necesitas.

Bruno seguía con la mirada perdida en la pared, pero su postura parecía haber cedido un poco.

—Aquí solo importas tú —insistió Anuel, buscando un contacto visual que el chico aún rehuía—. Y si me dejas, no te pienso soltar. Eres mi prioridad absoluta. Quiero que lo sepas.

El chico estaba al borde de las lágrimas. En su rostro se mezclaban la tristeza, la vergüenza contenida y algo más difícil de nombrar: el alivio frágil de quien lleva demasiado tiempo esperando que otro ser humano le tienda su mano para ayudarlo.

—Gra...cias —susurró.

Sin añadir nada más, Bruno se dio la vuelta y salió hacia el pasillo en dirección a su cuarto. Anuel permaneció allí, sentado en la tapa del inodoro, mirando el hueco de la puerta. Tras un día de naufragios, sombras y verdades amargas, aquel breve acercamiento supo a victoria. Anuel paladeó la dulzura del momento, un oasis en mitad de la tormenta. Cerró los ojos, levantó la barbilla y, moviendo los labios sin emitir sonido alguno, lanzó una sola palabra hacia el techo:

—Gracias.

No supo cuánto tiempo pasó. La mente seguía dando vueltas. Cuando levantó la vista, Jorge estaba apoyado en el marco de la puerta; no había entrado. Solo miraba, con esa expresión de quien acaba de entender algo que habría preferido no entender. Sus ojos fueron un segundo hacia el lugar donde Bruno había estado de pie, luego volvieron a Anuel. No preguntó nada, no dijo nada; se apartó del marco y desapareció por el pasillo con pasos que no hacían ruido.

Anuel esperó a que el silencio se cerrara tras él antes de moverse. Bajó las escaleras despacio. En la cocina, Verónica movía ollas y platos con ese ruido cadencioso de quien necesita que las manos estén ocupadas para que la cabeza no lo esté. De Kira no había rastro; solo Belmonte permanecía en el salón, aferrado a una taza de té humeante.

—Padre Belmonte… —pronunció. La voz le salió astillada.

El anciano se giró despacio rescatado de su ensimismamiento.

—¿Le importaría salir un momento? —pidió Anuel, buscando con la mirada el aire libre del jardín—. Necesito hablar con usted.

Belmonte dejó la taza sobre la mesita. El leve tintineo de la porcelana contra la madera fue su única respuesta antes de incorporarse, apoyando primero las dos manos en el bastón y luego el peso del cuerpo en ellas, en esa coreografía precisa que la edad había vuelto necesaria. No hizo preguntas, solo lo siguió.

Salieron por la puerta trasera. El aire de la noche los recibió con olor a tierra húmeda y a esa quietud que solo existe cuando las casas quedan atrás. Caminaron despacio, marcando un compás doble: el golpe seco del bastón contra la hierba y el paso más ligero de Anuel, que esperaba, reducía la zancada, volvía a esperar. Un baile de acomodo que ninguno de los dos mencionó.

Se alejaron de las ventanas iluminadas hasta que la casa quedó reducida a un rectángulo cálido al final del camino. Se detuvieron junto a un viejo banco de piedra, gris y frío, fundido con la base de un roble mientras la hiedra lo estrangulaba con paciencia. Belmonte se sentó con cuidado, apoyó ambas manos sobre el puño del bastón y aguardó.

Anuel permaneció de pie, las manos hundidas en los bolsillos, la mirada fija en las raíces que horadaban la tierra. No miraba a Belmonte. Aún no.

—Sea lo que sea, padre, puede soltarlo —dijo Belmonte—. Aquí solo estamos usted, yo y Dios.

Anuel dejó que el viento moviera las ramas.

—Quería contarle lo de mi día en la ciudad —dijo al fin, todavía anclado a esas raíces que rompían la tierra—. Estuve en el instituto de Bruno. Y antes, con la psiquiatra que lo trató hace meses.

—¿Logró dar con ella? —preguntó Belmonte, sorprendido.

—Sí.

—¿And qué le contó?

Anuel asintió despacio.

—Crisis disociativas. Trauma severo. Fragmentación de la identidad. —Los términos le salieron como si le quemaran la boca—. Bruno vivía en un entorno familiar invalidante. Todo lo que le pasaba era ignorado o minimizado. Eso en los días buenos; en los peores, gritos y quién sabe qué más. El hogar de Bruno, para Bruno, es de todo menos un hogar.

Belmonte apretó los labios.

—Eso explicaría muchas cosas. Cosas que los padres no nos han contado.

—Sí.

Anuel tenía algo más que decir y su cuerpo lo sabía antes que él: los hombros encogidos, el peso desplazándose de un pie al otro sin encontrar dónde quedarse.

—Pero hay más. —La voz le salió distinta, más baja—. Cuando fui al instituto, una chica me contó algo. Algo que pasó hace unos meses.

Belmonte lo observó sin moverse.

—¿Qué pasó, Anuel?

La chica le había hablado de aquel día en que tres muchachos le tendieron una emboscada en los baños del instituto. Bruno intentó escapar, pero uno de ellos bloqueó la puerta con el cuerpo. El líder lo miró a través del espejo mientras se lavaba las manos.

—¿A dónde vas con tanta prisa, Torres?

Los tres lo rodearon como hienas hambrientas. Bruno giró sobre su eje, pero lo tenían perfectamente flanqueado. El líder miró a sus amigos con esa sonrisa que parecía una herida.

—Un apellido bastante varonil, ¿no? Muy… *MACHO*.

Se agachó hasta convertir su voz en un susurro.

—Para una puta como tú.

La chica no se guardó nada. Le habló de cómo lo derribaron de un golpe en la parte trasera de la rodilla, del ruido seco de Bruno cayendo contra las baldosas. De las cremalleras bajándose al unísono, de los golpes en el rostro. No con puños ni patadas. De los insultos, de las risas. De las preguntas que le hacían mientras lloraba, que la chica repitió en voz baja como si las palabras le quemaran la boca.

Le contó cómo Bruno finalmente se levantó, empujó a uno de ellos y corrió. Cómo no paró hasta llegar a su clase; cómo nada más entrar se desplomó en el suelo, el cuerpo convulsionando, los ojos en blanco.

Ahí se detuvo. A su lado, Belmonte estaba pálido como la cera; su mano temblaba sobre el mango del bastón.

—Dios mío...

—Lo agredieron sexualmente —dijo Anuel, y las palabras le dolieron al pronunciarlas—, un grupo de adolescentes en los baños de su instituto. Lo humillaron de la forma más degradante posible.

Belmonte se pasó una mano por la cara.

—¿Los padres lo saben?

—No creo.

Belmonte asintió despacio. Mantuvo la vista clavada en la tierra, sin hablar.

—¿Y qué vamos a hacer con esta información, padre?

Anuel negó con la cabeza.

—No lo sé. Solo es el relato de una chica que ni siquiera fue testigo directo. Podría no haber pasado nunca, no ser más que un bulo cruel para hundirlo aún más. Pero si yo lo he oído, huelga decir que Bruno también, y si él llega a intuir que lo sé y que lo he compartido con usted, perderé su confianza para siempre. Y no puedo perderla. No ahora que empieza a acercarse.

Belmonte respiró hondo. Dudó un momento. Luego habló.

—No sé si es el mejor momento… Vive Dios que no lo es. Pero necesito hablarle de lo de ayer.

Anuel lo miró sin decir nada. Esperó.

—Ya sé que a usted le cuesta creer en esto —continuó Belmonte—, pero ayer, cuando el chico habló, cuando el *Coro* habló…

—Padre, es un cuadro psiquiátrico. Las voces son trauma. Disociación. Es…

—Ya. —Lo interrumpió con firmeza—. Pero ¿vio cómo el brazo derecho se desplomó y el izquierdo sostenía firmemente la pieza de ajedrez?

—Una parte de él se ancla a la realidad mientras la otra… —trató de razonar Anuel.

—Padre. —La voz de Belmonte bajó un nivel—. Vi una sombra.

Anuel no dijo nada.

—No una sombra que crees ver pasar de reojo —aclaró Belmonte—, una sombra completa. Detrás del chico. Usted, Kira y yo estábamos enfrente de él, y esa sombra estaba justo de pie detrás de Bruno.

Anuel no respondió. Algo en él se había detenido, como un mecanismo que llega al límite de lo que puede procesar. El informe de Helena, el testimonio de la chica, Bruno en el baño pidiendo perdón; y ahora esto.

Belmonte no insistió. Lo observó con la paciencia de quien ha aprendido que hay momentos en que las palabras interrumpen más de lo que ayudan. Dejó que Anuel estuviera donde estaba. Luego, despacio, con el cuidado de quien sabe que los huesos ya no perdonan el frío, se incorporó apoyándose en el bastón. Caminó hasta quedar a su lado y le puso una mano en el hombro. No fue un gesto de consuelo ni de lástima; fue el gesto de alguien que dice: sigo aquí, y mañana también.

—Haga lo que tenga que hacer —dijo—, y como crea que lo tenga que hacer. Pero escúcheme primero.

Dirigió la mirada al crucifijo que colgaba del pecho de Anuel, ese pequeño peso de metal que llevaba consigo a todas partes.

—Permítase creer, padre Anuel.

Lo dejó respirar un momento.

—O al menos… dese la oportunidad de permitírselo.

Anuel asintió, apenas, con el peso de todo el día encima. Los dos se pusieron en marcha despacio, hacia las ventanas iluminadas de la casa.

CAPÍTULO | 18

ENTRE EL MIEDO Y LA DETERMINACIÓN

«Permítase creer».

Ya, claro. La fe es más fácil cuando no haces demasiadas preguntas.

Anuel se arrepintió del pensamiento casi antes de terminarlo, pues no juzgar había sido uno de sus pilares, pero la vida, con una persistencia que rozaba la saña, parecía conspirar para que se saltara sus propios principios.

Era la mañana siguiente, o eso decía el reloj. Todos estaban en aquel simulacro de desayuno; todos menos uno. El cuchillo de Jorge raspó contra el plato.

—No me cuadra —murmuró—. Un crío de su edad no debería saber esas cosas.

Anuel levantó la vista de su taza.

—¿Qué cosas?

—Lo del latín —respondió Jorge sin levantar la vista—. ¿De dónde narices lo sacó?

Verónica dejó el azucarero sobre la mesa y se encogió de hombros.

—Iba a una escuela de música del barrio… —dijo Verónica—. Cantaban himnos. ¿No suelen tener partes en latín?

La pregunta se posó sobre la mesa sin que nadie la recogiera de inmediato. En una escuela de música podían trabajar un *Ave Maris Stella* o un *Kyrie* básico, sí, esas piezas que los alumnos aprenden por imitación sin entender una sola palabra, pero lo que Bruno había pronunciado no era eso. Era otra cosa. Un latín que no se aprende en un aula de solfeo.

—Ese tipo de escuelas suelen trabajar melodías, Verónica —dijo Anuel con suavidad.

Jorge dejó el cuchillo sobre el plato con más calma de la que Anuel le había visto hasta entonces, como si la conversación lo hubiera agotado antes de empezar.

—¿Dice que un crío no puede aprender eso en un coro?

—Estoy diciendo que no es lo habitual —corrigió Anuel—. No sé si el padre Belmonte tiene otra opinión.

El anciano, que había permanecido en silencio con las manos entrelazadas sobre la mesa, negó despacio con la cabeza.

—No es lo habitual, es cierto.

Jorge soltó el aire por la nariz.

—Con este chico todo son giros de 360 grados. Cada vez que creemos entender algo, el suelo desaparece.

—Jorge, por favor —murmuró Verónica, con esa voz baja que usaba cuando pedía tregua sin pedirla.

Anuel los observó. Estaban sentados el uno junto al otro, como siempre, formando ese bloque compacto e inamovible que presentaban ante cualquier amenaza externa. Unidos, y sin embargo cada uno en su propia galaxia. Verónica pedía tregua al aire y Jorge hablaba de su hijo como si fuera un fenómeno meteorológico que no terminaban de entender y del que nadie era responsable.

El leve siseo del papel al rozar la mesa desvió la atención de Anuel hacia un costado. Kira pasó una página sin mirarla, manteniendo su

máscara de indiferencia profesional mientras sus dedos sujetaban el borde del libro con una precisión técnica.

—El chico escucha bastante música clásica —dijo, sin levantar los ojos—. Quizás memorizó algún fragmento sin darse cuenta. La memoria hace cosas raras con lo que escucha de fondo.

Anuel asintió despacio. Era improbable, pero con Bruno, descartarlo del todo tampoco era posible. Seguía ajustando piezas, colocándolas una a una sobre una superficie que todavía se movía bajo sus manos.

La voz llegó desde la puerta. Bruno estaba ahí, despeinado, con la misma sudadera de siempre y las manos enterradas en los bolsillos, la barbilla hundida hacia el esternón, midiendo la distancia hasta su silla. En la cocina, el roce de una cucharilla contra el cristal se interrumpió. Nadie supo muy bien cómo gestionar aquel regreso inesperado.

Cruzó la estancia despacio y se sentó en su silla, la que llevaba días vacía como un hueco mal cicatrizado en la mesa. Verónica se puso de pie antes de que él terminara de sentarse.

—¿Qué quieres desayunar, cariño?

Bruno miró la mesa. Señaló con un gesto mínimo hacia el pan.

Verónica casi corrió hacia la tostadora. Jorge miraba a su hijo sin parpadear, paralizado por ese desconcierto de quien no sabe cómo cruzar un puente que él mismo ha ayudado a quemar. Belmonte tenía una sonrisa leve en los labios, la expresión de quien contempla el primer brote en un jardín que daba por perdido. Kira arqueó apenas la comisura de los labios. Anuel sintió cómo algo que llevaba días sosteniendo con demasiado esfuerzo cedía por fin.

Bruno comió poco. Media tostada. Tres sorbos de zumo. Pero comió por voluntad propia, sin que nadie lo obligara. Cuando terminó, limpió las migas de sus dedos con una servilleta, repasando cada yema con una atención obsesiva, y levantó la vista. Esta vez sí miró a Anuel.

—Si tenemos que tener sesión hoy… —dijo—. Yo estoy listo.

Anuel asintió despacio. Ese tipo de reconocimiento que no necesita más. Bruno se levantó y subió las escaleras. Durante unos segundos, la cocina conservó algo de ese calor frágil que el chico había dejado al marcharse.

Fue Jorge quien lo disipó.

—¿Y si lo dejamos ahora?

Verónica giró la cabeza hacia él. Anuel arqueó una ceja.

—¿Perdón?

Jorge se levantó y caminó hacia la encimera. Se apoyó contra ella con los brazos cruzados. No estaba nervioso; estaba pensando en voz alta, como quien construye un argumento mientras lo pronuncia.

—¿Y si no hacemos más sesiones? Miradlo. Ya sale de su cuarto. Ya habla. Baja a desayunar. Han sido dos sesiones duras, para todos. Pero ya funciona. Si seguimos removiendo todo esto… lo podemos perder.

Belmonte dejó reposar las manos sobre el bastón.

—Hijo. Si Bruno está así es justamente por las sesiones. Si paramos ahora…

—Si paramos ahora lo perdemos de verdad —lo interrumpió Anuel—. Tenemos que aprovechar esta ventaja. Esto no es una mejoría; es el principio de una mejoría.

Jorge miró a su mujer. Verónica no necesitó que le preguntaran.

—Yo estoy con mi marido.

Anuel la miró, esperando que hubiera algo más detrás de esas palabras. No lo había.

—¿Qué?

—Ya no vamos a necesitar más sesiones —dijo ella, sin apartar la vista—. Ni sus servicios.

Belmonte cerró los ojos un instante. Anuel se levantó de su silla.

—¿Piensan esto de verdad? El chico está respondiendo. Está confiando. Por primera vez en quién sabe cuánto tiempo está

pidiendo ayuda en voz alta. ¿Y ustedes quieren cerrarle esa puerta en la cara?

Jorge y Verónica no se movieron. Anuel los miró un momento.

—Está bien. Preguntémosle a Bruno qué quiere hacer.

—No hay nada que preguntar —dijo Jorge—. La decisión ya está tomada.

—Somos sus padres —añadió Verónica—. Nosotros decidimos. Nos vamos. Y punto.

Anuel caminó hacia ellos despacio y bajó la voz.

—Ayer, en mi visita a la ciudad, conocí a alguien. Helena. Helena Rivas. ¿La conocen?

Algo se quebró en los dos al mismo tiempo. El desconcierto primero, luego algo más parecido al miedo. Verónica fue la primera en hablar.

—¿Cómo se atreve…?

—Márchese de mi casa ahora mismo. —La voz de Jorge salió seca—. Ahora mismo.

Anuel asintió. Se dio la vuelta, pero se detuvo antes de alejarse, con la espalda todavía hacia ellos.

—¿Saben una cosa? El motivo de que no se persone aquí ahora mismo Servicios Sociales y se lleven a su hijo… ese motivo soy yo y el padre Belmonte. Así que les ruego que hablen entre ustedes con calma. Que se replanteen las cosas. Y cuando hayan tomado una decisión meditada, nos la comuniquen.

—He dicho que yo estoy listo.

Nadie se había dado cuenta de que Bruno había bajado. Estaba de pie en la entrada de la cocina, pero esta vez con las manos fuera de los bolsillos. Miraba directamente a sus padres. Su voz era tímida, pero de alguna forma firme.

Verónica abrió la boca. Bruno levantó una mano. Un gesto pequeño, pero que no admitía réplica.

—Estoy listo —repitió, esta vez mirando a Anuel.

Verónica dio un paso hacia él, con esa mezcla de instinto maternal y necesidad de control que llevaba años confundiendo con amor.

—Pero cariño…

Bruno retrocedió. No la dejó acercarse. Se dio media vuelta y subió las escaleras. Cada peldaño resonó en el silencio de la cocina. La puerta de su habitación se cerró. No de un golpe.

Verónica se quedó con la mano extendida en el aire. Tardó unos segundos en bajarla. Jorge miraba el suelo con esa expresión de quien acaba de perder un pulso que ni siquiera sabía que estaba echando.

Belmonte se levantó apoyándose en el bastón y se acercó a la pareja.

—El chico parece que lo tiene claro —dijo con tono sereno.

Jorge levantó la vista hacia él.

—Esto no debería estar pasando.

—Coincido —replicó Belmonte.

Anuel recogió su taza. El anciano ya caminaba hacia la salida de la cocina. Estaban a punto de cruzar la puerta cuando la voz de Verónica los detuvo.

—Está bien.

Anuel se giró. Ella seguía con los brazos cruzados, los ojos fijos en la mesa. Luego levantó la vista hacia él.

—Lo haremos a su manera. Pero como no funcione...

No terminó la frase. Anuel no respondió. Se giró hacia las escaleras y subieron juntos.

En el pasillo de arriba, Belmonte le puso una mano en el hombro antes de desviarse hacia su cuarto. El pasillo quedó en silencio. Anuel se apoyó un momento contra la pared. Los Torres, la amenaza velada de Verónica, el informe de Helena guardado en el móvil como una bomba que no podía detonar... todo eso por un lado, y al otro lado de esa puerta, un chico de catorce años que había sido el único en esa casa con el valor de decir que estaba listo de enfrentar la realidad.

Se separó de la pared y llamó a la puerta de Bruno con dos golpes suaves. No obtuvo respuesta, pero la hoja cedió al empujarla.

Bruno estaba sentado en el borde de la cama, los hombros hundidos y las manos sobre las rodillas. Llevaba los auriculares puestos. Al ver a Anuel, levantó la cabeza y se los quitó despacio, dejándolos colgados alrededor del cuello.

Anuel se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, a la altura de sus pies.

—Hola, campeón.

—Hola.

No había prisa para hablar. La prisa era lo que había roto todo hasta ahora.

—Quiero hablar contigo antes de empezar. Solo nosotros.

Bruno asintió sin decir nada, con esa economía de gestos que Anuel ya había aprendido a leer.

—Necesito que entiendas algunas cosas, ¿vale? Y quiero que las guardes aquí. —Anuel se tocó el pecho, sobre el corazón, sin llegar a tocarlo—. Primero: esta sesión te pertenece. No es mía. No es de tus padres. Es tuya, y si en algún momento quieres parar, lo paramos. Sin preguntas, sin culpas. Solo dices "basta" y se detiene todo. Esta vez de verdad. ¿Entendido?

Bruno lo miró. La sorpresa en su cara era genuina.

—¿De verdad?

—Te lo prometo.

Bruno bajó la mirada hacia sus propias manos.

—Segundo —continuó—. No tienes que contarme nada que no quieras contar, no voy a forzarte. Has de ser tú quien decida abrir la puerta, yo solo estoy aquí para sostenerla.

Las manos de Bruno se cerraron levemente sobre sus rodillas, un gesto pequeño que Anuel registró sin comentar.

—Tercero: si en algún momento sientes que las voces… que el Coro… está tomando el control, quiero que me lo digas, o que me

hagas una señal. Lo que sea. Un gesto, una palabra. Lo que tú elijas, pero necesito saber que no eres tú quien está hablando.

Bruno levantó la vista. Había algo diferente en su expresión, una mezcla de alivio y de vértigo.

—Diga lo que diga el Coro, nadie va a enfadarse contigo. Las voces no son tú, Bruno. Ya te lo dije. No hablan por ti, y nadie va a tratarte como si lo hicieran.

El chico tragó saliva. Algo en su cara cedió un poco, aunque no del todo.

—¿Puedo… puedo elegir una señal?

—Por supuesto.

Bruno pensó unos segundos, con esa concentración suya que convertía los gestos pequeños en decisiones importantes. Luego levantó la mano derecha, cerró el puño despacio y dejó solo el dedo índice extendido, apuntando hacia el techo.

—Esto —dijo.

Anuel asintió.

—Perfecto. Esa es nuestra señal.

Bruno volvió a bajar la vista hacia sus manos.

—Padre Anuel…

—¿Sí?

—¿Y si… y si no puedo? ¿Si no me deja hacerle la señal?

—Si no puedes, no te preocupes. Yo estaré atento. No te voy a soltar, te lo prometí. Si veo que no eres tú, haré lo que sea para traerte de vuelta. Pero sobre todo, mi intención es hablar contigo. Contigo y con nadie más.

Anuel desvió la mirada hacia las esquinas del techo, donde los puntos rojos de las cámaras parpadeaban en la penumbra.

—De hecho, podemos hacer la sesión aquí, tú y yo solos… —añadió con una sonrisa leve—. Bueno, y todos esos cotillas del salón.

El gesto de Bruno fue pequeño, una curva apenas perceptible en la comisura izquierda. Negó con la cabeza.

—Prefiero abajo, si no le importa.

Para Bruno, aquellas cuatro paredes eran el último reducto de paz. No quería mancharlo convirtiéndolo en otro campo de batalla.

—Como tú quieras —respondió Anuel—. ¿Listo?

Bruno soltó el aire de golpe.

—Creo que sí.

—Entonces vamos.

—Disculpe. ¿Podemos comenzar en media hora?

—Podemos comenzar cuando tú digas.

Anuel se puso en pie sin añadir presión, aceptando ese último margen de tregua. Bajó las escaleras en silencio y lo dejó con su música y con su decisión.

Media hora después, el salón de la casa había sido transformado. Las cortinas pesadas corridas hasta la mitad dejaban entrar una luz tamizada que cambiaba el carácter de la habitación. La mesa grande había sido despejada y retirada hacia un costado. En su lugar, dos sillas de respaldo recto, enfrentadas, separadas por una distancia medida con cuidado: lo suficientemente cerca para que la conversación fluyera, pero no tanto como para resultar invasiva.

Anuel se acomodó en una de las sillas, manteniendo la espalda recta y las manos entrelazadas sobre el regazo en un gesto de contención. Desde la cocina llegaba el rumor de Jorge y Verónica, un murmullo de voces bajas que acentuaba el aislamiento del salón.

Kira se movía alrededor del trípode con gestos precisos y metódicos, ajustando la altura de la cámara, comprobando el encuadre en la pequeña pantalla, girando levemente el objetivo hasta que el enfoque quedó nítido. Mantenía la vista fija en el visor, ajena a la tensión ambiental, refugiada en la seguridad técnica de su equipo mientras murmuraba algo para sí misma.

Belmonte se encontraba junto a la ventana, con la barbilla apoyada en el pomo de su bastón y una expresión de escrutinio bajo sus párpados entornados.

Jorge y Verónica entraron evitando el contacto físico. Se acomodaron en el sofá del fondo, dejando un espacio prudencial entre ambos. Verónica se frotó los antebrazos con las manos, con los brazos cruzados sobre el pecho. Jorge hundió la mirada en el suelo. Entonces llegaron los pasos desde la escalera. Lentos. Deliberados.

Anuel se giró hacia la puerta. Bruno entró en la sala. Su mirada recorrió la habitación antes de posarse en Anuel. Caminó hacia la silla vacía y, justo al dejarse caer en el asiento, extrajo de su bolsillo la pieza de ajedrez. Sus dedos la rodearon con una presión minuciosa antes de depositarla sobre su muslo. Se acomodó en el respaldo con movimientos lentos y clavó sus pupilas en las de Anuel.

El sacerdote imitó su rigidez en la silla opuesta. Sostuvieron el encuentro visual, midiendo el terreno antes de la primera palabra.

—Hola, Bruno. —Una pausa breve antes de continuar—. Antes de comenzar quería preguntarte algo.

Bruno inclinó levemente la cabeza, con esa atención suya que no necesitaba palabras para manifestarse.

—Tus padres —Anuel señaló con un gesto sutil hacia el sofá del fondo, sin girarse del todo, sin convertirlo en un acto de acusación—. ¿Pueden estar presentes durante la sesión o prefieres que se queden fuera, como la otra vez?

La reacción fue inmediata. Jorge se removió en el sofá con incomodidad, enderezándose como si la pregunta fuera una afrenta personal dirigida directamente a él. Verónica tensó la mandíbula, los ojos fijos en Anuel con esa mezcla de indignación y dolor que llevaba días instalada en su cara. Ninguno de los dos esperó a que su hijo respondiera.

—Nos quedamos. —La voz de Verónica salió firme, sin fisuras, sin espacio para la negociación.

Bruno, por su parte, se encogió de hombros. Un gesto de absoluta indiferencia. Anuel asintió despacio, aceptando la decisión.

—Está bien.

Dirigió la mirada de nuevo a Bruno, buscando en sus ojos alguna señal de cómo se sentía realmente con esa decisión. El chico

sostenía la postura, las manos sobre las rodillas, la espalda ligeramente inclinada hacia adelante. Respiró hondo, llenando los pulmones con esa lentitud de quien se prepara para algo que no puede esquivar. Y en esa respiración, en ese silencio cargado que ninguno de los presentes se atrevió a romper, la sesión estaba a punto de comenzar.

CAPÍTULO | 19

ESPEJOS ROTOS

Anuel no hizo nada por romper el silencio; no miraba a Bruno a los ojos, miraba sus manos. El caballo de ajedrez giraba entre los dedos del chico siempre el mismo movimiento, siempre la misma trayectoria.

—Es difícil pensar cuando hay tanto ruido, ¿verdad?

El caballo se detuvo en seco. La mirada de Bruno no se movió; fue su expresión la que cambió, esa cautela de quien ha aprendido que las preguntas amables suelen tener trampa.

—Aquí hay silencio —susurró.

—No —respondió Anuel, llevándose un dedo a la sien—. Aquí no.

Sostuvo la mirada del muchacho sin invadirla.

—A veces el ruido no viene de fuera, viene de lo que los demás nos hacen y no comprendemos porqué.

Al fondo del salón, Jorge se inclinó hacia adelante con los labios entreabiertos y el aire retenido en la garganta, a punto de saltar ante la alusión. Anuel no miró hacia el sofá; no estaba hablando con ellos.

—Pero tú no tienes la culpa, no de esto —Anuel suavizó la mirada, dejando que sus palabras ganaran una textura de confidencia—. Solo que estás perdido, pero no mucho más que cualquiera de nosotros en esta sala, en este planeta. No eres el error de nadie, campeón.

Bruno se encogió apenas unos milímetros. Hacía años que nadie le hablaba desde ese lugar, reconociéndolo como un individuo y no como un saco de boxeo de frustraciones ajenas.

—Y creo… —continuó Anuel— que lo que quieres no es que te entiendan del todo, eso es algo que ya te da igual. —Hizo una pausa breve—. Creo que lo que quieres es que se detenga; que, por una vez, dejen de hacerte daño.

Bruno apretó los párpados, forzando a sus ojos a retener un brillo líquido que amenazaba con desbordarse. Su garganta se movió en un trago seco, una lucha desesperada por mantener los muros en pie.

—¿Me equivoco?

Sus labios temblaron levemente. Quería decir que sí, quería gritarlo; quería liberar como un volcán en erupción todo ese dolor encerrado en lo más profundo de su alma. Un dolor que no le dejaba dormir, ni comer, ni respirar; que sentía que la cabeza le iba a estallar antes de cada convulsión y que la vergüenza posterior era un ácido que lo quemaba.

Pero las palabras no salieron. El llanto le subió a la garganta y se quedó ahí, atrapado. Había aprendido por las malas que llorar delante de alguien no traía consuelo, traía más golpes.

En lugar de eso, hizo algo minúsculo: un movimiento casi imperceptible de barbilla hacia abajo. Un "sí" mudo que solo Anuel, con su atención absoluta, pudo captar. Anuel no sonrió victorioso ni buscó la complicidad del resto, se limitó a sostenerle la mirada, permitiendo que ese reconocimiento mutuo gravitara entre ellos con una solemnidad que otorgaba a la respuesta del chico el peso de una verdad absoluta.

Lentamente, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un cuaderno de tapas negras junto con un bolígrafo sencillo, y lo mantuvo en su mano.

—No te voy a pedir que me lo cuentes a mí, no hoy, quizás nunca —dijo Anuel con voz suave—. Pero sácalo de tu cabeza. Escríbelo, dibújalo, ráyalo hasta romper la hoja si es necesario, pero no dejes que se pudra dentro. El papel aguanta todo lo que tú no puedes sostener.

—Yo... —murmuró—. Mejor... prefiero que no, si no le importa.

Anuel asintió y volvió a guardar el cuaderno y el bolígrafo en su chaqueta.

—De acuerdo, Bruno.

El sacerdote se recolocó en la silla, adoptando un tono más cercano, casi conversacional, respetando la elección del chico.

—Hablemos como habíamos acordado. ¿Hay algún sitio al que te gustaría ir? ¿Algo que te gustaría hacer?

Bruno negó con la cabeza. Anuel asintió sin forzar y cambió ligeramente de rumbo.

—¿Andes? Antes de todo esto… ¿qué te gustaba hacer?

Bruno pensó durante unos segundos. Abrió la boca, pero de nuevo no salió nada. Sus manos se cerraron con más fuerza alrededor del caballo, los tendones de la muñeca marcándose bajo la piel. Anuel observó el gesto un momento; luego, señaló la pieza.

—¿Por qué la llevas siempre?

Bruno no contestó. La presión sobre el caballo aumentó, pero no dijo nada. Anuel dejó reposar la pregunta y cambió de dirección sin anunciarlo.

—Yo también tuve algo así cuando era niño. No era una pieza de ajedrez, era una piedra lisa, blanca, pequeña. Me la dio un amigo que...

La mirada de Bruno cruzó la habitación despacio y fue a posarse en el sofá donde estaban sus padres, primero con una expresión parecida a la incredulidad, luego con una fijeza cortante que no

dejaba lugar a dudas. Estaba furioso: ellos le habían contado algo muy personal suyo a otra persona sin pedirle permiso.

Anuel se dio cuenta y se detuvo. Había tropezado exactamente donde le había prometido al chico que no lo haría; había violado su intimidad.

Verónica habló con urgencia:

—Hijo, el padre necesita saber estas cosas, es por tu bien.

¿Por mi bien?, pensó Bruno.

Entonces algo en su interior cambió. No de golpe, sino como cambia el cielo antes de una tormenta: despacio, silente. Los ojos se quedaron fijos en un punto entre sus padres y la nada. La pieza de ajedrez quedó firmemente sujeta a su mano izquierda, como quien sostiene la cuerda para no caer al precipicio. El enfado seguía ahí, pero empezaba a convertirse en otra cosa.

—Ya no podemos más… —añadió Verónica, hundiéndose tras sus manos.

Entonces el tórax de Bruno comenzó a contraerse en sacudidas erráticas. El silbido en su garganta se volvió un rastro áspero. Anuel reconoció el patrón de la hiperventilación; ya sabía lo que venía detrás.

—Bruno, respira conmigo —dijo Anuel, extendiendo la mano hacia su brazo en un intento desesperado por anclarlo al presente.

Bruno retiró el brazo de un golpe sin apartar la mirada de Verónica y Jorge, como si el contacto le hubiera quemado. Anuel se inclinó hacia adelante para buscar su rostro; los ojos del muchacho estaban fijos en sus padres, pero no había reconocimiento en ellos, y empezaron los espasmos.

Jorge y Verónica amagaron con avanzar, entorpeciéndose mutuamente en un despliegue de auxilio desarticulado. En ese instante, la mano derecha de Bruno se levantó apenas unos centímetros. El dedo índice apuntó hacia el techo.

La señal. Solo un segundo.

Luego, una sacudida violenta arqueó el cuerpo del chico hacia atrás y el brazo cayó. Su columna se tensó como un arco a punto de quebrarse y, por un segundo, la presión sobre sus talones lo elevó del suelo. La silla crujió bajo el impacto cuando la gravedad volvió a reclamar su peso, y entonces el muchacho quedó petrificado en el asiento, los ojos clavados en un punto indefinido del salón.

La cabeza de Bruno cayó hacia el pecho. El brazo derecho se desplomó, inerte, colgando al costado de la silla, pero la mano izquierda seguía sujetando la pieza de ajedrez con fuerza.

El sonido llenó la habitación: un suspiro hueco, vacío. Y muy despacio, abrió los ojos. No levantó la cabeza, solo los ojos, y ahí estaba de nuevo. Otra vez. Aquella mirada vacía, la que parecía no pertenecer a Bruno. De nuevo, sus pupilas se movieron despacio, escaneando todo el salón como si no hubiera nadie, como si los muebles, las personas, las paredes… fueran transparentes.

El padre Belmonte fue el primero en reaccionar. Se incorporó ligeramente en su silla, aferrando el rosario con una mano y la Biblia con la otra. Sus labios empezaron a moverse en una ristra de oraciones en voz baja; las palabras salían rápidas, susurradas, urgentes.

Verónica ahogó un sollozo. Jorge dio un paso hacia adelante, pero Anuel levantó una mano deteniéndolo. El gesto fue firme, silencioso, pero claro: *No os acerquéis*.

Anuel respiró hondo, recomponiéndose. El corazón le martilleaba en el pecho, pero su rostro permaneció sereno. Con otro gesto de la mano, les pidió a los padres que volvieran a sus asientos. Jorge vaciló, miró a su hijo, luego a Anuel y finalmente obedeció. Verónica lo siguió, temblando, sin apartar la vista de Bruno.

Anuel se volvió a sentar frente al chico. Despacio, sin brusquedad, como si cualquier movimiento rápido pudiera romper algo más allá de lo físico. Se quedaron así, uno frente al otro: Anuel mirando a Bruno, Bruno mirando a través de Anuel.

La atmósfera en el salón se volvió opresiva, cargada de una electricidad estática que hacía que el zumbido de los aparatos de la

cocina resultara doloroso. El aire parecía haber perdido su capacidad de fluir. Desde el rincón, Kira permanecía inmóvil; no escribía, no se movía. Solo miraba la pantalla donde la imagen de Bruno llenaba el monitor, su rostro inexpresivo capturado desde tres ángulos distintos. Ni siquiera comprobaba las grabaciones; estaba absorta, con los dedos clavados en el borde de la mesa y los ojos muy abiertos, como si presenciara algo que trascendía su oficio.

Anuel no apartó la mirada del chico.

—Bruno —dijo Anuel con voz suave pero firme—, ¿estás ahí?

La estancia devolvió el eco de sus palabras sin que un solo músculo en el rostro de Bruno diera señales de vida. Luego, muy despacio, sus ojos empezaron a moverse. Recorrieron la habitación sin detenerse en nadie: pasaron por Kira, por los padres, por Anuel, hasta que se posaron en Belmonte.

Ahí se detuvieron.

—¿Por qué no se calla este? —murmuró irritado.

Una leve inclinación del torso permitió a Anuel acortar la distancia, manteniendo los hombros firmes para no delatar la tensión que le recorría la espalda.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta?

Las facciones de Bruno se contrajeron en una mueca de asco genuino.

—Me da dolor de cabeza.

Anuel intercambió una mirada con Belmonte. El anciano asintió casi imperceptiblemente y continuó con sus oraciones, esta vez solo moviendo los labios, sin emitir sonido.

—Si no eres Bruno —dijo Anuel—, dime quién eres.

—Ya sabes quién soy.

—No, no lo sé.

En lugar de palabras, eligió el sonido. Empezó a canturrear, solo melodía, ese mismo cántico de la sesión anterior que Anuel reconoció de inmediato. La misma cadencia, el mismo ritmo que la última vez había terminado en un estallido. Una firma sonora.

—Ya sabes quién soy.

—Eres el Coro —dijo Anuel. La conciencia de Bruno se había retirado por completo. Si el chico no respondía, tendría que hablar con lo que hubiera quedado.

Un silencio breve. Luego, una exhalación pesada.

—Sí. Ya nos conocemos. Sois todos.

Anuel se llevó los dedos a los párpados y presionó hasta ver estrellas; luego los bajó.

—¿El Coro son todos los que te hicieron daño?

Bruno sonrió inicialmente; luego, soltó una carcajada que resonó en el salón y terminó en un silencio abrupto.

—En mí todos... yo en todos —dijo.

Anuel se quedó en silencio. Esta vez parecía más profundo que la anterior, más adentro. Pero mantuvo la compostura e insistió:

—Quiero saber quién eres en este momento. Quién eres.

Bruno habló en tono susurrante:

—Yo soy él y él soy yo.

El sacerdote se obligó a mantener la columna rígida y siguió el rastro de la conciencia de Bruno tras aquel muro de fijeza. Iba a formular otra pregunta cuando Bruno lo interrumpió, esta vez más alto.

—Soy el «no tengo tiempo». —Un canturreo amargo escapó de sus labios—. «Ya eres mayor para solucionar tus problemas». Soy el: «¡Estoy harta de que siempre estés en tu cuarto llorando!».

Su voz bajó de volumen de nuevo.

—Soy el fracaso de mis padres.

Verónica y Jorge se levantaron del sillón, alarmados.

—Bruno, eso no es verdad —dijo Verónica con voz quebrada.

Bruno, cada vez más alto:

—¡Soy... SOY EL MARICÓN DE CLASE!

El chico no paraba de reírse. La risa era aguda, descontrolada, y entonces giró la cabeza hacia su padre despacio y su tono se volvió dulce, cargado de una ponzoña afectuosa.

—Soy tu mayor decepción, papá.

—Eso no es cierto, hijo. —La defensa de Jorge fue un sonido hueco que se disolvió antes de alcanzar al muchacho, dejando al padre expuesto en su propia vacilación.

—¿Y entonces por qué me pegas, papi?

La sangre abandonó el rostro de Jorge. Su boca se abrió en un sonido que nunca llegó; solo un vértigo de vergüenza ante el rápido parpadeo de Verónica. Un parpadeo que no era sorpresa.

—Yo… Yo jamás… ¡Nunca! Te he puesto la mano encima.

—Mentir es pecado, papá.

Jorge hiperventilaba. Simplemente cerró los ojos, como si quisiera desaparecer.

—¿Ya no te acuerdas? —continuó Bruno—. Supongo que no… siempre vas tan borracho a todas horas. —Hizo una pausa mínima, cruel en su serenidad rota—. Yo sí me acuerdo.

Jorge parpadeó, a punto de negar, pero Bruno no le dio tiempo.

—¿Recuerdas el día que te despidieron del trabajo? —Jorge amagó con negar mientras sus ojos suplicaban silencio—. Cuando volviste casi arrastrándote a casa… que ni podías mantenerte en pie.

Bruno desplazó la mirada hacia el techo.

—No podías ni andar… Pero una cosa sí que pudiste. —Seguía mirando al techo—. Joder, sí pudiste. Los dos moratones en la espalda me acompañaron bastantes días.

Jorge cerró los puños, temblando, pero su voz salió quebrada:

—Yo... no...

Bruno gritó:

—¡OH, TÚ SÍ! ¡ME DISTE Y ME DISTE HASTA QUE TE QUEDASTE SIN AIRE! ¡UNA Y OTRA VEZ!... ¡UNA Y OTRA VEZ!...

De pronto, la violencia sonora se contrajo en un susurro sombrío.

—¿Y por qué? —Silencio. Bajó el tono aún más—. Porque soy lo que eres. Lo que más odias de ti está en mí… expuesto ante todos.

Jorge no pudo contestar. Solo se quedó ahí de pie, expuesto. Bruno desplazó el rostro hacia su madre con un movimiento casi depredador.

—Mami, ¿de verdad no sabes por qué papá hace tiempo que no te toca? —Una risa seca, desprovista de humedad, llenó el aire—. ¿De verdad eres tan imbécil? —Hizo una pausa—. A papi le gusta darse besitos con otros papis.

Entonces estalló en una risotada desajustada, un sonido quebrado que rebotaba en las paredes con una alegría profundamente macabra. Jorge permaneció petrificado con las facciones desencajadas por el impacto de la revelación. Bruno dejó de reír y añadió:

—Ay, mamá. No, no lo eres. En realidad, no eres tan inútil para no verlo, solo que te lo haces de maravilla. Eso es lo único que sabes hacer bien en tu vida: meterte la cabeza en el culo una y otra vez para no ver la realidad.

Verónica se llevó las manos a la boca, sin poder articular palabra. Jorge dio un paso hacia Bruno con la rabia suplantando al miedo, pero Anuel se puso de pie de golpe, interponiéndose entre ellos con un movimiento rápido pero controlado. Extendió ambas manos.

—Jorge. Un paso atrás. Ahora.

Su voz era firme, autoritaria, no admitía réplica. Jorge se detuvo, desbordado por el vértigo de la situación, y retrocedió. Bruno agachó la cabeza y un tono infantil, una imitación grotesca de su propia infancia, brotó de su garganta:

—¿Vas a pegarme, papá? ¿Otra vez?

Anuel no apartó la vista de Jorge.

—Siéntate.

Jorge titubeó. Su mandíbula temblaba de rabia, pero algo en la mirada de Anuel lo detuvo. Se dejó caer en el sofá, derrotado. Bruno recuperó la seriedad sombría.

—Hazlo —dijo desafiante, mirando a su padre—. Vamos… Que todos vean lo machote que eres.

Jorge negó con la cabeza, completamente quebrado. El llanto le recorrió las mejillas mientras señalaba al muchacho con un dedo que no podía dejar de temblar.

—Tú… tú no eres mi hijo. —Se giró hacia Anuel con una súplica en los ojos—. Haga algo. Por favor.

Anuel se mantenía como un muro entre ambos cuando un tirón en su sotana lo obligó a desviar la atención. Belmonte se había inclinado hacia él, el rostro pálido y cubierto de sudor.

—Padre… —susurró el anciano.

Anuel se giró apenas hacia él sin perder de vista a Jorge.

—Ahora no, padre.

—La sombra… —insistió Belmonte, señalando con un dedo el espacio vacío tras el respaldo de la silla de Bruno—. Está aquí de nuevo, justo detrás del chico.

Anuel clavó la mirada en la penumbra que envolvía a Bruno. No vio nada excepto las partículas de polvo flotando en el haz de luz de los focos de Kira.

—Siéntese, por favor.

Los labios de Belmonte empezaron a moverse en el rito romano, cada vez más alto, más urgente. Anuel sabía que estaba perdiendo el control de la situación, pero no podía permitir que se desmoronara del todo. Levantó una mano hacia él.

—Padre, espere...

Pero Belmonte no lo escuchó. Años de experiencia, de reflejos condicionados, tomaron el control. Sacó el frasco de agua bendita y se acercó a Bruno con pasos decididos.

— *Exorcizo te, immundissime spiritus...*

Bruno reía. Repetía las palabras en burla, con la misma entonación litúrgica. Belmonte alzó el frasco y roció el rostro de Bruno.

—¡Padre, no! —el grito de Anuel restalló en las paredes.

El chico cerró los ojos y encogió los hombros cuando el agua lo salpicó. Suspiró. Levantó la cabeza lentamente. Belmonte estaba

frente a él, expectante, con el rosario apretado en la mano. Bruno lo miró fijamente y le escupió en la cara.

— *Unus pro alio, Pater* —dijo con desprecio.

Un alarido de puro horror escapó de la garganta de Verónica. Belmonte se limpió el rostro con la manga sin apartar la mirada del chico y siguió con el rito, cada vez en voz más alta, casi llegando al final:

— *Adjuro ergo te, draco nequissime!*

Anuel fue hacia Belmonte, sujetándole aún la muñeca.

—¡Padre Tomás! ¿Qué está haciendo? ¡No!

Bruno se rió, pero entonces la risa se detuvo en seco, cortada como si hubieran apagado un interruptor. Mantuvo la rigidez durante unos segundos y, entonces, el cuerpo se vació de golpe. La cabeza se inclinó hacia atrás, los párpados cayeron. Los brazos, que hasta ese momento habían estado tensos, se aflojaron completamente a los costados de la silla. La pieza de ajedrez se escapó de sus dedos y cayó al suelo con un ruido sordo que, en aquel silencio repentino, sonó desproporcionadamente alto.

La sala entera pareció retener el aire. El zumbido constante de los aparatos de la cocina, que había estado ahí todo el tiempo sin que nadie lo notara, había desaparecido, o quizás seguía ahí y nadie era capaz de escucharlo. Kira permanecía rígida en su rincón con las manos quietas sobre el teclado y los ojos fijos en la pantalla, donde la línea de audio se había vuelto completamente plana.

Anuel soltó a Belmonte con un movimiento instintivo y se situó frente a Bruno, agachándose hasta que sus rostros quedaron a la misma altura.

—¿Bruno? Bruno, ¿me oyes?

Nada. Ni un parpadeo ni un gesto.

—No te vayas, Bruno. Quédate conmigo. Responde.

El chico no se movía. Respiraba, eso sí, con respiraciones lentas. Anuel le dio unas palmadas suaves en la mejilla; primero con cuidado, luego con más insistencia.

—Vamos, muchacho. Despierta.

CAPÍTULO | 20

AÑICOS

Pasaron diez segundos, veinte, treinta.

Muy despacio, Bruno inspiró, llenó sus pulmones como si el aire anterior no hubiera contado y el pecho se le hinchó. Anuel esperó, congelado en su posición de vigilia, mientras Kira permanecía inmóvil, con los dedos hundidos en el borde de la silla hasta que los nudillos destacaron blancos bajo la piel. Belmonte se había convertido en una sombra de piedra, con los ojos sellados y los labios agitándose en una plegaria que no llegaba a ser sonido. En el sofá, la parálisis familiar era total hasta que Bruno exhaló.

Fue un suspiro largo, tranquilo, como si acabara de despertar de un sueño profundo. Pero entonces su cuerpo se tensó. Fue un cambio sutil al principio, un temblor que empezó en los dedos, luego en los brazos. Las manos se convirtieron en puños; el rostro perdió esa paz repentina, las cejas contrayéndose con una violencia que no encajaba con el resto del cuerpo. Los labios se apretaron y entonces Bruno se desplomó hacia adelante.

Se deslizó de la silla, cayendo de rodillas primero —el golpe sordo de la rótula contra el suelo—, luego de lado con un sonido húmedo y terrible.

—¡BRUNO!

Verónica gritó y corrió hacia él, las piernas moviéndose antes de que su mente pudiera procesar la decisión. Jorge la siguió, ambos cayendo de rodillas junto a su hijo en una coreografía desesperada de amor y pánico. La madre lo agarró por los hombros, girándolo con cuidado pero con desesperación, el temblor de sus manos traicionando el terror que le cortaba el aliento.

—Bruno, cariño… Bruno, mírame…

El chico no respondía: los ojos cerrados, la respiración superficial, el cuerpo inerte. Verónica le puso dos dedos en el cuello buscando el pulso con una urgencia animal y lo encontró. Rápido, pero ahí: un latido errático, descompasado, pero vivo.

—Respira —murmuró, más para sí misma que para los demás, como si pronunciar las palabras pudiera convertirlas en realidad—. Respira, respira…

Anuel se puso de pie de golpe, la silla arrastrándose hacia atrás con un chirrido agudo.

—¿Está bien? ¿Bruno, me oyes?

Belmonte intentó acercarse apoyándose en el bastón, cada paso un esfuerzo visible. Detrás, Kira se levantó de la mesa de control, con la mirada perdida entre los monitores y la escena real. Jorge levantó la cabeza; sus ojos estaban inyectados en sangre, las venas rojas y prominentes trazando un mapa de desesperación en lo blanco. El rostro desencajado, la mandíbula apretada hasta que los músculos temblaron. Y cuando habló, su voz era un rugido contenido, una fiera herida que todavía conserva colmillos:

—¡Marchaos!

Todos se quedaron paralizados, como figuras de cera en un museo del horror.

—¡Fuera de aquí!

Anuel levantó las manos en un gesto conciliador, las palmas hacia arriba en señal de paz.

—Jorge, por favor…

—¡QUE OS VAYÁIS DE ESTA CASA. ME CAGO EN DIOS!

El grito aún vibraba en las paredes cuando Jorge se puso de pie con una sacudida eléctrica, como si el aire le quemara los pulmones. De un manotazo cargado de una fuerza bruta y descontrolada, volcó la mesa auxiliar. El mueble voló antes de estallar contra las baldosas.

Verónica seguía en el suelo abrazando a Bruno, meciéndolo como si fuera un bebé. Las lágrimas le caían sin control, trazando surcos brillantes en sus mejillas. Jorge se volvió a arrodillar junto a ellos temblando, con las manos sobre la cabeza de su hijo, acariciándole el pelo con una ternura desesperada que contrastaba violentamente con la rabia que acababa de desatar.

Belmonte dio un paso adelante con cautela.

—Hijo…

—¡NO NECESITA NADA DE USTEDES!

Jorge volvió a levantarse, esta vez con una violencia ciega, los ojos desorbitados y la respiración entrecortada. Empezó a caminar por el salón como un animal enjaulado, con los pasos largos y erráticos, las manos abriéndose y cerrándose en puños convulsos. Agarró un jarrón de la estantería y lo lanzó contra la pared con toda la fuerza que le quedaba en el cuerpo. Se hizo añicos; los fragmentos de cerámica se dispersaron como metralla, algunos cayendo sobre los muebles y otros rodando hasta los pies de Anuel.

—¡Venían aquí para ayudar, no para ponerlo peor! —Su voz se quebró en la última palabra, un grito que era mitad rabia, mitad súplica—. ¡Que se vayan!

Anuel dio un paso hacia Jorge, pero Belmonte lo detuvo con una mano firme en el pecho, negando con la cabeza en un gesto que decía claramente: No ahora. No así.

Y entonces Jorge dirigió la mirada a las cámaras: una en la esquina del techo, el ojo rojo brillando como un centinela silencioso; otra

sobre la estantería, medio oculta entre los libros; otra junto a la ventana…

—Estas mierdas… —murmuró, la voz convirtiéndose en un gruñido grave. Se acercó a la primera, se subió al sofá de un salto —el mueble crujiendo bajo su peso— y la arrancó de cuajo. Los cables colgaban sueltos. La tiró al suelo con furia y la cámara rebotó una vez antes de quedar inmóvil, el lente agrietado mirando hacia ninguna parte.

—¡Eeeeh! —gritó Kira.

Jorge no se detuvo. Como un martillo neumático, comenzó a percutir contra todo el equipo con una violencia rítmica e imparable. Se abalanzó sobre la primera cámara de pie, derribándola de un golpe seco, y sin perder el impulso, descargó una patada que hizo saltar el trípode por los aires. Giró sobre sus talones hacia la segunda unidad, agarrándola por el eje para estrellarla contra la pared con un estrépito metálico.

—¡Pero qué haces! ¡Suéltala! —le increpó Kira mientras veía cómo meses de ahorros y trabajo se convertían en chatarra.

Jorge, sordo a cualquier advertencia, localizó la cámara del techo. Se encaramó a la mesa central y, con un tirón brutal que hizo crujir la escayola, arrancó el dispositivo de su anclaje, dejándolo caer como un peso muerto que se hizo añicos contra el suelo.

—¡Eso no es tuyo! —dijo Kira dando un paso adelante, con los instintos profesionales despertando por encima del miedo.

Jorge se giró hacia ella con los ojos desorbitados, bajó de la mesa de un salto y fue directo hacia la periodista. Belmonte se interpuso de inmediato poniéndose ante Jorge, levantando el bastón como barrera, horizontal a la altura del pecho.

—Para, hijo.

Jorge no se detuvo; empujó a Belmonte con el hombro, un golpe brusco que hizo que el anciano trastabillara hacia atrás, perdiendo el equilibrio. Anuel pudo agarrarlo justo a tiempo, sosteniéndolo por la cintura antes de que cayera.

—¡Padre Tomás!

Jorge ya estaba frente a Kira, mirándola con desprecio, con rabia pura destilándose de cada poro de su piel. Ella no retrocedió; no podía: la pared estaba a su espalda. Le sostuvo la mirada sin pestañear, el mentón levantado en un gesto de desafío que apenas ocultaba el terror que le recorría la columna.

—¡Jorge, por favor!

El grito de Verónica resonó como un latigazo. Jorge se detuvo en seco, giró la cabeza lentamente hacia su mujer, los músculos del cuello tensos como cables de acero. Ella seguía en el suelo con Bruno en brazos, el cuerpo de su hijo inerte contra su pecho. Temblaba. Todo su cuerpo temblaba y lo miraba con una súplica muda, desesperada.

Jorge cerró los ojos, respiró hondo y volvió junto a ella, arrodillándose de nuevo frente a su hijo y rodeándolo con los brazos en un abrazo torpe y desesperado. Los tres quedaron ahí en el suelo, abrazados: un nudo de dolor y desesperación, de amor destrozado y esperanza agonizante.

Fue Verónica la primera en levantarse del suelo, arrastrando a Bruno más que sosteniéndolo. Jorge la ayudó tomándolo por el otro lado; el cuerpo del chico colgaba entre los dos, la cabeza ladeada, los pies rozando apenas el suelo. Antes de cruzar la puerta del salón, Verónica dijo sin girarse:

—No necesitamos nada más.

Anuel miró a Belmonte. El anciano tenía los ojos en el suelo, los fragmentos del jarrón entre las baldosas. Las dos sillas todavía enfrentadas, vacías. Todo había estallado en mil pedazos.

—Nos vamos —dijo Anuel.

—Esto no le va a gustar —murmuró Kira para sí misma, casi sin voz, mientras recogía los cables.

Ninguno de los dos sacerdotes pareció oírla. Subieron en silencio, cada uno a su cuarto. Anuel abrió la maleta sobre la cama y empezó a doblar la ropa. Lo hacía mal, con una meticulosidad que no llevaba a ningún lado, doblando la misma camisa dos veces sin darse

cuenta, colocándola en la maleta y volviéndola a sacar. Las manos buscaban algo que hacer porque la cabeza no paraba: la señal de Bruno, el brazo cayendo, el Coro; Jorge volcando la mesa y Verónica, antes de salir, sin girarse.

Fue entonces cuando notó la humedad en la mejilla. Se la limpió con el dorso de la mano sin pensar, casi sin registrarlo, y se quedó un momento inmóvil con la camisa a medio doblar entre los dedos. Terminó de cerrar la maleta como pudo y salió al pasillo.

Belmonte abrió antes de que el segundo golpe terminara de resonar; ya estaba listo. La maleta pequeña junto a la puerta, el abrigo puesto. Los dos sacerdotes se miraron un momento. Belmonte apagó la luz de su cuarto, cerró la puerta con cuidado y echaron a andar juntos por el pasillo. La puerta del cuarto de Bruno seguía cerrada.

Bajaron las escaleras despacio. En el salón, Kira seguía desmontando el equipo: el portátil guardado, las cámaras que Jorge no había destrozado apiladas en una caja y los cables enrollados con precisión. Anuel y Belmonte se detuvieron en la entrada; Kira levantó la vista y les devolvió un gesto con la cabeza.

La puerta principal estaba abierta. Nadie la había abierto para recibirlos; alguien la había abierto para que no perdieran tiempo en encontrar la salida.

Salieron al exterior. Anuel consultó la pantalla del móvil: la aplicación confirmaba que los vehículos ya estaban en posición. Había pedido los taxis minutos antes, entre camisa mal doblada y camisa mal doblada. Caminaron despacio, macerando la derrota bajo el ruido sordo de las ruedas, arrastrando las maletas sobre la grava.

Anuel fue el primero en hablar.

—Qué desastre.

—Lo es. —Belmonte dejó escapar el aire por la nariz, cansado.

—Le prometí que lo ayudaría y ahora mire cómo está. Lo he dejado peor. Ahí, abandonado.

—Usted no lo abandona, se va porque lo echan. Son cosas distintas. —Belmonte ajustó el bastón en la mano e hizo una pausa antes de

continuar—: Además, usted ya hizo lo que no mucha gente hizo con ese muchacho: le tendió una mano. Bruno la vio, la agarró y, gracias a eso, dentro de esa casa hay un chico que sabe que existe al menos una persona en este mundo que lo mira como persona y no como problema. Eso no se lo quita nadie.

—¿Y de qué sirve esa mano si ahora no está?

—No se machaque tanto, Padre. Hizo lo que pudo con muy poco y, como le dije, no siempre se gana. En todos mis años he aprendido algo que duele aceptarlo: nunca es suficiente. Da igual cuánto des, cuánto te esfuerces, cuánto reces; nunca se gana del todo. La diferencia entre los que siguen y los que no, no está en ganar. El fracaso no exime del intento.

Anuel caminó unos pasos sin decir nada. No era consuelo lo que Belmonte le había dado; era algo más difícil de recibir que el consuelo. Lo dejó reposar un momento, pero su cabeza ya había tomado la delantera, dando vueltas siempre al mismo punto, al único que quedaba.

—Lo único que queda es llamar a Helena. Voy a contarle todo.

Belmonte se detuvo y se giró hacia él.

—Sabe bien lo que ocurrirá a continuación.

—Lo sé.

—Pero al menos quedará lejos de Morelli —continuó Anuel, y su voz se quebró apenas en la última sílaba—, y de sus padres.

Belmonte miró hacia arriba un momento.

—Donde nosotros no podemos llegar, Él sí lo hace. Haga lo que crea necesario.

Anuel dejó su maleta en el suelo y abrió el maletero del primer taxi. Metió la maleta de Belmonte mientras el anciano abría la puerta trasera y se dejaba caer en el asiento con un suspiro. Antes de cerrar, Anuel se inclinó hacia él. Belmonte lo miró, llevó una mano al pecho y dijo:

—Usted tiene aquí algo excepcional. No permita que todo esto se lo arrebate.

Anuel asintió, tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Buena suerte en la vida, padre.

Cerró la puerta con suavidad, como si temiera despertar a alguien que ya no estaba. El taxi arrancó y se alejó por el camino de tierra levantando una fina cortina de polvo que la luz naciente volvió dorada por unos segundos, hasta desaparecer entre los árboles. Anuel se quedó solo un momento y luego subió a su propio taxi sin mirar atrás. Simplemente porque ya no quedaba nada atrás que salvar.

Dentro de la casa, Kira seguía recogiendo. Enrollaba el último cable cuando escuchó pasos en las escaleras. Jorge bajaba despacio, con el rostro aún tenso pero más controlado. Cuando la vio, se detuvo en seco.

—¿Qué cojones sigues haciendo aquí?

Kira no levantó la vista; siguió enrollando el cable con movimientos precisos, las manos moviéndose por pura memoria muscular.

—Recogiendo lo que me queda de equipo. —Señaló hacia el montón de cámaras rotas en el suelo—. Y para que lo sepas, aunque entiendo perfectamente por lo que están pasando, me vas a pagar todo lo que has roto, hasta el último euro.

Jorge dio un paso adelante, luego otro. Su expresión se endureció.

—¿Ah, sí? —gruñó—. ¿Quieres que te lo pague ahora? ¿Eh?

Avanzó hacia ella con pasos lentos. Kira se incorporó con el cable en su mando y no retrocedió ni un milímetro. Cuando estuvieron cara a cara, tan cerca que podía sentir su aliento, Kira lo miró directamente a los ojos sin pestañear.

—Intimidarás a tu mujer y a tu hijo —dijo con voz baja, firme—, pero a mí no me das miedo.

Jorge se quedó inmóvil, con la violencia estancada en la garganta como un grito que no encontraba el camino de salida. El rostro tenso, las venas marcándose bajo la piel en un relieve de furia ciega que no hallaba donde golpear. No hubo explosión, solo un vacío

cargado de electricidad. Luego, con un gesto de desprecio que nació de la impotencia, se apartó bruscamente y subió las escaleras.

Kira se pasó así un tiempo que fue incapaz de cuantificar, observando el polvo en suspensión bajo la luz de la lámpara volcada y sintiendo cómo el aire de la casa se le pegaba a la piel como una película aceitosa. Cuando se repuso, siguió recogiendo en silencio lo que quedaba. Sus movimientos perdieron la pulcritud habitual: metía los componentes en las cajas sin orden, ignorando los protocolos de seguridad que solían ser su ley. Si se dejaba algo olvidado era lo de menos; el equipo se podía reponer, hay otras cosas que no. Cuando terminó, cerró los maletines con un chasquido —un sonido definitivo que clausuraba la sesión— y salió también de la casa sin mirar atrás.

En el piso de arriba, en la habitación de Bruno, la luz seguía encendida: un faro solitario que solo alumbraba lo evidente, testimonio mudo de que allí dentro tres personas seguían ahogándose en la oscuridad completamente solos. Tres sombras proyectadas contra el mismo muro, incapaces de tocarse, prisioneras de una geometría de dolor.

CAPÍTULO | 21

TRES DÍAS DESPUÉS

Durante las setenta y dos horas que siguieron al estallido en la casa de campo de los Torres, el mundo siguió girando sin preguntar, sin esperar, sin conceder el tiempo necesario para entender lo que había pasado. Y en ese giro ciego e indiferente, cada uno de los que habían estado en aquel salón buscó su propia manera de lidiar con el eco de lo vivido, de procesar el peso de lo que se había roto, de seguir; porque el mundo no se detiene, a pesar de todo.

—— DÍA 1 ——

La capilla estaba en penumbra, pero para el padre Belmonte aquella oscuridad no ofrecía refugio alguno: era un recordatorio, una presencia que respiraba con él. Solo las velas del altar proyectaban siluetas vacilantes, sombras que parecían agitarse al compás de su respiración. Estaba arrodillado en el primer banco, con el rosario entre los dedos temblorosos. Las cuentas de madera se habían calentado con el sudor y el sonido tenue al deslizarse unas contra otras rompía el silencio.

Al intentar enderezarse, un pinchazo agudo en el costado le recordó el empujón de Jorge Torres. El moratón estaba allí —una mancha

violácea que palpitaba bajo la sotana—, el único rastro físico de su fracaso. Llevaba horas de rodillas, rezando no tanto por fe como por miedo; rezando para no tener que oír el silencio de Dios.

En su celda, la Biblia permanecía abierta, pero las palabras se habían vuelto inertes, manchas de tinta sobre papel viejo. Cuando el teléfono vibró sobre la madera, el sonido le pareció un disparo en medio del recogimiento. El eco le recorrió la espina y supo, sin verlo, quién estaba al otro lado. Lo dejó sonar una vez, dos. Al tercer tono, la obligación pesó más que el instinto de huir.

—Eminencia.

El silencio de Morelli se prolongó lo justo para recordarle a Belmonte su posición. Cuando habló, lo hizo con esa calma de quien no necesita levantar la voz para que todo el mundo en la sala deje de respirar.

—Ha vuelto antes de lo previsto.

—Las circunstancias...

—Las circunstancias —Morelli repitió la palabra como si la estuviera examinando a la luz—. Tres días. Llevo tres días esperando que alguien me explique cuáles son exactamente esas circunstancias, padre Tomás. Tres días en los que nadie, absolutamente nadie, ha considerado oportuno mantenerme informado. Esa era la condición fundamental de esta empresa y he tenido que ser yo quien llame.

—Le pido disculpas, Eminencia, yo...

—No quiero sus disculpas. Quiero sus explicaciones.

Belmonte cerró los ojos un momento. Quizá nunca en su vida había sentido el peso de su vocación con tanta fuerza. Era un cura de su Iglesia, un hombre que había consagrado su vida a servirla, a obedecerla, a custodiar aquello que le había sido confiado. Su deber era claro, o al menos siempre lo había sido. Pero ahora todo se confundía: el deber, la culpa, la fe.

Belmonte respetaba la jerarquía, pero conocía a Morelli. Sabía el hombre que había detrás de esa toga. Al cardenal le daba igual el testimonio de un sacerdote incrédulo, incluso las grabaciones de un chico retorciéndose de forma antinatural mientras escupía espuma

por la boca. A estas alturas le bastaba la confesión de un exorcista para *consagrar el relato*, sellar la verdad que había elegido. Y Belmonte era bien consciente de ello.

—El chico sufrió un colapso durante la sesión —dijo, eligiendo el terreno con cuidado, midiendo cada sílaba—. Fue una situación de mucha tensión. El padre de la familia reaccionó de forma violenta y nos pidió que abandonáramos la casa.

—Un colapso —Morelli arrastró la palabra—. ¿Y el padre Castillo?

—Hizo lo que pudo, Eminencia.

—Lo que pudo —otra pausa, más larga, más fría—. Padre Tomás, mi paciencia también tiene un límite y usted se está acercando peligrosamente a él.

Belmonte abrió los ojos. Miró la estampa de Cristo en la pared, los ojos ligeramente desencajados por el tiempo, la boca entreabierta en una promesa que ya nadie escuchaba.

—Lo que ocurrió en aquella casa fue intenso —dijo por fin—, pero no puedo afirmar con certeza qué ocurrió allí.

—¿No puede o no quiere?

El silencio de Belmonte fue su respuesta y Morelli lo leyó.

—Entiendo.

Lo que siguió no fue una conversación, sino el dictado implacable de una voluntad superior. Cada frase, cada pausa, formaba parte del diseño meticuloso de alguien decidido a recuperar el control de una situación que se le había escapado entre los dedos. Belmonte escuchaba en la penumbra de su celda, inmóvil, con el auricular pegado al oído, mientras la voz de Morelli trazaba órdenes como bisturíes. Con cada instrucción sentía desvanecerse un poco más su voluntad, convertido ya en el soldado que obedece automáticamente.

Cuando la voz se extinguió al otro lado de la línea, Belmonte esperó unos segundos, convencido de que aún habría algo más —una última amenaza, una palabra de consuelo, cualquier residuo de humanidad—. Pero el silencio se impuso.

—Como usted ordene, Eminencia.

El clic del teléfono cerró la conversación como un portazo. Morelli ni siquiera se despidió. Belmonte quedó con el aparato en la mano, observando el reflejo opaco de su rostro en la pantalla negra. Luego alzó lentamente la vista hacia la estampa de Cristo: el rostro del Salvador, impreso en papel barato, encerrado en un marco de madera desconchada.

—Si me he equivocado… —murmuró—, por favor, perdóname.

—— DÍA 2 ——

El estruendo de la redacción era una ola constante de teclados y gritos de última hora, una marea que subía y bajaba sin descanso. Kira estaba frente a su pantalla, pero su mente seguía atrapada en aquel salón, en el eco de los golpes. La sombra de Gregor se proyectó sobre su escritorio, densa y cargada de reproche, como si también él fuera otra noticia a punto de estallar.

—Es la decimoquinta llamada de la oficina del cardenal. Quieren el material y lo quieren ya. Más que curas, parecen recaudadores de deudas.

Kira no se inmutó. Mantuvo la vista fija en un correo basura de una newsletter que nadie había pedido.

—Diles que llamen a una tienda de reparaciones —dijo con su característico sarcasmo irritante.

Gregor se frotó el puente de la nariz, la paciencia deshilachándosele a ojos vista.

—Una periodista como tú, alguien como tú me está diciendo que no tiene un solo backup de aquello. ¿Te das cuenta de cómo suena eso?

Ella se reclinó en la silla.

—Ya te lo he dicho. Casi se lo cargó todo. No había cobertura ni para mandar un mensaje por teléfono; imagina subir una copia a la nube con gigas de datos, Gregor. Todo copias locales era lo que tenía. No sé cómo decírtelo más claro: el disco duro principal voló contra la pared junto al portátil. Ya viste las fotos de cómo quedó el equipo.

Kira vio a Gregor fruncir el ceño, ese gesto mínimo que delataba que su instinto de editor seguía olfateando sangre tras la mentira.

—Si ayuda, puedo describirte el sonido que hizo al romperse —añadió ella—, porque lo recuerdo perfectamente. ¡Ah! También podría representarte el sonido del bofetón que estuvo a punto de darme. Tenía pinta de que sería bastante vistoso… y sonoro.

—Kira, por Dios.

Ella hizo una pausa, bajando la voz hasta casi un susurro.

—¿De verdad crees que, si tuviera el material, no te lo entregaría? ¿Crees que me cargué mi propio equipo por gusto con el sueldo que me pagáis?

Gregor suspiró.

—Este era el reportaje que nos iba a poner en el mapa. Ya lo sabes.

—Que si no me crees, llámalos y pregúntales tú mismo —le espetó Kira—. Toma, aquí tienes el número de los padres del chico.

Gregor no respondió y Kira rebuscó entre sus papeles con movimientos bruscos. Sacó una hoja arrugada y se la plantó en el pecho.

—Mira, la psicóloga: Helena Rivas Figueroa. Toma. También tengo su dirección, teléfono, y te consigo la partida si te hace falta.

—Kira…

—No puedes pedirme lo que no tengo, Gregor.

Gregor cogió el papel, lo miró un instante y luego a ella. Negó con la cabeza —más para sí mismo que para Kira— y se marchó sin decir nada más, ahogado de inmediato por el ruido de la redacción. Cuando se alejó, Kira volvió a la pantalla. El cursor seguía parpadeando, paciente. Apoyó la espalda en la silla, dejó escapar el aire por la nariz y abrió una pestaña nueva.

—Chica —se dijo—, ahora haz lo único que puedes hacer.

www.infojobs.com

Observó la página unos segundos.

—De puta madre —murmuró.

—— DÍA 3 ——

Después del enfrentamiento con el cardenal Morelli y la tensa visita a la doctora Helena Rivas, la historia de Anuel y los Torres llega a un punto de quiebre. Tras renunciar a su posición en la Iglesia, Anuel recibe una llamada inesperada de Jorge Torres, quien, desesperado, le suplica ayuda porque el estado de Bruno ha empeorado drásticamente.

La oficina del cardenal Morelli era un santuario de quietud, las cortinas de terciopelo apenas dejaban pasar luz natural y el escritorio de caoba dominaba la estancia como un altar. El olor a madera vieja, incienso y poder impregnaba cada rincón. Morelli estaba de pie junto a la ventana, de espaldas, con las manos entrelazadas tras la espalda. No se giró cuando Anuel entró.

—Siéntese, padre Castillo.

No era una invitación. Anuel obedeció, dejando su maletín en el suelo con un sonido que le pareció obsceno en aquel silencio, sacó una carpeta y la colocó sobre la mesa.

—El informe que me solicitó, Eminencia.

Morelli se giró despacio, sus ojos recorrieron la carpeta sin tocarla y luego se sentó frente a Anuel, apoyando los codos en el escritorio con los dedos entrelazados bajo la barbilla.

—Léalo en voz alta, quiero escucharlo de su boca.

Anuel tragó saliva y abrió la carpeta. Durante los siguientes cuarenta y ocho minutos detalló los eventos: la llegada a la casa, las sesiones iniciales, el comportamiento de Bruno y las dinámicas familiares. Omitió detalles, suavizó otros y describió los episodios disociativos sin darles el peso dramático que habían tenido en realidad. Cuando terminó, el silencio fue absoluto. Morelli no se movió, solo lo miraba con esos ojos fríos.

—¿And las grabaciones?

—Supongo que ya lo sabe…

—No, no lo «sé» —le interrumpió Morelli—, por eso está usted aquí.

—Eminencia, el padre del chico tuvo un arranque violento y destrozó el equipo de la periodista.

Morelli se reclinó en su silla, haciendo un sonido con sus dedos en el reposabrazos, un sonido rítmico que recordaba al de un reloj de arena agotándose.

—Qué mala pata, ¿verdad?

El cinismo en su voz era palpable. Anuel sostuvo su mirada sin parpadear.

—Eminencia, con todo respeto, insisto en mi recomendación: Bruno Torres necesita ayuda psicológica especializada, hospitalización incluso, y lo necesita ya.

Morelli sonrió, pero no había humor en esa sonrisa.

—Padre Castillo —se inclinó hacia adelante—, me asombra que a estas alturas aún no lo entienda o, lo que es más irritante, que no lo quiera entender. Usted fue allí a hacer un diagnóstico espiritual; esa es la única tarea que se le encomendó. No fue para hacer terapia en grupo porque, hasta donde yo sé, usted no es psicólogo… ¿O sí?

Anuel mantuvo la mirada clavada en las vetas de la madera del escritorio mientras sentía el calor acumularse dentro de su cuerpo sin salida posible. Cada palabra de Morelli era un golpe que no podía devolver —así lo exigía la jerarquía, así lo había aprendido, así funcionaba el orden al que había entregado doce años de su vida—.

—No, Eminencia, no soy psicólogo.

—Entonces, si la Iglesia envió a un sacerdote en lugar de un psicólogo… —Morelli alzó ligeramente la mano, como si esperara una respuesta que ambos sabían que no iba a llegar—, vamos, padre Castillo, no es una pregunta difícil.

Hizo una pausa.

—Usted es un hombre brillante, por eso me irrita tanto su tozudez, porque esa es una combinación peligrosa en nuestra fe, sobre todo cuando decide ignorar órdenes directas y actuar por su cuenta. Como si pudiera permitirse ese lujo.

Anuel seguía con la cabeza agachada, aguantando el chaparrón mientras el aire se le acababa en los pulmones.

—Le envié para que mostrara al mundo la verdad —continuó Morelli, su voz ahora era un susurro poderoso.

Bajo la mesa, los dedos de Anuel se cerraron lentamente dejando que las palabras del cardenal cayeran una tras otra, pero aun así no levantó la vista.

—El chico mostró signos de disociación severa, de trauma complejo…

Morelli se puso de pie de golpe y su voz se endureció.

—Vuelva a hablarme como un psicólogo y no como un hombre de fe y le prometo, padre Castillo, que se desprenderá de su alzacuellos antes de que salga por esa puerta. No me tiente más.

El cardenal caminó hacia la ventana nuevamente, dándole la espalda.

—Me ha decepcionado de tantas maneras... Ha decepcionado tanto a Dios…

Ahí. No el insulto ni la amenaza, sino eso: la soltura con que Morelli ponía a Dios al final de sus frases como quien estampa un sello, como si la voluntad divina fuera una extensión natural de la suya propia.

—Puede retirarse, deje el informe donde está.

Anuel se levantó. Le temblaban las manos y el pitido en los oídos era tan fuerte que por un momento no supo muy bien dónde estaba el suelo. Recogió el maletín —lo rozó antes de agarrarlo— y caminó hacia la puerta, pero cuando llegó a ella se detuvo. El metal del pomo estaba frío bajo los dedos; eso fue lo primero que sintió con claridad en varios minutos: el frío concreto y real devolviéndolo a su propio cuerpo.

Afuera estaba el pasillo, afuera estaba la salida y, sin embargo, los pies no se movieron. Apretó los labios mientras trataba de encontrar aire entre los bloques de hormigón que parecían sus pulmones, cerró los ojos un instante y se llevó la mano al cuello, casi sin pensar, como quien busca a tientas algo familiar en la oscuridad.

No fue un gesto impulsivo, fue exactamente lo contrario.

Agarró el alzacuellos con una lentitud casi ceremonial y se lo quitó despacio para besarlo. El tejido olía a la sacristía de su parroquia, a incienso viejo, a las mañanas en que todavía creía que había elegido bien. Quince años en un trozo de tela blanca.

Cuando volvió a abrir los ojos el despacho seguía igual, pero él ya no. Expiró largo, lento, y luego caminó de vuelta al escritorio. Morelli no se giró, siguió mirando la ventana. Cuando Anuel llegó al escritorio dejó el alzacuellos sobre la carpeta con sumo cuidado y,

por primera vez en toda la mañana, levantó la vista hacia la figura del cardenal.

—Le ahorro las molestias, Esteban.

No esperó respuesta porque ahí ya no había nada que esperar, se dio la vuelta y salió. Morelli se giró despacio cuando los pasos ya se perdían por el pasillo, sus ojos encontraron el alzacuellos sobre la carpeta y se detuvieron ahí. Se quedó así un momento, quieto, sin hacer nada.

Anuel alcanzó la acera como un náufrago recién escupido por el mar y la ciudad parecía haber subido el volumen. Se refugió en el hueco de un portal para buscar un asidero en la agenda de su teléfono, sus dedos buscaron un nombre concreto: Helena Rivas.

—Necesito verla.

La llamada duró lo imprescindible; sencillamente concretar la hora de la cita y esa hora era «cuanto antes». Bajó al metro e **hizo todo el trayecto de pie**, agarrado a la barra central, balanceándose con el traqueteo del vagón sin hacer nada por compensarlo. En el cristal oscuro del túnel su reflejo le devolvió lo que era ahora: un hombre de treinta y dos años con el cuello desnudo y el maletín en la mano, igual que cualquier otro pasajero. Un niño lloraba en el vagón, alguien discutía por un asiento, una mujer hablaba por teléfono. Todo le llegaba como a través de una superficie opaca, sin terminar de atravesarlo.

Cuando por fin pudo llegar a la consulta de la doctora, Helena lo recibió personalmente en la puerta.

—Por fin, pase.

No había cordialidad en su voz, solo urgencia contenida y bastante irritación. Lo condujo por el pequeño recibidor hasta la sala de consulta, abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarlo pasar. Cerró la puerta detrás de ambos sin darle tiempo a sentarse y se giró hacia él, directa.

—¿Dónde está Bruno?

Anuel exhaló despacio.

—No lo sé.

—¿No lo sabe? ¿Cómo que no lo sabe?

Anuel la miró fijamente y empezó a hablar. Le contó los episodios disociativos: cómo Bruno entraba en estados donde parecía no estar presente, donde su cuerpo reaccionaba pero su mente estaba ausente. Le describió las explosiones emocionales, los silencios abismales y la forma en que se aferraba a ciertos objetos como si fueran lo único real. Le habló del entorno y de lo que vio en aquella casa: la madre rota, perdida en su propio dolor; el padre autoritario, violento e incapaz de ver más allá de su propia rabia; la tensión constante y el silencio que lo ahogaba todo junto a la presión de Morelli. Le contó todo.

Anuel terminó de hablar. Helena tenía la mano contra la boca, estaba pálida, rígida y sin apartar los ojos de él mientras intentaba procesar cada detalle. En su expresión había un reconocimiento lento y terrible: el de alguien que pudo intervenir y decidió dejarlo en manos de un desconocido. Cuando por fin logró recuperar el control algo cambió en su rostro, una decisión que llegaba tarde pero llegaba. Rodeó el escritorio y agarró el teléfono fijo.

—Se acabó.

Anuel no se movió, no la detuvo, esta vez no. Helena marcó y, cuando al otro lado de la línea alguien respondió, ella soltó la información en bloque y sin pausas: el nombre del chico, la dirección, los padres y la urgencia subiéndole sola por la voz. Al terminar dejó el teléfono sobre la mesa, se quedó de pie con los hombros altos y una respiración corta, audible en el silencio del despacho mientras se cubría la cara con ambas manos.

—Dios mío.

Anuel dio un paso hacia ella con un gesto instintivo.

—Yo...

—Usted, nada —le cortó ella tras sus palmas—, márchese.

Anuel asintió y salió de la consulta, otra vez fuera, de nuevo expulsado de todas partes. Lo habían echado de la casa de los Torres, lo habían echado de la iglesia y ahora Helena, que tenía

razón en todo. Nada de lo que había intentado, nada en lo que creía funcionaba, ni la ciencia ni Dios. Había hecho todo lo que sabía hacer, todo lo que podía hacer y, aun así, todo lo que tocaba se desmoronaba.

Mientras tanto la casa de los Torres permanecía sumida en su propia oscuridad con las cortinas cerradas y las luces apagadas. Ningún movimiento visible desde fuera, tres días así, como si la familia hubiera dejado de existir. Dentro el aire estaba viciado, pesado, olía a comida fría, a cerrado y a tiempo detenido. El zumbido constante del frigorífico era lo único que rompía el silencio junto al tic-tac del reloj de la cocina marcando segundos que no llevaban a ninguna parte.

Bruno estaba en su habitación, tumbado en la cama mirando el techo con los auriculares puestos, fijo, como si esperara que algo —el techo, el suelo o lo que fuera— se abriera y lo tragara de una vez. En el salón, Jorge estaba sentado en el sofá. La televisión apagada. Un vaso de whisky en la mano, ya tibio tras haberse derretido el último hielo. Lo hacía girar despacio sobre la mesa, una y otra vez, siguiendo con la mirada el movimiento hipnótico del líquido

En la cocina Verónica estaba sola, sentada frente a la mesa con los platos de la comida ya fríos, ni siquiera los había tapado y solo se había quedado ahí con las manos sobre el regazo El tic-tac del reloj era lo único que se movía en la cocina.

Llevaban tres días así, cada uno en su habitáculo, sin buscarse ni hablar, esperando que algo cambiara o que nada cambiara. Y lo que cambió fue un sonido que venía del cuarto de Bruno; Verónica lo oyó primero.

En otro punto de la ciudad Anuel sintió primero el aviso en el pecho y luego la vibración del móvil contra la tela. El teléfono sonó, Anuel lo sacó del bolsillo y, aunque dudó un segundo porque lo último que necesitaba su día era colgar a un agente comercial, contestó al ver un número desconocido.

—¿Diga?

Al otro lado una voz que apenas reconoció, quebrada y desesperada.

—Por favor, padre… Bruno está peor, venga a casa… a nuestra casa de la ciudad, ¡ya!, por… por favor.

Anuel abrió los ojos de par en par; era Jorge. El mismo Jorge que lo había echado de su hogar a gritos días atrás, el mismo que había destrozado el salón y el que había empujado a Belmonte, ese Jorge ahora le suplicaba ayuda. Anuel levantó la mano libre buscando un hueco entre los coches mientras seguía al teléfono y logró detener un taxi en la esquina. Se montó con urgencia indicando al chofer el destino y apretó el teléfono contra su oreja, escuchando la respiración entrecortada al otro lado y el miedo crudo, sin filtros.

—Voy para allá, Jorge, voy para allá.

El taxi arrancó y la ciudad pasó a su alrededor como un borrón gris, sin forma ni sonido. En ese movimiento brusco, en ese cambio repentino de dirección, algo dentro de él también se desplazó, como si todas las capas que había acumulado —el hábito, el cargo, los estudios, las certezas— se desprendieran una a una dejándolo expuesto, reducido a lo esencial.

Ya no había rastro del sacerdote ni del enviado del arzobispado, no quedaba rastro de ningún estudioso del cerebro humano ni de ensayos clínicos. Solo quedaba una cosa.

El hombre. El sedimento.

CAPÍTULO | 22

PEOR.
MUCHO PEOR

El taxi avanzaba a tirones entre el tráfico denso de la tarde, un mar de metal y luces de freno que reflejaban el caos que Anuel sentía por dentro. Buscó en el teléfono el contacto de Belmonte. Sus dedos vacilaron sobre la pantalla iluminada: un segundo de duda donde pesó la culpa de arrastrar al anciano de nuevo al abismo. Belmonte tenía setenta y ocho años, un soplo en el corazón y ya había pagado un precio por todo esto, pero Anuel recordó lo que debía prevalecer, aquel juramento ante Dios que se hicieron en el parque antes de que todo pasara: "El chico es la prioridad."

Finalmente, pulsó el icono de llamada.

—¿Padre Anuel?

—Tomás. —La voz de Anuel sonaba tensa—. Necesito que vaya a casa de los Torres. Ahora.

Hubo una pausa breve al otro lado.

—¿Qué ha pasado?

—Jorge me llamó. Dice que Bruno está peor, mucho peor. Voy de camino, pero... necesito que esté allí.

No hubo vacilación en la respuesta de Belmonte.

—Allí estaré.

—Gracias, Tomás.

Anuel colgó. Se quedó un momento inmóvil con el teléfono en la mano, sintiendo el peso de lo que acababa de poner en marcha con la incertidumbre de lo que se encontraría en esa casa. Buscó el número de Helena y le escribió un mensaje, breve y seco, lo envió sin releerlo y bloqueó la pantalla. El resto del trayecto lo hizo mirando por la ventanilla sin ver nada. La ciudad seguía funcionando a su alrededor con esa indiferencia perfecta que tienen las ciudades.

El taxi frenó. Anuel dejó unos billetes en el asiento delantero sin esperar el cambio y bajó.

La calle estaba casi en penumbra. En el tercer piso, una sola ventana encendida cortaba la fachada oscura como una advertencia. Subió los escalones de dos en dos, con el pecho apretado y las piernas respondiendo solas. Antes de que su mano llegara al timbre, la puerta se abrió. Jorge apareció en la puerta.

Anuel tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder; el hombre estaba descompuesto. Tenía ojeras que parecían hematomas, el cabello erizado por el sudor, la camisa tan arrugada y manchada que parecía llevar días sin quitársela. No era solo cansancio: parecía que la vida misma se le estuviera escapando por los poros. Había envejecido una década en apenas setenta y dos horas, y en sus ojos ya no quedaba rastro de la soberbia de antes, solo un miedo primario y absoluto.

—Padre... —Su voz se quebró al verlo—. Gracias por venir.

Anuel entró. El aire de la casa le llegó de otra manera: más denso, más quieto. Jorge cerró la puerta sin decir nada y echó a andar por el pasillo. Anuel lo siguió, notando cómo el crujido de la tarima bajo sus pies sonaba demasiado fuerte en aquel silencio.

—Estaba en su habitación —dijo Jorge sin girarse—. Como siempre. Bruno. Con esa música que le gusta. Y de golpe empezó a

convulsionar. Otra vez. Pero esta vez fue diferente, Anuel, esta vez no fue como las otras.

Se detuvo un segundo y se pasó una mano por el rostro, despacio, como si intentara despegarse una máscara invisible de cansancio.

—Lo incorporamos en la silla, Verónica y yo. Hicimos lo de siempre: sujetarlo para que no se asfixiara. Lo de siempre —repitió, y en esa repetición la voz se le volvió mecánica, vacía—. Y entonces cesó, sin el agotamiento de después, sin el jadeo. Se quedó simplemente... así. Venga. Entre.

Se detuvo frente a la puerta de Bruno. Su mano se cerró sobre el pomo de latón pero no lo giró; se quedó quieto, mirando a Anuel.

—Se quedó así —susurró, mientras empujaba la puerta.

En la habitación, Bruno estaba sentado en la silla del escritorio, de cara a la entrada. Los brazos colgaban a los lados del cuerpo, laxos, con las palmas abiertas hacia el techo. Tenía la cabeza vencida hacia atrás, ofreciendo la garganta al vacío con los ojos sellados. Respiraba con una cadencia rítmica, profunda, una inhalación parsimoniosa que no encajaba con el historial de violencia de aquel cuerpo. Aquella cara, que durante años solo había conocido la mueca del dolor, el rictus del miedo o el estallido de la ira, lucía ahora una tranquilidad absoluta. Una paz tan profunda y ajena que ni siquiera sus propios padres lograban reconocer a su hijo de los últimos años bajo aquel barniz de sosiego.

Verónica estaba junto a la ventana del dormitorio, reducida a una sombra que se abrazaba a sí misma como si temiera disgregarse. Tenía la mirada extraviada en algún punto del cristal y los labios tan apretados que habían desaparecido en una línea pálida. Cuando sus ojos se encontraron con los de Anuel, no hubo palabras; solo una súplica muda, el grito silencioso de una madre que ha llegado al borde de su resistencia.

Anuel avanzó midiendo cada pisada para no quebrar el cristalino silencio que rodeaba al chico. Se arrodilló frente a la silla con una lentitud casi ritual, escudriñando aquel rostro de mármol. No se

atrevió a tocarlo. Tras unos segundos de observación febril, un escalofrío le recorrió la nuca.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —logró murmurar.

—No lo sé... —la voz de Verónica llegó desde la ventana, frágil como el papel—. Quizá una hora.

Anuel pivotó sobre sus rodillas, fulminándola con la mirada.

—¿¡Una hora!? —Se puso de pie con un impulso violento—. Por Dios bendito... ¿Y no han avisado a un médico? ¿A urgencias?

Jorge dio un paso hacia la luz del cuarto, saliendo de la penumbra del pasillo con el rostro desencajado.

—Le hemos llamado a usted.

Anuel negó con la cabeza y recuperó el teléfono con dedos que no terminaban de obedecerle. Pulsó el número de emergencias. El tono empezó a sonar, rítmico, completamente ajeno a lo que estaba ocurriendo en aquella habitación. Anuel no reaccionó; el teléfono seguía sacudiéndose en su mano con ese temblor rítmico e indiferente de quien no sabe lo que interrumpe. Lo cortó con un gesto brusco, sin ser consciente de que sus dedos obedecían.

—¿Bruno? —preguntó en un susurro, dando un paso hacia la silla—. ¿Me oyes? ¿Estás bien?

El chico asintió, un movimiento casi imperceptible pero deliberado.

—Está bien.

Bruno estaba hablando de nuevo en tercera persona, pero Anuel necesitaba una prueba de vida.

—Bruno. La señal. Si estás ahí, la señal —murmuró Anuel, aferrándose a la posibilidad de que aún estuviera allí.

Esperó. Cinco segundos, diez. El dedo índice de Bruno no se movió. Las manos seguían abiertas, inertes, con las palmas hacia el techo, exactamente como cuando habían entrado en la habitación. Y en ese silencio, Anuel certificó que Bruno no estaba en ese momento.

—¿Es el Coro? —insistió—. ¿O eres otra persona?

El chico asintió.

—¿Eres Bruno?

Negó suavemente.

—¿Eres el Coro?

Negó de nuevo. La paz de su rostro no se alteró lo más mínimo. Anuel volvió a arrodillarse, buscó quedar a la altura de aquel rostro inmóvil, los ojos cerrados, la expresión de alguien que no está dormido sino en otro lugar completamente distinto.

—Entonces... ¿eres otra persona?

Asintió. Detrás de Anuel, Verónica ahogó un sollozo. Jorge se cubrió la boca con ambas manos.

—¿Quién... eres?

Nada. Solo el siseo rítmico de sus pulmones. Anuel esperó, forzándose a no romper la comunión de aquel momento. Observó la postura relajada, la extraña majestad que emanaba de aquel cuerpo.

—Quien seas. ¿Lo estás protegiendo?

Bruno asintió. Anuel estudió la postura del muchacho: los brazos caídos, las palmas abiertas hacia el techo, la cabeza vencida hacia atrás con una entrega que no tenía nada de rendición, sino la ausencia total de lucha.

—Dime entonces... ¿quién eres?

Un segundo. Nada más.

—Yehudah.

Anuel sintió un espasmo en los dedos. El móvil, que hasta ese momento sostenía, se le escurrió de la mano. El terminal golpeó el suelo con un crujido de cristal agrietado que resonó como un disparo en aquella calma antinatural, pero Anuel no lo oyó; su universo se había reducido al espacio que lo separaba de la silla.

Verónica se encogió sobre sí misma, observando con pavor la inmovilidad de Anuel. Jorge, el hombre que siempre quería tener el control, retrocedió con un paso errático hasta que su espalda chocó contra la pared con un golpe sordo. La incertidumbre de no comprender aquella palabra extraña, sumada al silencio sepulcral de Anuel, le hizo perder pie.

—Cómo... —su voz fue un hilo roto, apenas un rastro de aire—. ¿Cómo conoces ese nombre, Bruno?

El chico no alteró su postura ante la pregunta de Anuel. Su rostro seguía bañado en aquella paz absoluta. Entonces, con la misma voz serena, respondió:

—Porque ese es mi nombre.

Anuel se dejó caer sobre el borde de la cama, justo al lado de la silla. Se restregó la cara con ambas manos y se quedó así un momento, los codos sobre las rodillas, intentando encontrar el suelo debajo de sus pies. Tenía que recuperar el control del escenario; tenía que seguir siendo el adulto en aquella habitación.

—Yo pensaba que te llamabas Bruno... —comenzó, su voz apenas un rastro de aire—. Bruno Torres Accardi.

Una pequeña sonrisa, apenas un leve pliegue en la comisura de sus labios, se dibujó en el rostro del muchacho.

—Ese es el nombre del chico.

Anuel bajó la vista hacia el suelo. Su teléfono yacía allí con el cristal fracturado en una red de grietas brillantes. Alzó la cabeza hacia Jorge y Verónica, que seguían paralizados. Con los labios apretados, exageró el movimiento de la boca y gesticuló con desesperación, esperando que captaran el mensaje: "Llamad a Helena. Llamadla".

Verónica asintió con un espasmo de lucidez y dio un paso hacia la puerta para buscar el número de la psiquiatra, pero antes de que pudiera salir, la voz de Bruno rasgó el aire, deteniéndola en seco.

—¿Por qué no se centra en el “aquí”?

Anuel giró la cabeza tan rápido que sintió un latigazo en las vértebras. El chico no se había movido ni un milímetro: seguía exactamente en la misma postura, igual que cuando había entrado en la habitación. Era imposible que lo hubiera visto gesticular a los padres. No había espejos, no había entreabierto los ojos o, si lo hizo, fue lo bastante rápido como para que nadie se diera cuenta.

—¿Cómo…? —la frase se deshizo en su boca. Tuvo que obligar a su mente a encajar lo imposible.

—Conoces a Helena —dijo entonces, impostando una calma que no sentía—. Yo también la conozco…

Bruno asintió levemente, un gesto de reconocimiento casi misericordioso.

—Quiere ayudarte. Se preocupa por ti, como todos los que estamos aquí. ¿Te apetece si la llamamos para que venga a hablar con nosotros? Todos juntos. Aquí mismo. Contigo.

El chico negó con la cabeza. Un "no" lento, definitivo.

—¿Y por qué no quieres que venga?

El silencio regresó. Anuel observó el tórax de Bruno, el rítmico subir y bajar de su pecho, tan lento que parecía el pulso de la propia casa. Finalmente, la voz volvió a brotar de la boca de Bruno.

—Porque no ha lugar aquí… Ahora.

Entonces, con esa misma voz concluyó:

—Bruno está bien. No sufre.

Anuel cerró los ojos un momento. Disociación defensiva. Helena se lo había advertido: cuando el trauma se vuelve insoportable, la psique se fragmenta, crea centinelas, identidades alternas capaces de soportar el peso que la identidad principal no puede sostener. El muchacho no iba a abandonar esa voz. No ahora, no cuando el mundo exterior lo había destrozado con tanta violencia. «Yehudah» era articulado, protector y, sobre todo, estaba en paz; todo lo que Bruno nunca había podido ser. El reto, ahora, era cómo devolverlo a sí mismo sin destruir lo único que lo mantenía en pie. Forzarlo en ese estado de fragilidad no sería un error terapéutico; sería una crueldad.

Abrió los ojos. Bruno seguía inmóvil, respirando con una calma que nunca había conocido en su vida despierta, pero entonces el mundo volvió a entrar. El timbre de la casa sonó. Verónica se sobresaltó y abandonó la habitación con pasos atropellados. Anuel no se movió.

Sabía quién era; había llamado a Belmonte desde el taxi precisamente para este momento. Necesitaba al padre Tomás. No porque compartieran la misma visión —nunca la habían compartido

—, sino por lo contrario. Había renunciado esa misma mañana a lo único que le daba autoridad institucional para estar allí y ahora estaba en esa habitación de todas formas, sin sotana, en calidad de nadie. Solo con lo que sabía… que era bastante menos que todo lo que ignoraba.

Desde el pasillo llegaron voces: la de Verónica, baja y tensa, y otra que Anuel reconoció antes incluso de distinguir las palabras. Pasos lentos. El golpe rítmico de un bastón contra la madera. La figura del padre Belmonte apareció en la puerta del dormitorio. Su cuerpo acusaba el peso de los años y del trayecto, pero sus ojos brillaban con una alerta febril.

Anuel se levantó de inmediato y lo interceptó en la entrada del cuarto. Le habló en susurros urgentes, vertiendo las palabras con la premura de quien vacía una herida: la convulsión, el estado catatónico, la metamorfosis de la voz y el nombre. Aquel nombre.

Cuando Anuel hizo amago de volver al lado de Bruno, Belmonte le atenazó la mano, se inclinó hacia él y su aliento rozó el oído de Anuel.

—¿Recuerda la sombra que vi cuando apareció El Coro? —susurró el sacerdote.

Anuel asintió.

—Ya no la veo.

Anuel lo miró fijamente. Sin decir nada más, giró la cabeza hacia la puerta de la habitación de Bruno. En un acto reflejo, fruto de años de hábito y tensión, sus dedos volaron hacia su garganta para acomodarse el alzacuellos que ya no tenía; solo encontró el roce áspero de su propia piel y el vacío de la tela civil. Belmonte, entonces, volvió a agarrarlo del brazo con un gesto firme y protector.

—Dios sigue con usted, hijo mío. El hábito no es lo que sostiene la luz.

Anuel le devolvió una mirada hecha de nervios y de una tristeza honda. Asintió apenas, un gesto mínimo de gratitud hacia Belmonte. Entre ambos se abrió un segundo de quietud, suficiente para que

Anuel recuperara el aliento. Después, los dos cruzaron la puerta y entraron juntos en la habitación de Bruno.

Anuel recuperó su lugar a los pies de la cama. Jorge, moviéndose con una torpeza impropia de su estatura, salió un momento y regresó con una silla del comedor que colocó junto a Belmonte. El anciano sacerdote se sentó con una delicadeza extrema, sin hacer ruido, entrelazando sus dedos nudosos sobre el regazo. No sacó el rosario. No inició ninguna oración. Se limitó a observar al chico.

Anuel respiró hondo. Sabía que las reglas habían cambiado. La confrontación, la presión y los intentos desesperados por "despertar" a Bruno solo habían traído violencia. Esta vez no intentaría sacarlo de allí; entraría con él. Dejaría que la voz hablara, recolectando cada sílaba como una muestra clínica para Helena.

—El padre Tomás Belmonte está aquí, conmigo. Ha venido porque está preocupado por ti.

Hizo una pequeña pausa, atento a cualquier microgesto en el rostro del chico, buscando un rastro de agitación o rechazo.

—¿Es un problema que esté presente?

Bruno no reaccionó. Ni un temblor, ni un cambio en la respiración. Anuel aceptó aquel silencio como una forma de permiso y continuó.

—Bien… —dijo—. Cuéntame más sobre ti. ¿Qué eres exactamente?

Se produjo una pausa y la voz fluyó sin esfuerzo.

—Soy como cualquiera que antes fue, como los que son ahora, pero que en su momento dejarán de serlo.

Anuel frunció ligeramente el ceño, procesando el acertijo.

—Supongo que me quieres decir que ya viviste y has muerto —aventuró.

Bruno asintió con un movimiento mínimo, una inclinación tan leve que parecía el roce de una hoja al caer.

—Mi cuerpo. Hace mucho tiempo —sentenció la voz.

Anuel se acercó un poco más, sin brusquedad.

—El padre Tomás Belmonte quiere escuchar tu nombre. Quiere oírlo de tu boca —dijo—. Dile tu nombre.

La habitación entera contuvo el aire. Finalmente, los labios del chico se movieron apenas:

—Yehudah Ish Qeriyot.

Verónica y Jorge se miraron. No reconocían el nombre, pero llevaban demasiado tiempo en aquella habitación como para necesitar entenderlo. Les bastaba con ver lo que estaba ocurriendo en los rostros de los dos hombres frente a ellos: Anuel inmóvil, y Belmonte —un hombre que había pasado décadas enfrentándose a lo que otros no querían mirar— con una mano temblorosa subiéndole despacio hacia la boca. Eso era lo que los paralizaba. No el nombre, sino el miedo de quienes sí sabían lo que significaba.

—¿Qué...? —Jorge dio un paso hacia la silla, con los puños apretados por puro instinto defensivo—. ¿Qué cojones significa eso?

Belmonte conocía ese nombre y sus dedos trazaron una cruz errática sobre su pecho.

—Judas Iscariote.

Verónica se cubrió la boca con ambas manos, los ojos yendo de Belmonte a su hijo y de su hijo a Belmonte, buscando en alguno de los dos una señal de que aquello tenía una explicación razonable. No la encontró.

—¿QUÉ? —preguntó Jorge con sus ojos yendo de Belmonte a su hijo y de su hijo a Belmonte, buscando en alguno.

—¿De qué cojones están hablando?

Anuel levantó una mano.

—¡Silencio!

Necesitaba pensar. Necesitaba que el mundo dejara de girar por un maldito segundo. Buscó la mirada de Belmonte, pero el anciano parecía hipnotizado. Volvió la vista hacia Bruno. Pese a que se repetía que aquello era una construcción disociativa, una pregunta le martilleaba con insistencia: ¿Cómo? ¿Cómo un chico de catorce años, cuya cultura religiosa familiar era prácticamente nula, podía articular ese nombre en arameo antiguo con esa textura fonética?

Esa precisión lingüística era el detalle que rompía todo. No era un nombre aprendido en una película o un documental; era una firma. Anuel decidió que no había ningún lugar al que retroceder. Solo quedaba seguir adelante.

—¿El discípulo de Jesús? —preguntó.

Bruno no abrió los ojos. Pero en su rostro, empezó a dibujarse una sonrisa. Era una sonrisa lenta, que tiraba de las comisuras de sus labios con una mezcla de cansancio y una melancolía. Era una expresión de reconocimiento.

CAPÍTULO | 23

LA PALABRA CONTRA EL VERBO

Verónica se llevó las manos a la cabeza, hundiéndose los dedos en el pelo con desesperación. Las palabras le salieron rotas, a medio camino entre la incredulidad y el pánico.

—¿Pero ahora qué? ¿Un discípulo? ¿Ahora resulta que mi hijo es un discípulo de Cristo?

Se cubrió la cara, balanceándose levemente.

—No puedo más... Es que no puedo más...

Anuel dejó que el silencio absorbiera el llanto de Verónica. Tenía que pisar con cuidado. Antes de cualquier otra cosa, necesitaba saber con qué parte de Bruno estaba hablando. Qué quería. Qué reclamaba ser.

—¿Dices que eres uno de los doce?

Bruno esbozó nuevamente una sonrisa, apenas un pliegue que no pertenecía al chico que ellos conocían. Anuel sintió un tirón en el estómago.

—¿De qué te ríes? —preguntó, esforzándose por mantener el eje.

La voz que habitaba la garganta del chico respondió sin vacilar:

—No fuimos doce, fuimos más.

—¿Más…?

Bruno hizo un gesto vago, casi desdeñoso, como si la pregunta fuera irrelevante. Dejó pasar unos segundos y, cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono distinto.

—¿Usted cree en el Maestro?

La pregunta lo golpeó en el centro del pecho. Anuel sintió un vacío breve, un latido suspendido, antes de oírse responder demasiado rápido, casi a la defensiva:

—¿En Jesús? Claro que sí, creo en el Hijo de Dios con toda mi alma y mi corazón.

Bruno lo cortó con una frialdad que no pertenecía a un adolescente.

—Entonces, ¿por qué lleva símbolos que no le representan?

La mano de Anuel se movió sola hacia su pecho, palpando la cruz de madera que colgaba de su cuello como si necesitara asegurarse de que seguía allí.

—Es un símbolo de mal gusto —sentenció Bruno sin emoción alguna.

—Blasfemia… —murmuró Belmonte, apretando su rosario hasta que las cuentas crujieron entre sus dedos.

Anuel bajó la mirada hacia la cruz. La aferró con fuerza, buscando en ella la certeza que el chico acababa de poner en duda.

—Esta cruz… —aclaró la garganta, intentando recomponer su voz—, esta cruz representa el sacrificio que nos salvó. La entrega de quien asumió el dolor por todos nosotros.

Alzó la vista hacia Bruno, hacia esa cabeza echada hacia atrás que no lo miraba pero parecía verlo todo.

—El amor hecho carne que se dejó clavar por nuestros pecados, es el símbolo más sagrado del cristianismo. La cruz nos recuerda que…

—Es un trofeo de muerte —interrumpió Bruno.

—¿Perdón?

Anuel se tomó un segundo para calmarse, intentando tragar la punzada de ofensa, pero no siempre funciona.

—Ah, claro, se me olvidaba que tú estuviste allí, "Yehudah". Quizá tú, precisamente tú, no seas el más indicado para juzgar esto.

Bruno no alteró su expresión, se mantuvo allí. Anuel se detuvo en seco, sintiendo el pulso en las sienes; se dio cuenta de que estaba cayendo en la provocación de lo que aquello fuera. Se restregó el rostro con fuerza y cerró los ojos.

—Por Dios bendito... —susurró para sí mismo.

Entonces la voz de Bruno volvió a llenar la estancia.

—El Mesías se entregó por todos, por el Amor, por la Verdad, por el Verbo que debía resonar hasta el fin de los tiempos.

Esa era la jurisdicción de Anuel: la arquitectura del dogma, el blindaje de la palabra y los pliegues de la historia. No iba a permitir que aquella presencia le disputara el único suelo que aún sentía firme bajo sus pies.

—Y así ha sido —replicó Anuel, aferrándose a su fe como si fuera un escudo—, su mensaje ha cruzado los siglos, ha transformado el mundo y ha dado sentido al sufrimiento de millones. La luz no se apagó.

Bruno negó con la cabeza en un movimiento pausado, casi fúnebre.

—¿Qué no? —preguntó Anuel.

—Así no —sentenció el chico—, llevan dos mil años arrodillados ante el arma del crimen. Él no quería que perpetuaran su agonía, quería que vivieran su mensaje. Que escucharan su palabra, pero ustedes eligieron la sangre.

—Su sacrificio es el mensaje —intervino Belmonte—, es la entrega del Cordero, la prueba máxima de amor.

Bruno movió la cabeza con parsimonia orientando de nuevo el rostro hacia Belmonte sin abrir los ojos.

—Dos mil años exhibiendo el instrumento de su tortura en templos de oro. Dos mil años construyendo muros de piedra para encerrar lo

que debería ser libre. Visten de seda la imagen de un hombre que no tuvo más que una túnica y el polvo del camino.

Hizo una pausa y su voz adquirió un matiz de desprecio soberano que heló el aire de la habitación.

—Él despreciaba la opulencia que ahora ustedes acumulan en palacios de mármol. Se adjudican, bajo una soberbia insondable, el derecho de hablar en nombre del Padre mientras ha olvidado el sabor de la tierra y el hambre de los descalzos.

Belmonte encajó el golpe. Había pasado cuarenta años enfrentándose al mal y escuchando blasfemias de todo tipo y, aunque esa era la primera vez que se enfrentaba a algo así, no se iba a dejar amedrentar.

—No son las piedras lo que custodiamos, sino la memoria —replicó el anciano, y su voz, aunque trémula, buscaba recuperar el espacio perdido—, guardamos el rastro de su paso por el mundo para que no se pierda en el olvido. Custodiamos la memoria.

Bruno no se movió, pero una sonrisa lenta y afilada comenzó a dibujarse en sus labios nuevamente. Belmonte no lo reconoció como burla y era lo que más le irritaba.

—¿De qué te ríes?

Bruno ladeó la cabeza.

—"La memoria"...

La palabra le había llegado como un gancho al hígado, pero no iba a darle la satisfacción de mostrarlo. En un acto de repliegue, se inclinó apenas unos milímetros hacia Anuel y el susurro que soltó no fue más que un roce de aire, una sospecha privada que apenas llegó a articularse en sus cuerdas vocales. Bruno cazó la frase en el aire y la devolvió antes de que Anuel pudiera procesarla.

—No todo lo que no puedes explicar es un demonio.

Belmonte palideció hasta quedarse lívido, expuesto. ¿Cómo era posible? Pero Bruno no le dio tregua.

—Hablan de sacrificio, de Verdad… —la voz del chico acarició las palabras con desapego—, etiquetas. Dígame, Tomás, ¿puede definir

a Dios?

Belmonte vaciló. Él, que se suponía el hombre más experimentado en la sala, el veterano que se suponía que había visto todos los trucos del adversario, delante de la presencia de Yehudah sentía vulnerabilidad absoluta y buscó refugio en las fórmulas masticadas y memorizadas durante décadas. El terreno seguro.

—Dios es el Creador, nuestro Padre, el principio de todo. Omnipotente, omnisciente, eterno. Creador de lo visible y lo invisible —recitó, y sus dedos se hundieron en la madera del rosario.

Anuel intervino entonces, su voz sonó grave, naciendo de una necesidad de rotundidad que no admitía réplica.

—Dios es amor.

Bruno asintió despacio, pero en el leve descenso de su barbilla se leyó una sombra de decepción, casi de lástima.

—Etiquetas —sentenció.

Anuel y Belmonte lo miraron con el desconcierto de quien ha lanzado su mejor golpe y ha golpeado el vacío.

—Definen lo indefinible —prosiguió la voz—, al definir algo establecen lo que es… y, por extensión, delimitan lo que no es. La etiqueta limita, reducen lo irreducible a su propia estatura.

Luego la voz concluyó:

—Y si no son capaces de definir lo indefinible… ¿cómo se atreven a hablar en su nombre?

Belmonte sintió el golpe antes de poder pensarlo. No fue una duda sino algo peor: un vacío interior, una ausencia de eco en el lugar donde siempre habían residido las certezas. El anciano sacerdote se quedó inmóvil con la boca entreabierta y, antes de articular una respuesta aprendida, Bruno dejó escapar un suspiro.

—Y lo que ha de seguir a eso es el silencio prudente.

Anuel intentó reconducir la sesión, un acto reflejo de su instinto clínico, pero el control definitivamente no era suyo. Nunca lo había sido, pero ahora se encontraba en el punto más alejado de recuperarlo. Notaba el vértigo de quien camina por un puente de

cuerdas que se balancea sobre un abismo; cada paso era una concesión.

Bruno marcaba el ritmo, decidía los temas y gobernaba cada giro de la conversación. Lo desconcertante no era solo la edad del muchacho, sino la coherencia con la que articulaba cada idea. Esta disociación era infinitamente más estructurada que las anteriores, no había rastro del caos del Coro. Había una dignidad y una sabiduría que resultaban insultantes para su edad, una arquitectura psíquica tan perfecta que no parecía una fragmentación de sí mismo, sino una sustitución completa.

Entonces se levantó con lentitud y caminó hacia los padres. Se situó de manera que su cuerpo bloqueara completamente la visión del chico, buscando un ángulo muerto, y bajó la voz.

—¿Cómo es posible? —preguntó con la voz quebrada por la incredulidad—. ¿De dónde saca las referencias? Los nombres, ese tono de autoridad... ¿Dónde ha podido aprender todo eso?

Jorge intercambió una mirada incómoda con Verónica antes de responder.

—Bruno es... es muy listo —murmuró—, siempre lo ha sido. Pasa horas en su cuarto, encerrado, quizás de internet. No lo sé.

—No sabemos lo que hace cuando está ahí encerrado —añadió Verónica.

Anuel asintió despacio, no le extrañaba. Al niño solo se le dirigían para gritarle o exigirle; preocuparse por lo que hacía en su cuarto era, evidentemente, un esfuerzo sobrehumano para esos padres.

Entonces extendió la mano hacia Jorge.

—Dame tu móvil, voy a llamar a Helena.

Jorge ni siquiera llegó a reaccionar. Antes de que sus dedos rozaran el bolsillo, la voz de Bruno atravesó la distancia entre ellos:

—No es necesario.

Anuel se quedó petrificado con la mano aún extendida en el aire.

—Ya le dije que no ha lugar ahora, en este momento.

Anuel se giró en seco. Había hablado en un susurro de espaldas al chico, era imposible que le hubiera leído los labios. Pero entonces recordó la naturaleza de Bruno: aquel oído absoluto, su obsesión melómana capaz de diseccionar frecuencias imperceptibles para el resto. Quizá para aquel muchacho el silencio de la habitación no era tal, sino un mapa de sonidos donde cada susurro era una coordenada clara.

Tragó saliva y regresó junto a él. Se inclinó tanto que pudo oler el olor a sudor frío de Bruno y lo que aconteció fue una súplica desesperada, la última carta de un hombre que se niega a aceptar que ha perdido al chico:

—Bruno... si estás ahí, recuerda la señal. Solo un gesto, colega, por favor.

El silencio se estiró. Bruno no respondió, sus dedos permanecieron inertes como ramas.

—¿Puedes escucharme? —insistió Anuel, y su voz se quebró en la última sílaba—. ¿Estás ahí?

Tras un suspiro largo la voz volvió a emerger, gélida y perfecta.

—Claro que le escucha.

—Entonces me gustaría hablar con él, ahora —soltó Anuel, dejando escapar un aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Pero es a mí a quien tiene enfrente ahora.

Aquella frase fue el muro definitivo. Anuel comprendió que Yehudah no le devolvería el mando a Bruno por cortesía. Se reclinó hacia atrás, derrotado, y cerró los ojos un instante para recomponerse. Si no podía hablar con Bruno, tendría que hablar por Bruno; aceptó el juego y cambió el asedio por la diplomacia.

—Vale, "Yehudah" ... De acuerdo, sea como sea —concedió mientras el nombre le quemaba la garganta—, antes dijiste que estás protegiendo a Bruno. ¿De quién? ¿De qué exactamente?

—De todo el dolor —respondió la voz.

Anuel dejó escapar una risa amarga, pero esta vez la risa fue parte de la estrategia. Tenía que desmontar el personaje desde dentro.

—Curioso...

Se inclinó hacia adelante con un tono escéptico.

—"Yehudah", el protector... Justo tú... De todos los que podrían haber aparecido a través de los siglos, resulta que el guardián de un alma inocente es aquel que vendió a su maestro por unas monedas. ¿El traidor por antonomasia reconvertido en ángel de la guarda? Permíteme que me cueste creer en tu altruismo.

Al escuchar esas palabras el aire se tensó. Bruno hizo un gesto mínimo: inclinó ligeramente la barbilla hacia abajo en un movimiento de pesadumbre, pero sin dejar de mantener el rostro dirigido al techo. Sus ojos seguían sellados, pero la fluidez de su calma se había roto. Por fin una reacción; aquella era la primera fisura en la armadura.

—Leen la tinta de los que no estuvieron para los que no estuvieron —dijo Bruno mientras devolvía la cabeza hacia arriba, recuperando su postura original—, se aferran a la palabra escrita como si fuera el hecho mismo.

Belmonte llevaba demasiado tiempo conteniendo la frustración. Las vueltas, los acertijos teológicos... Ya no podía más.

—Sé lo que intentas, lo he visto muchas veces y no te va a funcionar, farsante.

Bruno sonrió.

—¡Que no te rías! ¡Dem…! —rugió Belmonte.

El sacerdote se detuvo justo antes de pronunciar el estigma.

—Usted cree que soy lo que no soy y usted lo mismo —respondió Bruno, ignorando el conato de insulto—, para ser hombres de fe tienen muchas dudas.

Anuel no permitió que el comentario, casi una provocación, quedara a la deriva. La personalidad de Bruno había ido demasiado lejos, era la primera que aguantaba tanto tiempo. Estaba echando raíces y había que frenarla de alguna manera.

—Está bien, Yehudah, dejémonos de medias tintas... —respiró hondo, consciente de que estaba cruzando un puente que podría

arder tras él—, no voy a negarte que tu dialéctica es impresionante; no me esperaba un despliegue así. Pero no creo que seas Judas Iscariote ni el Coro, no creo que lo hayas sido jamás. Lo que creo es que eres una parte de Bruno, ese chico asustado que se oculta tras tu máscara porque tiene pavor a que le sigan haciendo daño.

Anuel acortó la distancia, situándose tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de la piel del chico. Su tono perdió la aspereza profesional, volviéndose una confesión descarnada.

—Yehudah, como escudo protector te respeto. Has logrado mantenerlo a salvo de un mundo que le ha fallado donde muchos, y me incluyo, no fuimos capaces de protegerlo. Pero escúchame bien: puedes marcharte, puedes irte en paz, Bruno ya no te necesita. Nosotros nos haremos cargo, yo me haré cargo; cuidaré de él aunque se me vaya la vida en ello.

Se aproximó un poco más, hablando casi al oído de Bruno, intentando que su promesa perforara la arquitectura de la entidad para alcanzar al niño que latía debajo.

—Bruno, esta vez no voy a fallar, te lo prometo.

Anuel se quedó con la promesa vibrando en la garganta, esperando una lágrima, un temblor en las manos o cualquier señal de que el niño había escuchado. Pero el chico giró levemente la cara hacia Verónica y Jorge.

—Ellos dos pueden marcharse a descansar —dijo la boca de Bruno —, su presencia aquí ya no es necesaria.

—¿Qué? —estalló Jorge, dando un paso al frente—, de ninguna manera, no nos vamos de aquí.

No había funcionado. La entrega, la verdad y la oferta de protección de Anuel habían resbalado sobre aquella máscara de sabiduría antigua como el agua sobre el mármol. Yehudah seguía ahí inalterable, ajeno a la tregua.

—Por supuesto que no se van —replicó Anuel, y en su voz la técnica del terapeuta empezó a ceder ante la rabia del hombre—, tú no diriges esta sesión, no dictas las reglas.

Verónica no pudo resistir más, perdió la verticalidad y se desplomó. Jorge la alcanzó justo a tiempo, sosteniéndola contra el borde de la cama. Ella rompió a llorar con sollozos secos, una desesperación puramente física que hacía vibrar el somier a escasos centímetros de su hijo. Bruno, sin embargo, permaneció inmóvil. Era una pieza de granito que no ofreció ni un ápice de consuelo ni el más leve amago de contacto.

—¿Pero por qué no se cura? —gemía ella contra las sábanas—. ¿Por qué no acaba este dolor?

Jorge la sujetaba con fuerza, dirigiendo a Anuel una mirada de auxilio que era un grito mudo. Bruno habló entonces con una tranquilidad administrativa:

—Les dije que su presencia aquí ya no era necesaria.

Aquello fue la estocada final para Jorge, que se desmoronó junto a su esposa, llorando también. El peso de su propio fracaso como padres parecía haberlos aplastado contra el suelo. Anuel, sintiendo un sabor metálico en la boca mientras apretaba los dientes hasta que le dolió la mandíbula, retó a la entidad directamente.

—Esto es lo que quieres, ¿verdad? Agotarlos, castigarlos por todo lo que ha pasado.

—No —respondió la voz, impasible—, de nuevo insiste en lo que usted cree que soy.

Anuel forzó una exhalación profunda, tratando de estabilizar el temblor de sus manos. Belmonte intervino entonces, le puso una mano firme en el pecho, frenándolo con una autoridad que no admitía réplica. El anciano parecía haber recuperado una lucidez amarga tras su propia derrota. Sin emitir sonido alguno, los labios de Belmonte gesticularon con una claridad aterradora:

—No caiga, es el Traidor.

—Así se dispuso y así me recordaron —Bruno hizo una pausa que pareció enfriar el aire—, la serpiente en el paraíso, la marca de Caín, Sodoma, el becerro de oro... Las monedas de plata.

Las respiraciones rotas de Jorge y Verónica eran el único sonido que competía con la voz del chico.

—Nada permanece, nada excepto las palabras y con ellas… la mentira.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es la verdad? —preguntó Anuel, enderezando la espalda para no dejarse intimidar por la solemnidad del relato.

—Que mi maestro murió en la cruz, como otro hombre más, como todos los hombres.

CAPÍTULO | 24

COMO TODOS LOS HOMBRES

Anuel guardó silencio, asimilando el golpe. Sus esquemas mentales, construidos sobre años de seminario y tratados teológicos, se sentían de pronto como una estructura de papel frente a un vendaval.

—¿Como otro hombre más? —repitió, incrédulo—. Cristo fue el Hijo del Padre. Dios hecho carne. El Verbo encarnado caminando entre nosotros.

Bruno mantuvo la quietud.

—¿Lo vio morir?

—¿Qué...? —dijo Anuel sorprendido por el filamento de la pregunta —, Yo… no. Claro que no. Pero está escrito.

—La palabra prevalece —replicó Bruno.

—Sí, claro —murmuró Anuel.

—Yo sí lo vi —sentenció Bruno.

—Desde luego —dijo Anuel con un sarcasmo amargo.

—¿Ha visto morir a alguien? —insistió Bruno.

Anuel lo miró con desconfianza, sintiendo un nudo en el estómago.

—He acompañado a moribundos en hospitales —respondió con cautela clínica.

Bruno asintió.

—Entonces no lo ha visto. No sabe lo que ocurre cuando el cuerpo se rinde: cómo los pulmones se colapsan, cómo cada respiración se convierte en un temblor agónico que lucha por no apagarse.

Sus palabras eran un látigo invisible que restallaba en la habitación. Verónica, aún tendida en la cama como un trapo, cerró los ojos con más fuerza, incapaz de escuchar un segundo más de aquella anatomía del dolor. Su agotamiento era tal que apenas podía soportar que la voz de su hijo se convirtiera en el cronista de una carnicería.

—Basta —cortó Anuel, crispando los dedos sobre sus rodillas.

—El olor del hierro, el sol castigando la piel abierta, los músculos entumeciéndose hasta volverse piedra... —continuó Bruno con una voz serena que helaba la sangre—: Yo Lo vi. Cada respiración, un rezo ahogado.

—¡Ya basta! —rugió Anuel, poniéndose de pie de un salto—. Felicidades, Bruno... Yo también tengo internet. Sé leer informes médicos.

—Yo lo vi… Vi cómo las moscas se posaban en las heridas abiertas, cómo su cuerpo temblaba de fiebre y espasmos. Vi cómo la esperanza se le escapaba por las heridas junto con la sangre, hasta que solo quedó un cuerpo vacío. Murió como muere la carne. Pero el alma no muere. Nunca muere. Como el alma de todos los hombres. Como cualquier hombre.

Anuel estaba al límite. Había dejado de lado el manual clínico y la distancia profesional; ya no le importaba el diagnóstico de Bruno, sino la herida que aquellas palabras estaban abriendo en su propia estructura de valores.

—Y tú lo disfrutaste, ¿verdad? —escupió, y sus palabras sonaron a barro y bilis—. ¿Te aprovecharon las treinta monedas de plata?

Bruno permaneció serio. Su rostro era una superficie impenetrable donde los comentarios de Anuel no dejan marca alguna. Anuel, al ver su impasibilidad, sintió una urgencia irracional por herirlo.

—Vaya, ahora ya no te ríes.

—Las monedas… Otro símbolo de la serpiente. Apenas estuvieron en mis manos. El precio para que la ley tuviera un nombre que ponerle al intercambio.

—Entonces, ¿por qué vendiste al Maestro? —insistió—. ¿Por qué lo marcaste con esa señal de infamia?

Bruno guardó silencio un instante.

—No hubo marca. El maestro se dio a conocer él mismo... El beso no fue la señal. El beso fue amor. La despedida.

Belmonte se puso de pie de golpe.

—¡Suficiente! ¡Esto es obsceno! —el grito del sacerdote fue un desgarro—. No tolere más esto, Anuel... Tenemos que ayudar al chico... ¡Ya!

Belmonte blandió el rosario, haciendo que las cuentas de madera chocaran entre sí con un sonido frenético, pero Anuel ya no estaba allí. Se encontraba en un limbo de daño visceral en lo más hondo de su orgullo.

—El maestro te pidió todo aquello, ¿dices? Según tú... Él te pidió que lo entregaras. Que lo ajusticiaran como a un perro y que pasara una agonía desmedida. Eso fue lo que te pidió, ¿no?

Bruno asintió con una tristeza mineral. Anuel se pasó las manos por la cara como si quisiera despertarse de una pesadilla. Belmonte volvió a insistir, pero Anuel estalló.

—¡Jesús murió en la cruz! Fue sepultado en una tumba custodiada por soldados romanos. ¡Y al tercer día...! —Su voz se elevó con un fervor desesperado—: ¡Al tercer día resucitó! ¡Venció a la muerte por encima del mal absoluto!

Bruno sonrió. Fue una sonrisa pequeña, casi imperceptible. Anuel lo vio, y algo en él se quebró definitivamente.

—No te ríes —dijo con voz baja, peligrosa, señalándolo con el dedo —. No te atrevas a reírte de esto.

—La gente como nosotros nunca tuvo sepultura. Solo carne muerta expuesta a los cuervos.

—José de Arimatea pidió el cuerpo... —intervino Belmonte con voz temblorosa, aferrándose al relato sagrado—, el permiso del Prefecto, la sábana limpia...

Bruno giró su cabeza hacia él.

—Y le fue negado.

La frase cayó como un martillazo de hierro sobre un yunque.

—Pero los Evangelios... —empezó Anuel.

Bruno sonrió con desapego.

—Textos escritos por hombres que no estuvieron. A su imagen, a su miedo…

Belmonte se acercó a Anuel, poniéndole una mano en el hombro para anclarlo.

—No le escuches, hijo. Todo lo que sale de esa boca son...

—Mentiras —interrumpió Bruno—. La serpiente. La palabra que sobrevive al tiempo.

Anuel alzó la vista. Había algo salvaje en sus ojos; una mezcla de rabia y un terror metafísico que lo devoraba. Ya no quedaba rastro de la templanza clerical.

—Habla —escupió—. Te escucho, vamos. Es lo que quieres. Dime tu mentira completa. Adelante.

Bruno permaneció impasivo durante lo que parecieron ser tres siglos y medio.

—El maestro y Poncio se reunieron tres veces antes de la Pascua. Yo estuve en la última. Pilato veía en mi maestro algo que ni los sacerdotes comprendían. Una luz que iluminaba por igual a todos. Sin distinción. Eso provoca problemas en los cimientos del poder. El

maestro lo entendió: para que el mensaje viviera, el hombre debía morir.

—“Yehūdā. ḥ adyā d-bēh mehayman ʾ an ā ..”

Anuel cerró los ojos con fuerza, sintiendo cómo el hebreo le perforaba los tímpanos. La traducción le brotó de las entrañas.

—"Judas. El único en quien confío".

Belmonte dejó de contenerse, alzando la voz.

—¡¿Por qué profanas de esta manera lo sagrado?! ¡DEMONIO!

Bruno no atendió al anciano. Su voz seguía en aquel Gólgota de hace dos mil años.

—Fue una crucifixión pública. Sometido y vejado, arrastrando ese madero que ahora lleváis al cuello... Pero no como a un bandido. Como algo peor. Le despojaron de toda dignidad ante su pueblo. Era lo acordado: lo bajarían antes de la muerte, pero su cuerpo... su cuerpo no aguantó el proceso. Corrí al pretorio. Grité que lo bajaran. Les ofrecí las monedas a los guardias y se rieron.

En ese preciso instante, Anuel, incapaz de permitir que la situación escalara un peldaño más hacia el abismo, se puso en pie de un salto. Se abalanzó hacia los padres de Bruno, extendiendo una mano temblorosa que suplicaba por el teléfono; necesitaba desesperadamente la voz de Helena.

—Un centurión de Pilato le clavó la lanza por piedad —continuó la voz habitada en Bruno.

Los dedos de Belmonte se enroscaron en el rosario y empezó a desgranar oraciones en un susurro febril.

—Era tarde. Vi sus ojos antes de que se cerraran. Vi su miedo. Vi su decepción. —“Abī, lamā šbaqtanī”. “Padre, ¿por qué me has abandonado?”

Anuel sostenía el teléfono de Jorge, sus dedos resbalaban sobre la pantalla mientras buscaba el contacto de Helena; al no encontrarlo, sintió que el último hilo que lo unía a la cordura se tensaba hasta casi romperse. El llanto le brotó sin permiso, una humedad caliente

que le recorrió las mejillas y que él se encargó de borrar con un gesto cansado.

—Los hombres necesitaban creer —sentenció Bruno.

Jorge se puso de pie bruscamente, desbordado.

—¡Esto tiene que parar! —bramó, con los puños cerrados a los costados—. ¡Ahora mismo! ¡Fuera! ¡Sea lo que sea que eres, deja a mi hijo!

Anuel miró a Jorge con una compasión amarga. Comprendía, con la lucidez del que acaba de ser derrotado, que el Bruno que conocían estaba ahora a una distancia insalvable.

Bruno le ganó el silencio.

—Tengo que irme.

La frase no fue una amenaza, sino un aviso de retirada. Los presentes se quedaron suspendidos en un asombro estático, observando como la compostura que había sostenido a Bruno empezaba a disolverse.

De pronto, la columna del chico apoyada en el respaldo de su silla pareció perder su eje. El cuerpo de Bruno se hundió como si el peso de la gravedad hubiera regresado de golpe para reclamar su deuda y una palidez terrenal sustituyó a la máscara templanza que había llevado hasta hace un segundo.

Bruno parpadeó. Sus párpados se movieron con pesadez, desorientados por la luz y por las caras de horror que lo rodeaban. Su mirada, que hasta hacía un momento parecía observar el polvo de Judea, se enfocó con una dificultad agónica en la figura de su padre.

—¿Papá...? —murmuró con voz quebrada.

Jorge no esperó un segundo más y envolvió a su hijo en un abrazo de una fuerza desesperada, ocultando el rostro del chico contra su pecho.

—Papá... mi caballo... —susurró el chico contra la camisa de Jorge.

Jorge, con el alma reducida a escombros, se separó lo justo para buscar frenéticamente por el suelo, tanteando a ciegas hasta que sus dedos tropezaron con la pequeña pieza de ajedrez bajo el escritorio.

—Toma, cariño. Aquí está.

Bruno la cogió con su mano izquierda, cerrando el puño con una fuerza que le hacía temblar todo el antebrazo. Rompió a llorar, un llanto ruidoso y desesperado.

—Ya viene... No quiero que venga...

Jorge se arrodilló frente a él, agarrándole la cara con ambas manos.

—¿Quién viene, hijo? ¿Quién viene?

—Ya viene... —dijo Bruno en una larga exhalación.

De repente, la mano derecha de Bruno cayó inerte. Su cabeza volvió a inclinarse y sus ojos se abrieron de par en par, vacíos, desafiantes.

—La... la sombra —murmuró Belmonte.

—Jorge... apártese —ordenó Anuel.

Jorge obedeció sin pensar, retrocediendo con la cara desencajada. Bruno empezó a murmurar una salmodia rítmica y obsesiva.

—In me omnes... ego in omnibus...

El murmullo no se quedó en la garganta del chico. Empezó a filtrarse por las paredes, como si el propio edificio estuviera rumiando el latín. La cadencia de ese "In me omnes..." fue ganando una velocidad antinatural, transformándose en una vibración que Anuel sentía en la boca del estómago y en la base del cráneo.

Belmonte dio un paso adelante sin vacilación, sin pedir permiso. Sacó el ritual romano de su bolsillo interior con manos que ya habían hecho ese gesto cientos de veces, y comenzó a recitar con voz firme, casi militar:

—Exorcizo te, immundissime spiritus...

El Coro respondió de inmediato. El cuerpo de Bruno no se movió, pero su pecho se hinchó de forma imposible, como si inhalara el aire de toda la habitación. El grito estalló entonces: una polifonía

ensordecedora que fundía lamentos de anciano, burlas infantiles y una furia de siglos.

Anuel retrocedió hasta golpear la pared, tapándose los oídos con desesperación. Miró a Belmonte; el anciano estaba palideciendo, su voz se ahogaba, sepultada bajo el peso de mil voces que reclamaban el espacio. El sacerdote estaba perdiendo el pulso ante esa marea de blasfemias rítmicas.

El terror metafísico que Anuel había intentado contener desbordó finalmente sus defensas. El orgullo del intelectual y la distancia del clínico fueron barridos por un pavor primario, una necesidad eléctrica de encontrar un arma contra aquella marea descontrolada. Sin ser consciente de ello, sus labios empezaron a moverse al unísono con los de Belmonte.

—...omnis satanica potestas, omnis incursio infernalis adversarii...

Belmonte y él recitaban ahora en sincronía perfecta.

Entonces empezó. Primero fue una risa ahogada que brotó de la garganta de Bruno. Luego otra. Y otra más. Una cascada de carcajadas teatralmente exageradas. Anuel vaciló, su recitación tropezando por un instante. Las risas crecieron, alimentándose de su duda. Y entonces el Coro estalló, ahogando el latín con una voz cargada de un desprecio visceral.

—¡¿EN SERIO?! ¡¿ME ESTÁS PRACTICANDO UN EXORCISMO, ANUEL?! ¡JAJAJAJAJA! ¡NO ME JODAS!

En un movimiento veloz, los ojos de Bruno se giraron hacia la cama. Allí permanecía Verónica con los párpados apretados, sumida en una desolación absoluta.

—¡VAMOS, MAMI! ¡QUE TE PIERDES ESTO! ¡COMO TE LO PIERDES TODO! ¡PUTA ZORRA DE LOS COJONES!

Verónica se encogió. Los dedos le temblaron sobre la sábana. Un sonido le salió de la garganta, algo entre el gemido y el gruñido. El insulto estalló en la habitación con una carga de odio tan humana,

tan terrenal, que el exorcismo de Belmonte quedó reducido a un ruido de fondo irrelevante.

En ese instante, Anuel despertó. El absurdo de la situación le golpeó con la fuerza de una epifanía: no podía combatir un trauma psicológico con oraciones que él mismo no sentía como propias. Dejó de recitar de golpe. En un movimiento decidido, despojado de toda mística, se dejó caer sobre las rodillas frente a la silla del muchacho. No lo hizo para rezar, sino para forzar un contacto visual, para invadir el espacio donde Bruno se escondía y sacarlo de allí con las únicas herramientas que realmente poseía.

—¡Bruno, escucha! ¡Nada de lo que te ocurrió es culpa tuya...! ¡Tienes que luchar, Bruno! ¡No necesitas el perdón de Dios ni de nadie, chico… necesitas el tuyo propio!

El Coro se detuvo. Por primera vez desde que las carcajadas habían profanado la estancia, se hizo un vacío absoluto, pero no era el vacío de la ausencia, sino el del impacto. Bruno seguía temblando, pero era un temblor distinto, una vibración de alta frecuencia que parecía nacer del conflicto entre las voces y su propio núcleo.

Anuel lo vio. Vio cómo sus palabras habían penetrado la armadura de la entidad. No era una batalla entre Dios y el demonio lo que mantenía a Bruno encadenado a esa silla; era la arquitectura de la culpa. La creencia devastadora de que el horror que había padecido era una consecuencia de su propia existencia, una mancha que él mismo había atraído.

Anuel acortó la distancia con el chico, obligándolo a reconocer su presencia humana frente a la marea de sombras. Con una voz que ya no temblaba, más bien todo lo contrario, le dijo con tono cálido:

—Tienes que perdonarte a ti mismo.

La frase actuó como un tajo en una cuerda tensa. Bruno exhaló, y fue como si hubiera estado conteniendo ese aire durante años. Los hombros, que había mantenido alzados en una tensión constante, descendieron lentamente. Sus dedos, que habían estado aferrados al caballo de madera con una fuerza casi dolorosa, se abrieron con suavidad, dejando que la pieza rodara por el suelo.

A medida que el sonido de la madera se apagaba contra el piso, la presencia del Coro comenzó a diluirse, perdiendo su nitidez. Fue una rendición total y la habitación se vació de todo ruido; en esa quietud, la voz de Bruno emergió nítida, cristalina.

—Así es... Yeshúa.

Anuel se congeló. El nombre atravesó su lógica como un rayo de luz en una habitación oscura.

—¿Yeshúa?

—El nombre original de Jesús —murmuró Belmonte tras él, soltando el libro de oraciones.

Bruno ladeó la cabeza con una ternura infinita.

—Tu nombre aquí. Ahora. Es Adrián Anuel. Pero tu alma inmortal y eterna no tiene nombre, y arrastra una pena que no le pertenece.

Anuel retrocedió dos pasos. No fue una decisión consciente; fue el cuerpo tratando de huir de algo que la mente se negaba a procesar. Aquello no podía estar pasando. No podía estar dirigiéndose a él. No de aquella manera.

—Tu vida. Aquella vida, no fue un fracaso. Fue preciosa.

Belmonte bajó el rosario. Llevaba cuarenta años enfrentándose a lo oscuro, a lo retorcido, a lo maligno, pero esto era otra cosa y no sabía cómo nombrarlo.

—Fuiste mortal en aquella vida. Y lo entendiste tarde. Como todos los hombres... —La voz de Bruno se suavizó aún más—. La culpa te devoró. Asumiste como propia la responsabilidad de la mentira ajena. De lo que vino después. Tú creías... pero no lo sabías.

Anuel intentó hablar, pero las palabras se le desintegraron en la garganta antes de poder formar una frase coherente.

—¿Sa... saber qué?

—Que eras tan hijo del Padre como este muchacho que habito. Como el aire que se respira. Tan hijo suyo como cualquiera. —Bruno hizo una pausa—. Yeshúa, has vivido muchas vidas desde aquella vida: otros nombres, otros cuerpos, otras historias… y en ninguna de ellas lograste hallar la paz.

—Bruno… —articuló Anuel.

—Paz que tú mismo te negaste.

El chico suspiró con una infinita tristeza.

—Mírame, Yeshúa... Mírate en mí. No fallaste.

Las rodillas de Anuel cedieron. No se arrodilló: se desplomó. Se quedó ahí, en el suelo, con las manos apoyadas en las tablas de madera, incapaz de levantar la cabeza.

—No, no, no… —Las palabras le salieron rotas, apenas un susurro que intentaba rechazar algo demasiado grande para ser procesado.

—Fuiste una inspiración que ni siquiera pudiste dimensionar. Tu cuerpo fue mortal, pero El mensaje de amor es la auténtica divinidad. Inmortal, eterno —dijo Bruno.

Anuel no pudo más. El chico terminó por demoler los últimos restos de su resistencia tanto física como psicológicamente.

—Suelta la piedra. No fallaste a ninguno de nosotros... y mucho menos a Él.

Bruno se inclinó ligeramente hacia delante desde su silla, extendiendo una mano que se detuvo a escasos centímetros de la cabeza de Anuel. No llegó a tocarlo, pero Anuel pudo sentir el calor que emanaba de ese gesto.

—El Padre te ama —concluyó el chico—. Él siempre te ha amado, a través de cada siglo. De cada nombre y cada cuerpo que has habitado. El padre te ama, Yeshúa, y solo quiere una cosa de ti: que te perdones —Bruno hizo una pausa—. Por eso me aparté. Necesitabas ver tu dolor, en el dolor del chico. El Coro no había sido un error de control; fue la herramienta.

CAPÍTULO | 25

LAS CONSECUENCIAS

El mundo empezó a cerrarse sobre sí mismo, como si una mano invisible hubiera girado el eje de la realidad sin avisar. Las voces de la habitación, los gestos de Belmonte, incluso la luz mortecina de la lámpara de escritorio; todo llegaba con un ligero desfase, un retardo cruel que lo dejaba desanclado de su propia piel. Y en medio de ese vacío, su mente claudicó.

Apareció su habitación, la penumbra que nunca terminaba de ser sueño. En el techo, la visión del *Corazón de Jesús* que no era una visión piadosa ni un alivio para el alma: era una herida abierta, palpitante, que goteaba una humedad espesa y roja. Intentó ladear la cabeza para borrar aquel recuerdo, pero con él llegaron otras cosas, fragmentos sin orden. Libros, libros y más libros; páginas subrayadas, buscando unas respuestas que nunca terminaban de responder. Versiones distintas de una misma historia, nombres que cambiaban, pero señalaban siempre hacia el mismo lugar.

Luego una habitación de hospital, el sonido irregular de una respiración que se apaga. Manos que buscan otras manos en el último momento.

—Estoy aquí.

No recordaba a quién se lo había dicho, o a cuántos, pero sí recordaba esa sensación: que estar era suficiente. Entonces sintió el roce del alzacuellos, siempre ahí, apretándole la garganta como una mano que le recordaba su lugar, un cerrojo de tela y plástico blanco que lo marcaba como un fraude en el púlpito. El impostor disfrazado con los símbolos del hombre al que ahora Bruno acababa de llamar por su nombre verdadero.

Y cruzando ese remolino de visiones, emergió la voz de Morelli, fría, perfecta, destilada semanas atrás en aquel despacho de caoba:

—Necesita tocar la herida con sus propios dedos. Y una vez que la haya tocado, necesitará mostrarle al mundo la grandeza irrefutable de Dios a través de su victoria sobre la sombra.

Anuel notaba cómo su cordura se rompía, su subconsciente estaba haciendo conexiones, disparando ráfagas de sinapsis ciegas al aire; ¿el Hijo de Dios?, ¿qué locura era esa? Anuel no encontraba su epicentro. Su cuerpo, su mente y su alma simplemente habían dicho basta; el sistema operativo de su identidad se había colapsado.

A su lado, Belmonte empezó a sentir un vacío extraño en el pecho. No era falta de aire exactamente; era la sensación de que la respiración había dejado de cumplir su función. Inspiraba, sí, pero el gesto era inútil, no llegaba a ninguna parte. Era como si el oxígeno fuera un fantasma que no encontrara dónde asentarse en sus pulmones. Conocía esa opresión, ese brazo izquierdo empezando a pesar como si fuera de plomo, el sudor frío naciendo en la nuca. Era un viejo enemigo que volvía a asomarse.

Jorge y Verónica yacían exhaustos. No dormidos, no inconscientes, sino agotados hasta un punto donde las lágrimas ya no brotan porque el cuerpo decide reservar fuerzas para lo imprescindible: latir. Verónica miraba al techo con los ojos abiertos, secos, sin parpadear. Jorge tenía la cabeza hundida entre las manos, pero no rezaba. Ya no quedaba nada que pedir, ni a quien pedirlo. Eran dos cáscaras vaciadas por el horror, restos humanos de una batalla que ya no recordaban por qué estaban librando.

La habitación quedó suspendida en una pausa sin significado, un vacío blanco.

Entonces, las luces azules y rojas empezaron a bailar contra las cortinas, proyectando sombras móviles y frenéticas por las paredes. Anuel retrocedió tambaleante, con la vista todavía empañada por aquel resplandor que ya no estaba. El mundo físico le resultaba ahora una agresión insoportable: el zumbido de las sirenas era demasiado agudo, la luz de las linternas que ya se filtraba por las rendijas era demasiado blanca. Tropezó con el borde de la alfombra y cayó sentado contra la estantería. El impacto de la madera contra su espalda fue seco, torpe. No dolió de inmediato; su mente seguía en otra parte, flotando a la deriva de sí misma. Miró sus manos: eran manos de carne, manos que temblaban, manos humanas.

Bruno se desplomó hacia adelante. Cayó a peso muerto, su cuerpo golpeando el suelo con un sonido húmedo y macizo. Esta vez no hubo red, no hubo contención simbólica ni mirada habitada. El golpe fue torpe, definitivo. No hubo transición ni teatralidad. Ya no era Judas, ya no era el Coro. La entidad se había evaporado, dejando atrás a un niño de catorce años, vulnerable y terriblemente solo en mitad de la alfombra.

Nadie oyó los golpes en la puerta. Nadie oyó el timbre, ni la segunda vez, ni la quinta. La cerradura cedió con un crujido seco.

Dos policías con el rostro endurecido por la repetición y una mujer de servicios sociales con una carpeta apretada contra el pecho entraron en la casa. La atmósfera cambió de inmediato: donde antes había interpretaciones místicas, ahora había protocolos. El aire se llenó de voces secas, órdenes y el ruido estático de los códigos de radio. La mujer pasó primero; vio al chico en el suelo, con los ojos cerrados, empapado por un sudor frío y con el rostro de un blanco cadavérico. Pero respiraba. Eso era lo único que importaba en el informe.

—Necesitamos una ambulancia urgentemente —dictó uno de los agentes por radio—. Varón de catorce años, inconsciente.

El otro agente se acercó a Jorge con la frialdad de la rutina. Su mano buscó el metal de las esposas antes de buscar el diálogo.

—Señor, necesito que ponga las manos detrás de la espalda.

—Pero mi hijo...

—Ahora, señor. No se lo voy a repetir.

Verónica seguía en la cama, deshecha. La agente que se arrodilló junto a ella era solo una silueta recortada por el parpadeo azul de la ventana.

—Señora, ¿puede escucharme? Señora…

Verónica parpadeó, pero sus ojos eran cuencos vacíos. Miraba a la agente sin verla. Belmonte, hundido en la silla, se aferraba al rosario suplicando para que el pinchazo remitiera. Cuando el policía le preguntó si se encontraba bien, el anciano solo pudo responder con un hilo de voz:

—Vine a... ayudar.

El agente que esposó a Jorge se volvió hacia Anuel, que aún permanecía sentado en el suelo, confuso, con la mirada perdida en los surcos de sus propias palmas.

—Señor, necesito que se levante ahora mismo —ordenó el agente, clavando sus dedos en el bíceps de Anuel.

Llegaron los paramédicos. Levantaron a Bruno con una delicadeza técnica, ajustando las correas de la camilla sobre su cuerpo frágil. Lo sacaron de la habitación mientras las ruedas chirriaban contra el suelo, un sonido metálico que marcó el fin de la pesadilla, al menos por esa noche. Los agentes levantaron a Anuel del suelo y escoltaron a Belmonte hacia la salida. Verónica y Jorge fueron los últimos en ser sacados de la casa con las muñecas presas.

Las luces azules y rojas se diluyeron despacio, como marea que se retira. Dentro de la casa, las sombras volvieron a su sitio, reordenándose en silencio. En el centro de la habitación, el caballo de ajedrez yacía de lado sobre el suelo. La pieza negra, tallada con las marcas de los dedos que la habían sostenido con demasiada

fuerza, ya no era un regalo. No era un talismán ni un ancla. Ahora era solo madera. Ébano mudo, bajo la luz de las sirenas.

Una claridad fría y quirúrgica se filtraba por las persianas del centro de salud. Bruno yacía allí, casi etéreo, conectado a una vía intravenosa que goteaba vida, gota a gota, en sus venas transparentes. El monitor del electrocardiograma era el único que hablaba en la sala: un pulso rítmico, obstinadamente constante, pero con esa arritmia sutil que delataba un corazón que había corrido una maratón sin moverse de una silla. Una enfermera le humedecía los labios con una gasa; con un gesto casi maternal, observaba la quietud extraña de aquel rostro pálido. No era la calma de quien duerme, sino la de quien se ha rendido por agotamiento.

—Tiene suerte después de lo que ha pasado —murmuró ella.

El médico de guardia, que no había levantado la vista de su parte de lesiones, dejó que el bolígrafo se detuviera sobre el papel.

—No sé si suerte es la palabra adecuada —respondió, y el leve clic de su bolígrafo al cerrarse pareció propagarse por el pasillo,

transformándose en el sonido metálico de un cerrojo.

Esa misma vibración, despojada de toda asepsia médica, se materializó a pocos kilómetros en una atmósfera saturada. La comisaría olía a lo que huelen todos los lugares donde la dignidad se rompe: café quemado, sudor rancio y ese desinfectante barato que intenta, sin éxito, ocultar la miseria humana. Bajo el zumbido hipnótico de los tubos fluorescentes, que parpadeaban con la misma insistencia agónica que el monitor de Bruno, la historia de los Torres se fragmentaba en declaraciones, folios sellados.

A Anuel lo habían llevado a una sala de interrogatorios de paredes desconchadas. Rechazó abogados con un gesto ausente y apartó el vaso de agua como si fuera veneno. Dio su versión con una cortesía gélida, una precisión que ponía los pelos de punta a los agentes. Ordenaba los hechos de forma monocorde, una línea detrás de otra. No se justificó. No pidió clemencia. No podía; no después de sentir que acababa de romper lo poco que quedaba en Bruno.

En la sala contigua, Jorge Torres era la imagen misma del naufragio. Su abogado, llegado con una hora de retraso y el nudo de la corbata flojo, le susurraba al oído que mantuviera el silencio, pero Jorge ya no tenía muros que defender. Se desmoronó antes de la primera pregunta. Declaró bajo una presión emocional que bordeaba el síncope, negando las acusaciones de abuso sistemático, pero admitiendo entre sollozos haber perdido el juicio. Esa noche, el frío cemento del calabozo fue su confesión y su primera noche de penitencia fuera del hogar.

Verónica, envuelta en una manta policial que le quedaba grande, permanecía sentada frente a una trabajadora social que le hablaba con una voz suave, estudiadamente amable. Verónica asentía de vez en cuando, pero no oía. Tenía la mirada fija en sus propias manos, apoyadas en el regazo, inmóviles. Era como si todo el ruido del mundo —los gritos, las oraciones, las sirenas— se hubiera apagado de golpe dentro de ella, dejando un páramo blanco donde antes debería haber habido una madre.

El padre Tomás Belmonte esperaba en un banco de madera del pasillo algo más repuesto, aferrado a su bastón con una fuerza que

le hace vibrar los hombros. Sus ojos, nublados por el cansancio, se cerraron un momento cuando un agente joven le confirmó que el chico estaba estable. Asintió, pero no sonrió. En ese momento, bajo la luz cruda de la comisaría, Belmonte se vio viejo. Insoportablemente viejo. Como si los dos mil años de historia que Bruno había invocado le hubieran caído encima de golpe.

Dos días después, el sistema erigió un muro de papel. Una orden de protección inmediata borró a Bruno del mapa de sus vidas. Antes de que el proceso judicial echara a andar, alguien tuvo que ponerlo en marcha.

Kira Suárez fue citada como testigo en las primeras cuarenta y ocho horas. Llegó a la comisaría con los maletines del equipo *Superviviente*, con los archivos ordenados y con esa claridad específica de quien ha tomado una decisión y ya no la discute. Dejó el USB sobre la mesa metálica. Declaró durante tres horas. No buscó clemencia ni refugio; solo entregó lo que tenía: cada sesión, las grabaciones completas, los correos, los contratos firmados con el obispado. Todo. El inspector selló el sobre de pruebas con un gesto definitivo. Kira salió a la calle sin mirar atrás. Había hecho lo único que podía hacer. Lo que vino después ya no dependía de ella.

El proceso fue un animal voraz que diseccionó la anatomía de una familia rota durante meses, antes de escupir sus restos en forma de sentencia. Para Jorge Torres, la justicia tuvo el sonido de unos grilletes y el portazo de una celda de prisión provisional. El riesgo de fuga y su violencia latente lo confinaron a la espera de un veredicto que ya estaba escrito en el aire. El tribunal no vio a un padre desesperado, sino a un combatiente en una espiral de maltrato mutuo, físico y psicológico, cuyos ecos llegaban hasta los pasillos del instituto donde Bruno ya era un paria. La sentencia de Jorge fue el reflejo de su propia rabia: la sospecha de unos golpes que todos intuían, pero que nadie, salvo un Bruno silenciado, podía confirmar.

La condena de Verónica no fue menor; se leyó en el carné profesional que le fue arrebatado. El juez no encontró en ella a una víctima, sino a una agresora técnica. Su estigma fue la «ceguera deliberada»: una enfermera que, mientras intercambiaba gritos y

golpes psicológicos con su marido, utilizó su estatus para patologizar a su hijo, buscando en la medicina una forma de no mirar el infierno que ella misma alimentaba. Al igual que Jorge, perdió la patria potestad por haber instrumentalizado al niño como un escudo en su guerra de pareja.

La condena de Belmonte no llegó con rejas, sino con el silencio de su parroquia. La diócesis le retiró las llaves, el alba y la autoridad, dejándole solo un rosario de madera y un año de prisión suspendida que pesaba más que una cadena perpetua. A su edad, el estigma del «socorro omitido» era una mortaja anticipada.

El estrado vacío de Bruno fue el objeto más elocuente de todo el juicio. Su silencio no fue una ausencia, sino un grito mudo contra un mundo de adultos que le había fallado en cada frente. No hubo palabras; Bruno se negó a confirmar si las marcas en su piel venían de las manos de Jorge o del silencio de Verónica. Los abogados arañaron una reducción de cargos a «negligencia», pero para el juez, aquel niño que prefería la mudez antes que mirar a sus padres era la prueba definitiva del terror. El fallo de desamparo fue el hacha que cortó el vínculo familiar, dejando a los Torres con sus condenas y a Bruno con un silencio que, por fin, lo mantenía a salvo de ambos. El Estado asumió su tutela: un sistema frío y burocrático que, sin embargo, se haría cargo de todo lo que sus padres nunca fueron capaces de darle, incluida la ayuda terapéutica que llevaba años necesitando.

Helena Rivas declaró esa misma noche. Contó la verdad, toda su verdad: los episodios disociativos, el entorno familiar, el informe que nunca llegó a manos del fiscal a tiempo. Todo, incluyendo su parte de culpa, pero lo que no pudo evitar fue que Anuel, en su propia declaración, la adelantara. Anuel decidió quemar sus barcos y declaró lo mismo que la doctora, pero asumiendo por completo la responsabilidad de lo sucedido. Ella nunca lo supo; él nunca lo explicó. Helena salió libre de cargos.

Para Anuel, lo que vino después no fue justicia, fue maquinaria. Los abogados de la diócesis se personaron antes de que el sobre de pruebas llegara al despacho del fiscal. Lo hicieron con la puntualidad

de quien lleva años esperando una llamada así, con los argumentos ya ordenados y los precedentes ya subrayados. El material de Kira era real, sí, pero su cadena de custodia tenía grietas: grabaciones realizadas bajo contrato privado, sin supervisión judicial, en un domicilio particular, con el consentimiento implícito —nunca explícito, nunca documentado— de los tutores legales del menor. El fiscal estudió el expediente durante tres días; al cuarto, devolvió la mitad.

En cuanto a la versión de Kira sobre la implicación directa de Morelli, la maquinaria también encontró el filo exacto donde cortar. *Umbral Zero*: ese era el nombre del medio para el que trabajaba. Una publicación especializada en apariciones marianas, contactos extraterrestres y fenómenos paranormales. Los abogados de la diócesis no necesitaron atacarla directamente; bastó con nombrar el medio en el informe y dejar que el contexto hiciera su trabajo. Una periodista de un canal de lo sobrenatural afirmando que un cardenal había orquestado un exorcismo con fines mediáticos. El fiscal tomó nota. La credibilidad se mide también en los márgenes.

Por otro lado, ni Jorge ni Verónica aportaron testimonio alguno sobre la participación de Morelli. Sus abogados, enfocados en minimizar sus propias condenas, les aconsejaron no extender el frente. Y lo cierto era que ninguno de los dos tenía prueba directa: Morelli nunca había entrado en aquella casa de campo, nunca había dado órdenes delante de testigos que pudieran hablar. Solo Anuel conocía el alcance real de lo que el cardenal había orquestado, y Anuel, sin abogado de garantías, sin documentos y sin respaldo institucional, era la parte más débil para convertir en el culpable perfecto.

Mientras tanto, desde el Palacio Episcopal, alguien había convocado a la prensa. Morelli apareció sin pectoral ni anillo, con la sotana más sobria de su guardarropa y una expresión de quebranto cuidadosamente calibrado. Habló durante cuatro minutos. No negó los hechos ni culpó a nadie por su nombre; se limitó a asumir la responsabilidad que le correspondía como pastor de una diócesis donde algo así había podido ocurrir sin que él lo impidiera. Presentó su renuncia ese mismo día. En los pasillos de la Curia, la maniobra fue catalogada de elegante: Morelli se había convertido en víctima

de su propia institución antes de que nadie pudiera convertirlo en responsable.

El relato quedó fijado en veinticuatro horas: un sacerdote joven, idealista y sin la formación adecuada, había actuado por su cuenta en un caso que nunca debió asumir. El cardenal, al conocer los hechos, había dimitido de inmediato asumiendo su responsabilidad supervisora. La Iglesia lamentaba profundamente el daño causado al menor y a su familia. Se anunciaban protocolos de revisión interna.

Anuel no pudo costearse un abogado de garantías. El que le asignó el turno de oficio era un hombre honesto y agotado que conocía los límites de lo que podía hacer. Sobre Anuel cayó el peso completo: cuatro años de prisión efectiva por negligencia grave, ejercicio abusivo de funciones religiosas y omisión del deber de socorro. El juez leyó la sentencia con esa neutralidad administrativa que convierte las vidas rotas en cifras.

Semanas después, sin comunicado oficial ni titulares, Morelli fue destinado a una pequeña diócesis en el sur. La moneda, como casi siempre, había caído del lado equivocado.

La serpiente.

SEIS MESES DESPUÉS

El centro de menores se alzaba en las afueras, rodeado de árboles que se mecían bajo el viento de finales de primavera. El aire allí olía a tierra mojada, a césped recién cortado y a esa libertad contenida que solo entra por ventanas amplias y abiertas. No era un hogar, pero era lo más parecido que Bruno había tenido en años.

Bruno estaba en el patio, sentado a la sombra de un árbol. Tenía un libro abierto sobre las rodillas, pero sus dedos trazaban líneas distraídas con una cera azul, sin prestar atención a las páginas. La

luz de la mañana rebotaba en sus mejillas, devolviéndole un tono de vida que el dolor de los últimos años le había borrado.

—¡Ey, Bruno! ¡Falta uno, ven! —le gritó un chico desde el campo, agitando un balón gastado.

Bruno levantó la vista. Durante un segundo, la vieja duda nubló sus ojos, pero se puso en pie y caminó hacia ellos. Cuando el balón llegó a sus pies, lo detuvo con un toque torpe y lo devolvió con un pase limpio. Corrió. No con una alegría explosiva, pero corrió. Sus piernas se movían sin órdenes de huida, sin la rigidez de la supervivencia. Corría sin escapar de nada ni de nadie; por ahora, eso era suficiente.

Desde la ventana del segundo piso, su nueva psiquiatra cerró su cuaderno. Solo había anotado una breve línea sobre su integración. Sonrió levemente y se apartó del cristal.

Un tiempo después, en la casa que una vez fue un templo de gritos, Jorge cerraba una maleta. Sus movimientos eran lentos, pesados. La vivienda estaba sumida en una quietud casi sólida.

Verónica no estaba. Hacía meses que ella evitaba pisar aquel suelo; su estrategia de supervivencia había sido el destierro en vida. Alargaba los turnos en el hospital hasta el agotamiento, dormía en sofás de amigos o en hoteles de paso y, cuando no tenía más remedio que volver, se movía por los pasillos como una exiliada, evitando cualquier rincón que oliera a recuerdo. No hubo despedida. Jorge sabía que ella no vendría a verlo partir; para Verónica, Jorge era solo otra habitación cerrada en una casa que ya no quería habitar.

Jorge agarró el asa de la maleta. Antes de salir, su mirada se detuvo en la puerta cerrada de la habitación de Bruno. Sintió un impulso breve, un resto de valor, pero no tuvo fuerzas para girar el pomo. No quería ver el polvo acumulado ni el vacío que dejaba la ausencia de un hijo.

Apagó la última luz. Salió al rellano y cerró la puerta principal tras de sí. El clic de la cerradura sonó como un disparo final. Allí mismo, frente a la puerta, Jorge se quedó un momento mirando la ranura

del buzón de la escalera. Sacó su copia de la llave y la dejó caer. Aquel tintineo al fondo del buzón fue el auténtico punto y final: la renuncia formal a un hogar que ya no existía.

EPÍLOGO

CINCO AÑOS DESPUÉS

La crónica apareció un martes por la mañana en un canal sin anunciantes, sin redacción y sin dirección postal registrada. Eran cuarenta y dos minutos de vídeo que comenzaban de forma abrupta. Antes de mostrar el primer documento, Kira Suárez miró fijamente al objetivo y dedicó los primeros compases a una declaración seca: amaba su vida y jamás, bajo ninguna circunstancia, había tenido pensamientos suicidas. Era su seguro de vida; un aviso para navegantes por si algo llegaba a pasarle.

Tras ese preámbulo, la pantalla se inundó de pruebas. Cuarenta y dos minutos de contratos, correos, grabaciones parciales y el expediente completo de los casos anteriores de Morelli; todo lo que el cardenal había construido durante años. En setenta y dos horas, el contador marcaba cuatro millones de visitas. La Iglesia ni siquiera intentó desacreditarlo; sabían que tratar de extirpar un contenido de la red era como intentar cortarle la cabeza a la Hidra, pero algunas cabezas sí rodaron.

Hubo una poda protocolaria en la cúpula policial y en la fiscalía, el sacrificio necesario para que el sistema —podrido hasta el tuétano— pudiera mantenerse en pie un día más. Rodaron varias cabezas, sí; pero hubo una que no estaba dispuesta a ser servida en bandeja de plata.

A Morelli lo hallaron en su retiro del sur, sentado en su sillón de orejas frente al ventanal que dominaba el valle. Estaba revestido con sus mejores ornamentos. Sobre la mesa auxiliar, una copa de cristal fino conservaba el rastro de un vino reserva mezclado con la dosis exacta de barbitúricos que él mismo había calculado. Ese fue su último acto de soberbia en este mundo: no se iba a dejar ajusticiar por la ley de los hombres. La historia de Morelli se convirtió en un susurro incómodo en los pasillos de la Curia y en el tema socorrido en los canales de misterio, exactamente el tipo de inmortalidad que habría despreciado.

Mientras tanto, en otro lugar del mundo, bajo un cielo de plomo que amenazaba con deshacerse en lluvia, el viento arrastraba las hojas secas por los pasillos de un cementerio sumido en el letargo. La lápida de granito gris, todavía limpia de musgo, se alzaba con una sobriedad cortante, las letras grabadas sin adornos, desnudas:

TOMÁS BELMONTE PÉREZ (1945 - 2025). Siervo de Dios.

Una mujer de unos cuarenta años se arrodilló frente a la piedra fría. Sus movimientos eran lentos, cargados de una reverencia antigua. Depositó un ramo de flores blancas, cuyos pétalos parecían retener una luz propia frente a la penumbra del mármol. Se quedó allí, con las manos entrelazadas y los párpados apretados, dejando que un «gracias» apenas articulado muriera en sus labios antes de que el viento pudiera reclamarlo. Al levantarse, se persignó con pausa y se alejó sin mirar atrás. El anciano sacerdote, entregado siempre a los demás, había encontrado, al fin, su descanso. Bajo la tierra, el peso de la estola ya no oprimía sus hombros; solo quedaba la paz del que ya no tiene que rendir cuentas a nadie más.

Anuel llegó cuando la mujer ya no estaba. No sabía quién era. Le había pasado otras veces: llegar a la lápida y encontrar flores recientes, señal de que Belmonte había dejado en el mundo más

deudas de gratitud de las que él mismo hubiera reconocido. Se quedó de pie frente a la piedra. No rezó y tampoco le parecía que Belmonte lo necesitara. Solo estuvo allí un rato, con las manos en los bolsillos y el cuello de la chaqueta subido contra el frío, dejando que el silencio hiciera lo que el silencio sabe hacer.

Cuatro años dentro de prisión, uno fuera; tiempo suficiente para aprender que hay cosas que no se procesan, solo se cargan. Belmonte lo sabía. Se lo había dicho en el parque, junto al estanque, antes de que todo se rompiera: el fracaso no exime del intento. En aquel momento le había parecido una frase de consuelo barata; ahora le parecía lo más honesto que alguien le había dicho nunca.

—Ya —murmuró.

Se quedó un momento más. Luego se dio la vuelta y echó a andar. Tenía un sitio al que ir.

El roble era más grande de lo que esperaba, o quizás era que todo lo demás había encogido. Se alzaba en la colina arbolada detrás del instituto, exactamente donde Bruno lo había descrito años atrás. Un refugio conquistado en huidas anteriores, un punto ciego en el mapa del dolor. La corteza rugosa, las raíces que horadaban la tierra, el olor a musgo y a savia seca. Anuel se sentó contra el tronco. El suelo estaba frío. La corteza le mordió la chaqueta. No se movió.

Bruno ya estaba allí, como siempre que Anuel venía a este árbol: sentado con las piernas cruzadas y los auriculares en el cuello, mirando las ramas con esa calma que no viene sola, que se trabaja.

—No sé cuántas leyes estoy incumpliendo ahora mismo —dijo Anuel.

—Bueno. En esta familia, las habituales.

Anuel soltó una risa corta, real. Bruno también sonrió.

—¿Qué tal la psicóloga?, ¿Johanna Ruiz Rizo?

—Muy bien. De verdad que sí.

—¿Sigues oyendo a...?

—Sí. Pero solo a veces. Cada vez menos.

—Me alegro mucho.

Estuvieron un rato en silencio. El viento movía las ramas con ese rumor que no necesita traducción.

—¿Alguna vez lo creyó? —preguntó Bruno, sin moverse.

—¿El qué?

—Lo que le dijo Yehudah.

Anuel bajó la vista hacia sus palmas. Las estudió un momento. Luego las alzó hacia las ramas. No respondió. Bruno sacó el teléfono, buscó algo, pulsó *play* y le ofreció uno de los auriculares. Anuel se lo puso en la oreja. Las primeras notas se abrieron paso entre los dos.

—*On the Nature of Daylight* —dijo Anuel—. Richter.

Bruno lo miró con una sorpresa que era también algo parecido al orgullo.

—Estoy pagando una suscripción muy buena.

Bruno soltó una carcajada. Anuel cerró los ojos sonriendo.

Entonces, la atmósfera cambió de frecuencia. No hubo un estallido, sino una exhalación lenta de la tarde; el calor residual que Anuel creía sentir a su costado se desvaneció, reclamado por la humedad de la colina y la sombra creciente del árbol. El murmullo de las hojas, que hasta un segundo antes parecía el eco de una confidencia, recuperó su monotonía vegetal, despojándose de toda humanidad.

Cuando los abrió, estaba solo. Las ramas del roble se movían sobre él, lentas, enormes, indiferentes al tiempo de los hombres. El auricular seguía en su mano. La música seguía.

En algún lugar de la ciudad, Bruno existía. Eso era lo que Anuel se decía cada viernes cuando subía esta colina: que el chico iba a terapia, que había dejado de escuchar voces, que había encontrado a alguien con quien jugar al ajedrez, que paseaba bajo el sol en un patio que olía a césped recién cortado, o que tenía, por fin, algo a lo que poder llamar "vida", y que algún día, cuando la ley y el tiempo lo permitieran, volverían a estar en el mismo sitio sin el peso de todo lo que se había roto entre medias.

Pensó en la promesa. Quizás, al final del todo la habría cumplido, aunque no de la manera que tenía planeado, y Anuel se quedó allí un buen rato más, con la espalda contra la corteza y la música de Richter llenando el único silencio que había aprendido a habitar.

—FIN—

AGRADECIMIENTOS

Este libro es un mosaico de fragmentos rotos que alguien, en algún momento, se atrevió a recoger.

Pero nadie recoge cristales desnudo. Por eso, aunque mi nombre figure en la portada, estas páginas tienen muchas más huellas dactilares que la mía.

A J. A. Mejías y a Antonio García. Este libro es tan mío como vuestro. Sin vuestras acertadas correcciones, vuestras observaciones precisas y vuestra generosidad con el tiempo, esta novela simplemente no habría sido posible. Gracias por creer en la historia tanto como yo. Vuestra huella está en cada página. Os lo debo más de lo que cabe en un agradecimiento.

A los que me apoyaron en la novela anterior y siguen aquí. Y a los que llegan nuevos: bienvenidos. Espero que os haya gustado y que os quedéis. De hecho, confío plenamente en que, nada más terminar esta página, ya estaréis buscando el teléfono para recomendarme a alguien. Y ya que estáis, *Zayra: Todo lo que arrastra la tormenta* también está ahí. Los algoritmos y yo os lo agradeceremos eternamente.

A las doctoras Ana Rizo y Miriam Martínez, cada una en su especialidad. Gracias por aguantar mi insistencia, por escuchar mis dudas y por asesorarme con el libro incluso sin saber muy bien para qué servía todo aquello. Ahora ya lo saben.

A todos los que, pese a la vida, siguen sosteniendo lo insoportable. Y a los que siempre están ahí, para ayudar a conseguirlo.

Y, sobre todo, a ti. Que en un mundo que corre demasiado, has invertido en esta novela algo irrepetible: tu tiempo.

Gracias por leer. Gracias por hacer que importe.

JosEscolar

© 2026 José Carlos García Escolar

ANUEL
[Todo lo que arde por dentro]

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares
y situaciones son producto de la imaginación del autor
o han sido utilizados de manera ficticia.

ISBN: 9798254419112

Registro de la Propiedad Intelectual:
Expediente 00765-03096041 – REGAGE26e00033961890